

Ellen Feldman

El chico que amó
a Ana Frank

Una novela sobre
el recuerdo y el olvido



Lectulandia

El 16 de febrero de 1944 Ana Frank anotó en su diario que Peter, que al principio no le gustaba pero del que al final se enamoró, le había confiado que si salían del escondite con vida, se reinventaría a sí mismo por completo. Esta novela es la historia de lo que podría haber ocurrido si el chico hubiera sobrevivido y se hubiera convertido en un hombre.

Peter llega a Estados Unidos, la tierra de la autocreación, y se hace pasar por cristiano. Con éxito en los negocios y rico en amor en el *boom* de los años cincuenta, prospera en el presente, planifica el futuro y no tiene pasado. Pero esta charada tiene un precio. La publicación del *Diario de Ana Frank*, que recibe elogios de todos los rincones del mundo, desencadena paralizantes recuerdos de sus vivencias en el añejo secreto de Ámsterdam. El diario es también su historia, y una vez que la compuerta de los recuerdos se abre, su vida se descontrola.

Basado en una exhaustiva investigación sobre Peter van Pels y la extraña y perturbadora vida que el diario de Ana Frank cobró tras su muerte, ésta es una novela sobre el recuerdo de la muerte, la muerte del recuerdo y la imposibilidad de negar el pasado.

Lectulandia

Ellen Feldman

El chico que amó a Ana Frank

Una novela sobre el recuerdo y el olvido

ePub r1.0

Titivillus 28.09.15

Título original: *The Boy Who Loved Anne Frank*
Ellen Feldman, 2005
Traducción: Isabel Murillo
Diseño de cubierta: Romi Sanmartí

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*En memoria de Sina Baum
(1917-1958)*

«Dijo [Peter] que después de la guerra se aseguraría de que nadie supiera que es judío».

Diario de Ana Frank, Ana Frank,
16 de febrero de 1944

«Tenemos datos sobre lo que fue de todos los habitantes del anexo secreto, excepto de Peter».

Visita guiada por la Casa de Ana Frank,
enero de 1994

Prólogo

Nada lo diferenciaba de la multitud, excepto el hecho de que no quería destacar. Pero mirándolo, nadie habría dicho precisamente eso. Sólo se veía un joven esquelético de ojos lobunos, muy parecido a los demás componentes del tropel de jóvenes que, finalizada la guerra, avanzaban dando empujones bajo el resplandor publicitario de las luces de los neones y el reclamo de las llamativas marquesinas. Se adivinaba que no era de la ciudad por su forma de mirar los anillos de humo que salían del anuncio de Camel que tenía por encima de su cabeza, pero eso no lo hacía especial. Era una apacible noche de verano y Times Square estaba llena de turistas.

Había necesitado un año para llegar hasta allí. Mucho tiempo, aunque parecía como si sólo hubiese transcurrido una semana desde que viera aquel sobado ejemplar de la revista *Life* en la que aparecía la fotografía de un chico norteamericano vestido de marinero, borracho después de que el presidente Truman anunciara que los japoneses se habían rendido, abalanzado sobre una enfermera con uniforme blanco para darle un orgásmico beso de paz. En cuanto la vio, supo dónde tenía que ir. Aquél era un país en el que los uniformes eran tan inocentes como la ropa infantil. Aquella era una ciudad donde la gente podía lanzar gritos de alegría desde los tejados. Aquél era un lugar donde el amor se inclinaría sobre él para darle la bienvenida.

El halo immaculado de la ingenuidad norteamericana seguía elevándose por encima de la «O» perfecta que formaba la boca del fumador. Sabía cómo funcionaba el tema porque había entablado amistad con un compañero de tripulación del barco, a quien había machacado a preguntas durante todo el trayecto. Los anillos tenían un diámetro de tres metros y no eran de humo, sino resultado del vapor acumulado por el sistema de calefacción del edificio, que quedaba almacenado en un contenedor situado detrás del anuncio. Cada cuatro segundos, un diafragma accionado mediante un pistón empujaba el vapor para que saliera a través del orificio. ¡Vaya país, vaya gente, poniendo su ingenio al servicio de esos fines!

Y ahora él era uno de ellos. Había pisado el muelle después de descender por la pasarela aquella misma mañana, un inmigrante, un novato, un refugiado. Había emergido del barracón de aduanas una hora después, cien por cien norteamericano. Y ni siquiera había tenido que mentir. Lo único que había tenido que hacer era guardar silencio. Había pasado casi veinticinco meses, setecientos cincuenta y tres días para ser exactos, guardando silencio.

Silencio. No hables. No te muevas. Podrían oírnos.

1952

LIBRO PRIMERO

Uno

«Se ruega hablar siempre en voz baja. Utilizar únicamente una lengua civilizada, es decir, que queda excluido el alemán».

*Diario de Ana Frank, Ana Frank,
17 de noviembre de 1942*

El médico se llamaba Gabor. Como las hermanas húngaras cargadas de joyas y de maridos, le dije a mi mujer. Zsa Zsa, Eva y... siempre me olvido de la última. Intentaba bromear. Intentaba ser un tío competente. Si vas siempre con la espina clavada no llegarás a ningún lado, me habían alertado, aunque de eso hacía ya muchos años.

Ahora ya no tenía ninguna espina clavada. Cuando el doctor Gabor abrió la puerta que separaba la sala de espera de su consulta, era ya un hombre de lo más integrado. El médico movió su pequeña cabeza, cubierta de pelo negro aceitoso y brillante, indicándome con un gesto que me tocaba a mí. Entré.

Las tablillas de las persianas daban la espalda al bochorno de la tarde. Las esquinas de la habitación quedaban engullidas por las sombras. Detrás de la ventana, un aparato de aire acondicionado murmuraba amenazas ininteligibles. Junto a la pared, un diván de cuero negro acurrucado. Lo esquivé y tomé asiento en la silla situada en el lado de la mesa de despacho que me quedaba más próximo. El doctor Gabor rodeó el escritorio y se sentó en una silla de mayor tamaño, delante de mí. No era un hombre alto, un palmo más bajo que yo y unos doce kilos menos, diría. Me imaginé sus pies debajo de la mesa, balanceándose varios centímetros por encima del suelo, garbosos y desvalidos a la vez. Podría doblegarlo sin problemas.

Cogió un bloc de notas amarillo y eligió un bolígrafo de entre los varios que llenaban un jarrón etrusco. El escritorio se encontraba tan abarrotado que parecía una casa de empeño. Estaban los artilugios típicos de su oficio: el bloc y el bolígrafo que había cogido, un teléfono, media docena de libros con los lomos mirando hacia él, un reloj, que también miraba hacia él. Luego estaban las curiosidades, o quizá fueran simplemente otros artilugios también de su oficio: una reproducción de *Los burgueses de Calais* de Rodin —extraño, a tenor de su profesión, que no se hubiese decantado por *El beso*—, varias cabezas precolombinas con ojos vacíos y bocas entreabiertas, dos esculturas africanas, una de ellas con el vientre distendido y los pechos colgantes como berenjenas, la otra con un pene que recordaba una ametralladora. El doctor Gabor lo tenía apuntando hacia mí. Me habría gustado decirle que de eso no había ningún problema. Hubo un tiempo en el que pudo, pero ya no.

Se recostó en su asiento y me miró a través de unas gafas con montura metálica.

Tenía la mirada amplia y fatua de un búho. Los demás médicos me habían dicho que él era mi última esperanza, aquel caballero húngaro con su traje cruzado entallado en la cintura que insinuaba largas tardes perdidas en cafés de bulevar y lánguidas horas en compañía de esos pastelillos rubios que compartían su apellido. El traje no podía ser casualidad. La ropa es el camuflaje más simple. Antes de descender por la pasarela aquella mañana de agosto yo iba vestido como un norteamericano, o al menos como un soldado. A lo mejor era eso. El doctor Gabor, que llevaba más tiempo aquí que yo, desde unos cuantos años antes de la guerra según los diplomas enmarcados que colgaban de la pared, anunciaba de este modo su conexión con el Viejo Mundo, o tal vez sólo estuviera resistiéndose a las vulgaridades del Nuevo. Estaba seguro de que las consideraba vulgaridades.

—Y bien, señor Van Pels —dijo, y se balanceó un poco en su gran silla de cuero—, ha perdido usted la voz.

«¿Habéis perdido las manoplas? ¡Gatitos traviosos!», lee en el cuento mi esposa a nuestra hija.

Moví afirmativamente la cabeza, aunque por entonces ya podía susurrar. Durante tres semanas no había podido siquiera hacer eso. Abría la boca, formaba las palabras, pero era incapaz de emitir un solo sonido. Ahora lograba emitir un gemido patético, débil como el de un bebé. No, los bebés aúllan. Tendría que haber oído rugir a mi hija cuando el médico le arreó el primer cachete. Su alarido reverberó hasta dar la vuelta al mundo. Yo abrí la boca para celebrarlo, pero al verla, sujeta boca abajo por sus resbaladizos pies llenos de mucosidad, cruda y ensangrentada como un pedazo de carne, el grito que se había formado en mi garganta se interrumpió. Me la imaginé deslizándose hasta el suelo y salpicando los dibujos del linóleo. Visualicé al médico dándose por vencido ante las náuseas y a mi hija volando por los aires y estampándose contra la pared de color blanco hueso. Mi esposa duda de mis recuerdos de nuestra hija recién nacida. Dice que yo no estaba allí. Pero ella se encontraba sedada en aquel momento, y yo sé que no me equivoco. A lo mejor estaba figoneando junto a la sala de partos y vi algo de refilón en el momento en que se abrió la puerta. La visión de mi hija me silenció entonces, y alguna cosa me ha robado la voz ahora. Nadie es capaz de diagnosticar de qué se trata.

Acudí a un montón de médicos. Me introdujeron tubos por la garganta, me hicieron radiografías del cuello, empujaron, sondearon y formularon infinitas preguntas. Tenía que escribirles las respuestas en un bloc. ¿Qué come? De todo. ¿Bebe mucho? Poca cosa. ¿Fuma?

Me lo preguntaron todos, y a todos les respondí que no. ¿Había fumado? Parecían las audiencias del Senado que salen en los periódicos. ¿Fuma ahora o ha fumado alguna vez? Nunca, les escribía, aunque de jovencito fumé algún que otro cigarrillo. Y me sigue gustando el aroma. Por algún motivo me resulta relajante. Pero con el placer indirecto me basta. Nunca me enganché. Pero todo eso no se lo cuento. Ya tenía bastante que escribir sin incluir los detalles más superfluos.

Pasaban después a las alergias. ¿Es alérgico a alguna cosa? No que yo sepa, escribía en el bloc. ¿Y de pequeño? ¿Recuerda alguna alergia infantil? No, garabateaba. Ningún recuerdo de alergias infantiles. Ningún recuerdo de la infancia. Estaba confiscada, expulsada de mi existencia. Estaba escondida en un lugar secreto, tan secreto que soy incapaz de recordarlo. Eso tampoco lo escribí.

—¿Ha sido una pérdida gradual? —me preguntaba ahora el doctor Gabor—. ¿Sucedió de repente o notó que la voz iba debilitándose?

—De la noche a la mañana —dije con mi hilo de voz ronca—. En el sentido más literal. Me acosté con voz y me desperté sin ella.

—¿Sucedió algo anormal durante aquella noche?

Negué con la cabeza.

—¿Algún sueño?

—Yo no sueño.

Se quedó mirándome fijamente.

—No sueño —le repetí.

Se recostó aún más en su asiento y me miró por encima de una nariz ancha que biseccionaba una cara tan plana como la Gran Llanura húngara.

—Cuénteme cosas sobre usted, señor Van Pels.

—Soy constructor de profesión —susurré—. Tengo mujer y dos hijas, de tres y dieciocho meses de edad. Vivo en Indian Hills. Es una promoción nuestra, de mi socio y mía. —Gabor levantó la vista de su bloc—. Eso es todo —dije con voz áspera.

—¿Dónde nació? Detecto un ligero acento.

¿Detecta un ligero acento, doctor? ¿Usted, con ese hablar cantarín que parece una bandera húngara ondeando al viento? Todavía tengo que encontrar a uno solo de sus compatriotas que haya conseguido librarse de esa cadencia. Mi acento delata menos. No es exactamente alemán, empieza a decir la gente cuando trata de identificarme. Ciertos indicios de holandés, suponen. Aprendiste el inglés británico, no el norteamericano, apuntó mi mujer la primera vez que hablé con ella. Dice que se enamoró de mi acento francés, aunque le digo que no es tan bueno como se imagina.

Tal vez yo sea mejor en francés, Peter, pero tú eres mucho mejor en inglés.

—Osnabrück —susurré.

—De modo que es alemán.

—Soy ciudadano estadounidense.

—Alemán de nacimiento, me refiero.

—Mi padre era holandés. Y su padre también. Nací en Alemania por casualidad.

—¿Y eso cuándo fue?

—El 8 de noviembre de 1926 —le dije, aunque el 13 de agosto de 1946 se habría acercado más a la verdad.

—¿Y llegó aquí...?

—El 13 de agosto de 1946.

—¿Así que estuvo en Alemania durante la guerra?

Nadie sabrá que estamos aquí. Ni siquiera se ve desde el exterior.

—Estuve en Europa.

—¿Es usted judío, señor Van Pels?

—¿Lo es usted, doctor?

—Aquí mi persona no tiene ninguna importancia. Es simplemente una herramienta para comprenderlo mejor a usted.

—No hay nada que comprender.

—Se trata de comprender por qué ha perdido la voz. Ha dicho que nació en Alemania, pero que durante la guerra estuvo en otro lugar de Europa. Por eso le he preguntado si era judío.

—No. Pero mi esposa lo es.

Normalmente, son cosas que no cuento a la gente, pero me pareció una buena idea explicárselo si es que íbamos a hablar sobre lo que yo había estado haciendo en Europa durante la guerra. Serviría también para evitar posibles momentos incómodos en un futuro. Hace unos meses, el tipo con el que trato en First Mutual me preguntó si me interesaba apuntarme al club de campo, y luego no volvió a mencionarlo nunca más. No me habría apuntado en ningún caso, pero el hecho de que desde entonces él no haya sido capaz de mirarme a los ojos cuando sale a relucir el tema del golf es malo para el negocio.

—Entonces ¿estuvo usted en el ejército? Debía de tener... —echó un vistazo al bloc de notas amarillo— trece años cuando empezó la guerra; dieciocho al final.

—Pasé la mayor parte de la guerra en Ámsterdam.

Me di cuenta de que el médico iba pensando a la par que escribía. ¿Qué hacía usted en Ámsterdam, señor Van Pels? ¿Acorralando judíos, ya que no es usted miembro del grupo de los elegidos, o simplemente machacando ciudadanos holandeses? No era el único que se hacía esa pregunta. Por lo visto, las sospechas eran el único inconveniente de no ser judío. ¿Quién, teniendo en cuenta la historia reciente del mundo, habría pensado que pudiera existir algún inconveniente?

—¿Y su familia? ¿Vino con ella a este país?

Consulado de los Estados Unidos

Róterdam

Por la presente se certifica que el 10 de febrero de 1939, Hermann, Auguste y Peter van Pels han sido incorporados a la lista de espera para emigrar a los Estados Unidos.

—Mis padres están muertos. —Siguió mirándome—. Víctimas de la guerra. — Las palabras fueron un susurro sibilante en el siniestro despacho.

—¿Hermanos o hermanas?

Será como tener dos hermanas.

Será como tener dos novias... en casa. Mira cómo se sonroja, Kerli.

—Ni hermanos ni hermanas.

—¿Algún familiar que haya sobrevivido?

¿Quería acaso una lista? El abuelo Aaron, arrestado después de la *Kristallnacht*^[1] y muerto antes de que nos escondiéramos, tía Hetty en Auschwitz, tía Klara en Sobibor.

Negué con la cabeza.

—Lo siento —murmuró, y vi que se lo repensaba. Fuera lo que fuese lo que hubiera hecho yo durante la guerra, y el hombre seguía preguntándose al respecto, no había sido un camino de rosas. Muy prácticos estos anglicismos. Desde el principio sirvieron para diferenciarme de otros desplazados y novatos, de los *greenies*, que era como nos llamaban los que llevaban ya una generación en este país, o incluso sólo una década—. Debe de haber sido difícil.

Difícil. Ah, las palabras que se nos ocurren para mantener a raya lo impensable. Sí, doctor, fue difícil. Pero también, me avergüenza decirlo, útil. De no haber estado solo, es muy posible que ahora no estuviera aquí sentado. Conocí a un tipo en el campo de refugiados, un polaco, que no perdió a toda su familia en un abrir y cerrar de ojos, ni siquiera en el transcurso de un año. Su mujer sobrevivió, y tres de sus cinco hijos. Pensándolo bien, lo conocí antes del campo, cuando creía que los había perdido a todos. Por aquel entonces vivíamos al aire libre, sobrevivíamos de la tierra, cogíamos lo que necesitábamos donde podíamos.

Ya es suficiente, Peter. Ya nos hemos divertido bastante por esta noche. Además, el viejo no tiene nada. Duerme en el cobertizo con sus animales.

Pero entonces se enteró de que su mujer y sus tres hijos habían sobrevivido. En el campo de refugiados tuvieron otro bebé. En aquel campo, la prisa por llenar los vacíos dejados por los muertos era algo a tener en cuenta. Lo comprendía, pero conocía también la realidad de la vida. No pensaba repetir el error cometido por mi padre en el consulado de los Estados Unidos en Róterdam. Un hombre joven y rico sin personas a su cargo representaba la mejor oportunidad para obtener un visado. Si a eso le sumabas una esposa perdías unos cuantos puntos. Y si le sumabas además cuatro hijos, las esperanzas eran mínimas. Pero el polaco era operario industrial. Consiguió salir apto, a pesar de tener mujer y cuatro hijos. Logró llegar con toda la familia hasta la revisión médica. Eso fue en lo único que no consiguió afinar. Y allí fue donde a su esposa le encontraron las manchas en los pulmones. No podía imaginarme de qué se sorprendían. La verdadera sorpresa era que la gente que vivía en el campo no tuviera manchas en los pulmones, o tuberculosis, o docenas de otras enfermedades o deficiencias. Mi cuerpo albergaba como un recuerdo olvidado la memoria de los años en los que había permanecido encerrado en una buhardilla, viviendo de patatas podridas y judías mohosas, aunque en aquel momento aún no lo sabía. Pero la mujer del polaco tenía manchas. Le dijo que se fuera sin ella. Que cuando las manchas desaparecieran, ella lo seguiría con los niños. Él dijo que ni

hablar. Llevaba unos meses perfeccionando su inglés coloquial. Ni hablar, o se marchaban de allí como una familia o no se iban. Pero la cosa no acabó así. Mientras esperaban a que las manchas desaparecieran, las autoridades clausuraron el campo y repatriaron a todo el mundo. Entonces, el tío Joe Stalin bajó el telón y el polaco, su mujer y sus cuatro hijos viven ahora atrapados en un pozo negro comunista, si es que siguen con vida. Así que ya ve, doctor Gabor, no tener a nadie tuvo sus ventajas, aunque no esté bien decirlo.

—¿Y en este país? ¿Tenía usted algún familiar cuando llegó?

Él me había firmado los documentos de patrocinio y enviado el dinero, pero ni él había preguntado cuándo llegaba ni yo le había escrito para decírselo. Apenas recordaba al hermano de mi padre, el que estaba en los primeros puestos de la lista del consulado de los Estados Unidos en Róterdam. «Tío» era otra palabra sin significado.

Negué con la cabeza.

—Debe de haber sido difícil. —Repitió la palabra universal para describir un mundo más allá de su imaginación, pero esta vez se equivocaba. Antes de los Estados Unidos fue difícil, si había que adjuntarle un calificativo. Los Estados Unidos fueron, de hecho, un camino de rosas.

—Me sentía feliz de haber llegado aquí.

—Cuénteme cosas.

¿Por dónde empiezo, doctor? ¿Por aquella primera mañana en el muelle? Supongo que no. Eso ni siquiera se lo he contado a mi esposa. ¿O tal vez debiera intentar explicar el improbable encuentro casual entre un millón que se produjo después de aquello, cuando pensé que el juego había terminado incluso antes de empezar?

—Ámsterdam... —dijo el hombre del muelle cuando vio la etiqueta en mi maleta—. A lo mejor conociste a mi padre.

Nos habíamos convertido en ciudadanos norteamericanos, libres de ir donde nos apeteciera, pero seguíamos juntos por miedo, o por costumbre, o por recelo. O, al menos, es lo que los demás hacían. Yo tenía prisa por largarme. Pero él se había plantado delante de mí, un vestigio de mi pasado, aun sin saberlo yo en ese momento. Había oído hablar de él, pero nunca habíamos coincidido, y allí en el muelle, frente a frente, simplemente pensé que se trataba de un refugiado más. Por toda Europa, la gente atravesaba alambradas, países enteros, preguntando constantemente, con el objetivo de regresar a sus antiguos barrios bombardeados. ¿Estuviste en tal campo? ¿Conociste a tal persona? ¿Oíste hablar de éste? ¿Tienes noticias de aquél? Inspeccionaban las listas de la Cruz Roja, publicaban anuncios en periódicos, acosaban a cualquiera que les concediera su tiempo. Y cuanto más tiempo pasaban formulando preguntas, más aterrorizados se quedaban con las respuestas.

—A lo mejor conociste a mi padre —repitió el hombre, aun dándose cuenta de que yo intentaba eludirlo—. Fritz Pfeffer. Era dentista en Ámsterdam.

De modo que ése era Werner, el hijo sólo un año menor que yo a quien Pfeffer había tenido la sensatez de enviar a Inglaterra a través del *Kindertransport*^[2] después de la *Kristallnacht*. Acababa de cruzar medio mundo para tropezarme con el chico a quien había estado envidiando durante dos años. No le debía nada, ni siquiera información. Le sugerí que preguntara en la Cruz Roja.

—Ya lo he hecho. Mi padre murió en Neuengamme. Simplemente busco gente que lo conociera con vida. Después de mi partida. —Bajó la vista un instante, pero no lo compadecí. Él había pasado la guerra en Inglaterra—. Tengo entendido que estuvo escondido con una familia apellidada Frank —añadió.

Le dije que no sabía nada de un dentista apellidado Pfeffer, ni de una familia apellidada Frank. La verdad no le habría servido de consuelo. Seguramente no estará usted de acuerdo, doctor, pero no se encuentra en posición de poder juzgar. No conoce la malevolencia de los recuerdos.

—No hay nada que contar —le dije al doctor—. Llegué en barco. Atracó en Nueva York. Como ya le he dicho, me sentí feliz de estar aquí.

—¿Dónde estuvo viviendo cuando llegó al país? ¿Con una familia? ¿En una institución?

Institución. Otra palabra anodina, pero ¿cómo llamar sino al Marseilles? Pese al membrete de la fachada, ya no era un hotel, tan sólo un apeadero en el largo recorrido de la tristeza; una ruidosa y deteriorada escala de corta duración para personas mayores, de cuarenta o cincuenta años, que nunca aprenderían a hablar inglés porque tenían miedo de las historias que podían llegar a contar; y para niños que temblaban cuando tenían que formar fila india para entrar en el comedor, o ir al médico, o a la ducha; y para hombres y niñas de mirada cauta y sonrisa frágil y una respuesta a punto para cualquier pregunta, una docena de respuestas, tan sólo dime cuál quieres oír. Cuando atravesábamos el vestíbulo, una niña con una larga melena rubia que se acariciaba constantemente solía ofrecerme sonrisas tan ligeras como las nuevas monedas de diez centavos que llevaba en el bolsillo. Yo le devolvía la sonrisa, pero siempre seguía andando.

¿O tendría que hablarle del tango del Marseilles, doctor? ¿Cómo describir aquel lastimero baile de desesperación a alguien como usted, con una pared tan llena de credenciales que a buen seguro podría ser el pilar sustentante de cualquier comunidad? Aunque hubiera presenciado el baile, nunca habría logrado comprender los pasos.

Se colocaban delante del mapa. «ASÍ ES AMÉRICA», rezaban las grandes letras escritas con caligrafía infantil que lo coronaban. Un hombre, una mujer o un niño señalaban un punto. Un gesto ciego y fortuito, como si aquello fuera un juego de niños. Los demás bailarines —una esposa, un padre, una anciana tía con algunas gotas de la misma sangre bombeando en su roto corazón— seguían el avance del dedo hasta detenerse en un punto. Greensboro. Cleveland. Detroit. Entonces, uno de ellos cogía entre los dedos pulgar e índice la cinta roja, blanca o azul que colgaba de

ese punto y la acercaba a la imagen correspondiente pegada en la pared, junto al mapa. Y allí era donde empezaban las discusiones. Como todos los tangos, el que bailaban en el vestíbulo del Marseilles estaba cargado de pasión.

—Se parece mucho a Lodz.

—¡Pero qué dices! No se parece para nada a Lodz.

—Hay demasiada nieve. Moriremos congelados.

—Mirad esas palmeras. Parece que están enviándonos a la selva.

Se deslizaban de un lado a otro, señalando el mapa, mirando las fotografías, viendo presagios en la familiaridad de una fachada gótica, en el sonido dulce del nombre de una calle, en la mirada feliz de una multitud de desconocidos, hasta que un violinista que había tocado en un cuarteto de cuerda en Budapest llegaba a la conclusión de que el hogar de la Philadelphia Orchestra no podía ser un lugar tan horroroso, y una mujer que nunca había salido de un pequeño pueblo de Rumanía creía por fin a la trabajadora social, que le prometía que en Indianápolis no había indios. Yo sabía que tenía que salir de allí, pero no a través del tango.

—Encontré una habitación —le dije al doctor.

Todo el mundo decía que era imposible. ¿Acaso no me había enterado yo de que había escasez de viviendas? En todo el país la gente vivía en antiguos barracones del ejército, y en el interior de coches, y en porches de casas ajenas. Una pareja se había instalado en el escaparate de una tienda con la esperanza de que alguien se percatara de su situación y les alquilase un piso. Pero yo conseguí encontrar una habitación, un túnel en realidad, con una única ventana situada al nivel de la acera. Costaba nueve dólares al mes, y tuve suerte de dar con ella. Ni siquiera me importaba su vista subterránea. Por la noche, o a primera hora de la mañana, permanecía acostado en la cama viendo pasar pies. De vez en cuando pasaba un par con tacones altos y dedos al aire. Las uñas pintadas titilaban y mi imaginación levantaba un viento huracanado que absorbía a la inconsciente portadora de los poco inocentes zapatos, alborotándole el cabello, arrancándole la ropa, arrastrándola hacia la ventana hasta mi estrecha cama metálica.

—Encontré trabajo. Primero de camarero. Cuando me saqué el permiso de conducir, me dediqué además al taxi.

—Impresionante —dijo el doctor Gabor, aunque incapaz de resistirse a mirar de reojo los diplomas y los certificados que empapelaban las paredes, como para asegurarse de que seguían allí.

No me tomé la molestia de decirle que aquello no tenía nada de impresionante. Todos habíamos practicado el pluriempleo. Algunos asistían además a la escuela nocturna, pero yo no tuve la paciencia necesaria para eso. Ni siquiera podía quedarme quieto sentado y leer. Lo intenté. Iba a la biblioteca y pedía libros prestados. Los libros habían sido nuestra válvula de escape en aquel escondrijo fétido. Habíamos salido adelante gracias a Goethe, Schiller, Dickens y Thackeray. Pero en los Estados Unidos ya no necesitaba ninguna válvula de escape. ¿A quién se le ocurriría huir de la

Tierra Prometida? Después de leer un par de páginas de esos libros de la biblioteca, los dejaba de lado, cogía mi sombrero y mi abrigo y ascendía los tres peldaños que separaban mi habitación en el sótano del mundo real que existía al otro lado de la puerta, completamente a mi alcance de repente.

Merodeaba por Fulton Street y Borough Hall y Grand Army Plaza, atravesaba el puente de Brooklyn, subía por Broadway y bajaba por Park Avenue, cruzaba desde el East River al Hudson y regresaba. Me entretenía en los parques de Prospect y Riverside, y en el Central Park, donde espiaba a las madres jóvenes con sus pequeños y a las niñeras paseando con aquellos enormes cochecitos ingleses, me detenía en la calle para ver a los chicos jugando al *stickball*^[3], y seguía, a distancia discreta, a las mujeres elegantes subiendo por la Quinta Avenida y bajando por Madison. En una ocasión me subí a la parte superior de un autobús de dos pisos, porque en el periódico había leído que iban a sustituirlos por vehículos de un solo piso, pero me agobiaron el atasco de tráfico y las prolongadas paradas en las que los pasajeros subían y bajaban y hurgaban en sus bolsillos en busca de monedas. Para desplazarme, prefería el ferrocarril elevado, el «El»^[4]. Me gustaba la velocidad, y entrever en secreto la vida de los demás. Me sentaba en los vagones iluminados con un resplandor icterico y observaba las ventanas de los bloques de Harlem repletos de chiquillos, y los apartamentos de Tudor City, donde veía a las mujeres en la cocina mientras los hombres leían tranquilamente el periódico, y las típicas *brownstones* de Brooklyn, donde familias enteras llevaban vidas independientes pero unidas en un tablero de ajedrez de cuadrados iluminados. A veces, cuando iba sentado en el El y el vagón se estremecía, traqueteaba y se escoraba al trazar las curvas, me entraban deseos de abrir la boca y liberar todo aquel vacío en un prolongado y penetrante aullido. Pero incluso eso era mejor que leer. No tenía paciencia para historias que no fueran reales o para la información que no pudiera utilizar de inmediato.

Las películas eran harina de otro costal. Con las películas podía perfeccionar mi inglés. Una vez, una mujer sentada delante de mí llamó al acomodador porque yo hacía demasiado ruido murmurando los diálogos una décima de segundo después de que los pronunciaran los actores, aunque normalmente conseguía repetir las palabras para mis adentros. Y con las películas me sentía menos solo. La oscuridad bullía de actividad con la proximidad de otros cuerpos. Las estrellas de cine eran como viejos amigos.

Tengo más fotos de estrellas de cine, Peter, por si quisieras alguna más para colgar encima de la cama.

—Y ahora se dedica a construir casas —dijo el doctor Gabor—. Una historia de éxito.

Sabía perfectamente lo que estaba pensando. Cómo un *greenie* como yo había llegado hasta donde había llegado. Yo no me había aprovechado de Harry. La idea fue mía, pero fue Harry quien se lanzó a por ello. Nadie tuvo que convencerlo.

—Cuénteme cosas sobre su esposa, señor Van Pels. Cuénteme, cuénteme... —

seguía insistiendo. ¿Acaso no se había enterado de que me había quedado sin voz?—. ¿La conoció aquí o en Europa?

Si viera su dentadura, doctor, no me preguntaría eso. Es un testamento de una vida entera bebiendo leche pasteurizada, comiendo verduras frescas y frecuentando dentistas caros. La primera vez que me sonrió, me quedé deslumbrado. Y lo mismo me sucedió con su hermana.

—La conocí aquí. Ella nació aquí.

—¿Y dice usted que es judía?

¡Llegará un día en el que volveremos a ser personas, no sólo judíos!

Moví afirmativamente la cabeza.

—¿Es ése un motivo de fricción entre ustedes?

Por ahí iba bien, pero la fricción no era entre nosotros, sino que era una cuestión interna mía. Nunca pretendí casarme con una judía, estaba decididamente en contra de ello, pero el hombre no puede evitar enamorarse.

—Me casé con ella.

—De modo que le atrajo el hecho de que ella fuese judía.

¡Atraerme! Fue amor a primera vista, pero no porque ella fuese judía. Me encapriché de ella, de su hermana, de su padre —a quien le costaba ocultar la satisfacción que sentía por tener otro hombre sentado a la mesa aquella primera noche en que empecé a insinuarme en el seno de la familia—, de su madre, que no confiaba mucho en mí. Una mujer muy sagaz, mi suegra.

—Lo siento, doctor, pero no veo hacia dónde nos lleva todo esto. He perdido la voz. En mi vida no tengo otros problemas. —Me incliné hacia delante y golpeé la mesa con los nudillos. Lo hice en plan de broma. No soy supersticioso.

—¿Había tenido alguna vez un incidente de este tipo? —me preguntó.

—No había perdido la voz jamás —musité.

—¿Algún otro problema de salud que no tenga aparentemente un origen fisiológico?

—¿Se refiere a enfermedades psicosomáticas?

Encogió sus hombros cubiertos con hombreras.

—Al poco de llegar aquí, tuve un problema de temblores en manos y piernas. El primer médico al que acudí me dijo que era un caso de «institucionitis».

—¿Perdón?

De verdad, doctor. No le culpo. Ese hombre era un imbécil, pero acudí a él porque tenía buena reputación. Todo el mundo en el Marseilles sabía lo mucho que odiaba Europa. El cementerio de los judíos, la llamaba. No era muy probable que un hombre como ése fuera a mandarme a nadie de vuelta, ni siquiera a un gentil. Ése era mi mayor temor. Si podían mantenerme fuera del país por enfermedad, ¿no podrían también deportarte por ese mismo motivo? No estaba dispuesto a permitir que mi propio cuerpo me traicionase.

Oirán la tos.

Dale más codeína.

¿Quieres matarlo?

Si los trabajadores de abajo oyen esa tos, estamos todos muertos.

La posibilidad me había llevado a eludir durante semanas la consulta de un médico. Me acostaba en la cama, la estructura metálica traqueteando contra la pared por culpa de mis temblores, mi cabeza obnubilada por el miedo y alucinando con la idea de otras habitaciones malolientes. Al final no me quedó otra alternativa. Fui a ver a ese médico que tanto odiaba Europa.

—Dijo que me daba miedo estar solo y que lo que yo quería era regresar al campo de refugiados —le expliqué al doctor Gabor—. Había pasado varios meses en uno de esos campos antes de obtener el visado. Dijo que yo quería que los demás se ocuparan de mí. «Institucionitis».

Y así fue como me enteré de que mis temblores no eran psicossomáticos. Lo último que deseaba era estar a merced de los demás.

—¿Desaparecieron los temblores o sigue padeciéndolos?

—Desaparecieron. Después fui a ver a otro médico. Resultó que tenía hipertiroidismo.

El doctor Gabor anotó algo más, dejó después el bolígrafo y volvió a recostarse en su asiento.

—Hábleme de la noche en que perdió la voz, señor Van Pels. ¿Recuerda algún detalle destacable? —Negué con la cabeza—. ¿Qué hizo aquella noche?

—Volví a casa en coche después del trabajo, jugué con mis hijas, cené con mi esposa, leímos el periódico y vimos la televisión, nos acostamos. Como cualquier otra noche.

—¿Es satisfactorio el aspecto sexual de su matrimonio?

—Totalmente.

—¿Con cuánta frecuencia hace el amor? ¿Una vez al mes, una vez a la semana, más que eso?

—Más —susurré.

—¿Hizo el amor aquella noche, la noche que perdió la voz?

Miré la estatuilla africana que apuntaba hacia mí. Asentí.

—¿Y llegó satisfactoriamente al clímax? ¿Ningún problema?

Una oleada de lujuria sacudió la mesa.

—Ningún problema —musité.

—¿Y su esposa? ¿Llegó ella al orgasmo?

Mi esposa, doctor, le importa a usted un comino. Igual que la dulce ventosa de su boca, o la exuberancia arqueada de su trasero, tal y como lo llamaríamos si montara a caballo, o el misterioso gemido que siempre me recuerda las notas finales de la trompeta de Bunny Berigan cuando termina *I Can't Get Started*. Ella puso esa canción la noche en que me sacó a pasear para recomponer mi corazón roto. Aún puedo verla echando monedas a aquella robusta máquina tocadiscos, llena de

lucecitas, típicamente americana. A veces, cuando ahora emite ese sonido, me pregunto si sabía, en su agitada virginidad, que ése sería precisamente el sonido que emitiría para mí a modo de promesa de todas las cosas que estaban por llegar. Me lo pregunto, doctor, pero todo eso realmente a usted le importa un comino.

Volví a asentir, y mantuve la mano, cerrada en un puño, detrás de mí.

—¿Y después? ¿Hubo alguna discusión, alguna recriminación?

—Le suceda lo que le suceda a mi voz —susurré—, no tiene nada que ver con el sexo.

—Simplemente estoy intentando averiguar qué sucedió aquella noche. ¿Hablaron? ¿Durmieron enseguida?

—Yo me dormí.

—¿Y su esposa?

Los burgueses de Calais tenía un brillo apagado en la penumbra. Debía de pesar casi medio kilo. El brazo levantado de Pierre de Wissant podía sacarle el ojo a cualquiera^[5].

—Leyó. Siempre lee antes de dormirse.

—¿Y eso le molesta a usted?

—¿Que lea?

—Que lea después de hacer el amor.

—¿Por qué debería molestarme?

—Hay quien lo percibiría como un abandono emocional.

¿Llama usted abandono a acostarse entre sábanas calientes que huelen a sexo, sudor y jabón de la colada, con los nervios a flor de piel, las niñas durmiendo en la habitación contigua, las espaldas bien cubiertas? A lo mejor se ha equivocado usted de profesión, doctor. O tal vez es que ha pasado demasiado tiempo en esos cafés de bulevar.

—A mí no me molesta.

—¿Qué estaba leyendo su esposa aquella noche?

Era una pregunta absurda, pero todo el mundo decía que era mi única esperanza. Intenté imaginarme a mi esposa sentada en la cama, cogiendo el libro de la mesilla de noche, acomodándose entre las almohadas. Traté de ver el libro apoyado sobre la ribete de seda azul de la manta eléctrica. No era uno de esos libros gruesos y sobados de su época universitaria que a veces leía en la cama. *Madame Bovary*. *Ana Karenina*. El libro de Thackeray sobre el coronel. Ése me lo conocía bien. Lo leímos durante la segunda primavera que pasamos escondidos. El libro que ella leía aquella noche era nuevo, recién salido de la estantería de la tienda o recién sacado del envoltorio de cartón del Libro del Mes. Entrecerré los ojos para enfocar bien la sobrecubierta. Letras negras gruesas. Una fotografía.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el doctor.

—¿Qué?

—Es que acaba de agarrarse a la silla, como si fuera a caerse.

Le dije que se equivocaba. Que simplemente estaba cambiando de postura.

—Estábamos hablando sobre qué estaba leyendo su esposa la noche en que usted se quedó sin voz.

—Un libro, eso es todo.

—¿Recuerda cuál era?

—¿Tiene alguna importancia?

Gabor sonrió por vez primera.

—Seguramente no. Sólo sentía curiosidad por sus gustos.

—Lee de todo. Pero aquella noche no me fijé en lo que leía.

Dos

«No tiene sentido consumirnos en lamentaciones, ni tampoco darle más vueltas. Hay que seguir viviendo, seguir construyendo».

Otto Frank en una carta a su hermano, 16 de marzo de 1946, citado en *The Hidden Life of Otto Frank*, de Carol Ann Lee

S alí del edificio del doctor Gabor, un bloque bajo de hormigón convertido en guarida de despachos profesionales, y choqué contra un muro de calor. Hacía más denso el ambiente y calentaba el suelo del aparcamiento bajo mis pies. De camino hacia el coche, me quité la chaqueta y me aflojé la corbata, aunque no me desabotoné las mangas de la camisa. No es que me avergüence. Es que no veo motivos para alardear de ello.

—¿Qué es eso, papá? —pregunta mi hija mayor, su manita cerniéndose sobre ello, temerosa de tocarlo, muriéndose de ganas de poner el dedo en ese punto.

—Sólo algo que le sucedió a papá cuando era pequeño —le digo, y la respuesta aleja su atención. No quiere pensar en mí como alguien más pequeño de quien ahora soy. Necesita toda la altura, el peso y la sustancia que pueda obtener de mí. Mi hija no es tonta.

Había dejado las ventanillas abiertas, pero el interior del coche era sofocante de todos modos. A través de la camisa notaba el asiento de cuero ardiendo. El volante se me pegaba a las manos. Lo único que no quemaba era la llave, que había permanecido en el interior de un bolsillo durante el rato que había pasado en la consulta del doctor Gabor.

Puse en marcha el motor y alcancé el botón de la radio. El metal me escaldó los dedos. Incluso la voz del locutor estaba sobrecalentada, claro que entonces seguía aún con la cabeza sintonizada con los presentadores de los noticiarios de la BBC. Se mostraban de lo más flemático. Los norteamericanos eran unos petulantes. Quinientos aviones de las Naciones Unidas habían bombardeado Corea del Norte. El Parlamento había aprobado de nuevo el proyecto de ley de inmigración, o mejor dicho, el proyecto de ley de antiinmigración, lo que había obligado al presidente Truman a ejercer su derecho a veto. Treinta y seis grados y sin perspectivas de mejora a la vista.

Entré en la caravana de tráfico que se arrastraba penosamente por la Autopista Uno. ¿Había algo a destacar de aquella noche?, me había preguntado el médico. Todo, doctor, todo lo de aquella noche, y de la noche anterior, y de la noche posterior, y de la noche de hoy. Los pedacitos de sol fragmentándose y saliendo disparados del capó del coche como diamantes; las vallas publicitarias palpitando en el calor y prometiéndome «26 CENTAVOS EL GALÓN» y «DOS POR UNO» y «APARCAMIENTO

GRATUITO DETRÁS»; el conductor ceñudo que esquivaba coches despreocupadamente delante de mí y el que me indica con la mano que avance con un gesto de nobleza obliga; la imponente sombra de los árboles a lo largo de la carretera secundaria moteada por la luz del sol, y el olor embriagador a hierba recién cortada a medida que voy acercándome a casa. Todo es destacable, doctor, y qué extraño resulta que después de todo pueda aún seguir partiéndome el corazón. O tal vez sea precisamente eso.

Giré por Indian Hills Road. Mi pie izquierdo descendió sobre el freno, mientras el derecho soltaba el acelerador. La mía es una costumbre peculiar, aunque no lo sabía hasta que mi esposa me lo hizo notar. Entonces aún no era mi esposa.

—Conduces con los dos pies —dijo, con el mismo tono de fascinación con el que destacaba los diversos idiomas que yo hablaba o los muchos libros que yo había leído antes de abandonar la lectura.

—¿A qué te refieres?

—La mayoría pasa el pie del pedal del acelerador al del freno. Tú mantienes un pie en cada uno.

Miré el suelo del coche. Efectivamente, tenía un zapato de piel marrón reluciente descansando en cada pedal.

—¿No has tenido nunca la sensación de que querías irte y a la vez la sensación de que querías quedarte? —preguntó con sonsonete, parodiando a Jimmy Durante. Le sorprendía también la familiaridad que yo tenía con los artistas y las estrellas de cine norteamericanas—. Es un signo de ambivalencia —dijo, comentando aún sobre mis pies.

—Es mi manera de conducir —le expliqué, aunque durante un tiempo después de aquella conversación traté de utilizar un solo pie, como ella decía que hacía todo el mundo. Pero, pasadas un par de semanas, recuperé mi vieja costumbre. Me sentía más seguro así.

En estos momentos conducía con ambos pies, y tenía ambas manos en el volante. La aguja del indicador de velocidad temblaba entre cuarenta y cincuenta kilómetros por hora. Harry, mi socio, dice que si algún día tuviera que comprar un coche de segunda mano, algo que Dios le libre de tener que hacer, me lo compraría a mí. A mí o a una ancianita que lo utilizara sólo para ir a la iglesia los domingos, añade, porque quiere dejarme claro que simplemente bromea. Harry puede bromear todo lo que le venga en gana, pero sigue sin comprender lo fácilmente que se producen los accidentes. Incluso aquí. Sobre todo aquí, donde los aspersores proyectan arco iris sobre los jardines recién plantados, y los relucientes ventanales convierten la vida de todo el mundo en un libro abierto, y los niños pedalean en bicicletas, no las bicicletas negras de carga que atestaban las calles de Ámsterdam hasta que los alemanes se las llevaron también, sino bicicletas de los colores de las piedras preciosas de las joyas que mi suegra exige como prueba de amor a mi suegro, quien, como muchos hombres de negocios, hizo fortuna durante la guerra. Los niños en bicicleta son mi mayor

temor. Me los imagino rebotando sobre el capó encerado de mi Buick. Los veo deslizándose debajo de los neumáticos con franjas blancas.

Dejé atrás Algonquin y continué por Oroquois. Fue un giro instintivo. De no ser por el miedo a atropellar a esos niños, podría encontrar el camino de vuelta a casa con los ojos cerrados. A veces, cuando conduzco por estas calles, me imagino la vista desde arriba. Miro hacia abajo y veo los ranchos, y Cape Cod, y las diversas colonias dispuestas a lo largo de calles de formas curvas, unidas a la carretera de acceso, conectadas a la autopista, un apéndice de la ciudad, en el condado de Middlesex, en el Estado de Nueva Jersey, en los Estados Unidos de América. Y me veo a mí, ambos pies en sendos pedales, ambas manos al volante, conduciendo por ellas. Los árboles, a diferencia del doctor Gabor cuando me formulaba todas esas preguntas molestas sobre sexo, sí me dejan ver el bosque.

Cuando giré a la derecha para tomar Seminole, sentí aquel fogonazo de pánico tan familiar. La casa no estaría allí. En su lugar habría unas ruinas humeantes. Peor que eso, en su lugar sólo encontraría una simple extensión de hierba y árboles. La casa no habría existido nunca. La habría soñado. Y en cualquier momento me despertaría y estaría de nuevo en ese otro mundo. Pero la casa estaba allí. Respiré aliviado y entré en el camino de acceso.

Un manchón azul y blanco se acercó a mi visión periférica. Mi pie izquierdo descendió sobre el freno. No paré en seco, simplemente ralenticé un poco la marcha. Volví la cabeza para ver qué me había llamado la atención. Scottie Wiener en su jardín, la cara recién lavada, el pelo húmedo pegado a la cabeza, vestido con un pantalón de pijama de rayas azules y blancas que le quedaba un par de tallas grande. Estaba a cierta distancia del camino. Tendría que haberlo hecho a propósito para atropellarlo.

Le saludé con la mano y Scottie me devolvió el saludo.

—Hola, señor Van Pels —dijo a través de la mella de sus dientes. Los hijos de los vecinos me aprecian. Soy paciente con ellos. No levanto la voz, como hacen algunos padres. Nunca pierdo los nervios. O, al menos, nunca me han visto hacerlo. Hace unas semanas, dejé que Scottie me ayudara a instalar el columpio en nuestro jardín.

Me alejé del pequeño delgadito de dientes mellados, transformado en un anciano arrugado gracias al enorme pijama de rayas de su hermano mayor, y metí el coche en el garaje, estacionándolo a la distancia adecuada de la ranchera, que mi esposa había aparcado pegada a la pared para dejarme espacio. La máquina cortacésped, los rastrillos, las palas y las demás herramientas para mantener a raya el caos estaban ordenadamente colgadas y guardadas.

Salí por la puerta delantera, cogí la corbata y la americana que había dejado en el asiento de atrás y me deslicé entre los dos vehículos hacia la puerta trasera. Diez días de temperaturas récord habían dilatado la madera, y me vi obligado a empujar con el hombro para abrirla. La casa estaba bien construida, por tratarse de un modelo prefabricado, y yo había reparado todo lo que había podido, aunque nunca sería lo

sólida que a mí me habría gustado.

El muro de aire frío me golpeó con tanta fuerza como el de calor al salir de la consulta del doctor Gabor. Había instalado un aparato de aire acondicionado en el salón y otro en nuestro dormitorio. Cerré la puerta a mis espaldas, abrí la boca, recordé el estado de mi voz y volví a cerrarla. Entonces, incapaz de resistirme, murmuré las palabras: «Ya estoy en mi hogar».

«Hogar». Una de mis palabras favoritas en inglés. La «o» redonda, la «g» pastosa. Es más sólida que la evasiva «casa», mejor que la sibilante «seguridad», que en cualquier caso no es más que un cuento de hadas. La única seguridad en la que confío es la de la caja fuerte que instalé con mis propias manos detrás del armario de la ropa blanca en cuanto nos trasladamos a esta casa. «Hogar», sin embargo, es un caballo, o más bien una palabra, de distinto color.

Atravesé el salón. El parquécito instalado en el medio ocupaba mucho espacio, pero aún quedaba lugar a su alrededor para transitar. La estancia era más grande que sus homólogas en Pineview, o en Devon, o en cualquier otra urbanización vecina. Era idea mía. Mi idea luminosa, como aún la llama Harry, aunque el concepto era tan simple que todavía me costaba creer que no se le hubiera ocurrido a nadie antes que a mí.

Y mientras cruzaba la habitación, la cara gris ceniza del televisor me devolvió mi reflejo. Un hombre alto con pelo corto sujetando sobre el hombro con un dedo una americana de milrayas de algodón, un hombre de negocios, un norteamericano. Me di cuenta de que otro hombre se habría palpado los bolsillos para asegurarse de que llevaba encima la cartera, las llaves y el encendedor, en el caso de que fumara, que no era el mío.

Subí los cinco peldaños hasta la cocina. Sobre el mostrador, *La felicidad de cocinar*, el libro abierto y manchado con las expectativas y los ingredientes de unas doscientas cenas. En un rincón, la trona embadurnada con las consecuencias de la tensión y el puré de una batalla campal. En un extremo de la mesa de formica, macarrones con queso congelados en un plato. Tenía que haber sido una cena complicada. Mi esposa siempre tira a la basura las sobras de las niñas antes de que yo llegue a casa. A lo mejor fue al ver aquello, tal vez fue por el doctor Gabor, pero de repente me encontré de nuevo en el Marseilles. Nunca, ni siquiera antes de la guerra, había visto yo tanta comida. Cubas de sopa y abrevaderos de ensalada, mesas expositoras calientes con carne, pescado, pollo y verduras, y rascacielos escalonados soportando bandejas de temblorosos pasteles de los colores de las piedras preciosas y tartas coronadas con nata montada. Había toda la comida que me apeteciese, tanta que casi creía que algún día llegaría a tener suficiente. En el poco tiempo que permanecí en el Marseilles, me convertí en una leyenda. «Aquí llega el glotón», murmuraban con cara de asco entre ellas las pechugonas voluntarias, encorsetadas en sus vestidos negros, en cuanto me veían avanzar en la fila con mi bandeja metálica. Al otro lado de las mesas expositoras calientes, sus rostros, surcados por el sudor y el

carmín, forzaban sonrisas caníbales mientras competían para llenar mi plato. Y yo les dejaba, prácticamente estaba haciéndoles un favor.

Cogí el vaso de leche que había dejado mi hija a medias y lo acabé. Ni siquiera lo que pedí la primera noche en el Marseilles manchó mi reputación. «Quiere un vaso de leche con carne». Movieron la cabeza y chasquearon la lengua horrorizadas. «¿Acaso no te enteras de nada?». La que me hablaba era una mujer menuda con escaso cabello blanco que hacía cola detrás de mí. «Míralo, come carne con leche. No es *kosher*». Levantó su ojos ansiosos y empujó un puño casi infantil en dirección al cielo. El número tatuado en su brazo centelleó bajo la luz del techo. «Hazle alguna cosa. Si no se lo has hecho ya, hazle alguna cosa por esto». La mujer que había detrás de las toneladas de comida bajó la vista. La diminuta furia abrió el puño y se marchó con su bandeja a una mesa, como si no hubiese dicho ni una palabra.

Dejé el vaso y el plato de mi hija en el fregadero y miré por la ventana mientras los enjuagaba. Las mimosas que había plantado el año anterior estaban creciendo mucho. Mi esposa habría preferido un castaño, pero no sé por qué no me gustaba la idea de mirar por la ventana y ver un castaño. No se lo comenté. ¿Qué tipo de hombre podría tener prejuicios contra los castaños? Insinué amenazadoramente las posibles plagas de los castaños y dije que las mimosas resultarían más exóticas. A mi esposa le gusta lo excepcional. Soy una prueba viviente de ello.

Una estrecha franja de bosque separa Indian Hills del campo de golf del club de campo, aquel al que el tipo de First Mutual me dijo que me apuntara, hasta que descubrió que mi mujer era judía. El bosque y el campo de golf resultan atractivos comercialmente, pero yo prefiero la vista a las casas de mis vecinos, o mejor dicho, al interior de sus casas. En las cocinas y los salones de Indian Hills nadie cierra las persianas ni corre las cortinas. La privacidad está permitida en la planta superior, pero abajo se exige ausencia completa de secretismo. Mi esposa dice que se siente incómoda cuando mira por la ventana y, en una cocina que es una imagen especular de la nuestra, ve a una vecina cortando cebollas, o batiendo huevos, o lavando los platos como ella. Pero a mí me encanta estar en mi casa mirando las de los demás, viendo cómo la gula más simple ilumina sus caras mientras mastican sus sangrientos filetes y engullen sus verduras de congelado rápido, y la complacencia de su indefensa expresión cuando se repanchingan delante del televisor, y la conmovedora inocencia de sus abrazos y sus besos cuando apremian a sus hijos para que se vayan a dormir, seguros de que seguirán allí a la mañana siguiente.

Mientras miraba por la ventana de mi cocina, Jane Wiener apareció en la ventana de la suya. Estaba de pie junto a la encimera, la cabeza inclinada hacia abajo, sus estrechos hombros de niña moviéndose al ritmo de sus labores. Levantó un brazo para retirarse el mechón de cabello negro y liso que le caía sobre la frente y miró el jardín con sus enormes ojos oscuros. De pronto, su rostro, de huesos delicados, se arrugó para formar una sonrisa pensando en algún chiste íntimo o por pura felicidad, y me imaginé, aun sin poder verlos desde esta distancia, los hoyuelos.

¿Por qué siempre quieres que sonría?

Porque se te forman hoyuelos en las mejillas.

Le tengo cariño a Jane, aunque sé que no es mejor que cualquiera de las demás esposas de la calle, lo cual no es decir mucho. Pero, por algún motivo, siento un vínculo especial que me une a ella.

Cerré el agua, atravesé la estancia y subí otro breve tramo de peldaños hasta llegar al vestíbulo de arriba. A medida que me acercaba, se hizo más fuerte el sonido de gritos y risas, y una voz femenina que canturreaba desafinando: «Mi barco tiene velas que están hechas de seda». «¿A qué tipo de madre se le ocurre cantarle música de Kurt Weill a un bebé?», se pregunta mi suegra. Cuando lo que en realidad quiere decir es a qué tipo de chica se le ocurre casarse con un recién llegado del que no conoce nada, con un desconocido que podría ser un ladrón, un asesino o un nazi, a pesar de ese número que lleva grabado en el brazo, cuando todos sabemos lo que hicieron algunos para sobrevivir. Se huele algo respecto a mí.

Abrí la puerta del baño. Mi esposa estaba de rodillas, inclinada sobre el lateral de la bañera dando la espalda a la puerta y mostrando al mundo las blancas plantas de sus pies. ¿Cómo puede andar por ahí de esta manera, exponiendo una superficie vulnerable a cristales rotos, clavos oxidados y centenares de trampas bobas escondidas? Mi vista ascendió por su cuerpo, abandonando aquellas invitaciones a problemas en forma de estrechas suelas de bailarina para dirigirse a los pantalones cortos de color morado que la convertían en una ciruela madura. Mi mano se dobló para adaptarse a la forma.

Detrás de ella, dos cuerpecillos bronceados y resbaladizos por el jabón salpicaban por todos lados locos de alegría. Mi hija mayor se levantó para tocarme, resbaló y desapareció por debajo del borde de la bañera. El brazo de mi esposa, bronceado y resbaladizo como el cuerpo de las niñas, se extendió y Abigail apareció de nuevo, su cabello chorreando, la boca abierta para dar paso a unas carcajadas escandalosas.

—¡Pa-pá, pa-pá, pa-pá! —voceaba Betsy como una sirena. No, más bien como una señal de fin de peligro.

Mi esposa se volvió hacia la puerta. El calor y la humedad habían transformado su oscuro cabello en una nube despeinada. Su rostro se iluminó con su sonrisa de haber bebido mucha leche.

Esto, doctor Gabor, es la definición de destacable.

—Cuéntame qué tal el médico —dijo mi esposa.

Yo retiraba los platos de la cena y los dejaba en la encimera de la cocina, mientras ella seguía la rutina habitual. Fregar, aclarar, escurrir, fregar, aclarar, escurrir. Lavaba los platos antes de introducirlos en la máquina concebida para lavarlos, igual que hacían todas las esposas que habitaban estas anchas y sinuosas calles. Habitualmente me río de ella por eso, igual que todos los maridos se ríen de sus esposas por lo

mismo, y la normalidad de ese intercambio me deja siempre satisfecho, pero esa noche no me reí de ella, porque sabía lo mucho que le había costado esperar tanto rato antes de preguntarme por el doctor Gabor.

Esa misma mañana me había asegurado que respetaría la confidencialidad de la relación terapéutica. Mi esposa había asistido a varios cursos de psicología en el Barnard College aunque, a diferencia de su hermana, no se había especializado en la materia. Pero había obtenido la información suficiente como para estar preocupada. Temía lo que el médico pudiera llegar a descubrir de malo en mí. Le corroía que pudiera llevarme a decidir que lo malo era ella. De modo que, a pesar del respeto que sentía por la relación terapéutica y de que casarse conmigo había acabado con su costumbre de indagar en exceso sobre cualquier tema, no pudo evitar preguntarme por él.

—Me ha hecho muchas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. Sobre mí. Sobre ti.

Sin apartarse del fregadero, se volvió hacia mí. Se había lavado la cara y peinado, pero no iba maquillada. Tenía la piel dorada de pasar las tardes en el jardín con las niñas. Sus grandes ojos, de color avellana salpicados de puntitos verdes y de un exceso de confianza para su desgracia, se entrecerraron de preocupación.

—¿Qué de mí?

—No es necesario que hables en voz baja —dije—. Tú no te has quedado sin voz. Se volvió hacia el lavavajillas.

No pretendía mostrarme irritable, pero no me gustaba hablar sobre el doctor Gabor. Era casi tan terrible como tener que hablar con él. Quince dólares la hora para comentar los libros que estaba leyendo mi mujer.

—También quería conocer cosas sobre mi familia. Sobre antes.

Continuó dándome la espalda. Ésas eran las preguntas que ella querría formular. «Cuéntame», solía decir al principio, «quiero saber».

No querría saber, aunque ésa era una cosa más que no le dije.

—Y sobre sexo.

—Estaba segura de que lo haría. —Se volvió de nuevo de cara a mí y su grueso labio superior aumentó de tamaño cuando sus dientes marcaron con preocupación su labio inferior. Recelaba de su falta de experiencia. Nunca le dije lo agradecido que me sentía de que fuera así.

—Le expliqué que lo que pueda ocurrirle a mi voz no tiene nada que ver con eso.

—¿Y con qué piensa que tiene que ver?

—No tiene ni idea. Por eso me hizo todas esas preguntas. Quería incluso conocer tus gustos lectores.

No tenía intención de sacar aquello a relucir aunque, cuando había subido arriba antes de cenar, me había sido imposible no acercarme a la mesilla de su lado de la cama. Pero la voz la había perdido semanas atrás. Seguramente habría leído docenas

de libros desde entonces. Lo que tenía ahora en la mesilla era *El abogado del diablo*, de Taylor Caldwell.

—Vaya cosa curiosa de preguntar.

—Fue como ir a pescar. No tiene ni idea de qué anda buscando.

—Lo que tú puedas recordar. Es la técnica de la libre asociación.

Como dije, había asistido a unos cuantos cursos.

—Pero no consigo recordar.

No era ninguna mentira. Hay cosas que podría explicarle, pero que decidí no hacerlo. Pero hay otras de las que no estoy tan seguro. El pasado reciente no representa ningún problema. Nunca olvido su cumpleaños, o nuestro aniversario, o el momento en que supe que iba a casarme con ella, que, ella insiste, fue casi un año después de que ella hubiese tomado ya la decisión de casarse conmigo. Recuerdo el peso de mis hijas al nacer, y el día en que llegaron a casa del hospital, y la primera noche que pasé sentado junto a la cuna de Abigail. Soy capaz de salir de una reunión en el despacho y repetir todo lo que se ha dicho y recordar quién lo ha dicho, puedo enumerar el coste de los materiales del año pasado y del anterior, y recordar los detalles concretos al respecto. Soy toda una autoridad en lo que a mi vida actual se refiere. Pero mi existencia anterior es un misterio. Incluso cuando intento recordarla, tengo dificultades. Pero a veces, cuando no lo intento, cuando juego con las niñas, o cuando estoy sentado en mi despacho, o pensando sobre asuntos que no tienen nada que ver con el pasado, se produce una explosión, como las bombas de los aviones aliados volando por encima del chapitel de Westertoren, y vislumbro el mundo como lo hacía durante aquellos ataques aéreos, penetrante, blanco y cegador. Escucho incluso las sirenas y huelo los incendios. Hace unos meses, tuvimos un incendio en la oficina, y Harry sigue aún quejándose del mal olor que ha quedado, pero nadie sabe cómo huele el fuego hasta que no se ha inhalado una ciudad en llamas. Esos flashes de recuerdos son así de reales. Pero antes de que pueda aferrarme a ellos, el mundo vuelve a tornarse oscuro, igual que durante los bombardeos aéreos. Conozco determinados hechos sobre mi vida. Puedo incluso ordenarlos en secuencia, porque debieron de producirse en ese orden. Pero no recuerdo cuándo sucedieron cosas, o dónde, o incluso si me sucedieron a mí o a otra persona. Nací hace seis años en un barracón de aduanas junto al río Hudson. Fui concebido un año antes que eso durante una noche de truenos y relámpagos en un granero que olía a estiércol en algún lugar de Alemania. Cualquier existencia previa es un rumor que he oído por casualidad. En lugar de recuerdos, tengo instintos; en lugar de un pasado, tengo este inexplicable, ilícitamente adquirido y completamente destacable presente.

Tres

«Hay quien considera al refugiado como un ser humano, y no lo es, y esto se aplica especialmente a los judíos, que son inferiores a los animales, [...] una especie infrahumana sin los refinamientos culturales o sociales de nuestros tiempos».

General George S. Patton

En el área de Nueva York murieron doce personas por causas relacionadas con el corazón, un trabajador de la obra se desmayó por deshidratación, el tiempo cambió finalmente y yo seguí visitando al doctor Gabor. ¿Qué otra alternativa tenía? No podía pasarme la vida sin voz.

—Volvamos a la guerra —dijo al empezar la siguiente visita.

—No recuerdo muchas cosas.

—Dijo que pasó la mayoría del tiempo en Ámsterdam.

Asentí.

—¿Formaba parte su padre de la ocupación?

—Ya le dije que mi padre era holandés. Nos trasladamos allí antes de la guerra.

En junio de 1937.

—¿Por qué?

—Una oportunidad de negocio.

—¿Y cuando llegó la guerra?

No cesaría en su empeño. ¿Qué hacía durante la guerra un holandés que había vivido en Alemania en Ámsterdam?

—Estuve en Auschwitz. —Mi voz raspó como una llave que entra en una cerradura oxidada.

Levantó la vista del bloc de notas amarillo.

—¿Como vigilante o como prisionero?

El jodido hijo de puta.

—Como prisionero.

El hijo de puta pestañeó. Las facciones se reorganizaron hasta componer «la mirada». Ya llevaba tiempo sin verlo. La guerra había terminado hacía ya siete años. No era el único con ganas de olvidarlo. Pero hubo un tiempo en que conocía esa mirada como la palma de mi mano, o como el número que llevo grabado en el brazo. Estaba llena de compasión, y de vergüenza, y de una cosa más. De aversión. No me odiaba como lo había hecho cuando me imaginó entregando judíos y dando palizas a los holandeses, pero yo no le gustaba porque había estado allí.

Sólo recuerda que donde has estado, lo que has visto, no te granjeará las simpatías de la gente.

—Pensé que me había mencionado que estuvo en Ámsterdam.

—Y estuve allí. Hasta agosto del 44. El 4 de agosto, para ser exactos. Fui arrestado y enviado a Westerbork, luego a Auschwitz.

—¿Por qué motivo?

—¿Cree que necesitaban algún motivo?

—Si fuera usted judío, no, pero si no lo era, habría normalmente algún pretexto. Activismo político. Homosexualidad.

—Nada de eso.

Soltó el bolígrafo y se recostó en su asiento.

—¿Activismo político?

Habían hecho una redada y capturado a treinta o cuarenta combatientes de la resistencia y se corrió la voz de que había un judío entre ellos. La SS irrumpió en los vagones del tren, agitando sus rifles, utilizando los puños, gritando: «Abajo los pantalones, abajo los pantalones». Solamente en alemán, que me niego a hablar, incluso mentalmente.

—Activismo político —concedí.

—Cuéntemelo.

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no consigo recordarlo. Me crea o no.

—Le creo. Es un fenómeno común entre la gente que ha estado en los campos.

—Yo no soy como ellos —dije con voz ronca.

—¿Se refiere a que no es judío?

—Me refiero a que me niego a vivir en el pasado. No hablo sobre ello. Nunca pienso en ello. Cuando mi mente viaja hacia el pasado, se detiene en la pasarela del barco a bordo del cual llegué aquí.

—De acuerdo, cuéntemelo.

No podría entenderlo, doctor. Usted, que llegó antes de la guerra con su título de médico y su equipaje cargado en contenedores, y con sus libros. ¿O acaso tuvo que abandonar contenedores y libros? ¿Acaso iba sólo un paso por delante de Hitler? Pero aun así, diablo húngaro listillo, lo consiguió justo a tiempo. La historia fue completamente distinta para los que llegamos después.

El sol azotaba desde un cielo blanco y desencadenaba chispas sobre el río aceitoso. Las gaviotas chillaban como viejas locas, la sirena del barco rompía un ambiente que olía a sal y la gente se gritaba entre ella en una babel de idiomas. Incluso sin comprender lo que decían, interpretabas la excitación, y también el terror. Estaba seguro de que alguien acabaría cayendo por la borda o atrapado entre la marabunta de pies ansiosos por cruzar la pasarela y pisar suelo americano.

Peor aún fue en el barracón de aduanas. El sonido de neumáticos chirriantes, el de las maletas cayendo pesadamente con un ruido sordo y el de las voces humanas hacían tambalearse las finas paredes. Los hombres se movían entre el calor como nadadores bajo el agua. Las mujeres se abanicaban con sombreros, pañuelos y documentos. Los niños lloraban. Un anciano se desmayó. Y en el extremo del

barracón, un rayo de sol se filtraba por una abertura de la pared metálica. Era cegador. Aquello era América.

La multitud estaba agitada. La gente buscaba la cola que le correspondía. Los funcionarios señalaban aquí y te mandaban allí, y pedían intérpretes. Voluntarios de decenas de instituciones distintas intentaban ayudar, perdían la paciencia y gritaban a las personas aterrorizadas a quienes habían ido a socorrer. Encontré mi lugar al final de una cola. Avanzaba unos centímetros y luego se detenía cuando hombres y mujeres buscaban documentos en mochilas, bolsillos y forros de abrigos demasiado pesados para una mañana de calor mareante como aquélla. De pronto, una mujer inició un lamento fúnebre. Buscaba a su hijo. ¿Dónde estaba su hijo? Las mujeres gritaron. Los hombres empezaron a correr hacia las aberturas de las pasarelas y a mirar frenéticamente las aguas agitadas por el motor. Sonó un chillido en el otro extremo del muelle. ¡Aquí está! ¡Aquí está! La mujer corrió hacia su hijo, lo cogió en brazos, lo dejó en el suelo, lo zarandó, lo abrazó, volvió a zarandearlo. La gente se alejó de allí. Cada cual tenía sus propios problemas.

La cola siguió avanzando lentamente. Cuanto más tiempo llevaba esperando, más nervioso me sentía. Siempre podía salir algo mal. Las reglas cambiaban. Los documentos que eran correctos cuando el barco partió de Bremen podían ser insuficientes cuando atracara en Nueva York. Yo sacaba mis documentos y los miraba sin cesar. No había podido impedir hacerlo continuamente en el barco, y los documentos tenían manchas de dedos y estaban arrugados de haberlos llevado todo aquel tiempo tan pegados a mi cuerpo. El Certificado de Identidad Sustituto del Pasaporte era lo que estaba en peor estado. Mire, doctor, algunos de nosotros no teníamos el documento original. En aquel momento lo consideraba aún un inconveniente. Nunca se me pasó por la cabeza que acabaría siendo una ventaja.

Por la presente certifico que *Peter van Pels...*

Había contenido la respiración mientras la secretaria del campo iba mecanografiando la información que faltaba en el formulario.

... Nacido en *Osnabruck, Alemania, el 8 de noviembre de 1926, varón, soltero*, tiene intención de emigrar a los Estados Unidos de América.

Altura: *Un metro y ochenta y siete centímetros.*

Cabello: *Castaño.* Ojos: *Azules.*

Marcas o facciones diferenciadoras: *Cicatriz en el brazo derecho por encima de la muñeca.*

Habían apuntado la cicatriz que tenía en el brazo derecho como consecuencia de un mordisco de rata, pero no el número del brazo izquierdo. De éstos había tantos que había dejado de ser un hecho diferenciador.

El solicitante declara no haber estado nunca en la cárcel ni haber infringido las leyes.

Las bisagras de la puerta del granero chirrían. Los animales se agitan, bufan y mueven las patas. El viejo ronca.

Pero nunca había estado preso.

Guardé de nuevo los documentos en el bolsillo superior de la chaqueta, a salvo, listos para sacarlos de nuevo en cuanto me los solicitaran.

Quedaba aún media docena de personas por delante de mí. A lo mejor había contraído alguna enfermedad a bordo del barco y algún signo revelador la delatará. Quizá alguien había interpuesto una demanda contra mí. La gente siempre andaba inventándose historias. Éste había sido un capo. Ése otro era comunista. Fulano había dirigido una boyante operación en el mercado negro. Lo hacían para prosperar, y para ganar puntos, y porque tenían que encontrar un lugar donde descargar la rabia agotadora que llevaban encima.

Estaba ya acercándome. Sólo quedaba una persona delante de mí. El funcionario de aduanas cogió el pasaporte y el visado del hombre y se quedó mirando los documentos. «Wishwzzz...». Su voz se interrumpió en un amasijo de consonantes. Movié la cabeza. «Eso no es un apellido, es una palabrota». Escribió algo en los documentos, les puso el sello y se los devolvió al hombre. «Bienvenido a los Estados Unidos, señor». La última palabra la dijo entre dientes, pero el hombre se limitó a recoger la documentación, a mover la cabeza afirmativamente varias veces en señal de agradecimiento y a largarse. Me tocó entonces a mí el turno de acercarme a la mesa y entregué mis documentos rápidamente, no demasiado rápidamente. Ni el mínimo indicio de una postura de firmes o de un saludo enérgico. No quería que el funcionario se llevase una idea equivocada.

Me arrancó el Certificado de Identidad de la mano, que, para mi asombro, no estaba temblando, y lo miró. «Van Pels. Un apellido muy americano. Tan americano como Stuyvesant. Nueva York fue en sus tiempos Nieuw Ámsterdam, ya sabe. Brooklyn era originariamente Breuckelen. Harlem, Haarlem». Murmuró alguna cosa más. Seguía mirando el certificado, y había hablado entre dientes, pero yo conocía aquellas palabras. Las sabía en inglés, en francés, en holandés y en alemán. Y probablemente las reconocería en media docena de idiomas más que ni siquiera hablo.

—No es uno de los elegidos —había mascullado.

Me pregunté si sería un chiste, o una prueba. Lo observé mientras seguía examinando el Certificado. Cuando yo lo vi por primera vez, me quedé sorprendido. Y seguía sin comprenderlo. En los documentos alemanes y holandeses, incluso en los documentos del campo de refugiados, siempre aparecía la religión del portador. El Certificado de Identidad Sustituto del Pasaporte emitido por el Consulado General de los Estados Unidos informaba solamente de mi altura, de si tenía marcas distintivas en mi cuerpo y de si había sido encarcelado por algún crimen. ¡Vaya país!

El funcionario levantó la vista del documento. Esperé que se diera cuenta de su error. En el barco todos me habían tomado por uno de ellos.

—Ya lleva el tiempo suficiente en este lugar, señor Van Pels, como para empezar a pensar si no somos más que un vertedero de la basura del mundo. Todo esto hace

que te preguntes por qué lucharon nuestros chicos. —Puso el sello en el Certificado de Identidad—. Debo de llevar ya un centenar de inmigrantes esta mañana, y usted es el primero al que le permitiría casarse con mi hermana. —Me guiñó el ojo y me entregó la documentación. Cójalo, señor Van Pels. Coja su estupendo apellido holandés-americano y su Certificado de Identidad donde no consta religión alguna y entre en América como uno de los no elegidos.

Llevaba años pensándolo. Me había hecho a la idea una docena de veces, tal vez un centenar. Había calculado las probabilidades y considerado los peligros, e imaginado también las cuestiones prácticas. Pero nunca me había planteado la posibilidad de que me lo entregaran tan fácilmente. No había prueba alguna de lo que yo era. No había rastro de quién había sido. La Cruz Roja ni siquiera me había anotado en la lista de supervivientes. Según sus archivos, seguramente había fallecido en el transcurso de las marchas forzadas, o simplemente después de eso, en Mauthausen. Y podían haber tenido razón, si el soldado alemán, que no tenía un aspecto menos ario que cualquiera de los oficiales de la SS que nos llevaban hacia el oeste, ni más humano que aquel granjero hijo de puta del granero, no me hubiera dado, por algún antojo que nunca comprenderé y que no comprendí en su momento, aquel pedazo de pan mohoso. O quizá él sí lo comprendiera. Se vislumbraba el fin de la guerra. Tal vez estuviera cerrando su propio trato con el futuro. Pero todo eran especulaciones, sobre los motivos de aquel hombre, sobre el destino de un chico llamado Peter van Pels.

Levanté el brazo para recoger el Certificado. La manga retrocedió solamente un par de centímetros, no lo suficiente como para revelar el número al funcionario, pero yo sabía que estaba allí. No lo habían anotado en el Certificado por no ser una característica diferenciadora, pero aun así podía delatarme. Me pregunté qué habría dicho el sonriente funcionario que murmuraba entre dientes calumnias antisemíticas si me hubiese quitado la chaqueta, subido la manga y enseñado que yo no era más que un pedazo más de la basura del mundo. Pero no todos los que habían estado en los campos eran judíos. El número revelaba dónde había estado, pero no lo que era. Algún día incluso podría hacer que me lo borrasen. Había oído decir que había médicos que practicaban esa pequeña intervención.

Me quedé mirando la sobada documentación que el funcionario tenía en la mano. Yo no creía en Dios. ¿Cómo creer después de estar donde había estado y ver lo que había visto? Ni siquiera recordaba la parafernalia relacionada con el culto.

El sudor rezumaba por mi labio superior, inundaba mis axilas y resbalaba por los costados. Tenía la camisa empapada. Mi ropa interior era un trapo mojado pegado a mi estómago, a mis nalgas y al verdadero problema. La prueba de quién era. El corte de Abraham, la señal del pacto, la incisión de mi infancia, el prepucio ausente, la prueba irrefutable de quién era.

Me quedé mirando al hombre uniformado que me había confundido con un gentil, recordando a otros hombres uniformados que habían sido igual de ineficientes. No,

no recordando, porque la historia no me pertenecía a mí, sino que con tanto contarla y conservarla había terminado siendo mía.

El hombre que contó esa historia había sido hecho prisionero durante una redada en contra de los combatientes de la resistencia polaca —algunos comunistas, otros católicos, todos antisemitas, había jurado el hombre que la contaba— y los habían obligado a subir a un tren. Por los vagones había corrido el rumor de que había un judío entre ellos. Y el rumor había llegado hasta los oficiales, que empezaron a gritar obscenidades, a atizar golpes con la culata de sus rifles, a gritarles a los hombres que se bajaran los pantalones. El hombre que había explicado la historia se había adelantado y había empezado a manosear los botones. La culata de un rifle le había aplastado entonces el pecho. Había caído al suelo y rodado hasta confundirse con el montón de combatientes de la resistencia magullados, golpeados, incircuncisos, sin que lo descubrieran.

Pero yo ahora estaba en América. Aquí, los hombres uniformados no ordenaban a los demás hombres que se bajaran los pantalones. Aquí los hombres uniformados sonreían, aun murmurando insultos por lo bajo, y decían bienvenido y buena suerte y enseguida se sentirá usted como en casa.

Pero tarde o temprano acabaría bajándome los pantalones. Seguía viendo aquella fotografía de la revista *Life* en la que aparecía el marinero abalanzándose sobre la enfermera. Tarde o temprano me delataría. El odio a los judíos no conocía sexo. En el campo había un hombre que había sido traicionado por su amante aria. Probablemente había más de uno, pero ése era el único que yo conocía.

Y eso era lo que estaba pensando la primera vez que vi a Susannah. O tal vez estuviera pensándolo porque ya la había visto por el rabillo del ojo.

¿Cuánto tiempo tendremos que estar leyendo la Biblia hasta llegar a la historia del baño de Susana?

¿Y a qué se refieren con eso de Sodoma y Gomorra?

¡Ana, Peter, un poco de seriedad, vosotros dos!

En lo primero que me fijé fue en su pelo. Me había llevado más tiempo acostumbrarme a ver mujeres con pelo que sin él. ¿Qué puede extraer de eso, doctor? El pelo de Susannah era rubio oscuro y sedoso. Entonces lo llevaba largo y le caía sobre uno de sus ojos con pestañas de terciopelo, como en las fotografías de Veronica Lake de antes de la guerra. Había leído, de nuevo en *Life*, que al principio de la guerra la estrella de cine, en un gesto patriótico, se había cortado aquella cortina de seda que todos los hombres deseaban tocar. Desde Sansón no había habido otro corte de pelo con consecuencias tan graves. De la noche a la mañana, Veronica pasó a convertirse en una vieja gloria. Pero Susannah tenía el pelo como Veronica antes de cortárselo, y una dulce naricilla que se detenía justo antes de pasar a ser respingona, y aquellos dientes blancos y bien puestos que habrían hecho llorar de felicidad al doctor Pfeffer. La dentadura, como dije, era de familia. Estaba sonriéndole a un niño, a quien reconocí del grupo de huérfanos del barco, y en esa sonrisa vi un clan grande y

cariñoso que le había estado sonriendo desde su infancia. Llevaba una insignia de identificación sobre su pequeño y puntiagudo pecho izquierdo, pero yo no estaba lo bastante cerca como para leer su nombre ni el de la institución para la que trabajaba como voluntaria. Posteriormente discutiríamos sobre eso. No, discutir no, más bien discrepar.

Debió de notar que la miraba, pues levantó la vista. Nuestras miradas se encontraron. Vi el rubor coloreando sus mejillas.

¿Mouschi es niño o niña?

Es un gatito, Ana.

Y fue ahí cuando se me ocurrió. Cualquier amante se enteraría. Cualquier prostituta se enteraría. Pero una buena chica no sospecharía nada. Podría bajarme los pantalones y seguir manteniendo mi secreto.

Le cogí al funcionario de aduanas el Certificado de Identidad Sustituto del Documento que habría sido el correcto, lo guardé en el bolsillo de mis pantalones empapados de sudor y me dirigí hacia el cuadrado de sol cegador que había en el otro extremo del barracón. Cuando emergí a mi nueva vida, me sentí curiosamente liviano. Me sentí tan ligero que casi podía irme flotando de allí. Y eso fue lo que hice cuando Werner Pfeffer me pidió información sobre su fallecido padre.

—No sé nada de un tal Fritz Pfeffer ni de una familia apellidada Frank —dije, y desaparecí por la Duodécima Avenida para adentrarme en América.

Cuatro

«El 23 de octubre —un día después del decreto de “arianización”— solicitamos [...] a un notario, por iniciativa de Otto, que registrase una nueva empresa. [...] Kugler aparecía como su director general y J. A. Gies [...] como director de supervisión. [...] El desembolso de acciones [...] se emitió a nombre de Kugler y Gies. De este modo, el negocio era completamente “ario”, al menos oficialmente, aunque en la práctica la propiedad de la empresa seguía en manos de Otto Frank».

Diario de Ana Frank, Ana Frank: edición crítica

Cuando se abrió la puerta del despacho de Harry y éste salió al vestíbulo, supe que el momento no había sido escogido por casualidad. Había estado esperando a que también saliese yo de mi despacho. Quería hablar conmigo, pero sin dar la sensación de quererlo. Si hubiese querido aprovecharme de Harry cuando empezamos, algo que definitivamente no quise hacer, no me habría resultado difícil.

Se puso a mi altura, un hombre con calvicie incipiente, una eterna sombra violácea en la mandíbula y un cuerpo voluminoso y culón que me recordaba el Shmoo^[6] de goma de mi hija. El juguete tiene un peso en los pies y cada vez que Abigail lo tira al suelo se levanta de nuevo de un salto.

—¿Qué tal la garganta, colega? —Cuando conocí a Harry solía llamarme *boychick*^[7], pero cuando descubrió que yo no era judío pasó a llamarme colega. Dejó también de salpicar sus conversaciones de expresiones en yiddish, al menos en mi presencia. Pese a que se dirigía a mí en un tono esmeradamente despreocupado, sabía que estaba preocupado. Ni a los bancos ni a las empresas les gusta dar crédito a minusválidos. Nadie quiere comprarle una casa a un hombre que hoy está y mañana ya no.

—Mejorando día a día —respondí mientras salíamos del edificio y llegábamos al aparcamiento.

—Estupendo, estupendo. —Me dio un golpecito en el hombro—. ¿De modo que ya han descubierto dónde está el problema?

No puede decirse exactamente que lo hayan descubierto, colega. Simplemente le han puesto título. «Afasia», lo llamó el doctor Gabor. No tenía ninguna intención de explicárselo a Harry. Ni siquiera le había comentado la existencia del doctor Gabor. Harry no es un hombre insensible. Más bien diría que las enfermedades le inspiran temor. Cuando habla de infartos y embolias lo hace a media voz. Jamás utiliza la palabra «cáncer». «La gran C» es lo más que se acerca a nombrarlo. Harry cree en el poder de las palabras. Incluso le gustaría el término «afasia», tan musical y médico a la vez. Pero entonces tendría que explicarle que no se trata de una enfermedad física, sino que es simplemente la descripción de la ausencia de una enfermedad de ese tipo. Eso le inquietaría. Prefiere enfermedades observables al microscopio, o detectables

por radiografías, o que se puedan medir con una máquina.

—No tienes por qué preocuparte —le dije—. No es contagiosa. No es comunicable —dije como corrigiéndome, y reí para darle a entender que era un chiste.

Se pasó la mano por el pelo oscuro que desde el pasado año había empezado a peinarse de tal modo que le cubriera la coronilla.

—Sólo te lo pregunto, colega, porque la gente me lo pregunta a mí. Esta mañana me he encontrado con George Johnson. Quería saber cómo estaba mi socio, y yo no he sabido qué demonios decirle.

—Dile a George y a todo el mundo que estoy bien. Mejorando día a día. Ya ves que tengo la voz mucho mejor —grazné en la oscuridad.

Habíamos llegado al coche de Harry, un Coupe deVille color azul huevo de petirrojo, recién salido de la cadena de montaje, y sólo ver aquel tono cromado cegador y aquellos parachoques curvilíneos que no quedarían en absoluto desplazados en el escenario de un vodevil hizo que desaparecieran de su cabeza todos los problemas relacionados conmigo.

—¿Es o no es una belleza? —preguntó. Le confirmé que efectivamente lo era. Abrió la puerta y se dobló para acomodarse en la suave tapicería que de lo bien que olía daban ganas de comérsela—. A lo mejor tendrías que fumar esto —dijo, y sacó de su bolsillo un paquete arrugado de Lucky Strike mientras pulsaba el encendedor instalado en el centelleante salpicadero—. A tu garganta no le haría ningún favor, pero como mínimo tendrías una excusa.

Acercó la punta brillante del encendedor al cigarrillo, inhaló profundamente y exhaló. El aroma a tabaco se acercó flotando hacia mí, más dulce que el olor a cuero nuevo, más fuerte que los humos acres del tráfico. Me sujeté a la puerta azul celeste del coche de Harry para no doblérgame de náuseas.

¿Sabes por qué no tenemos dinero para comida, Putti? Porque se va en humo. En el humo de tus asquerosos cigarrillos.

El dolor desapareció tan repentinamente como había llegado, pero sabía que no me lo había imaginado. Permanecí inmóvil bajo la penumbra del anochecer temblando de miedo. El doctor Gabor y los demás médicos se equivocaban. El dolor había sido demasiado agudo como para ser psicossomático. Tenía que ser el síntoma de una enfermedad grave.

Llegué a la cita con el doctor Gabor con diez minutos de retraso. Le eché la culpa a Harry.

—Mi socio tenía algunos asuntos que comentar —dije.

—¿Problemas?

—Simplemente asuntos de negocios.

—¿Se lleva bien con su socio?

Moví afirmativamente la cabeza.

—¿Cómo empezaron a hacer negocios juntos?

Cuando alguna vez en el campo de refugiados alguien hablaba sobre el pasado, siempre lo hacía empezando con «si». Si aquella mañana hubiera estado en la vanguardia y no en la retaguardia. Si me hubiese quedado rezagado en lugar de avanzar. Si no hubiera sido el primero en desabrocharme los pantalones cuando los de la SS irrumpieron en el tren. Poco a poco, los «si» acababan desembocando en teorías. Sobreviví porque fui con cuidado. Vive porque corrí riesgos. Pero debajo de esas convicciones respecto a la efectividad de un determinado comportamiento, dándose una contradictoria mano con ellas, estaba un temeroso respecto al azar. El azar fue lo que me unió a Harry Wolfe —«Como el animal^[8], pero con una “e”», dijo cuando se presentó—, pero yo me aproveché de él. Mejor dicho, me aproveché de la situación.

—Harry tenía una parcela en propiedad —dije con voz ronca—. Yo había ahorrado un poco de dinero y estaba buscando un negocio donde invertirlo.

No era mentira. Había ahorrado dinero, hasta el último penique. Había trabajado como camarero sirviendo mesas y conducía además un taxi. Pero no fue por eso por lo que Harry empezó conmigo. Él no necesitaba mi dinero. Me necesitaba a mí. Y yo no tenía la culpa de ello.

—Fue el primer amigo que hice en los Estados Unidos.

Harry era un cliente habitual en el restaurante donde yo trabajaba. Antes de que se casara. Solía acudir allí tres o cuatro veces por semana, de vez en cuando acompañado por alguna chica o por otro hombre, pero normalmente solo. Siempre venía con sus papeles, y sus documentos, y sus folletos. Yo siempre les echaba un vistazo cuando le servía la comida o retiraba los platos. «Reglamento de la Administración Federal de la Vivienda». «Métodos de prefabricación y porcentaje de viviendas nuevas». «La financiación con hipoteca como clave de la producción en masa».

Una noche, me sorprendió mirando. «La tendencia del futuro». Él empezó a dar golpecitos al folleto con el cuchillo.

—La escasez de viviendas no va a desaparecer a corto plazo.

Yo asentí y seguí atendiendo otras mesas.

—Desde que terminó la guerra —dijo cuando regresé—, todo quisqui quiere tener una vivienda en propiedad. Y para decirlo sin rodeos, el gobierno afirma que todo quisqui tiene derecho a tener una vivienda en propiedad. Así está escrito en la Declaración de Derechos Emitida por el Gobierno para los veteranos de guerra.

Yo conocía la Declaración de Derechos. Había empezado a estudiar para pasar mi examen de ciudadanía, aunque no podría presentarme al mismo hasta que hubiesen transcurrido más de cuatro años. Pero por extraño que ahora me parezca, no había oído hablar nunca de esa Declaración de Derechos en concreto.

—¿Y sabes dónde quieren sus viviendas? —dijo Harry cuando regresé para

servirle su café y su tarta. Yo no estaba revoloteando por allí, simplemente hacía mi trabajo—. No aquí en la ciudad, donde los niños crecerían sin conocer ni siquiera el aspecto de una brizna de hierba, a menos que sus padres cargaran con ellos hasta Prospect Park. Tampoco en sus ciudades de origen, donde las casas son viejas, necesitan reformas y no tienen más que un baño de mala muerte con tuberías en pésimo estado para compartir toda la familia. Las quieren en las afueras. Casas nuevas para estrenar en barrios nuevos y hermosos. Donde los niños tengan un jardín para jugar. Y donde la mujercita tenga una cocina nueva y reluciente con todos los electrodomésticos a la última. Y donde no tener que preocuparse por el valor tasado de tu propiedad, porque todas las casas son iguales que la tuya, y todos los vecinos son como tú o, como mínimo, son hombres blancos, libres y de veintiún años de edad.

Le dije que había leído que un par de hombres apellidados Levitt estaban planeando hacer algo así en Long Island. Sus ojos, tal vez demasiado juntos como para inspirar confianza, se entrecerraron, como si estuviese viéndome por vez primera, y me di cuenta de que lo había sorprendido. Yo no era un simple *greenie* sirviendo mesas. Tal vez fuera incluso más listo de lo que parecía.

¿Te acuerdas de cuando llegamos, Ana, de la primera mañana que desayunamos todos juntos? Vaya pelmazo, dijiste. No vale mucho.

¡Yo nunca dije eso, Margot!

Una semana después, Harry me dijo que le sobraba una entrada para ir a ver el encuentro entre los Yankees y los Dodgers en el Yankee Stadium, y me preguntó si estaría interesado en acompañarle. No me gustaba la idea de faltar una noche entera al trabajo, pero había algo en Harry que olía a oportunidad. Mi jefe me decía continuamente que, si seguía así, podía contar con seguir sirviendo mesas el resto de mi vida. Le dije a Harry que nunca había asistido a un partido de béisbol y que me gustaría mucho ir.

—Bien —dijo—, sólo que no es béisbol, sino fútbol americano. No te preocupes, *boychick*, es un error muy habitual. Lo comete cualquiera.

Después de aquello, Harry tomó la costumbre de quedarse por el restaurante hasta que todos los demás clientes se iban. Entonces me decía que sirviera una taza de café y me cortara un pedazo de tarta, que él invitaba, y que descansara un poco después de tanto rato de pie. No era necesario ser un *greenie* que vivía solo en un sótano buscando que se le presentase la oportunidad como para darse cuenta de que Harry Wolfe era un hombre solitario. Yo le hacía caso, y hablábamos. O mejor dicho, Harry hablaba y yo escuchaba. Harry fue para mí lo que la escuela nocturna era para los camareros y los taxistas que tenían menos prisa que yo. Gracias a él me enteré de que la Declaración de Derechos Emitida por el Gobierno hacía posible que los veteranos de guerra pudieran cursar estudios universitarios, montar negocios y, ésta era la mejor parte, comprar casas o, según lo expresaba Harry, convertirse en propietarios. Me enteré de que el gobierno daba incentivos a los bancos para que emitiesen hipotecas

con intereses bajos para los veteranos, y de que el gobierno garantizaba que los bancos recuperarían una parte de su inversión si los veteranos no cumplían con sus pagos. Me enteré de las peculiaridades de las normativas de la construcción, que llegaban a dictarle a Harry incluso la inclinación que debía tener un tejado o el grosor de una pared, y del egoísmo de las juntas de planificación urbanística del condado, que estaban más interesadas en atraer empresas que pagasen impuestos elevados que a veteranos honrados y buena gente que después necesitarían colegios, alcantarillas y otros costosos servicios. Me enteré de más detalles sobre los Levitt, que eran los héroes profesionales de Harry y que se convertirían en su justo castigo personal. Los Levitt, explicaba Harry, eran judíos. Yo tomé nota de aquella información, pero no reaccioné al respecto. Y lo más importante de todo, me enteré de que, gracias a los programas del gobierno, los bancos adelantaban dinero a los constructores a medida que las obras iban necesítándolo, de modo que alguien como Harry —incluso alguien como yo, añadió Harry guiñándome un ojo— no necesitaba contar con mucho dinero para empezar su propio negocio.

Pero poco a poco la palabra «cuando» empezó a introducirse en el esquema de Harry, y después el «si» sustituyó al «cuando». Pero no se trataba de ese «si» instructivo relacionado con experiencias pasadas al que se aferraban los que vivían en los campos de refugiados como si de un amuleto en forma de pata de conejo se tratase, sino del «si» arrepentido de la oportunidad desperdiciada. Los banqueros le contestaban con evasivas. Las juntas de planificación urbanística locales no le prestaban atención. Cada vez que cambiaba los planes arquitectónicos o las especificaciones para cumplir con alguna normativa, aparecía algún hijo de puta con otra de la que ni siquiera había oído hablar.

—Al final esto te lleva a preguntarte para qué libramos una guerra —le dijo Harry una noche mientras caminábamos por Fulton Street. El viento que soplaba desde el East River cortaba como un cuchillo. Las persianas de acero traqueteaban contra los escaparates de las tiendas cerradas. Un demacrado árbol de Navidad brotaba de un cubo de basura metálico.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que enviamos a millones de chicos para acabar con Hitler, pero nadie levanta un dedo para combatirlo en casa.

—¿Combatir qué?

—El antisemitismo, *boychick*. El odio hacia los judíos, el acoso a los judíos, fuera los perros y los judíos, sacad de aquí a esos brillantes asesinos de cristianos.

—¿Y los Levitt? A ellos les dan préstamos. Tienen la aprobación de las juntas de planificación. —Intenté parecer indiferente, como un hombre que aborrecía las injusticias, más que como una víctima con intereses personales.

—Ése es precisamente el problema. Los Levitt han comprado la mitad de las granjas de patatas de Long Island. Yo quiero construir veinte o treinta casas. Ellos hablan de dos mil o tres mil. Quizá más.

Aquella noche, Harry infravaloró a sus héroes. De hecho, su primera promoción era de más de diecisiete mil viviendas. Debería habérselo mencionado al doctor Gabor. Así mis logros no le habrían inspirado tanto respeto. Pero no tenía la más mínima intención de contarle el acuerdo al que había llegado con Harry. Ni siquiera mi esposa conocía el motivo por el cual habíamos empezado a hacer negocios juntos.

—El tema es —continuó Harry— que los Levitt no hacen más que complicar las cosas a tipos pequeños como yo. La gente los ve y dice: «Caray, los judíos están haciéndose los dueños del sector de la construcción». «Ojo, los judíos están comprando la zona». Y luego empiezan a practicar el obstruccionismo con gente como yo.

Seguimos recorriendo un par de manzanas más. Le pregunté si estaba seguro de que todo aquello no eran sólo imaginaciones suyas. Me dijo que sabía perfectamente cuándo se le presentaba una oportunidad. Le pregunté sobre las cuatro hectáreas que tenía la posibilidad de adquirir en Nueva Jersey. Volvió a describirme el lugar. Le pregunté algunos detalles más, aun sabiéndomelos ya de memoria. Pero mientras yo le interrogaba, también estaba discutiéndolo conmigo mismo. No podía hacerlo. No estaba bien. Aunque había otros que ya lo habían hecho.

Van a venir los caballeros de Fráncfort.

Kugler tendrá que verlos.

Kugler no está a la altura.

Pero sólo tenemos a Kugler. Recuerda que ahora somos una empresa aria.

Nos detuvimos en una esquina a la espera de que cambiara el semáforo. Otro árbol de Navidad brotando de otro cubo de basura. El espumillón de plata aferrándose desesperadamente a sus ramas.

Por otro lado, asociarme no le haría daño a nadie. Sería prestarle un servicio a Harry. Sería también asestar un golpe a favor de la justicia. A favor de los judíos. O de un judío. Como mínimo, pondría a nuestro favor las probabilidades que él tenía en contra. Cuanto más lo pensaba, más acertado me parecía. Cuantas más vueltas le daba al plan en mi cabeza, más infalible me resultaba. Seguimos caminando, Harry aplastado por el peso de sus preocupaciones, yo galopando a su lado a lomos de un caballo blanco, mientras mi armadura emitía un sonido metálico bajo el viento invernal.

—A lo mejor podría ayudarte —dije.

Él dejó de andar en cuanto empecé a explicarle el plan. Me sorprendió recordar los detalles que mi padre y el señor Frank habían elaborado con los empleados. Había olvidado prácticamente todo lo demás. Harry constituiría la sociedad y yo compraría parte de las acciones con el dinero que ya tenía ahorrado, y V&W Construction (de Van Pels, y Wolfe) tendría un socio no judío, yo, que podría ser extremadamente visible, y otro judío, Harry, que desaparecería entre las sombras cuando fuera necesario.

—De acuerdo, seré un hijo de puta —fue repitiendo bajo la pálida luz del neón

que anunciaba salchichas de Frankfurt de la marca Hebrew National—. De acuerdo, seré un hijo de puta.

»Podrías haberme engañado —dijo él media hora después, mientras estábamos sentados en una mesa grasienta de un restaurante de esos que abrían toda la noche. Bajo el resplandor de las luces del techo, su mandíbula con barba incipiente parecía inflamada, su mirada cautelosa. ¿Por qué culparlo de ello? Un hombre no cede la mitad de su sueño sin pensárselo dos veces. Pero yo ya había repasado el plan en diversas ocasiones, y él no le había encontrado fallo alguno.

—¿Engañarte en qué? —pregunté—. ¿En que un *greenie* recién bajado del barco pudiera elaborar un plan como éste? —Ahora que empezaba a retroceder en mi pasado ya podía utilizar la palabra.

—No, siempre supe que eras un chico listo. Tal vez por eso me imaginé que eras judío. Pensé que habías cambiado tu apellido, pero tendría que haberlo sabido. Una cosa es pasar de Moscowitz a Miller, pero Van Pels es demasiado fardón. Tal vez puedas empezar en la vida como Rabinowitz, pero no convertirte de repente en Roosevelt. Aunque tampoco importa. Al menos a mí.

Y tal vez a él no le importara, pero de pronto ya no hubo más chistes de judíos. «Había tres rabinos que se encontraron en un prostíbulo...». No hubo más difamaciones. «Si ese tipo se cree que puede menospreciarme como un judío...». No hubo más valentonadas. «Tendrías que haberme visto tratando a ese tipo como un judío». Seguía siendo de su agrado. Tenía que confiar en mí. Pero se sentía menos cómodo conmigo.

Los hombres de los que había estado quejándose fueron otra historia. Los banqueros estuvieron encantados de otorgar préstamos respaldados por el gobierno a Peter van Pels, y los concejales y los ediles locales atendieron mis llamadas y se embolsaron mis pagos. Algunos de ellos se preguntaban cómo me había visto atrapado en todo aquel lío en Europa, pero nadie quiso hacer preguntas. Se sentían aliviados por haber encontrado a un buen cristiano que se había mantenido firme frente a Hitler y que había sido capaz de tratar con él en lugar de con los otros. Yo era una prueba viviente de que ellos no tenían nada en contra de los extranjeros. Era, como dijo bromeando George Johnson después de que firmáramos los documentos del primer préstamo, como su Plan Marshall privado.

—Tenía dinero para invertir —le expliqué al doctor Gabor—, pero fue más que eso.

—¿A qué se refiere?

—Siempre he sido bueno en los oficios manuales.

—Por lo que veo ha progresado más allá de eso.

—Fue una idea mía la que nos puso por delante de la competencia. —Si algún día Harry lo olvidaba, allí estaba yo para recordárselo. Yo era algo más que una simple fachada.

—¿Y cuál fue esa idea?

—Construir una casa más grande y venderla por el mismo precio. Y sin recortes en lo que a la calidad se refiere.

—¿Y cómo lo consiguió? —Los ojos de búho me miraban con interés. Tenía el respeto secreto de los intelectuales por la experiencia práctica.

—Fue sencillo —le respondí. Y, como le dije, fue tan sencillo que me quedé asombrado de que no se les hubiese ocurrido a los demás. Aunque los demás no tenían a Susannah. O al menos no la tenían en aquella época—. El espacio en el interior de una casa es barato. Un tercio del coste total por metro cuadrado. Y no requiere ni fontanería, ni cableado, ni ventanas. Los demás empiezan a hacerlo ahora, pero nosotros fuimos los primeros.

—¿Y dice que la idea simplemente se le ocurrió?

—Sí, fue una idea llovida del cielo —respondí.

Más concretamente, del cielo de los ojos de Susannah, pero Susannah era un tema más que no tenía intención de sacar a relucir con el doctor.

—El negocio va bien —continué—. La empresa es sólida. Lo que le suceda a mi voz no tiene nada que ver con eso.

El médico siguió sentado mirándome. El momento de curiosidad había pasado. El equilibrio entre nosotros se había alterado de nuevo.

—¿Ha recibido alguna vez ayuda psiquiátrica, señor Van Pels?

Negué con la cabeza.

—¿Ni cuando tuvo los temblores?

—Sabía que el médico se equivocaba. Lo último que yo quería era regresar a ese campo de refugiados.

—¿Y en el campo? Normalmente, solían realizar una evaluación psicológica como parte del proceso para la obtención del visado.

Era listo ese demonio, de acuerdo. Lo llamaban evaluación. Pero quizá habría sido mejor llamarlo carrera de obstáculos. El examen psicológico era incluso más traicionero que el físico. Al menos en este último sabías lo que buscaban. Una lesión en el pulmón. Una espiroqueta en la sangre. ¿Pero quién sabía qué andaban buscando aquellos civiles con títulos tan incomprensibles (trabajador social psiquiátrico, máster en Trabajo Social, doctor en Psicología)? ¿Quién podía imaginarse qué respuesta te dejaría fuera, qué palabra te delataría? ¿Quién podía concentrarse en las preguntas en un despacho donde en su día habían emitido sus órdenes y habían guardado sus archivos los oficiales de la SS? Justo allí es donde llevaban a cabo las evaluaciones. A menudo me pregunté quién habría tenido la brillante idea de instalar un campo de refugiados en unos barracones que habían pertenecido antiguamente a la SS. ¿Sería idea de un fanfarrón con un malicioso sentido de la ironía o de un simple pragmático que había detectado que allí había una infraestructura básica? Probablemente sería esto último. La Agencia para la Ayuda y la Rehabilitación de las Naciones Unidas era la que dirigía la operación, pero la voz cantante la llevaba Estados Unidos.

Cuando entré en el despacho, oí el fognazo de las botas poniéndose firmes.

Tomé asiento en el lugar que me habían indicado y escuché el gruñido gutural de amenazas y el susurro sibilante de planes secretos letales. Pero el hombre que aquella mañana estaba sentado al otro lado de la mesa no era un oficial alemán. Era un civil norteamericano. «STANLEY MINTZ, M. S. W.», rezaba la placa de latón que había en la mesa. Y mientras me formulaba las preguntas, no cesó de acariciar la dichosa placa.

—¿Te sientes culpable?

—¿Culpable? —repetí.

—Culpable. —Mintz separó los dedos de la placa, cogió un diccionario inglés-alemán y se puso a hojearlo.

—Sé lo que significa esa palabra. —La rabia de mi voz me asustó. Era un lujo que no podía permitirme.

Mintz dejó el diccionario en la mesa y se recostó en su asiento.

—No conseguirás llegar a ninguna parte si vas cargado de resentimiento, jovencito. —No respondí—. Y bien, ¿te sientes así? ¿Te sientes culpable? No hay nada de lo que avergonzarse. Es una respuesta perfectamente normal.

Permanecí sentado con la mirada fija en la placa. Era un triángulo de metal con la base ancha y la punta superior afilada. Sentía el peso en mi mano. La vi partiéndose contra la cabeza de Mintz. La sangre brotó como una flor. Mintz abrió los ojos, grandes y muertos como un par de monedas, igual que los del hombre del granero.

Olvídese de culpabilidad, hablemos de venganza, debería haber dicho.

—No —le dije a Stanley Mintz.

—No —le repetí ahora al doctor Gabor—. Nunca consulté con ningún psiquiatra. ¿Por qué debería haberlo hecho?

Cinco

«No es necesario que diga que es guapo [Peter], pues cualquiera que lo vea lo sabe. Tiene un pelo maravilloso... rizado, castaño, abundante. Tiene los ojos de color azul grisáceo».

Cuentos del escondite secreto: fábulas, recuerdos personales y relatos breves, Ana Frank

«Ahora entiendo mejor por qué [Peter] siempre abraza tan fuerte a *Mouschi*. Es evidente que también él necesita cariño».

Diario de Ana Frank, Ana Frank,
16 de febrero de 1944

«Entretanto, una sombra se ha cernido sobre mi felicidad. Durante mucho tiempo había tenido la sensación de que a Margot le gusta Peter».

Diario de Ana Frank, Ana Frank,
20 de marzo de 1944

Susannah estaba sentada en el salón cuando llegué a casa después de la visita con el doctor Gabor. No me sorprendió encontrarla allí. Mi esposa y su hermana siempre están entrando y saliendo de sus respectivas casas.

—Madeleine está arriba con las niñas —dijo—. Yo estoy matando el tiempo. El coche de Norman está en el taller y tengo que ir a recogerlo más tarde.

Sin levantarse del sofá donde estaba sentada con una revista en el regazo, ladeó una mejilla para que le diera un beso. Cumplí. Fue un gesto inocente, privado de recuerdos, como tantas cosas en mi vida.

—¿Qué tal la voz? —me preguntó—. Creo que va mejorando.

Yo sólo había dicho hola, y en un susurro ronco además, pero mi cuñada es buena mujer. Por eso sucedió lo que sucedió entre nosotros.

—Madeleine me ha contado lo del médico.

Me había preguntado si Madeleine habría mencionado a Gabor a su familia. Me imaginaba que no lo habría hecho con su madre, que ya me encontraba bastante peculiar sin necesidad de un diagnóstico profesional, pero que habría alardeado de las visitas con su hermana, la titulada en Psicología, que no podría más que envidiar un marido tan intrépido como para ser capaz de ahondar en las profundidades de su propia persona.

—Me parece muy valiente por tu parte. La mayoría de hombres moriría antes que acudir a un psiquiatra. —Se pasó la mano por su sedoso cabello y me pregunté, aunque casi nunca lo hago, cómo habría sido yo de haberme casado con ella en lugar de haberlo hecho con su hermana.

Nos conocimos en una fiesta unos meses después de que Harry y yo iniciáramos nuestra colaboración. Nunca habría tenido la valentía necesaria para abordarla, ni el valor de ir a la fiesta, si hubiera estado aún sirviendo mesas y conduciendo un taxi. Y

aquella noche, mientras caminaba por Broadway por debajo de las coronas de neblina que proyectaban las farolas y escuchaba el rechinar de los neumáticos en el pavimento húmedo, aún me planteé cambiar de parecer. No iba a conocer a nadie, excepto al hombre de las clases nocturnas de administración inmobiliaria a las que finalmente estaba asistiendo, y eso que a él apenas lo conocía. El lugar estaría lleno de universitarios, veteranos de guerra y desconocidos que o bien querrían saber quién era y de dónde venía, o no querrían saber nada de mí. Me sentiría atrapado o condenado al ostracismo. Pero el hombre de las clases nocturnas había dicho que habría chicas. Y muchas.

Me abrí camino en la sala. Era como sumergirse en un sueño de abundancia. A mi alrededor, los cabellos brillaban, las pestañas aleteaban y las lenguas disparaban entre labios maquillados con carmín. Estaba tan abarrotado que era imposible moverse sin colisionar con una cadera de dulce contoneo o sin ver de refilón un pecho bailarín. Tenía la sensación de que acabaría ahogándome en él. Y entonces la vi.

De hecho, la reconocí. Era la chica del barracón de aduanas, aunque no se lo dije. Quería pasar por un hombre de mundo, no como un inmigrante que acababa de bajar del barco.

—¿Quieres saber qué pensé la primera vez que te vi? —me preguntaría ella más adelante, abrazados en el sofá de tapicería dorada del salón de sus padres. Estábamos tan seguros de que teníamos un futuro que empezábamos a construir un pasado.

—¿Qué? —le dije jadeante, superando el incordio de ese traidor que tenía en el interior de mis pantalones.

—Que eras diferente.

No le dije que no me apetecía en absoluto ser diferente. Cuando ella lo dijo de aquel modo, se lo ratifiqué. Pero seguí sin decirle nada respecto a que la había visto en el barracón de aduanas. Ser diferente estaba bien. Pero ser un *greenie* era otro cantar. Ser *greenie* era el beso de la muerte, o al menos eso era lo que yo pensaba en aquellos tiempos.

A nuestro alrededor la gente se enamoraba. La gente siempre anda enamorándose, pero aquel año era distinto. Durante la guerra la gente se enamoraba porque no existía el mañana. Ahora se enamoraban porque había un mañana, y un año siguiente, y otro año después.

Nos sentábamos en cines oscuros, sus suaves hombros encajando en la curvatura de mi brazo, mi rodilla de franela gris —siempre he dicho que las prendas son el mejor camuflaje— presionando contra su muslo con medias de nailon. Paseábamos por las calles, los dedos entrelazados, una cerradura a prueba de ganzúas contra el mundo. Nos encerrábamos en las diminutas cabinas insonorizadas de las tiendas de discos y escuchábamos los nuevos discos de larga duración, ella derritiéndose por Beethoven y chasqueando los dedos al son de Stan Getz tocando con la Woody Herman Band, y yo explicándole la magia escondida detrás de las treinta y tres revoluciones por minuto. Hacíamos cosas que ella nunca había hecho, y sentíamos

cosas que creíamos que nadie en el mundo había sentido, y murmurábamos nuestros nombres, y «oh» y «si» y «por favor», y finalmente, porque ella era una buena chica y tenía pensado seguir siéndolo hasta que se casara, «no».

Dice mi padre que en estas cuestiones es el hombre quien siempre adopta el papel activo, mientras que la mujer es quien tiene que establecer los límites.

Ahora me alegraba de que dijera que no. Sé que hay hombres a quienes les excita la idea de acostarse con la hermana de su mujer, pero yo no soy de éstos. Para mí sería simplemente caótico.

Un domingo fuimos a Nueva Jersey con el Chevy del 39 que me había vendido Harry después de que le deslizara un par de los grandes al vendedor por debajo de la mesa para conseguir uno de los que acababan de salir nuevos de la cadena de montaje. Quería enseñarle a Susannah las casas que estaba construyendo.

Cuando aparcamos en el suelo enfangado, empalado con marcos de madera que surgían de la tierra roturada, ella sofocó un grito. Le pregunté qué sucedía. Dijo que la escena le recordaba las fotografías de las ciudades bombardeadas que seguían llenando las páginas de *Life* cada semana. Tendría que haber sabido entonces a qué me enfrentaba. A mi chica no le iba lo de «escondamos la basura de la guerra bajo la alfombra y sigamos adelante con la vida frívola». Le recordé que aquellos esqueletos eran restos de la destrucción, y que los que tenía enfrente estaban en construcción.

Caminamos por las planchas de madera dispuestas sobre el barrizal, y cuando nos situamos debajo de un tejado inacabado abierto a un cielo metálico, solos en aquella especie de privacidad que proporcionaban los andamios, incluso ella dio la espalda a la tarde de primavera envuelta en nubes para mirar hacia delante y vislumbrar un porvenir prometedor.

—El sofá va allí —dijo, deambulando por el futuro salón—, y dos sillones, uno para ti y otro para mí, allá. —Se interrumpió—. No hay espacio para una mesita auxiliar. Necesitarás una mesita auxiliar con una buena lámpara para leer el periódico por la noche. Y tus libros. —Como su hermana después de ella, no podía pasar por alto el hecho de que yo había leído no sólo a Dickens y Thackeray, sino también a Goethe y Schiller, en su idioma original, resaltaban además—. Siento tener que decírtelo, Peter, pero tendrás que construir un salón más grande.

No le conté que el esqueleto de aquella estancia era del mismo tamaño que las estancias equivalentes de casas similares en urbanizaciones comparables a ésta. Era demasiado pequeño para Susannah, habría tenido que ser más grande. De pronto, supe cómo hacerlo sin que por ello tuvieran que incrementarse los costes. Y en este momento nos encontrábamos en uno de los resultados.

Mi cuñada miró su reloj, se levantó, se alisó la falda con el sedoso gesto egoísta del gato que se acicala y supe que sólo un instante atrás, cuando me había preguntado cómo habría sido todo de haberme casado con ella en lugar de hacerlo con su hermana, ella estaba recordando que me había roto el corazón. En aquella época casi creí a pies juntillas en esa frase, aunque por entonces ya tendría que haber sabido que

ninguno de mis órganos era tan frágil como para romperse.

Era el verano después de que ella se licenciara en Barnard. Vivía en la sólida casa de estilo Tudor de sus padres, en una frondosa calle no muy lejos de donde ahora nos encontrábamos, y trabajaba en un campamento de verano para niños refugiados. Cuando se apuntó a ese trabajo, habría dicho que tenía vocación, o al menos cierta debilidad, por esos niños.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, y ahí fue cuando finalmente le hablé de la primera vez que la había visto meses antes de la fiesta. Por aquel entonces, me sentía lo suficientemente alejado del barracón de aduanas como para ser capaz de confesarlo del todo, o al menos en parte.

—Yo nunca estuve allí —dijo ella.

—Debes de haberlo olvidado.

—Realicé algunos trabajos de voluntariado para la Sociedad de Ayuda a Inmigrantes Hebreos —insistió—, pero nunca bajé a los muelles para la recepción de los barcos.

Lo dejé correr. Lo último que me apetecía era discutir con Susannah, aunque aquella misma noche de verano discutimos.

Habíamos ido al cine, y como la noche era agradable y sus padres no vivían en una urbanización sin aceras del extrarradio, sino en una ciudad donde la gente aún podía ir andando a la tintorería, a la farmacia y al cine, aquella noche fuimos caminando. Estábamos volviendo a casa cuando ella lo mencionó. Por encima de nuestras cabezas, un dosel de robles, olmos y arces medio ocultaba las estrellas, y a ambos lados casas oscuras soñaban en silencio bajo el calor veraniego. Nuestras sombras gemelas salían proyectadas de nuestros pies, aumentando en tamaño y enflaqueciéndose cuando abandonábamos el arco formado por la luz de una farola, y encogiéndose proporcionalmente cuando entrábamos dentro de la esfera de otro.

—Hoy me he enterado de una cosa muy graciosa. —Habló en un tono de voz tan bajo que apenas importunó a la noche.

—¿Qué cosa?

—Hay una chica en el campamento de verano que conoce a Harry, tu socio. Me parece que le gusta.

—Estupendo —dije. Deseaba que Harry fuese feliz. Le debía muchas cosas.

—No sé si le gusta hasta ese punto, pero lo gracioso no fue eso.

—¿Qué fue?

—Harry le dijo que tú no eras judío.

No había levantado la voz, pero sentí la vibración del aire. Caminamos unos pasos más. Nuestras sombras empezaban a desvanecerse frente a nosotros y a extenderse detrás.

—Le dije que no debía de haberlo entendido bien. —El volumen de su voz no había aumentado, pero había una corriente subterránea molesta—. O que Harry estaría refiriéndose a otro.

En aquel momento quedamos por completo debajo de la luz de una farola, sin sombra alguna. Ella levantó la cara para mirarme. Justo por encima del puente de su naricilla respingona, que en aquel momento desconocía que era resultado de la cirugía, su pálida frente quedó atravesada por una única arruga de preocupación.

—Se refería a otro, ¿no?

—¿Tiene alguna importancia?

Me soltó la mano.

—No seas tonto, Peter. Por supuesto que tiene importancia.

Le cogí de nuevo la mano e intenté seguir caminando, pero ella no se movió.

—¿Estás diciéndome que no eres judío?

—No estoy diciendo nada. Tú lo eres, y Harry, y la chica del campamento de verano.

Ella retiró la mano con fuerza.

—Esto no es ninguna broma.

—Claro que lo es.

Me cogió de la mano y reemprendimos la marcha.

—Gracias a Dios. Por un minuto me habías preocupado.

Caminamos en silencio, intentando seguir el ritmo de nuestras sombras.

—Aun así, pienso que no deberías bromear con este tipo de cosas. Ni Harry.

Seguimos andando. Yo sin decir nada. Ella volvió a detenerse.

—¿Es una broma o no lo es?

Me volví hacia ella. Volvíamos a estar equidistantes entre dos farolas y el rostro de ella quedaba oculto entre las sombras. Confiaba en que el mío también.

—Me ha parecido gracioso que le dieras tanta importancia.

—Por supuesto que es importante.

—Yo soy el mismo, de una forma o de la otra.

—No se trata de eso.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué?

—Que no eres... —se interrumpió—. Peter, ¿me engañas? Si me engañas, nunca te lo perdonaré.

—Seguro que sí —dije, e intenté cogerle la mano, pero ella dio un paso atrás.

—Dímelo. ¿Lo eres o no lo eres? —Ahora sí su voz interrumpió la paz de aquella calle frondosa y en silencio.

Intenté reemprender la marcha, pero ella estaba clavada en el suelo.

—Dime la verdad, Peter.

Sólo podía contarle la verdad. La amaba, pero aún amaba más a mi pellejo. Cuando volvieran otra vez, yo no estaría allí.

—No lo soy.

Cuando ella cogió aire fue como si el viento agitara las hojas de los árboles.

—Pero no hay ninguna diferencia. —Traté de nuevo de cogerle la mano. Ella volvió a dar un paso atrás—. Jamás me entrometería en tus creencias. Incluso criaría a los niños en la fe judía —le prometí, aún sabiendo que no lo haría. Cuando ellos volvieran otra vez, mis hijos tampoco estarían allí. No podría evitar el hecho de que su madre fuese judía. Nunca había pretendido enamorarme de una judía. Lo que era evidente era que no me había enamorado de ella porque fuese judía, por mucho que dijera el doctor Gabor. Pero después de que nos casáramos, después de que nacieran nuestros hijos, encontraría la manera de borrar cualquier vestigio. En aquel momento no se lo dije.

Ella echó andar, la cabeza vuelta para no mirarme, los hombros cuadrados, sus altos tacones comiéndose la acera en pasitos furiosos. Los tacones estilizaban sus pantorrillas y, observándola alejarse de mí, la visión de aquellos músculos, tensos como el arco de un arquero, taladró mi corazón.

—No puedo volver a verte —dijo—. Lo siento, pero no puedo.

Alargué mis pasos para poder alcanzarla.

—Esto es ridículo.

—No lo entiendes.

—No, y tampoco comprendía las leyes raciales nazis que impedían que judíos y no judíos pudiesen juntarse.

—Es horrible que digas eso.

—Tal vez, pero cierto.

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—Les partiría el corazón a mis padres.

—Sé que a tus padres les gusto —dije, aunque sabía que aquella afirmación sólo era cierta a medias. Le gustaba a su padre. Pero no era tan fácil ganarse a su madre, como ya he dicho. Una cosa era traerse a un par de primos después de la guerra y otra muy distinta permitir que tu hija, tu primogénita, una chica preciosa, una chica inteligente, una chica que podría tener al hombre que quisiera, se casase con uno de ellos.

—No puedo hacerlo. No puedo casarme con alguien que no sea judío.

Me quedé atrapado en el círculo de luz blanca sepulcral. No había salida. Aun contándole la verdad, aunque me creyera, sólo serviría para empeorar las cosas. Ahora era simplemente un hombre no judío, alguien con quien ella no podía casarse. Si confesaba, sería un judío que lo había negado, alguien a quien ella sólo podía despreciar.

Estaba llorando.

—No puedo evitarlo, Peter. A lo mejor podría haberlo hecho antes de la guerra —dijo, mostrándome su cara bañada de lágrimas como una ofrenda—. Entonces era como si no tuviera tanta importancia. Pero ahora la tiene. —Cogió un pañuelo de su bolsillo y se sonó su dulce nariz mejorada por el cirujano—. Hitler me ha hecho judía.

Qué coincidencia, me habría gustado gritarle a la noche y despertar con ello a todo aquel vecindario engraido. A mí me pasó lo mismo.

7 de enero de 1941: los judíos no podrán ir al cine.

15 de abril de 1941: los judíos deben entregar sus receptores de radio.

31 de mayo de 1941: los judíos no podrán utilizar las piscinas ni los parques públicos.

15 de septiembre de 1941: los judíos no podrán visitar zoológicos, cafés, restaurantes, hoteles, pensiones, teatros, cabarés, conciertos, bibliotecas ni salas de lectura.

23 de enero de 1942: los judíos no podrán utilizar automóviles.

29 de mayo de 1942: los judíos tienen prohibido pescar.

6 de julio de 1942: los judíos no podrán utilizar teléfonos.

Nos había convertido en judíos a todos, a los devotos y a los dudosos, a los religiosos y a los laicos, a los que lo eran por parte de sus dos progenitores, a los que lo eran por parte de sus cuatro abuelos, a los que lo eran al cien por cien y a los que sólo tenían una pequeña gota de sangre por parte de algún antepasado medio olvidado. Pero aquí, en los Estados Unidos, era otra historia. Aquí podías jugar a ser el fondo de la historia. Aquí, una chica cuyo brillante pelo nunca había sido rasurado, cuya tierna piel nunca había sido tatuada y cuyo cuerpo blanco y mimado nunca había sido arrojado contra el fango para servir a modo de pasarela para que los oficiales no echaran a perder sus lustrosas botas, podía afirmar que también Hitler la había convertido en una judía. En aquella tranquila calle, viendo cómo se alejaba de mí, creí finalmente en un pueblo elegido. No era el de los judíos.

Su hermana Madeleine me llamó al día siguiente. Nunca había hablado con ella por teléfono, o si lo había hecho había sido para preguntar por Susannah y no me había ni fijado en la voz de su hermana. Era gruesa y rica como el chocolate, no como el chocolate norteamericano de Hershey Bars y Kisses, sino como una sustancia más oscura y más rica que mis sentidos casi recordaban de una lejana y aparentemente segura infancia. Me dijo que si me sentía la mitad de triste que Susannah, podía animarme un poco. Dijo que me sacaría a emborracharme. No era el tipo de cosas que se suponía que debía decir una buena chica, me sorprendió y me ofendió un poco, pero la perdoné. Estaba ya empezando a cambiar mis lealtades. Ni siquiera tuve que cambiarlas. Aquella noche que Susannah me había llevado por vez primera a su casa, me había enamorado de toda la familia. Incluso antes. Me había convertido en su esclavo desde que la vi sonreír en el barracón de aduanas aquella mañana, por mucho que ella dijera, e imaginé que su familia había estado devolviéndole aquella sonrisa durante todos esos años.

Madeleine y yo nos casamos el verano siguiente, justo después de su graduación. A ella no le importaba que yo no fuera judío. Hitler, decía, la había convertido en

atea.

Y en cuanto al secreto oculto en mis pantalones, había tenido razón al pensar que una buena chica no se enteraría. Llevábamos tres meses casados cuando se dio cuenta de que estaba circunciso. A aquellas alturas ya me había enterado de que, a diferencia de lo que sucedía en Europa, en los Estados Unidos había también hombres no judíos circuncisos. Le expliqué que mis padres habían visitado los Estados Unidos con motivo de su luna de miel y que, ya que yo había sido concebido aquí, decidieron rendir un homenaje a esa costumbre local. Yo nunca hablaba de mi padre o de mi madre, motivo por el cual aquella historia le entusiasmó.

—Dile a Madeleine que la llamaré mañana —me dijo ahora Susannah. Se puso de puntillas para darme un casto beso de despedida en la mejilla y de pronto conocí la respuesta a mi inútil pregunta. Si me hubiera casado con ella en lugar de hacerlo con su hermana, con quien mantenía una rivalidad amorosa que se prolongaría toda su vida, la diferencia habría sido mínima. Eso no significaba que no amara a mi esposa.

Seis

«Sería terrible que mi diario se perdiese».

Ana Frank, citado en *The Stolen Legacy of Anne Frank: Meyer Levin, Lilian Hellman and the Staging of the Diary*, Ralph Melnick

El doctor Gabor rara vez preguntaba por mi voz, pero aquella tarde lo hizo:
—¿Ha notado alguna mejoría?

Aquí el médico es usted, me habría gustado decirle, dígalo usted. Llevaba ya un mes acudiendo a su consulta dos veces por semana, sentándome en la penumbra, contemplando el desorden de su escritorio, respondiendo sus preguntas estúpidas lo mejor que podía, y pagando quince dólares la hora por tener ese placer. Ya me había hartado.

—Un poco —mentí.

Se recostó en aquella silla grande que le hacía parecer más pequeño y desabrochó la chaqueta de otro de sus pulcros trajes. La tenue luz de la lámpara de la mesa hizo destellar la cadena dorada que colgaba de su chaleco. Y el reflejo iba y venía siguiendo el balanceo del médico.

—Puedo darle una cosa... —empezó a decir.

No podía creer lo que oían mis oídos. Aquel hombre era un imbécil. Peor aún, un charlatán. Me había hecho perder un mes de mi vida preguntándome sobre cosas que no tenían nada que ver con mi voz cuando todo lo que tenía que haber hecho era recetarme un medicamento gracias al cual podría volver a hablar. Habría cogido *Los burgueses de Calais* y se lo habría estampado en la cabeza. Pero conseguí mantener un tono de voz sosegado. Había ganado una cantidad de dinero considerable desde el día en que me había sentado para superar mi examen psicológico en el antiguo despacho de la SS, pero la rabia era todavía un lujo lejos de mi alcance.

—¿Y a qué estamos esperando? —pregunté.

—Es un procedimiento muy sencillo. Administro una pequeña dosis de amobarbital sódico. Cuando esté bajo su influencia, podrá hablar con normalidad. Empezará además a recordar los hechos que llevaron a la pérdida de su voz.

—¿Se refiere a la droga de la verdad?

—Un término desafortunado.

Desafortunado, doctor, pero preciso. Sangrientamente preciso. Pretende inyectarme algo en las venas que logrará que empiece a hablar.

—No hay nada que temer —dijo.

¿Cómo demonios lo sabe usted?

—El tratamiento ha demostrado ser efectivo en casos como el suyo.

¿Casos como el mío? No hay casos como el mío, doctor, o si los hay son unos

pocos. Eso es lo que no le entra en su maldita cabeza de alcornoque. No soy uno de los millones que entraron. Soy uno de los pocos que salieron. ¿Cómo se lo explica? ¿Cómo lo justifica?

Cogí un pañuelo del bolsillo para secarme el sudor que se me estaba acumulando en el bigote. Retiré la silla unos centímetros hacia atrás. Necesitaba espacio para estirar las piernas. Seguía mirándome con aquellos ojos de búho, pero yo no podía mirarlo. Mi mirada rebotaba por la estancia, buscando algo a lo que agarrarse. Notaba las sogas de *Los burgueses de Calais* apretándose alrededor de mi cuello. Y entonces fue cuando lo vi. Estaba encima de una librería baja, al lado del escritorio. No me imagino cómo pudo pasármese antes, aunque tampoco entiendo cómo lo borré de mi memoria la noche en que Madeleine lo cogió de la mesilla de noche y yo perdí la voz. Era el mismo libro. Estaba seguro, aunque no podía comprender el porqué de su existencia.

La sobrecubierta era de un color rojo oxidado, el color de la sangre seca. Su fotografía ocupaba media cubierta. Sus enormes ojos me miraban. Eran negros, llenos de acusaciones. Sus gruesos labios cerraban su boca. ¿Por qué? Juzgándome. Era una cara pequeña, los hombros estrechos e imposiblemente frágiles. Había olvidado que era una niña. Jamás sería otra cosa.

¿Cómo era posible? Ella murió. Todos murieron, todos excepto Otto. Lo sabía por las listas de la Cruz Roja. Yo era el único del que no había constancia.

Su nombre aparecía debajo de la fotografía. Letras blancas gruesas sobre una caja rectangular negra y estrecha como un ataúd.

ANA FRANK

Y debajo, el título manuscrito:

Diario de Ana Frank

Está sentada escribiendo en el despachito de su habitación. El doctor Pfeffer quiere utilizar la mesa, pero ella le suplica un poco más de tiempo. Está encorvada sobre la mesa de la cocina anotando alguna cosa. *Mammichen* bromea con ella. Déjamelos ver, Ana, sólo una página. Está acurrucada en una silla, escribiendo furiosamente en el cuaderno que tiene en su falda. Margot ocupa otra silla, escribiendo también su diario. Escriben para la posteridad, tal y como les ha pedido el señor Bolkestein, el ministro, a través de una emisión radiofónica desde Londres. Después de la guerra, promete, se recopilarán los diarios y las cartas para mostrar al mundo qué tipo de vida se llevaba aquí. Será publicado, dice Ana, seré famosa. Margot no realiza predicciones sobre el futuro de su diario, aunque el suyo, suponemos, será el que llamará la atención. Margot es la hermana seria.

Pero es el diario de Ana el que tira al suelo el cerdo de la Grüne Polizei aquella calurosa mañana de verano en que vienen a apresarnos. ¿Vería algún vecino una sombra detrás de una persiana? ¿Oiría un sonido algún hombre de los que trabajaban abajo, a pesar del sigilo con que nos movíamos durante el día? ¿Sospecharía algún tendero de la cantidad de comida que Miep, la antigua secretaria de Otto convertida ahora en nuestra línea de vida con el mundo, lograba recuperar gracias a las cartillas de racionamiento falsificadas, sus sonrisas vencedoras y al acuerdo al que había llegado mi padre con el carnicero antes de que pasáramos a la clandestinidad? Alguien tiene que haberse chivado a los de la Policía Verde, pues sabían muy bien dónde iban. Suben las escaleras con las armas desfundadas, retiran la librería que esconde la entrada al anexo y ascienden el otro tramo que lleva hasta nuestras estrechas dependencias. Van vestidos de civil, excepto uno que va uniformado. Pregunta dónde guardamos los objetos de valor. Su grueso puño se cierra sobre un fajo de florines. Echa un vistazo a las joyas, pero no puede cogerlas sin soltar antes el dinero. Busca algún lugar donde guardar su botín, agarra el maletín con una mano y lo pone boca abajo. Los cuadernos de Ana se desparraman por el suelo. Las hojas revolotean tras ellos. Revolotean, oscilan y navegan a través del rayo de luz melosa que penetra por una de las ventanas. Ninguno de nosotros, ni siquiera Ana, las mira mientras abandonamos el anexo y salimos por primera vez en más de dos años a aquella luz dorada. Un momento después, la oscuridad del furgón policial se cierne sobre nosotros.

—Creo que merece la pena intentarlo —dijo el doctor Gabor.

—No hay ninguna necesidad. —Mis palabras sacudieron las paredes del pequeño despacho.

El doctor Gabor se enderezó sorprendido. No había oído nunca mi verdadera voz.

Tan pronto como llegué a casa, incluso antes de subir las escaleras para contarle a Madeleine que había recuperado la voz, fui directamente a las estanterías del salón. Tardé un poco en dar con el libro. Fui de un lado a otro, mi cabeza ladeada para leer los lomos, agachándome para mirar los estantes inferiores, estirando el cuello para ver los superiores. Faulkner, Fitzgerald, Forster, Frank. Me detuve. Lo había archivado con las novelas.

Cogí el libro de la estantería, aunque no tenía ni idea de lo que pensaba hacer con él. Ana me miraba. Los ojos se negaban a pestañear. Los ojos eran indecentes. Deseaba cerrar aquellos párpados. Pero alargué el brazo y coloqué el libro en el estante superior, donde no pudieran alcanzarlo mis hijas, demasiado alto incluso para Madeleine.

—¿Qué pasó? —preguntaba sin cesar Madeleine.

—No tengo ni idea —le repetía yo.

—Tal vez fue algo que dijo el doctor Gabor —sugirió ella durante la cena.

—Tal vez —coincidí.

Cuando después de cenar bajé al salón, el libro seguía en la estantería elevada donde lo había colocado. No podía evitar mirarlo mientras deambulaba de un lado al otro del salón. Lo sentía acechándome mientras veíamos la televisión. Oía el leve murmullo que desprendía. Cuéntenos las noticias, Peter. Cuéntenos cómo va el mundo sin nosotros.

Estaba allí cuando bajé a la mañana siguiente, y cuando volví a casa aquella noche, y el día después. Era como un viejo amigo o como un pariente lejano en racha de mala suerte, a quien llevas a tu casa con la mejor de las intenciones y luego acabas arrepintiéndote. E igual que ese huésped inoportuno, me seguía por todas partes, suplicando que le hiciese caso, hambriento de consuelo, desesperado buscando algo, aunque no podría decir qué.

Me tenía echado el ojo aquel sábado por la tarde cuando Madeleine me dejó con las niñas para ir a comprar una tostadora que sustituyera la que yo había sido incapaz de reparar. Ésa era otra. De repente me había convertido en un manazas en todas las cuestiones de la casa. Madeleine se reía de mí: «De haber querido alguien incapaz de arreglar las cosas, me habría buscado un marido judío». Se acercaba por detrás mientras yo estaba en mi banco de trabajo, me abrazaba rodeándome por el cuello y me besaba en la coronilla. La tostadora le importaba un comino y estaba eufórica porque había recuperado la voz. Su pérdida le había preocupado más de lo que había estado aparentando.

La tarde en que ella se marchó de compras yo me encontraba sentado en el sofá, con un ojo en el periódico y el otro en las niñas. Abigail estaba preparándome un pastel imaginario en el hornillo de color rosa que mi suegra le había regalado por su cumpleaños. Betsy canturreaba un cuento también imaginario a un grupillo de juguetes. La presencia de mis hijas seguía asombrándome. Mi respeto hacia ellas no era menor ahora que el que sentí la noche en que llegué a casa con Abigail después de salir del hospital.

Aquella noche Madeleine se acostó temprano. Estaba agotada y tendría que levantarse pocas horas después para darle el pecho a la pequeña. Pero entré en la habitación que aún olía a recién pintada para una última comprobación antes de acostarme. Tenía que verla una vez más. Tenía que asegurarme de que seguía allí.

Había planeado mirarla un instante e irme, pero la visión de mi hija me atrajo hacia la cuna como la fuerza de la gravedad. Me quedé mirándola durante varios minutos. Finalmente, acerqué la mecedora a la cuna, me senté y pasé el brazo entre los barrotes. ¿Era normal que la piel estuviese tan caliente? Tenía sus piernecillas dobladas contra el pecho. Emitía ruiditos. Cerró la mano en torno a mi dedo. Era como si hubiese introducido una llave en la cerradura de la puerta. No podía salir de la habitación. No podía ni siquiera retirar el dedo. Incluso después de que el puñito se

relajase, yo seguía siendo un prisionero. Aquel pequeño trozo de humanidad, aquel ser vivo, estaba hecho de la misma materia que yo. No había sido capaz de superar ese milagro. Y seguía sin serlo. La llegada de Betsy sólo sirvió para intensificar la experiencia. Estaba conectado.

Aquella tarde, mientras estaba sentado vigilando a mis hijas, me llamó la atención un movimiento en la estantería más alta. Era como si el libro vibrase.

Permanecí clavado en mi asiento observándolo, incapaz de moverme. Daba vueltas hacia ambos lados. Se tambaleó en el borde. Empezó a caer. La distancia entre la estantería y el suelo disminuyó. El libro adquirió fuerza y velocidad. No servía para nada repetirme para mis adentros que estaba imaginándome cosas. El libro seguía acercándose. Era una roca a punto de caer, un meteorito proyectándose directamente hacia mis hijas.

Me liberé del agarre del sofá y corrí hacia mis hijas. Abigail levantó la cabeza de repente, su rostro aterrorizado. Betsy se puso a chillar. Las cogí en volandas, una en cada brazo, y abracé con fuerza sus cuerpos sorprendentemente sólidos. Levanté la vista. El libro seguía en la estantería.

Tenía que sacarlo de la casa, pero no se me ocurría qué hacer con él. No podía quemarlo. Eso era lo que ellos habían hecho con los libros. No iba a tirarlo a la basura. Eso era lo que ellos habían hecho con nosotros.

El lunes por la mañana, lo cogí de la estantería y me lo llevé al coche. No me gustaba conducir con él a mi lado en el asiento del acompañante, el pasajero no invitado, mi molesto pasado, pero ya pensaría qué hacer con él.

Seguía allí cuando salí del despacho aquella tarde. Los grandes ojos negros me miraron fijamente. Le di la vuelta al libro. La contracubierta estaba ocupada por una caligrafía pequeña y prieta. ÉSTA ES UNA PÁGINA DEL *DIARIO DE ANA FRANK*. Las palabras en holandés pululaban por la página como insectos. Abrí la guantera, metí el libro dentro y la cerré con fuerza.

La idea se me ocurrió cuando pasaba por delante de la estación de tren. Giré brusca y temerariamente hacia el aparcamiento. No lo destruiría. Se lo prestaría a alguien.

A un lado había aparcados varios coches vacíos. La zona más cercana a las vías, donde las esposas permanecían sentadas detrás del volante limándose las uñas, o leyendo revistas, o diciéndoles a los niños del asiento trasero que dejaran de pelearse, mientras esperaban el regreso de sus maridos, estaba vacía. En el andén no había nadie. Era un momento entre trenes.

Aparqué en una de las plazas próximas a las vías, cogí el libro de la guantera y salí del coche. No pude evitar mirar a mi alrededor, por mucho que dejar un libro para que lo recogiera algún pasajero aburrido o algún viajero curioso no tuviera nada de ilegal. Subí corriendo las escaleras hasta el andén. Me sentía ligero como no me había

sentido en muchos días. Cuando llegué al final de la escalera, era un ser ingrávido. Debió de ser por eso por lo que lo hice. No se me ocurre otra razón. No era lo que pretendía.

Avanzaba a paso ligero, con el libro en mi mano derecha, pero en lugar de dirigirme hacia uno de los bancos, giré hacia las vías. Me coloqué de lado, como el lanzador que se prepara para su disparo, eché el brazo hacia atrás, lo volteé hacia delante y dejé volar el libro. Planeó por encima de las vías, ingrávido y libre como yo, golpeó con un ruido sordo el bordillo del otro andén y cayó. Oí el golpe al chocar contra las vías. Quedó entre ellas, despatarrado sobre las traviesas.

Me quedé mirándolo. No pretendía destruirlo. Simplemente quería sacarlo de casa. Regresé furtivamente al coche, los hombros caídos, la cabeza gacha. Cuando estaba saliendo del aparcamiento, un vagón lo aplastó. Aparté la vista.

Cuando veinte minutos después entré en el salón, mi mirada se dirigió directamente hacia la estantería más alta. El ligero hueco entre los libros era un vacío profundo. El espacio fue haciéndose más ancho a medida que la noche avanzaba. Sentía el vacío como el hambre físico, que pensé que nunca desaparecería.

No fue hasta las diez cuando me levanté y le dije a Madeleine que me había olvidado unos papeles en el despacho y que tenía que ir a buscarlos.

—¿Por qué no te levantas mañana más temprano? —Su voz no escondía sospechas. Yo era un buen marido, un padre cariñoso, un hombre decente, nada que ver con los tipos dados a correrías nocturnas. Todo lo que yo quería lo tenía en mi casa.

Le dije que estaría de vuelta enseguida, subí a buscar las llaves del coche y antes de salir cogí una linterna.

—Para encontrar los interruptores de la luz del edificio —dije antes de que ella pudiera preguntármelo.

Esta vez el aparcamiento estaba completamente vacío. Estacioné de nuevo junto al andén. La apertura y el cierre de la puerta sonaron como un gemido en la oscuridad.

Subí las escaleras de dos en dos. No tenía tiempo que perder. Encendí la linterna y proyecté el haz hacia las vías. Necesité varios barridos para dar con él, aunque seguía donde había aterrizado, sobre las traviesas, entre las vías.

Caminé hasta el borde del andén. La altura hasta las vías no era muy elevada. Salté. Me torcí el tobillo al impactar contra el suelo. Se me doblaron las rodillas. Recuperé el equilibrio justo antes de caer.

Empecé a caminar por las vías, siguiendo el haz de luz de la linterna. Los zapatos crujían sobre la gravilla. La luz rebotaba y trazaba círculos en la oscuridad. Saltó una forma. Ojos brillantes. Una cola deslizándose. La cicatriz del mordisco de rata que tenía en el brazo palpitaba, aunque no me hubiera dado jamás problemas en el

pasado.

Pese al dolor en el tobillo, avanzaba deprisa. A esta hora había pocos trenes, y aunque viniera uno, lo oiría a lo lejos y vería las luces, pero aun así lo que estaba haciendo no era un acto inteligente, ni para un padre y esposo ni para nadie.

Una nueva rata atravesó el haz de luz. La seguí con la linterna hasta que desapareció por un agujero debajo del andén. Cuando volví a enfocar las vías, el libro había desaparecido. Agité la linterna a mi alrededor. El haz blanco alargado trazó círculos. Condenada rata. Condenado libro. De no ser por eso, estaría en casa, mi mujer leyendo a mi lado, mis hijas durmiendo al otro lado del vestíbulo. La linterna repasó una vía y luego la otra, inspeccionó las traviesas, ascendió por los laterales del andén, se arrastró lentamente hacia atrás y acabó descansando a escasos centímetros de donde yo estaba. Los ojos negros me miraban. ¿Dónde has estado, Peter? He estado esperándote.

Me agaché junto al libro. Mi mano se ahuecó para cogerlo, palpando la suciedad y las cenizas como una sensación arenosa. Inicié el camino de vuelta. La luz de la linterna bailaba sobre las vías.

Cuando llegué al andén, deposité el libro y la linterna sobre el suelo de cemento para tener las manos libres y las posé en el bordillo para hacer palanca. Doblé los brazos, luego los tensé y lancé las piernas hacia arriba, pero el andén estaba más alto de lo que pensaba. Golpeé el suelo de cemento con la rodilla. Mis piernas se doblaron bajo el peso de mi cuerpo al caer a las vías. Me imaginé a Betsy acurrucada en la cuna. Visualicé a Abigail en su cama, su aterciopelado brazo abrazando con fuerza un osito de peluche. Vi a Madeleine mirando el reloj.

Doblé de nuevo los brazos, volví a tensarlos, lancé las piernas hacia arriba otra vez, y otra vez volví a caer. Necesité tres intentos más para subir al andén. Tenía las manos raspadas y llenas de sangre, y las rodillas y las espinillas magulladas de los golpes que me había dado contra el cemento. Cuando volví a entrar en el coche, me di cuenta de que tenía un agujero en la pernera de los pantalones.

Al llegar a casa, Madeleine me esperaba sentada en la cama, leyendo. Levantó la vista de la página, se percató de que llevaba las manos ensangrentadas y los pantalones rotos y me preguntó qué demonios me había pasado. Le expliqué que había tropezado al bajar las escaleras del edificio al aparcamiento. Me preguntó qué había sido de la linterna que me había llevado. Le dije que se habían acabado las pilas. En comparación con mis demás mentiras, ésta no era nada.

Durante la semana siguiente seguí moviendo el libro de un lado a otro. Igual que muchos de los que habían pasado a la clandestinidad habían ido escondiéndose en sótanos, armarios y cuevas cuando había cundido el miedo entre sus benefactores, o los vecinos habían empezado a sospechar, o el dinero para pagar el silencio se había agotado, yo fui encontrando nuevos lugares donde esconder mi carga. Lo cogí de la

guantera del coche y lo devolví a la balda de la estantería del salón que estaba fuera del alcance de todo el mundo excepto del mío. Lo escondí en el sótano detrás de mi banco de trabajo. Lo encerré en la caja fuerte que teníamos en la parte posterior del armario de la ropa blanca. La caja no era grande, y apenas había espacio para el libro, el pasaporte y el sobre de papel de estraza con dinero que allí guardaba. Lo saqué de la caja fuerte. No quería que contaminase las demás cosas. Lo encerré en el cajón superior de la mesa de la oficina. No tenía intención de leerlo, pero no podía abandonarlo.

Continuaba siguiéndome por todas partes. Había logrado no percatarme de él cuando descansaba sobre la mesilla de noche en el lado opuesto de la cama donde yo dormía. La publicidad y las críticas no me habían llamado la atención, porque nunca leía esa sección en los periódicos. Pero ahora que conocía la existencia del libro, resultaba inevitable. Por la calle veía mujeres que lo llevaban apretado contra su pecho como una insignia al honor. Detrás de la caja registradora del restaurante donde a veces comíamos Harry y yo, la chica me miró con ojos acusadores cuando la interrumpimos para pagar con cheques. Una tarde, al volver a mi despacho, vi de refilón la cara de Ana antes de que mi secretaria la guardara de nuevo en su escondite en la mesa. Me sentía como un hombre en busca y captura que ve sus carteles colgados por todas partes.

Siete

«No puedes imaginarte lo que esto significa. El diario se publicaría en alemán y en inglés, contando todo lo que fue de nuestra vida mientras estuvimos escondidos —todos los miedos, las disputas, lo que comíamos, la política, la cuestión judía, el tiempo que hacía, los estados de humor, los problemas de hacerse mayor, los cumpleaños y los recuerdos—; en resumen, todo».

Otto Frank en una carta, 11 de noviembre de 1945,
citado en *The Hidden Life of Otto Frank*,
Carol Ann Lee

«Aunque me han golpeado, no tengo cicatrices».

Otto Frank en una carta, 26 de enero de 1975,
citado en *The Hidden Life of Otto Frank*,
Carol Ann Lee

No tenía planeado leerlo, pero al final lo hice. ¿Cómo no hacerlo? Lo leí en mi banco de trabajo en el sótano, cuando supuestamente tenía que estar construyendo un baúl para los juguetes que tenía que ir destinado a la habitación de Abigail; y en el baño a medianoche, mientras Madeleine dormía al otro lado de la puerta cerrada con pestillo; y en el aparcamiento de un supermercado donde ella no compraba porque pensaba que si los precios eran más bajos significaba que los productos eran de calidad inferior; y en el aparcamiento de la estación de tren, hasta que una noche ella me preguntó si era mi coche el que había visto al pasar por delante aquella tarde. Las estaciones de tren le preocupaban. Su hermana había contado la historia de un superviviente de uno de los muchos vagones de ganado que se había lanzado a las vías y esperado a que un tren pasase sobre él. El accidente, si así quiere llamársele, detuvo durante horas los trenes en ambas direcciones. Le dije a Madeleine que no era mi coche y dejé de ir allí, pero no dejé de leer el diario. No podía. Era como un niño con un vicio secreto, como lo había sido entonces, acostado en aquel camastro estrecho como un féretro, aferrándome a mí mismo, sin importarme si podían oírme mis padres, que dormían al otro lado de la pared húmeda por el sudor, o si me volvería ciego, o loco, o me crecería pelo en las palmas de las manos, porque seguramente estaría muerto antes de que pudiera suceder cualquiera de estas cosas.

Cuando no lo leía, pensaba en él. Ésta, como habría destacado el doctor Gabor si hubiera continuado visitándolo, es la naturaleza de un vicio secreto. Se convirtió en mi mundo real, más real que el sótano donde fabricaba cosas para mi mujer y mis hijas; que el baño donde intentaba huir bajo el chorro de una ducha, aunque no logro imaginar por qué tendría que pensar que podía huir de aquellos recuerdos precisamente bajo una ducha; que el aparcamiento del supermercado donde las mujeres pasaban rápidamente por mi lado con carros de la compra obscenamente llenos. La humedad del canalillo que caía por las paredes era real, y el hedor a moho

y sudor y pedos y meados y mierda, y el sabor de las patatas podridas y las judías mohosas, y el frío que le ponía a mi madre las manos blancas como el hielo bajo unos guantes comidos por las polillas, y el calor que azotaba desde el cielo y ascendía en forma de vapor desde las calles que teníamos prohibido pisar, y el terror, y la degradación de ese terror. Estaba atrapado en aquel libro igual que había estado atrapado en aquella casa. Pero además —y esto era lo que no lograba comprender— lo echaba de menos. Añoraba aquellas habitaciones con olor a rancio donde las paredes se empañaban con el vapor en verano y goteaban aquella especie de sudor frío en invierno. Ansiaba aquellos padres. Echaba de menos a Ana. Sufría por mí.

De vez en cuando me enfadaba. No se trataba únicamente de que ella hubiese cambiado los nombres, aunque eso ya era malo de por sí. Cuando en el anexo apodamos a Pfeffer *Dussel*, «idiota» en alemán, sin que él se enterara, fue una broma inocente de dos personas jóvenes e impacientes, pero resultaba que el pobre Pfeffer pasaría a la posteridad como *Dussel*. Había también maltratado y manipulado a mi madre y a mi padre. Aquellos a quienes había renombrado como Van Daan no eran mis padres, deseaba gritarle, pero no podía, porque el aroma de los cigarrillos de mi padre me cerraba la garganta y el sonido de la risa de mi madre me ahogaba la voz. No estaba preparado para los recuerdos que me traía el diario. No podía resistir la atracción de aquellos fantasmas. Surgían de las páginas sobadas y arenosas, me abrazaban, y jadeando, riendo y llorando me devolvían a su vida, a la época en que ellos estaban vivos.

Mi madre dobla un dedo en el que lleva un anillo. ¿Recuerdas la noche que te corté el pelo?, susurra, y bailamos por la habitación, yo en bañador y zapatillas deportivas, ella con un vestido estampado zurcido, mis manos en sus muñecas, sus brazos sacudiéndose y peleándose en broma. Ella ríe, grita y chilla que la deje, y yo la empujo y la persigo por la habitación, medio en broma, medio en serio, lleno de terror por la potencia de mi fuerza, que por un momento supera el otro terror, el terror con el que todos vivimos.

Mi padre me grita que le dé el libro, no el libro sobre el que estoy encorvado en el interior de un coche aparcado en la penumbra, sino otro libro, porque soy demasiado pequeño para saber de esas cosas —aunque no para bajar con él y el señor Frank a las oficinas, con un martillo en mi mano por si acaso nos tropezamos con los cacos—, y me arranca ese otro libro de las manos, el que iba de penes, vaginas y relaciones sexuales, y nos empujamos, nos pegamos y nos damos patadas, y él me maldice y me envía castigado sin cenar al desván, donde escucho el retumbar del terremoto en mi estómago vacío y los sonidos de ellos abajo, comiendo, charlando y trajinando con platos, y deseo que se mueran, aunque sé que es un pensamiento desmesurado en esas circunstancias. Es un tonto, vocifero mentalmente, un *dussel* peor que Pfeffer. Al menos, Pfeffer consiguió embarcar a su hijo hacia Inglaterra.

Pero en otra ocasión estamos mi padre y yo arrodillados, hombro con hombro, colocando las mosquiteras en la fresquera para guardar la comida que estamos

fabricando, y el señor Frank, que me ayuda con mi inglés pero que es incapaz de elaborar nada práctico, se limita a mirarnos. Mi padre habla en voz baja, como si fuese un secreto que tenemos que ocultar a los que no comprenden cómo hacemos las cosas: Bien hecho, Peter, bien hecho.

Me encontraba sentado en el aparcamiento del supermercado, oyendo a mi padre murmurarme al oído, la mirada clavada en el libro apoyado contra el volante. Era como un inválido, la cubierta destrozada después de haber sido arrojado a las vías del tren, las páginas maltrechas como resultado de la caída. Alargué el brazo, abrí la guantera y saqué de ella un rollo de cinta adhesiva. E igual que vendaría la rodilla a Abigail o besaría la pequeña heridita de Betsy, me dispuse a curar las heridas del libro. Mientras lo hacía canturreaba. Dice Madeleine que suelo tararear por lo bajo mientras trabajo, aunque no soy consciente de ello. Pero de pronto me di cuenta de que estaba haciéndolo. Estaba tarareando Mozart. El coche rebosaba de *Eine Kleine Nachtmusik*, y yo estoy de nuevo en el desván con Ana. Es la noche del domingo de Pascua, el segundo domingo de Pascua que pasamos allí, el último día que pasaremos allí, y estamos escuchando música en la radio, mientras el castaño que se ve por la ventana promete maliciosamente la primavera.

Terminan los rituales del libro y empiezo de nuevo a hojear el libro.

Es el cumpleaños de mi madre, y mi padre le da dinero a Miep con la esperanza de que encuentre claveles rojos, su regalo tradicional. Mi madre grita de placer al ver aquella emoción encarnada que iluminaba el gris de nuestra vida, y se lanza a los brazos de mi padre, y lo besa prolongadamente en la boca, pero ahora, en lugar de volverme asqueado, como hice entonces, entrecierro los ojos para verlos con más claridad. Qué jóvenes son; mi madre pechugona y activa con una boca grande dispuesta a darle un mordisco a la vida; mi padre alto, atildado, envuelto en humo de tabaco y chistes malos. ¿Qué es lo que hace noventa y nueve veces clic y una vez clac? Un ciempiés con una pata de palo. ¿Se aman? ¿Hacen el amor en este putrefacto anexo falto de intimidad?

Los oigo gritándose.

—No pienso vender el abrigo.

—De acuerdo, este invierno comeremos piel de conejo.

—Sólo quieres el dinero para dilapidarlo en tus cigarrillos.

—Tú lo quieres para comprarte más ropa después de la guerra. ¡Después de la guerra! ¿Qué comeremos hasta después de la guerra?

Pero hacen las paces. Siempre hacen las paces. Él se desliza detrás de ella mientras está en el fregadero, la abraza, abarca sus pechos de melón dentro de sus manazas manchadas de nicotina.

—¡No! —grita ella, y en su boca la palabra se transforma en un «sí».

—*Kerli* —le canturrea él al oído. Y bailan el vals en el dormitorio.

Ambiciosos, les llama Ana. Oh, sí, son ambiciosos.

Sigo volviendo páginas, hambriento de noticias sobre nosotros. Un párrafo me

detiene en seco.

Peter es muy tímido, pero no lo bastante como para admitir que estaría perfectamente bien sin ver a sus padres durante un par de años.

Me tambaleo por el anexo, reboto de una pared húmeda y descascarillada a otra. Me estoy asfixiando, soy demasiado grande para los techos bajos y las habitaciones abarrotadas, demasiado fuerte para mi aterrada e indefensa madre y para mi rabioso e impotente padre, demasiado mayor para que ella me derribe y él me pegue. Mis enormes pies hacen demasiado ruido. Mis brazos largos tiran las cosas. Me temo que acabaré haciéndolos pedazos a todos. Sueño con hacerlos pedazos a todos.

Cogí un paquete de tabaco. Harry se lo había dejado en el asiento del acompañante. Sujetando el libro con una mano, extraje un cigarrillo y pulsé el encendedor. Ni siquiera me di cuenta de lo que hacía hasta que lo inhalé. El olor de mi padre se cernió sobre mí. Apenas podía respirar. Abrí la puerta del coche para que entrase aire fresco. El libro cayó de mi regazo al suelo. Ana me miró desde el asfalto negro del aparcamiento. La recogí, la limpié, cerré la puerta del coche. Su mirada fija seguía observándome desde su eterno rostro infantil.

—Los mayores están celosos de nosotros porque somos jóvenes —susurro, mientras subimos las escaleras de mi dormitorio hacia el desván.

Pero ellos son más jóvenes que nosotros, o al menos más inocentes. Fuera del anexo caen las bombas, los asesinos marchan por las calles y los vagones de mercancías transportan su carga hacia el este, mientras que dentro, los padres, que nunca están de acuerdo en nada, coinciden en que Ana y yo no deberíamos pasar las noches solos en la oscuridad, y Otto, que sigue confiando en la vieja decencia —fui oficial del ejército alemán durante la última guerra, le dirá al hombre de la Grüne Polizei, mientras el muy bruto va metiendo nuestros objetos de valor en el maletín—, me coge por su cuenta y me habla de caminos de rosas, y de que una cosa lleva a la otra, y de que nos reservemos, o al menos que Ana se reserve, para el futuro. ¿Qué futuro? Quiero preguntárselo, pero no lo hago, porque necesito creer que tiene razón. De todos modos, Ana y yo seguimos subiendo las escaleras para ir al desván, donde nos sentamos a oscuras, inhalando las primeras emociones maduras de la primavera y los repugnantes vapores que suben desde el canal que hay delante de nuestra casa, aferrándonos desesperadamente el uno al otro. Si Dios le permite vivir, dice ella bajo el cobijo de la noche, conseguirá hacer más cosas que su madre, y hará oír su voz, y trabajará para la humanidad. Si yo sobrevivo, le digo, iré a las Indias Orientales holandesas y me convertiré en un hombre importante. Pero poco a poco dejamos de hablar y empezamos, con paso vacilante, a encontrar nuestro trayecto por el camino de rosas de Otto. Siento su cuerpo infantil haciéndose mayor entre mis brazos, y la vida grita en mis oídos, o tal vez no son más que las sirenas alertando del próximo bombardeo aéreo.

Cierro los ojos, pero Ana, mi padre y mi madre, y todos ellos, incluso el pobre Pfeffer, siguen impresos en el interior de mis párpados. No hay forma de alejarse de

ellos. Abro los ojos. Gotas de agua salpican la cara de Ana en la cubierta del libro. Ha empezado a llover. Subo la ventanilla. Ya está cerrada. Miro hacia arriba. El sol se cierne como una moneda deslustrada encima del supermercado.

Cojo un pañuelo del bolsillo, me sueno la nariz y miro a mi alrededor. Las mujeres pasan apresuradamente por mi lado, sus cuerpos doblegados hacia delante por el esfuerzo de empujar sus atiborradas cestas, sus miradas dirigiéndose afiladas hacia mí, luego desviándose. Un niño se detiene a mirar. Su madre lo agarra de la mano y lo arrastra. Otra mujer ni siquiera permite esa oportunidad. Mientras sujeta al niño con una mano, tira del carro y traza un gran círculo para rodearme. Me quedo mirándolos desde la jaula de mi coche. Leo sus sospechas con la misma claridad que si las llevasen encima de su cabeza dentro de un globo con palabras. Loco. Criminal. Asesino.

Aquella noche, mientras Madeleine dormía a mi lado, salté de la cama y bajé de puntillas a la cocina. Después de la mullida moqueta, el suelo de linóleo resultaba frío y resbaladizo bajo mis pies. Cerré las puertas de persianilla antes de encender la luz y pestañeeé debido al repentino resplandor. De camino a la nevera, me incliné hacia la ventana, protegiéndome los ojos con las manos para evitar el reflejo y poder vislumbrar las casas de los vecinos. La luna llena volcaba un brillo fantasmagórico sobre los jardines, pero no había luces encendidas. Indian Hills dormía, en paz, me imaginé.

Crucé la cocina en dirección a la nevera, abrí la puerta y empecé a sacar cosas. Una tras otra, fui transportándolas hacia la mesa. Dos muslos de pollo, un pedazo de pastel de carne, media tarta, un tarro de mantequilla de cacahuete, una botella de leche, un recipiente con espaguetis cubierto con papel de plata, un tarro a medias de comida para bebé. Había dado ya buena cuenta de un muslo de pollo y de los espaguetis cuando Madeleine abrió las puertas de persianilla. Pestañeeé por la luz. Sus ojos pasaron del plato al recipiente y a la botella de mi obscuro banquete, para acabar finalmente clavados en mí.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó con delicadeza.

—Sólo un poco hambriento.

Sus ojos se detuvieron en el tarro de comida para bebé.

—Debía de estar medio dormido. —Me levanté y guardé el tarro de nuevo en la nevera—. Lo había confundido con salsa de manzana normal y corriente.

Seguía mirándome cuando regresé de la nevera, su cariñoso rostro hecho un nudo de preocupación. Mi pobre esposa empezaba a sospechar lo que yo siempre había sabido. Que después de todo no se había llevado el premio gordo.

Ocho

«Él [Peter] decía que la vida habría sido mucho más fácil de haber sido cristiano o de poder convertirse en uno de ellos después de la guerra. Le pregunté si es que quería bautizarse, pero tampoco se refería a eso. Dijo que nunca sería capaz de sentirse como un cristiano».

*Diario de Ana Frank, Ana Frank,
16 de febrero de 1944*

Pensé en regresar a *Ámsterdam* una o dos semanas. Me dije que de ese modo acabaría con los fantasmas. Lo que en realidad quería era devolverles la vida. Estoy acostado en la cama a las tres de la mañana, esa hora traidora en la que todo vuelve, oyendo a mi madre amenazar con suicidarse por el miedo tan grande que tiene a morir; y a mi padre enfadarse porque no nos queda dinero para que Miep nos compre comida; y a mí pidiendo perdón por haberme olvidado de descorrer el pestillo de la puerta de la calle. De noche, cuando los trabajadores se han ido, salimos del estrecho anexo y bajamos a las oficinas y al almacén de las plantas inferiores. Durante unas horas, tenemos el edificio a nuestra entera disposición, pero siempre cerramos la puerta de la calle para estar seguros. Mi trabajo consiste en descorrer el pestillo antes de regresar a nuestro escondite, pero aquella noche me olvidé y a la mañana siguiente los hombres no podían entrar. Ahora, acostado en la cama, juraba que volvería. Que descorrería el pestillo. Que solucionaría todo lo que había hecho mal. Que los salvaría.

Pero cuando el amanecer golpeó las ventanas, supe que no regresaría nunca. No podía volver a aquel mundo. Miep, y su marido Jan, y Kleiman, y Kugler habían arriesgado su vida por salvar la nuestra, pero había otros. Recordé las palabras que algún buen ciudadano holandés había garabateado en el puente que cruzaba el canal que se veía desde las ventanas por las que se suponía no debíamos mirar. «Apartad vuestras sucias manos de nuestros sucios judíos». Por lo que había oído en el campo de refugiados, la situación no había mejorado desde la guerra. La gente que al salir de los campos regresaba a su casa encontraba vecinos durmiendo en su cama, y comiendo en su mesa, y olvidando que los habían conocido en su día, y mucho menos que habían accedido a cuidar de sus preciadas posesiones hasta que ellos pudieran reclamarlas. ¿No habéis causado ya suficientes problemas?, preguntaba la buena gente de *Ámsterdam*. Nosotros también pasamos nuestras penurias, insistían. Si mataron a tantos en los campos, ¿cómo es que regresan también tantos? Los judíos alemanes tenían lo peor de ambos mundos. El gobierno holandés revocó las leyes nazis contra los judíos y luego nombró enemigos nacionales a los judíos alemanes. Nunca regresaría a eso, ni siquiera como no judío.

Se me ocurrió en el transcurso de otra pesadilla estando despierto, a las tres de la

mañana. Iría a la iglesia. Abrazaría más plenamente mi nuevo yo.

Seleccioné episcopalianos, presbiterianos, luteranos, católicos y seguramente media docena de confesiones más de cuya existencia ni siquiera me había percatado paseando por la zona. Madeleine lo vería extraño. Ninguno de los dos era creyente. Habíamos acordado criar a las niñas sin supersticiones. Pero ella me había visto regresar de una excursión a la oficina como si me hubiera tropezado con una banda de matones, me había sorprendido robándole la comida de la boca de la pequeña y había visto mi coche aparcado en la estación, aunque yo se lo hubiese negado. Seguramente podría tomarse también con calma una visita excepcional a la iglesia.

Pasé por delante de la iglesia de Cristo, que estaba a escasos minutos de casa, pero no me detuve. Aparqué delante de la de San Miguel, pero la escultura de Jesús en la cruz, donde al parecer lo había colocado yo, en el caso de que acabara creyéndome las mofas que había sufrido en mi juventud, me aconsejó alejarme de allí. Cuando, sentado enfrente de Todas las Almas, vi por el retrovisor que se acercaba un coche de policía, introduje la llave en el contacto, metí primera y casi choqué con otro coche con las prisas por largarme de allí.

Apenas había amanecido cuando, a la mañana siguiente, estaba ya dando marcha atrás con el coche por el camino de acceso a casa. Madeleine seguía durmiendo. Le había dado un beso a su pelo enredado y susurrado que tenía una reunión a primera hora que había olvidado mencionarle.

—No despiertes a la pequeña —murmuró, y se entregó a unos cuantos minutos más de dulce inconsciencia.

Las resbaladizas hojas caídas convertían el camino en una superficie traicionera bajo los neumáticos. Cuando llegué a la autopista, bajé la vista hacia el cuentakilómetros. Iba a cuarenta kilómetros por hora por encima del límite de velocidad. No frené. Dejé atrás los cenagales de color pardusco y los voluminosos tanques de petróleo de Nueva Jersey, atravesé el puente de Goethals y continué en dirección este. Llevaba años sin volver por allí, pero aún recordaba el camino. Cuando en aquellos tiempos pasaba por delante del edificio, siempre aceleraba el paso para pasar lo más rápido posible.

Encontré aparcamiento un poco más allá de la manzana en cuestión. La lluvia se había transformado en neblina. Se alzaba desde el suelo transportando el olor maduro y rancio de las alcantarillas. Un hombre paseaba un perro con tres patas. Dos niños saltaban en un charco. Una mujer, envuelta en un chubasquero y un pañuelo, lo rodeaba. No me miró ninguno de ellos. Las puertas echaban a la calle las caras sospechosas. Un cartel de «No se meta donde no le llaman» colgaba del húmedo aire matutino. Estaba muy lejos de Indian Hills.

La fachada de ladrillo rojo, vetada de negro por la lluvia, necesitaba una reparación, y el hueco de una de las ventanas estaba tapado con un cartón. La pesada

puerta de madera cedió con facilidad, aunque por su aspecto había pensado que se atascaría. Me asaltó el olor a libros viejos, a alcanfor y a col. No comprendí lo del olor a col.

Desde donde estaba situado podía ver un pasillo estrecho que conducía hasta la parte delantera de la sinagoga. Se abría entre filas de bancos, separados hacia un tercio del recorrido por una cortina de color granate cubierta de polvo. Había olvidado por completo la cortina. La corrían los viernes por la noche, los sábados y las festividades, pues servía para separar a los hombres de las mujeres.

Avancé por el pasillo, pasé de largo la cortina y me acerqué poco a poco hacia la parte delantera de la estancia larga y estrecha. El arca estaba abierta. La Torá expuesta sobre una mesa alta de madera. Un grupo de hombres, vestidos con el taled de oración, se apiñaba a su alrededor, entonando cánticos. Aunque no comprendía sus palabras, algo en mi interior respondió a la inconsolable cadencia, aunque ¿qué alma no lo hace ante un canto lúgubre en tono menor como aquél? Mientras iban cantando, se arrodillaban para enderezarse a continuación y empujar el cuerpo hacia delante. Pese a que nunca lo había emulado, también el movimiento me resultaba familiar. La idea de que podía llevarlo en la sangre me dejó helado. Eso demostraría que *ellos* tenían razón. ¿Pero no era acaso por eso por lo que estaba yo allí?

Uno de los hombres se separó del grupo y empezó a retroceder por el pasillo hacia mí, sin dejar de agachar la cabeza, hacer reverencias y canturrear. Cuando llegó donde yo estaba y se volvió, me quedé sorprendido. De lejos, envueltos en sus taleds, coronados con sus casquetes, parecían hombres mayores, pero el hombre que tenía enfrente sería de mi edad. Su casquete negro se asentaba con garbo sobre una abundante mata de pelo rizado de color zanahoria. Bajo las tiras de cuero que sujetaban a su frente una cajita negra, su piel lechosa aparecía salpicada de pecas oxidadas. El cabello, pensé, debía de haberlo salvado, de lo contrario lo hubieran matado en primera instancia. Habrían realizado experimentos, por el bien de la ciencia, para descubrir detalles sobre una curiosidad menor: un judío pelirrojo. Volvió a agacharse. No estaba muy seguro de si el gesto formaba parte de su danza o si se trataba de un saludo dirigido a mí. Me ofreció un libro con cubiertas negras. Al extender el brazo, el taled cayó al suelo. Las tiras de cuero que sujetaban otra caja de cuero negro a su brazo se clavaron en su piel y distorsionaron la imagen de un número tatuado. Seguía ofreciéndome el libro, igual que el funcionario de aduanas aquella mañana en el muelle me había ofrecido mis documentos. Lo cogí.

Me empujó suavemente hacia el banco y hacia allí fui. Aunque llevaba un libro abierto en la mano, no estaba mirándolo. Seguía rezando, pero tenía los ojos clavados en mí. Yo enfoqué los míos hacia delante. Extendió el brazo, pasó las páginas del libro que me había entregado y yo sujetaba, me miró e hizo un ademán en dirección al texto. Bajé la vista. Por la superficie correteaban unos caracteres raros. Reconocí las formas, pero era incapaz de captar su significado. Ni siquiera conocía los sonidos que debían tener. Levanté la vista y miré el arca abierta. Mi mirada se elevaba, pero

no mi espíritu. No sentía nada. Cerré los ojos y me concentré en el lamento de los hombres en oración. Doblé las rodillas e intenté empujar los hombros hacia delante, pero había algo, fuerte como un cable de acero, que me mantenía erguido. Quedé a la espera de una reacción. Deseé que mi estómago se revoliera de hambre. Esperé a que se me erizara el pelo de la nuca. Pero no había manera. La visión del diario de Ana me había dejado mudo. Los objetos y los rituales que medio recordaba ni siquiera me ponían la piel de gallina.

Esperé a que los devotos pronunciaran su último amén y empezaran a despojarse de sus taleds para desfilan hacia el pasillo. El pelirrojo me siguió, como sabía que lo haría. Se puso a mi altura cuando yo llegaba a la puerta y se inclinó para decirme algo. Recibí una bocanada intensa de olor a bolas de naftalina. Galletas de naftalina, las llamaba Ana cuando mi madre las sacaba de la lata, porque guardaba esas galletas en un armario a prueba de polillas. Y en aquella sinagoga desconocida saboreé de nuevo esa dulzura pegajosa que se deshacía en mi lengua.

—¿Eres judío? —me preguntó.

Me quedé mirando al joven con aspecto de viejo. El pelo se le levantaba de la cabeza como si acabara de atravesarlo una corriente eléctrica. Su raído jersey sin mangas colgaba con holgura por encima de una deshilachada camisa de franela, mientras sus pantalones grisáceos caían sobre unos zapatos llenos de rozaduras.

—Soy americano —respondí.

—Yo también. De ser otra cosa, ¿crees que podría estar aquí en una sinagoga? En Varsovia no lo habría tenido tan fácil. En Alemania ni siquiera habría podido hablar de ello. Sé que eres americano, señor Yanqui Dandi^[9], pero ¿eres judío?

No le respondí.

—Es una pregunta muy sencilla. Como esa canción que dice: ¿Lo eres o no lo eres?

No se lo había dicho a mi esposa, ni a su hermana antes que ella, ni a mi socio. Nunca se lo diría a mis hijas. En parte, lo había hecho por ellas. De modo que ¿por qué debería decírselo a ese desconocido, a ese *greenie* que tenía pegado a mí como una mosca?

—Lo soy.

Movió la cabeza afirmativamente.

—Pero no eres creyente.

Separó sus finos labios para esbozar una sonrisa animal.

—Respecto a las creencias, no hago preguntas. —Se inclinó más aún hacia mí. Capté de nuevo el olor a bolas de naftalina y saboreé otra vez las galletas—. Y cuéntame, ¿volverás? Necesitamos hombres como tú.

—¿Hombres como yo?

—Un *minyán*.

Pensé por un momento que se refería a un acólito^[10]. A punto estuve de decirle que yo no era eso. Pero entonces me vino a la cabeza otra palabra que había olvidado.

Me quería para conseguir un *minyan*, el quórum de diez hombres necesario para poder llevar a cabo las oraciones rituales.

Le dije que volvería, aunque estaba seguro de que no lo haría.

1955-1980

LIBRO SEGUNDO

Nueve

«Nunca olvidaré el momento, en Auschwitz, cuando Peter van Pels, de diecisiete años de edad, y yo vimos a un grupo de seleccionados. Entre ellos estaba el padre de Peter. Marchaban en fila india. Dos horas después llegó un camión cargado con su ropa».

Otto Frank, citado en *Ana Frank Magazine*, 1998

«Las familias Frank y Van Pels^[11], y Friedrich Pfeffer [llegaron] a la estación [de Auschwitz] la noche del 5 al 6 de septiembre. [...] La selección tuvo lugar en el andén [...]. 549 personas —entre ellas los niños menores de quince años— fueron pasadas por las cámaras de gas aquel mismo día, 6 de septiembre. Entre ellos estaba [Hermann] Van Pels».

Diario de Ana Frank, Ana Frank: edición crítica, basado en el informe 103586 de la Cruz Roja holandesa

El médico se apellidaba Miller. Doctor Joseph Miller. Parecía tan normal como sonaba su nombre. Y ya me iba bien. No quería más doctores Gabor, que ahondaran en los recuerdos del Viejo Mundo, apestando a las miserias del Viejo Mundo. No estaba aquí porque algo fuera mal. Esta vez había pedido cita con el médico porque todo iba estupendamente bien. Mi voz estaba perfecta. Ni siquiera había vuelto a pensar en aquel incidente. El diario me había desconcertado al principio simplemente porque había asumido que se había evaporado, como todo lo demás. La idea de su supervivencia después de todo aquello resultaba en cierto sentido obscena. Pero había logrado poner la situación en perspectiva. No era más que un libro. Ni siquiera me sentí molesto cuando leí que iban a representar una obra de teatro a partir de él. Si eso era lo que quería Otto, ¿quién era yo para poner objeciones? Me daba lástima por él, por tener que revivir el pasado, pero a mí me traía sin cuidado.

Tenía una esposa, a la que amaba y que me amaba, dos hijas sanas y otro bebé en camino. Una noche, tres meses atrás, cuando llegué a casa del trabajo, Madeleine me había anunciado que el conejo había muerto. Era un código secreto, pero lo entendí de inmediato. Cualquier marido de Indian Hills conocía su significado, probablemente cualquier marido de los Estados Unidos. Me pregunté si a alguno de ellos, aparte de a mí, no le resultaría peculiar que utilizáramos el lenguaje de la muerte para anunciar la llegada de una vida. No se lo comenté a mi esposa. Hice lo que cualquier marido de Seminole Road, de Indian Hills, de los Estados Unidos haría en esas circunstancias, todos, es decir, excepto los mujeriegos, los borrachos y los hombres que no eran muy de familia. Crucé la cocina, la abracé, la besé y le dije lo feliz que me sentía. Hice todo lo correcto que debe hacerse en estos casos. No quiero decir con esto que lo único que quería era hacer lo correcto que debe hacerse en estos casos. Mi alegría era sincera. Pero no soy muy dado al comportamiento efusivo. De haber montado un numerito, Madeleine habría pensado que algo iba mal.

Ella quería un niño, no sólo porque ya tuviéramos dos niñas, sino porque estaba segura de que yo, como cualquier hombre, pensaba, deseaba un hijo varón. Pero se equivocaba al respecto. Por mucho que me hubiese gustado un hijo varón, confiaba en que fuera otra niña. Una niña me permitiría seguir saliendo airoso del atolladero.

Los negocios también marchaban bien. Harry había tenido razón al decir que el hombre normal y corriente querría poseer una casa nueva en las afueras. Habíamos iniciado ya la tercera fase de la urbanización. La Asociación Nacional de Constructores de Casas nos había concedido un premio. Al principio, había sido reacio a aceptarlo. No me gustaba la idea de llamar la atención hacia mi persona.

Harry levantó la vista en dirección al techo del despacho cuando se lo dije.

—La gente paga sumas asombrosas a agentes de prensa para conseguir que su nombre aparezca en los periódicos y ahora resulta que a mi socio no le gusta llamar la atención hacia su persona.

Tenía razón. Este miedo a sobresalir era el último vestigio de mi mentalidad de *greenie*. Mejor que regresara al Marseilles si seguía pensando así. El premio no podía hacerme nada más que bien. Incluso dejé que me convenciera de que fuese yo el encargado de dar el discurso de agradecimiento durante la comida, aunque yo pensara que era él quien debería darlo.

—Yo tengo acento —dije.

—Y yo. Un acento puro de Brooklyn. Reconócelo, colega, tú eres el motivo por el que nos han dado este premio sin sentido. Hemos construido una casa bonita, pero también las construyen otros. Incluso empieza a imponerse eso de hacer espacios más grandes al mismo precio. Pero entre ellos y nosotros existe una diferencia. Tú. Peter van Pels. Una prueba viviente de que los Estados Unidos siguen siendo el país de las oportunidades. De que cualquiera puede subir como la espuma hasta lo más alto. Naturalmente, a nadie le hace ningún daño que no sea un miembro más de la tribu. —Guiñó el ojo.

Acepté lo de dar el discurso en la comida. Después, se acercaron un montón de hombres, me estrecharon la mano y me ofrecieron sus tarjetas de visita. El periódico local publicó un artículo con una fotografía. El *Journal American* publicó un párrafo. Cuando aquella noche llegué a casa, Madeleine lo tenía colgado sobre la encimera de la cocina.

—Échale un vistazo. —Hizo un ademán en dirección al periódico y se retiró de la frente un mechón de pelo. La primera vez que se cortó el pelo con eso que llaman un corte al estilo «caniche» me quedé horrorizado. Prefiero las mujeres con pelo largo. Pero he acabado acostumbrado a ese peinado juvenil. Pese a recibir su nombre de un perro, les otorgaba un aspecto verdaderamente felino a sus enormes ojos y a sus pómulos afilados. Parecía a la vez alerta y satisfecha, aunque podía ser por el embarazo.

—¿Qué es?

—Un artículo sobre mi famoso marido.

—¿En un periódico de Nueva York? —Eso era más de lo que me esperaba. A buen seguro alguien lo vería, aunque no me imaginaba quién.

Cogí el periódico, leí por encima el artículo y luego volví a leerlo más despacio una segunda vez. Era un párrafo inocuo sobre un hombre de negocios norteamericano normal y corriente. Sólo un *greenie* podría tenerle algún miedo.

Madeleine compró tres ejemplares del *Journal American* y del periódico local, recortó los artículos y los hizo plastificar. Le dio uno a su madre y otro a su hermana. Yo no estaba presente cuando lo hizo, pero la visualizo sonriendo, deslumbrante, satisfecha, como si estuviese relamiéndose la leche que podía haberle quedado en los bigotes. Aunque nadie lo admitía, la familia iba anotando los tantos en el marcador. Norman había ido a la universidad y estudiado medicina, pero yo había leído a Goethe y Schiller «en idioma original». Él era un profesional, pero yo había ganado más dinero. La primera persona a quien llamó Madeleine cuando se enteró de lo del premio fue a su padre. Mi suegro admiraba las credenciales de mi cuñado, Norman Fine, doctor en Medicina, miembro del Colegio de Médicos de los Estados Unidos, pero le gustaba lo que él denominaba mis «agallas». Le imponía respeto la íntima relación que Norman mantenía con cuestiones sobre la vida y la muerte, pero desdeñaba en parte que Norman ignorara lo que era trabajar duro de verdad. Me quería como a un hijo, decía de vez en cuando, aunque fuera un *shagetz*^[12]. ¿He mencionado ya que mi suegro era un hombre hecho a sí mismo?

El premio me hizo desear poder mencionárselo a mi propio padre, aunque en esta época apenas si pensaba en él o en mi madre. ¿Qué sentido tenía pensar en ellos? Se habían ido. Esa parte de mi vida estaba muerta y enterrada.

Creía en el futuro. Por eso estaba en la consulta del doctor Joseph Miller, por eso y por mi hija Abigail. Abigail tenía seis años, era ya lo bastante mayor como para sentir vergüenza. Ésa era la expresión que había visto en su cara cuando una tarde levanté la vista del banco de trabajo que tenía en el sótano.

Estaba dando los toques finales a la casa de madera que le había construido. La hija de Susannah, Debbie, estaba con nosotros. Debbie era cinco meses mayor que Abigail y, para los grandes ojos azul grisáceo de mi hija, la fuente de toda la sabiduría y del mejor criterio. Yo veía en mi sobrina cierta tendencia al sadismo, pero tal vez se debiera a que era un padre sobreprotector. Ése era el término que utilizaba Madeleine.

Estaba pegando el último rollo de papel pintado en el diminuto comedor victoriano. Era un trabajo delicado, sobre todo para unas manos tan grandes como las mías, y estaba encorvado, prestando toda mi atención a la casita, concentrado en el trabajo que tenía entre las manos. Las dos niñas se encontraban junto al banco de trabajo, observándome. Llevaban toda la tarde charlando, riendo y contándose cosas al oído, y al principio no me percaté del silencio. Sólo cuando alisé el papel sobre la pared y me recosté para observar el efecto me di cuenta de que me estaban mirando. No, a mí no, sino a mi brazo izquierdo. La boca de Debbie se había convertido en un pimpollito de repulsión. Pero lo que me llegó al alma fue la expresión de mi hija. Era

la expresión de nuestras caras, no cuando nos sometían a aquellos horrores, sino cuando éramos obligados a ser testigos de los que se perpetraban a otros. Era vergüenza. Y no tenía cabida en el rostro de mi hija.

A la mañana siguiente llamé para pedir una cita con el doctor Miller. Había estado posponiéndolo durante meses, años quizá, pero ahora ya estaba preparado.

—Es una intervención muy sencilla —me explicó el médico al tiempo que se recostaba en su asiento, que, pensándolo bien, no se diferenciaba en gran cosa del modelo giratorio de Gabor, aunque las similitudes acababan ahí. El corte de pelo al rape, tan escaso y rubio que parecía el de un pollito, le daba un aspecto de improbable ingenuidad. Era imposible que un hombre adulto fuese tan inocente. Su americana blanca almidonada parecía esterilizada. Sus ojos, detrás de unas gafas con montura de concha, estaban centrados un par de centímetros por encima de mi cabeza. A lo mejor ése era el secreto de su inocencia. No examinar minuciosamente al hombre que tenía enfrente—. Lo que hacemos, señor Van Pels, es extirpar el número, como lo haríamos con un tumor o un lunar. Después, tiramos de los extremos de la piel estropeada para cerrar. Si la zona es demasiado grande para esto, realizamos un injerto de piel, pero estoy seguro de que no será necesario en su caso. El suyo no es más que un tatuaje normal y corriente, del montón.

Un tatuaje normal y corriente, del montón, como millones de tatuajes más. Como mínimo, en su tiempo había habido millones de tatuajes iguales que el mío. Actualmente eran cada vez más escasos, y no gracias precisamente al doctor Miller y sus colegas. Pero ahora no iba a ponerme a pensar en eso. El hecho de que otros hubieran muerto con el suyo no significaba que yo tuviera que vivir con el mío. Más concretamente, no significaba que mi hija tuviese que vivir con el mío.

—Si está decidido a seguir adelante con esto...

—Lo tengo ya decidido.

—Bien. —El médico se levantó—. La chica le programará una visita. —Rodeó la mesa de despacho hasta llegar donde estaba yo y empezó a avanzar hacia la puerta—. En nuestros tiempos ya no hay motivo para andar por ahí con un defecto tan desagradable como éste. —Un defecto. Nunca lo había considerado así—. Le sorprenderían los avances que hemos hecho. Tampoco quiero decir con esto que juguemos a ser Dios. —Se pasó la mano por la pelusa amarilla de la cabeza—. Pero podemos deshacer muchos errores de la naturaleza. Y también del hombre. He eliminado docenas de números como el de usted.

No había otros números como el mío. Ése era el tema. Los números eran la única individualidad que nos permitieron. Uno tras otro fuimos acercándonos a la mesa, el señor Frank, el doctor Pfeffer, mi padre, yo, y presentamos los brazos, tal y como nos ordenaron. Tuvimos suerte. Entendíamos el alemán. Los que no lo entendían, los que no tenían ni idea de lo que debían hacer, recibían patadas, golpes y cosas peores. Pero aquel día sólo nos numeraron, números consecutivos. El mío se diferenciaba del de mi padre por un único dígito. Mi legado imborrable.

—Existe cirugía plástica para lo suyo —dijo el doctor Miller mientras me abría la puerta y se hacía a un lado para despedirme—. Borramos el pasado.

Lo sentía sentado a mi lado en el coche de camino a casa, su brazo izquierdo descansando sobre la tapicería de cuero de color castaño del asiento del acompañante. El número negro como el hollín, idéntico al mío exceptuando ese último dígito, palpitando contra la piel, desvaída después de dos años sin ver la luz de sol.

Encendí la radio. Ike estaba recuperándose bien de su trombosis coronaria y Roy Campanella había logrado un doble *home run* en el primer tiempo que resucitaba la esperanza de que los Dodgers acabaran ganando un título de la World Series, y varios miles de personas habían asistido a una manifestación en el Carnegie Hall a favor de la liberación de Morton Sobell, que estaba cumpliendo una condena de veinte años por su participación en el caso de espionaje de Julius y Ethel Rosenberg^[13]. A pesar de que los Rosenberg habían acabado en la silla eléctrica hacía ya más de dos años, aún seguía sin pasar un mes sin que alguna organización jurara solventar los antiguos errores. La gente debería tener más cabeza. Es imposible solventar los antiguos errores. Aun así, lo de ejecutar a una pareja normal y corriente era un asunto lamentable, a una madre y un padre, judíos, como siempre subrayaba mi suegro, como si su filiación religiosa hubiera sido responsable no sólo de la complicada situación de ellos, sino también de la vergüenza de él. No se trata de un asunto en dos sentidos, me habría gustado decirle. Si resulta que ellos son chivos expiatorios e inocentes, tú no puedes ser culpable por simple asociación.

¿Pero sabe a quién culpo yo en el caso Rosenberg? A Julius y a Ethel. No por espionaje. No tengo ni idea de si lo cometieron o no. Los culpo de haber acabado en la silla eléctrica. Los culpo de haber dejado huérfanos a dos niños. Todavía veo perfectamente la fotografía de los pequeños que apareció en los periódicos, con sus chaquetas de cuadros y sus gorras de visera. Michael y Robert. Buenos nombres norteamericanos. Michael y Robert Rosenberg aparecen sonriendo en la fotografía. El abogado defensor los acompaña a su salida de Sing Sing, seguramente la última vez que vieron con vida a sus padres, y los pobres niños, que nada sospechan, salen de allí sonriendo. No tienen ni idea de la que les espera. Pero yo puedo decírselo. Los veo caminando en esa fotografía, el mayor pasando el brazo por encima del hombro de su hermano menor, y soy capaz de predecirlo todo. Siento la lana áspera de la chaqueta de cuadros rozándome el cuello y las muñecas. Veo el lustre negro aceitoso de las armas de los vigilantes reluciendo bajo el sol. Oigo los gritos pidiendo piedad, pidiendo salvación, pidiendo algún acto de interferencia. Da lo mismo que los periódicos cuenten que sus padres se dirigieron hacia la muerte con un digno silencio. ¿Qué saben los periódicos de estas cosas? Aquellos pequeños oirán los gritos de sus padres durante el resto de su vida. Por esa razón echo la culpa a Julius y Ethel Rosenberg. Ellos podrían haber detenido las ejecuciones en cualquier momento. La

línea telefónica con Washington se mantuvo abierta hasta el último minuto. Lo único que tenían que hacer era confesar y sus sentencias habrían quedado conmutadas por un tiempo en la cárcel. Los dos pequeños habrían podido ir a visitarlos. Cuando hubieran llegado a hombres, cuando hubieran alcanzado mi edad, sus padres habrían sido puestos en libertad condicional. La mayoría de la gente no tiene tanta suerte. La mayoría de la gente no tiene la oportunidad de salvarse, ni tampoco de salvar a su familia.

Apagué la radio. Los Rosenberg no tenían nada que ver conmigo. Ni siquiera me sentía salpicado por asociación religiosa, como mi suegro creía sentirse, aunque tengo que admitir que a las viejas costumbres les cuesta morir. Mi instinto seguía dividiendo el mundo entre judíos y gentiles. La única diferencia era que ahora yo me encontraba en el lado seguro de la división.

Giré por Seminole Road. Últimamente ya no esperaba encontrarme con ruinas humeantes o bosques donde nunca había habido edificios. Daba por sentado que la casa estaría allí, recién pintada, con los canalones limpios y los arbustos cuidados, casi entre las sombras de los árboles que crecían a su alrededor casi tan rápidamente como mis hijas. También había dejado de conducir con ambos pies. A veces, incluso apartaba una mano del volante. Y dentro de pocas semanas no tendría grabado ningún número, ni siquiera una cicatriz, me había prometido el doctor Miller, mientras miraba fijamente el espacio por encima de mi cabeza.

No le comenté a Madeleine mi visita al doctor Miller. ¿Qué sentido tenía preocuparla antes de tiempo? Además, sabía que se sentiría aliviada. Antiguamente le daba reparo tocar el tatuaje. Incluso trataba de evitarlo cuando hacíamos el amor. Hoy en día ya no se andaba con esos remilgos, pero eso no significaba que fuera a sentirlo si desaparecía. ¿Qué tipo de persona querría aferrarse a una cosa así? Ella nunca decía nada. Mi pasado le inspiraba tanto respeto que ni sugería hablar de él. Era demasiado impresionable como para correr el riesgo de herirme. Pero aquello iba a hacerlo por los dos.

Esperé a mencionárselo hasta la noche anterior a la intervención. El médico había dicho que tendría que buscar a alguien para conducir el coche de vuelta a casa. Le dije que podía conducir yo mismo, pero el hombre se limitó a sonreír y a decir que el médico era él. La candidez de Miller me disgustaba tanto como me había disgustado en su día lo retorcido de Gabor.

Estábamos preparándonos para acostarnos cuando saqué el tema. No quería mencionarlo delante de las niñas. Se darían cuenta de que llevaba un vendaje, pero en cuanto la venda desapareciera, se olvidarían por completo de que allí había existido un número. Los niños tienen poca memoria. Por suerte, hay adultos a quienes les sucede lo mismo.

—He ido a ver al médico. —Estaba desatándome los zapatos y hablé con la

mirada fija en el suelo. Aquello era una afirmación, no una invitación a una discusión.

—¿Te encuentras bien? —Su voz ascendió media octava de alarma.

—Me encuentro bien. Es una cuestión de cirugía facultativa.

La noté a mis espaldas, de pie al otro lado de la cama, esperando. En su lugar, yo habría sabido de qué iba, pero yo nunca podría estar en su lugar, igual que ella no podía estar en el mío.

—Voy a ir a que me eliminen el número. El del brazo —dije, como si hubiera algún otro.

Ella no respondió de inmediato, pero sabía lo que le estaba pasando por la cabeza. Se alegraba de que desapareciera, pero no podía admitir alegrarse, porque eso equivaldría a confesar que le repelía.

—¿Es peligroso? —preguntó por fin.

De modo que yo tenía razón.

—Es pan comido. —Era una expresión de Harry, y el tono jocoso me pareció adecuado para la ocasión.

Levanté la vista a tiempo de verla quitarse el pantalón. Su vientre se tensaba contra unas medias virginales de algodón blanco. La piel que asomaba por encima era fina y pálida como un pergamino, un fuerte contraste con lo bronceado de sus brazos y piernas.

—El médico lo hace en la misma consulta. Con anestesia local.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Ya he tomado la decisión.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas.

—Me refiero a cuándo te lo harán.

Me levanté para guardar los zapatos en el cuarto vestidor.

—Mañana por la mañana a primera hora.

—¡Mañana por la mañana! —Las palabras quedaron amortiguadas por la puerta que me escondía de su vista.

—Si te lo hubiese dicho antes —expliqué desde el vestidor—, no habrías hecho más que preocuparte. La verdad es que tenía pensado no mencionártelo hasta tenerlo ya hecho, pero dice el médico que alguien tendrá que acompañarme luego a casa.

—Me habría gustado que me hubieses avisado con un poco más de antelación. ¿Qué habría hecho si no fuera uno de los días de la señora Goralski?

La señora Goralski venía tres veces por semana a limpiar la casa, hacer la colada y a cuidar de las niñas mientras Madeleine asistía a sus reuniones para buenas causas, iba de compras con su madre y su hermana y, de vez en cuando, se arreglaba e iba en tren a Nueva York para visitar algún museo o asistir a alguna función de teatro por la tarde. Siempre decía que se sentía culpable pasando una tarde entretenida mientras yo trabajaba tanto, pero yo no veía con malos ojos que se lo pasara bien. Me alegraba de

poder proporcionárselo.

—Pero resulta que es uno de los días de la señora Goralski —dije—. Por eso quedé para mañana.

Salí del vestidor con una sonrisa tranquilizadora, que ella se perdió porque en aquel momento estaba metiéndose el camisón por la cabeza. Antes de que descendiera, capté un destello de miembros color miel, carne blanca como la luna y vello púbico oscuro.

Al principio de nuestro matrimonio me daba miedo mirar el cuerpo de mi esposa. Estaba seguro de que iba a ser castigado por aquel placer. Seguía imponiéndome respeto. Mi asombro tenía que ver con el volumen del embarazo, pero era algo más que eso. Me maravillaban su suavidad y su integridad. Estaba perfectamente intacta. Ni siquiera se había agujereado las orejas, como su madre y su hermana habían hecho. Contemplando el destello de aquella momentánea desnudez, pensé de nuevo que sería mucho mejor que el bebé que llevaba en su vientre fuera niña.

Madeleine y yo estábamos solos en la sala de espera, aparte de la recepcionista, que era lo que Harry habría llamado una «tía buena». Miré el reloj. La tía buena nos había dicho que el doctor nos atendería enseguida. Eso había sido hacía ya diez minutos.

—Si la visita es a las diez en punto, tendría que atender a las diez en punto —le murmuré a Madeleine.

Ella levantó la vista del libro, miró a la recepcionista y se inclinó hacia mí.

—Son sólo un poco más de las diez —susurró.

—Las diez en punto no significa un poco más de las diez. ¿Dónde estaría yo si me dedicara a hacer perder el tiempo a la gente en mi despacho?

—Lo que pasa es que estás nervioso.

—No estoy nervioso. Pero no me gusta que me hagan esperar.

—A lo mejor le ha surgido alguna urgencia.

—O a lo mejor es que le gusta que la gente espere. Seguramente pone más de una visita a la misma hora. Así es como hacen dinero estos médicos.

Madeleine me miró de reojo y luego hizo un ademán con la cabeza en dirección a la recepcionista para alertarme de que podía oírnos.

—Es lo que hay.

Me repitió que estaba nervioso. Le dije que dejara ya de decir aquello. Que no tenía motivos para estar nervioso.

Se abrió la puerta que daba hacia el despacho. Otra tía buena, ésta no tan guapa pero con mejor tipo, o tal vez fuera sólo el efecto del uniforme de ángel blanco de la misericordia, echó un vistazo a la sala. ¿Esperaría encontrar una multitud? Su mirada se clavó en mí.

—¿Señor Van Pels?

Me levanté. Madeleine también.

—Espera aquí —dije.

—¿No te gustaría tener apoyo moral?

Le dije que estaría tranquilo.

—Sólo hasta que empiece.

—Quédate aquí.

Se la veía picada, entonces recordé las dos tías buenas. Mi esposa tiene su orgullo. Y se enorgullece también de su sentido del humor, sobre todo en situaciones difíciles.

—Ya —dijo, y las miró a la una y a la otra con una sonrisa consciente, maternal, de «los hombres son como niños», aunque sabía a la perfección que a mí de niño me quedaba muy poco.

Crucé la sala y empecé a andar por un pasillo siguiendo al ángel blanco. Me condujo hasta una pequeña habitación al final del pasadizo, me entregó un camisón blanco y me dijo que me desnudara de cintura para arriba y me pusiera el camisón.

—El doctor estará enseguida con usted.

Me quité la americana, la camisa, la corbata y la camiseta, lo colgué todo en una percha que había detrás de la puerta y me puse el camisón. En la esquina había una silla de respaldo recto. Había también una mesa larga cubierta con una sábana blanca. No quise sentarme allí. Me decidí por la silla. Miré el reloj. Las diez y veinticinco. De no haberme quedado medio desnudo, me habría largado. No estaba nervioso, como Madeleine insistía. No estaba repensándomelo. Simplemente no me gustaba que me hiciesen esperar. Se lo diría en cuanto llegara.

Se abrió la puerta. Entró el médico. La enfermera le seguía como una vela blanca ondeando al viento de su importancia. No se disculpó por el retraso. Ni lo mencionó. Yo tampoco quería discutir con un hombre que estaba a punto de acercar un cuchillo a mi carne.

Mientras me daba los buenos días, me comentaba lo benigno de la temperatura otoñal y me preguntaba qué tal estaba, se lavó las manos, se puso un par de guantes quirúrgicos y verificó el instrumental que estaba preparando la enfermera. Me explicó de nuevo que se trataba de una intervención sencilla. Repitió que no existía razón alguna en el mundo por la que tuviera que andar con una cosa que ofendiera a la vista como ésa. Dijo que había realizado la intervención docenas de veces. Tomó asiento en el pequeño taburete de piel negra y con la ayuda de los pies se arrastró hacia mí.

—También he eliminado alguno de los otros. Hace unos años tuve un caso fascinante. —Levantó la vista de mi número y la dirigió hacia el espacio por encima de mi cabeza—. Un tatuaje en la parte interna del antebrazo. —Levantó la mano derecha y la dirigió hacia la parte interna de su antebrazo izquierdo para indicarme el lugar—. Así de largo. —Alzó entonces la mano y dejó un espacio de un par de centímetros entre sus dedos pulgar e índice—. Me imagino que de la SS.

Había olvidado que también era en la izquierda. SS o prisionero, todos llevábamos la señal en el mismo lado. Volvió a mí entonces mi infancia latina. Lo

llevábamos en el lado siniestro.

El médico empezó a frotarme el brazo con un trozo de algodón, no sobre el número, sino por la parte superior. La sensación era tonificante, como loción para después del afeitado.

—Por lo que tengo entendido, era una cuestión funcional. —Cogió con la mano izquierda la jeringa que sostenía la enfermera. También él era siniestro—. Lo utilizaban para indicar el grupo sanguíneo. Por si resultaban heridos y necesitaban una transfusión. —Se inclinó sobre mi brazo—. Se lo eliminé por completo. —Noté la aguja traspasando mi piel—. Ni un solo rastro. Ni cicatriz. Nada. —Vi el líquido desapareciendo en la jeringa—. Hoy en día, señor Van Pels, podría ver a ese hombre por la playa y no tener la más mínima sospecha de lo que llegó a hacer. —Retiró la aguja—. Como siempre digo, la cirugía plástica moderna significa eso para ustedes. Eliminamos el pasado. —Sentí una sensación peculiar propagándose por mi cuerpo.

Sin apartar la vista de mi brazo, volvió a extender la mano izquierda en dirección a la enfermera.

—Naturalmente, esto son simples suposiciones por mi parte. —Ella dejó caer en la mano de él el instrumento—. No mencionó que fuese un tatuaje de la SS y, por supuesto, yo tampoco se lo pregunté. —Sonrió afectadamente frente a mi número. El nazi que también pasó por allí se convirtió en nuestro chistecillo.

Intenté retirar el brazo.

Me sujetó con más fuerza.

—No hay nada que temer —dijo sin levantar la vista—. No sentirá nada.

Volví a tirar.

—Tiene que mantenerse quieto, señor Van Pels.

Tiré del brazo y me solté.

—He cambiado de idea.

—Es una intervención menor. Como le he dicho, no sentirá nada.

—He cambiado de idea. —No pretendía gritar—. No quiero que lo elimine. No tiene derecho a eliminarlo.

El médico dejó el bisturí y se levantó. Por un instante me miró a la cara, el tiempo suficiente para que la indignación se reflejara en la suya.

—Como usted quiera. —Se volvió y se dispuso a abandonar la estancia.

La enfermera salió volando tras él. Sus palabras llegaron flotando hasta mí antes de que se cerrara la puerta:

—Esta gente es muy inestable.

Insistí en ser yo quien condujera hasta casa. Madeleine no puso impedimentos. No tenía ni idea de que tenía el brazo izquierdo medio dormido. Ni siquiera comentó el hecho de que estuviera conduciendo con una sola mano. A aquellas alturas ya se había acostumbrado a ello. Sin embargo no pudo evitar preguntarme, mientras yo

forzaba el motor para adelantar a un coche que andaba despacio por el carril rápido, e iba desfilando a toda velocidad por delante de vallas publicitarias que anunciaban gasolina y dentrífico y tiendas de coches de segunda mano, qué era lo que me había hecho cambiar de idea.

—Simplemente me ha parecido una mala decisión.

—Anoche no te lo parecía. Ni durante las últimas dos semanas. ¿No fue entonces cuando fuiste a visitar a ese médico por primera vez?

Ya estábamos otra vez con eso.

—No quería preocuparte. Por eso no te conté que había ido a visitarlo. —No respondió—. ¿Estás diciéndome con todo esto que te sientes defraudada?

—¿Porque no me lo contaras?

—No, por no haberme eliminado ese número.

—Para empezar, yo ya no quería que te lo borrasas.

La miré de reojo. Estaba sentada en el extremo del asiento del acompañante, con la espalda apoyada en la puerta del coche. Nunca dejaba que las niñas se sentaran así. Era peligroso.

—No te apoyes en la puerta. —Cambió de posición—. Si no querías que lo hiciera, ¿por qué no me lo dijiste?

—¿Cuándo? ¿El día antes a las once de la noche? ¿Esta mañana cuando íbamos hacia allí?

—Tendrías que habérmelo dicho.

—Y tú tendrías... —empezó a hablar, pero se interrumpió.

—¿Por qué no querías que lo hiciera?

—No es que no quisiera que lo hicieras.

—A ver si te aclaras. ¿No querías que lo hiciera o querías que lo hiciera?

—Quería que lo hicieras si tú querías hacerlo. Pero no lo consideraba necesario.

—¿Necesario?

—No tiene nada de malo.

—¿La mujer que ni siquiera se agujerea las orejas está diciéndome que andar por la vida con un número tatuado en el brazo no tiene nada de malo?

—A lo que me refiero es a que ya me he acostumbrado a él.

—Te has acostumbrado a él. Entonces todo cobra sentido. Entonces es condenadamente maravilloso andar por la vida con un número tatuado en el brazo.

—Tampoco he dicho eso. Lo único que he dicho es que forma parte de ti. — Dudó. Pasamos volando junto a un nuevo muro de vallas publicitarias. Bujías, cereales para el desayuno y neumáticos para coche—. Sin él, ya no serías tú.

Qué estupidez, me habría gustado gritarle.

—Deja de apoyarte en la puerta —le dije.

Esperé a que Madeleine se durmiera. Ella conocía la existencia de la caja fuerte en la

parte posterior del armario de la ropa blanca. Me había visto instalarla con mis propias manos poco después de que nos mudáramos a la casa. Nunca le había dado la combinación, no porque no confiara en ella, sino simplemente porque siempre me olvidaba de anotársela. En la caja fuerte, no obstante, no había nada que fuera un secreto para mi esposa. Todo lo que había allí era para ella, para ella y para las niñas.

Escuché hasta que su respiración se volvió suave y regular, y a partir de ahí calculé cinco minutos más mirando el reloj de la mesilla de noche. Cuando estuve seguro de que no la despertaría, abandoné la cama, caminé de puntillas por la habitación, dando un amplio rodeo al recogedor de colillas que había junto al vestidor y también a la silla que había en una esquina, y cerré la puerta a mis espaldas. No quería que la luz la molestara. También cerré la puerta de la habitación de las niñas. Aunque nada del contenido era malo para ellas, eran todavía demasiado pequeñas para enterarse de ciertas cosas.

Encendí la luz del recibidor y abrí la puerta del armario de la ropa blanca. El olor a limpio asaltó mis pulmones. Saqué con cuidado las toallas que había en el estante delante de la caja fuerte, no porque me preocupara que Madeleine se diese cuenta de que había estado merodeando de nuevo en la caja, sino simplemente porque no quería desbaratar su pulcritud, o la de la señora Goralski.

Tiré de la puerta falsa recortada en el fondo del armario. La caja metálica lanzó destellos al proyectarse sobre ella la luz del aplique que había colocado en lo alto. Empecé a girar la rueda. Ocho a la derecha, cuatro a la izquierda, seis a la derecha. El mes y el año de mi llegada a los Estados Unidos. Palpé con los dedos los números. El simple hecho de abrirla me daba placer.

Abrí la portezuela. Ver el pasaporte oficial y el sobre grueso de papel de estraza tenía en mí el mismo efecto que un buen trago de whisky: mitad adrenalina, mitad relajación. Saqué el pasaporte. Palpé entre mis dedos la suavidad de la cubierta de cuero de imitación. Me guiñaron el ojo el sello y la inscripción dorada: Estados Unidos de América. Lo abrí con veneración, como un libro de oraciones. Letras negras impresas en el grueso papel. «Van Pels, Peter; esposa, Madeleine; hija, Abigail; hija, Elizabeth». En cuanto naciera el bebé, sumaría allí otro nombre.

Lo devolví a la caja y levanté el sobre de papel de estraza. Pesaba más que el pequeño documento azul. Desenrollé la cuerdecilla del cierre y levanté la tapa. El dinero seguía dentro, clasificado en montoncitos, cada uno con dos gomas elásticas. Lo saqué, lo dispuse ordenadamente sobre la estantería y dejé el sobre para tener ambas manos libres y poder contar. El médico se equivocaba. Tú no puedes deshacer el pasado. Por eso me marché de su consulta. Al principio, el incidente me hizo sentir incómodo, pero aquella sensación duró poco. Había hecho lo correcto. No porque sin el número dejara de ser yo. Madeleine se equivocaba al respecto. Era simplemente que tratar de deshacer el pasado no era más que otra forma de vivir en el pasado. Y a mí me interesaba el futuro. Por eso mantenía el pasaporte actualizado y añadía dinero al sobre de forma regular. Mi vida era mejor que lo que podía haber visualizado en

mis sueños más descabellados en el campo de refugiados. Pero me gusta estar preparado para cualquier eventualidad.

Guardé de nuevo el sobre en la caja fuerte, la cerré y regresé al dormitorio tan silenciosamente como había salido de él.

Estaba adormilándome cuando noté a Madeleine apretándose contra mi espalda. Su brazo se insinuaba debajo del mío, su mano se posó en mi pecho, el bebé presionaba mi trasero.

—¿Sigue todo allí?

—¿A qué te refieres?

—A la caja fuerte. ¿No era eso lo que hacías?

—Sólo quería comprobar una cosa.

Me acarició el oído con la nariz.

—Era una broma, no una queja.

—He intentado no despertarte.

—Tú no me has despertado. Ha sido tu ausencia.

Enredé mi pierna con la suya. Ella trasladó la mano de mi pecho a mi brazo. Acarició el número con los dedos. Al principio pensé que era casualidad, pero después me di cuenta de que sabía lo que estaba tocando. Había apuntado directamente allí.

Diez

«¿Hasta qué punto tenemos una obligación con el mundo cuando incluso nos han expulsado de él?».

Hombres en tiempo de oscuridad, Hannah Arendt

No escuché el grito que anunció la llegada de mi hijo. La zona de espera de los familiares estaba a cierta distancia de la sala de partos, adonde se habían llevado a Madeleine en una silla de ruedas hacía menos de una hora. Llegó así de rápido. Mi hijo, como yo, era impaciente.

Antes me tenía por un hombre afortunado. Ahora no podía ni creer en mi buena suerte. En el momento en que lo vi, antes de eso, en el instante en que el médico me dijo que era un niño, se esfumaron todas mis reservas respecto a tener un hijo. No era un problema insuperable. ¿Pero qué estaba yo diciendo? No era ningún problema. Tenía que tomar una decisión al respecto, y ya la había tomado. No permitiría que nada interfiriera en esta alegría.

Igual que yo había sido numerado como mi padre, el mismo número con la única diferencia de un dígito, también me habían cortado como a mi padre, el mismo corte de Abraham, el signo del pacto. Yo no creía en el pacto. Ya no era judío. No había motivos para circuncidar a mi hijo. Por otro lado, tampoco había motivos para no hacerlo. En los Estados Unidos había muchos hombres no judíos circuncisos, incluido George Johnson, que pertenecía al club de campo donde jamás permitirían a mi esposa cruzar el umbral de la puerta. Lo sabía, porque antes de que George descubriera lo de Madeleine, me había invitado a jugar al golf allí y yo había echado un vistazo detallado al vestuario. Estaba en buena compañía. O como mínimo, no estaba solo. El humeante sótano, rebosante de desodorante almizclado, whisky añejo y bromas campechanas, estaba a años luz de ser un vagón de ganado lleno de combatientes de la resistencia polaca, pero el sonido seguía ahí. «Abajo los pantalones, abajo los pantalones». Había centenares de historias como aquélla. Jóvenes rubios pasando como arios, niños de tres años escondidos con monjas católicas, italianos, franceses, griegos y holandeses pasando por nacionales, todos inferiores a la raza dominante, eso sí, pero no judíos, hasta que llegó a gritos la orden de bajarse los pantalones. ¿Qué diría mi hijo cuando se lo dijeren? ¿Que en los Estados Unidos no sólo se circuncidaba a los judíos? ¿Que incluso George Johnson, que era antisemita como ellos, aunque más discreto al respecto, también estaba cortado? No creo que la respuesta tuviera mucha importancia. No estaba dispuesto a correr ese riesgo.

Había tomado la decisión. No circuncidaría a David. Madeleine había sugerido en los inicios que si el bebé era niño lo llamaríamos como a su padre. Después recordó

con quién estaba tratando. Los judíos ponen el nombre de familiares fallecidos, los no judíos de ellos mismos.

—A menos, naturalmente, que quieras llamarlo Peter. Mis padres se volverían locos. —Para mis suegros, poner a un bebé el nombre de un individuo vivo sería tentar al destino para que ese individuo muriera en el acto, pero Madeleine no era supersticiosa y yo, a aquellas alturas, sabía que la perspectiva de volver locos a sus padres no le disgustaba del todo.

Dije que no quería que mi hijo se llamase como yo. Ningún hombre tenía por qué cargar con el peso de su padre. En cuanto al nombre de mi padre, le dije a Madeleine que sería una crueldad tener un Hermann, o un Herman incluso, viviendo en Indian Hills rodeado de Marks, Scotts y Barrys. Decidimos ponerle David. Me gustaba cómo sonaba. Y era un nombre ecuménico. Estaba el David del Antiguo Testamento, por supuesto, pero también el David que era el santo patrón de Gales. El David del Antiguo Testamento pudo con Goliat. San David solía representarse con una paloma posada en el hombro. De este modo aseguraba todas mis apuestas.

La primera vez que lo vi fue a través de una ventana de cristal. Estaba llorando. Sus brazos agitaban el aire de la sala y sus piernas se retorcían bajo la tensa mantita; su boca era un agujero oscuro y diminuto dibujado en su furiosa cara colorada. Esperé a que una enfermera lo cogiera. Nadie parecía oírlo. No lo entendía. Yo estaba en el otro lado del cristal y oía sus gritos. Era inmoral. Era sádico. Cerré la mano en un puño y golpeé con los nudillos la ventana. Levantó la vista una enfermera cuyo cabello amarillo oxigenado salía descuidadamente de su cofia. Un ligero golpecito en la ventana llamaba su atención, pero no los berridos de un bebé. Le señalé a mi hijo. Se quedó mirándome. Por favor, dije moviendo los labios. Tal y como a mi suegro le gusta decir, puedes atraer más moscas con miel que con hiel. La enfermera negó con la cabeza en señal de desaprobación, pero recorrió los pasos que la separaban de la cunita y cogió a David. Fue necesario cerca de un minuto de palmaditas suaves y balanceos para que los aullidos decrecieran. Realicé un ademán dándole las gracias. Ella volvió a negar con la cabeza, aunque en esta ocasión sonrió. Le estaría bien empleado que informara de su actitud, pero no lo haría. No pensaba arruinar aquel día memorable con quejas insignificantes. Y lo último que deseaba era molestar a mi esposa. Habría caído arrodillado y le habría dado las gracias por el regalo que era nuestro hijo de haber sido de ese tipo de hombres, pero no lo soy. En cambio, le había comprado un detalle para demostrarle mi agradecimiento. Un broche de diamantes no es moco de pavo. Era más caro que la pulsera de oro que le regalé cuando nació Abigail y que las perlas de Betsy, no porque el nacimiento de David fuera más importante, sino porque estaba ganando más dinero.

Recorrí el pasillo que conducía hasta la habitación de Madeleine. La cajita de la joyería que llevaba en el bolsillo me rozaba la pierna a cada paso que daba. Confiaba

en que el broche le gustara. Al final me daba pena no haber comprado también los pendientes. El joyero me dijo que comprar pendientes de diamantes para una mujer que no tenía agujeros en las orejas era temerario, pero me sentía temerario. Tenía un hijo. No había nada que no fuera a hacer por él y sus hermanas. No había nada que no pudiera regalarle a su madre. Lo único que tenía que hacer era pedírmelo.

Madeleine estaba sentada en la cama, sus cortos rizos pegados a su cabeza, un matiz verde insalubre en su piel, aunque debía de ser el reflejo de las paredes del hospital. No se encontraba en su mejor momento, y yo la amaba más que nunca. Naturalmente, no se lo dije. No tenía por qué hacer comentarios sobre su aspecto a las pocas horas de dar a luz. Y ella ya sabía que yo la amaba.

Atravesé la habitación hasta llegar a la cama. Cuando se empujó con las manos para incorporarse más, su boca se torció en una mueca de dolor. Cambió de posición para hacerme sitio en la cama. Me senté y le cogí la mano. Tenía la piel seca como un pañuelo de papel. Me incliné para besarla. Oía a medicamentos y leche.

Preguntó si había visto a David y si no pensaba que era el bebé más guapo de toda la sala, y le dije que lo había visto y que sí que lo era, y no le mencioné que había tenido que aporrear la ventana para conseguir que la enfermera lo cogiera en brazos. No quería preocuparla. Y no le gustaba que yo fuera con exigencias que ella consideraba irrazonables, aunque yo no vea en absoluto irrazonable pedirle a una enfermera que consuele a un bebé que llora. Es su trabajo, por el amor de Dios.

—Vino el pediatra —dijo recostándose en los almohadones—. Quería preguntarme sobre la circuncisión. Le dije que nada de ceremonia religiosa. Que simplemente queremos una intervención médica sencilla realizada por él o por alguno de sus acólitos.

—¿Alguno de sus acólitos?

—A veces se encarga un residente. A mí me parece bien. Mientras sea un médico con la formación necesaria. No estoy por la labor de permitir que alguien que no tiene ni idea de medicina moderna le acerque un cuchillo a nuestro hijo. Por mucho que digan mis padres.

—Ya lo discutiremos.

—Eso significa que papá ha estado machacándote de nuevo. No hay nada que discutir. Es nuestro hijo, y tú y yo lo hemos acordado. Nada de ceremonia religiosa.

No habíamos acordado nada, pero no quería pelearme con ella en aquel momento. Estaba demasiado débil. Estaba demasiado excitable.

—Me refiero a que ya discutiremos si vamos a hacerle algo o no.

—¿Qué quieres decir? Tiene que estar circunciso.

—¿Por qué?

—Porque es lo que se les hace a los niños pequeños hoy en día. Es una práctica médica aceptada.

—También lo eran las sanguijuelas en su época.

—Hablo en serio, Peter. Todos los libros dicen que es más sano.

—Ah, los libros. —¿Qué sabían los libros? ¿Dónde estaban los libros cuando entraron los hombres en el tren gritando: «Abajo los pantalones, abajo los pantalones»?

—Y el pediatra opina lo mismo.

—El pediatra se apellida Caneglio.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—La señora Caneglio va a misa todos los domingos.

—Aún no te sigo —dijo ella, aunque por su manera de entrecerrar los ojos tenía la sensación de que sí me seguía.

—El doctor Caneglio no tiene que preocuparse de que puedan confundir a su hijo con un judío.

Echó la cabeza hacia atrás, como si acabara de darle un bofetón.

—¿Confundir?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Si no querías que confundiesen a tu hijo con un judío, no haberte casado conmigo.

—Creía que estábamos de acuerdo. Ninguno de los dos es creyente.

—No hablo de creencias. Hablo de ser judío. Eso es lo que soy. Lo que significa que David es medio judío. Según la ley judía, que me deja indiferente, pero según eso, es completamente judío. Si la madre lo es, el niño lo es. De modo que es un poco tarde para empezar a preocuparse por la posibilidad de que confundan a tu hijo con un judío.

¿Por qué no le conté en aquel momento la verdad? Se habría sentido aliviada, no porque yo fuera judío, sino porque yo no era nada de las otras cosas que empezaba a temerse. Se habría emocionado. Y no era un judío cualquiera. Era el judío de Ana Frank. Pero decirle eso habría sido volver al pasado. No podía hacerlo.

—Tú no has visto lo que yo he visto —fue todo lo que dije.

Me miró como si le hubiese dado otro bofetón, pero esta vez no respondió. No podía discutir con mi pasado.

—Ya lo discutiremos —repetí, aunque había tomado la decisión de que no lo haríamos. Si yo no protegía a mi hijo, ¿quién lo haría?

Extraje de mi bolsillo el estuche de terciopelo y se lo mostré. No hizo ningún ademán de ir a cogerlo.

—Ábrelo —le dije. Se quedó mirándolo. Estaba tan agotada que ni siquiera tenía fuerzas para abrir la cajita. Abrí la tapa. El broche de diamantes pestañeó desde el fondo de seda negra. Se sintió tan abrumada que se echó a llorar.

La casa estaba oscura. Nunca me había dado cuenta de lo siniestra que llegaba a ser de noche. Echaba de menos los agujeros ambarinos que las ventanas iluminadas taladraban en la negritud. Echaba de menos saber que mi esposa y mis hijas estaban

dentro.

Cuando enfilé el camino de acceso, los faros delanteros barrieron los arbustos. Algo, el gato de un vecino, un mapache, cruzó corriendo el haz de luz y desapareció en la oscuridad.

Aparqué el coche junto a la ranchera de Madeleine, salí del vehículo y entré por la puerta trasera. El silencio era tan denso como la oscuridad. Susannah se había llevado a las niñas para que pasaran la noche con ella. Y ahora me sabía mal haber accedido a ello. Cuanto antes tuviera bajo mi techo a Madeleine, las niñas y David, más feliz me sentiría.

Recorrí la casa encendiendo las luces. Colgué el abrigo en el armario de la entrada, me despojé de la americana y la corbata y cogí un vaso del armario y una bandeja de cubitos de hielo del congelador. No soy de los que beben. Puedo tomarme un whisky en una salida de trabajo si la situación lo requiere. Se me conoce por achisparme un poquito en las bodas y otras reuniones familiares. No soy contrario a un cóctel cuando salimos a cenar en ocasiones señaladas. Pero no soy del tipo de hombre que cuando llega a casa por la noche va directo al mueble bar. Aquella noche, sin embargo, tenía un motivo para celebrar. Tenía un hijo, un hijo no circunciso que nunca sería confundido con un judío, por mucho que dijera Madeleine. Había tomado la decisión correcta.

Me acerqué al aparador del comedor, cogí la botella de Chivas Regal que mi suegro siempre trae cuando viene de visita, aunque sea tan poco bebedor como yo, y llené el vaso hasta la mitad. Cuando volvía a la cocina, vi de refilón mi reflejo en los ventanales que había junto a la mesa. La oscuridad los tornaba escurridizos. Levanté el vaso para brindar por mi hijo. La figura de la ventana lo levantó a su vez. Bebimos.

Dejé el vaso sobre la encimera y saqué de la nevera la cazuela con el asado y las bandejas Corning Ware con patatas y judías tiernas. Del mismo modo que Madeleine llevaba varias semanas con una bolsa de viaje preparada, también se había asegurado de que en la nevera hubiera siempre sobras para alimentarme durante su ausencia. Mi hambre se había moderado, pero su reputación prevalecía.

Los distintos recipientes y bandejas llevaban instrucciones pegadas con cinta adhesiva explicándome cómo calentar los contenidos. Seguí las indicaciones y regresé al comedor para volver a llenar el vaso mientras esperaba a que se calentase todo. Cuando la comida estuvo lista, la volqué en un plato y me instalé en un extremo de la mesa de la cocina. Rara vez comía solo en esta mesa. Había comido solo algunas noches después del nacimiento de cada una de mis hijas. Y también en otra ocasión. Tardé un momento en situarla. Había bajado a media noche y tras haber vaciado la mitad de la nevera me había instalado en la mesa. Madeleine había aparecido poco después. Vi su expresión cuando abrió la puerta de persianilla que da acceso a la cocina. Pestañeó por culpa de la luz. Se llevó una mano a su rostro somnoliento y despeinado para protegerse del resplandor. Entrecerró los ojos cuando empezó a fijarse en la composición del absurdo banquete. Repasó la mesa con la

mirada. Y se detuvo al llegar al tarro de comida para bebé. Le dije algo así como que pensaba que era salsa de manzana normal y corriente y lo guardé de nuevo en la nevera, pero era demasiado tarde. Sabía qué estaba pensando. ¿Qué tipo de hombre es el que quita la comida de la boca de sus hijas? No podía imaginárselo. La nevera de su infancia debía de estar llena de fruta madura, leche cremosa y sobras estropeándose hasta tener que tirarlas. En el anexo, podríamos haber vivido una semana entera de las sobras que se tiraban a diario de la nevera de mi suegra. Para mi esposa, el hambre equivalía a saltarse una comida, la inanición al nombre de una dieta de adelgazamiento. Verme martirizado por el hambre aquella noche la había escandalizado. Había entrecerrado los ojos, su boca se había torcido en una mueca de repugnancia y me había mirado como si fuera un desconocido. Me había mirado igual que en la habitación del hospital aquella misma tarde cuando le dije que no circuncidaríamos a nuestro hijo porque yo no podía correr el riesgo de que lo confundieran con un judío.

Me levanté y recogí el plato. Creía que no tenía hambre, pero de pronto me apetecía comer más. Tenía la sensación de ser capaz de devorar el pedazo de carne entero, el sustento de toda una semana. Al volverme, vi otra vez de refilón mi reflejo en los ventanales. Momentos antes un hombre joven, un nuevo padre, había brindado conmigo desde las ventanas. Ahora era un viejo de hombros redondeados y rostro mancillado por la necesidad el que me miraba con los párpados entrecerrados. ¿Cuándo había empezado a parecerme a mi padre?

Enderecé la espalda y levanté la barbilla, pero seguía viendo los párpados caídos de mi padre en el cristal oscuro. También era suya aquella expresión de terquedad en la boca. Di un nuevo trago al vaso. El hombre que se parecía a mi padre bebió también. Felicidades, dije, y lo saludé inclinando la cabeza. Me devolvió el saludo. Una buena noticia, le dije, y él se mostró de acuerdo. Un hijo. Para continuar el apellido, el apellido que no me había cambiado, le dije para tranquilizarlo. El que yo no tuve que cambiarme, me recordó él.

David van Pels, insistí.

David van Pels, repitió la figura del cristal. Los dos levantamos la mano y nos secamos un ojo con el dorso.

Exceptuando un detalle.

Sabía lo que pasaría. Pero no había cedido ante mi mujer y no iba a capitular ante esta invención de mi imaginación. Sabía que no era más que eso. Yo no era uno de los afectados, uno de esos individuos marcados que cruzan la calle cuando ven policías, que se quedan paralizados por el terror cuando suena una sirena y alucinan la presencia de los muertos. El término para esta enfermedad, en alemán, por supuesto, es *verfolgungsbedingt*. Significa que el problema, sea el que sea, es el resultado de lo que ese individuo tuvo que sufrir en manos de los nazis. Significa también que el pobre desdichado tiene derecho a una miserable compensación económica por parte del gobierno alemán. Por eso la existencia de la

verfolgungsbedingt resulta tan difícil de demostrar. He leído acerca de la normativa que rige los comités de psiquiatras alemanes. ¿Sufre depresión? ¿Qué tiene esto que ver con el hecho de que semanalmente, durante meses interminables, estuvieras en una fila con otras chicas de quince años, contando números, ocho, nueve, diez, once, sin saber si ese día estarían señalados para la muerte los pares o los impares? ¿Sufre alucinaciones? Seguramente eso no tiene nada que ver con ser testigo del fusilamiento de tu padre, tu madre, tu hermano mayor y tus tres hermanas.

No puedo hacerlo, dije. Es demasiado peligroso.

Creía que estabas en los Estados Unidos. El país de las oportunidades. El hogar de los libres y los valientes. El país de los penes circuncisos.

Lo soy. Soy ciudadano estadounidense. Lo somos todos. La familia al completo.

Pues entonces, cuéntame, ¿qué tiene eso de bueno si vives como si estuvieses de nuevo en aquel hediondo anexo? Cuéntamelo, exitoso hijo mío, con tu preciosa casa, tu próspero negocio y tu caja fuerte llena de dinero en metálico para la huida.

No quise que me eliminaran el número. Lo conservé por ti.

¿Crees que es por eso? ¿Que conservando el número puedes lavarte las manos en lo que a mí concierne? ¿En lo que concierne tanto a mí como a tu madre?

No me lavo las manos respecto a ti. Simplemente trato de proteger a mi hijo. Eso es lo que los padres hacen por sus hijos.

¿Qué quieres decir? ¿Que yo no te protegí? Te lleve a Ámsterdam, ¿no? En la última guerra Holanda se mantuvo neutral. ¿Cómo podía yo saber que esta vez no sucedería lo mismo?

Había otros que sí lo sabían.

Os apunté a todos en la lista de inmigración. Incluso antes de que estallara la guerra.

Pues no fue lo bastante pronto.

¿Qué pretendes decir con eso? ¿Que esperé demasiado?

Así es, maldita sea.

No me hables así. Sigo siendo tu padre. Los nazis no pudieron anular eso, y tampoco puedes tú.

No es lo que intento hacer. El hecho de que no vaya pregonando que soy judío no significa que te haya traicionado.

¿Pregonando? ¿Llamas pregonar a decírselo a tu esposa y a tus hijos? Pero eso me da lo mismo. Lo que me importa es mi nieto. Tendría que ser como yo, y como tú, y como mi padre. Eso es lo único que pido. Un poco de respeto. Una línea de conexión. Es lo mínimo que puedes hacer por mí.

Estás muerto, por el amor de Dios.

Mi padre seguía mirándome desde la ventana. Tienes que hacerlo por mí.

Un joven muy pulcro, vestido con una chaqueta blanca almidonada, fue el encargado

de cortarle el prepucio a mi hijo sin ningún ritual adicional, y aunque David lanzó un grito de protesta, no hubo otras consecuencias inmediatas, exceptuando quizá la atención excesiva, aunque subrepticia, que no podía evitar prestar a otros recién nacidos mientras les ponían el pañal y a los hombres adultos en los urinarios. Los números eran tranquilizadores. Si en los Estados Unidos subían a algún tren, la mitad de la población quedaría seleccionada.

La noche antes de que Madeleine y el bebé regresaran a casa una vez finalizada su estancia en el hospital, deposité seiscientos dólares más en el sobre de papel de estraza que guardaba en la caja fuerte del armario de la ropa blanca. Había añadido ya el nombre de David al pasaporte. El dinero no tenía nada que ver con el hecho de que les hubiera permitido circuncidar a mi hijo. Cada pocos meses ponía dinero en el sobre. Ahora éramos cinco. El coste de la vida subía, aunque cuanto más dinero ponía en el sobre más seguro estaba de que nunca tendría que sacarlo de allí.

Once

«Él [Pfeffer] era un hombre guapo, una personalidad encantadora que recordaba al cantante francés de baladas románticas Maurice Chevalier. [...] Era una persona muy atractiva».

Mis recuerdos de Ana Frank, Miep Gies,
con Alison Leslie Gold

«Seguía existiendo el problema de que el segundo acto [del *Diario de Ana Frank*] flojeaba. [...] El 8 de septiembre, después de la representación [...] [los guionistas, el director y el productor] encontraron la solución: el señor Van Daan robaría un pedazo de pan».

The Real Nick and Nora: Frances Goodrich and Albert Hackett, Writers of Stage and Screen Classics,
David L. Goodrich

Cuando aquella noche llegué a casa, Madeleine llevaba un vestido de lana negra, tacones altos que estilizaban sus pantorrillas y les daban el aspecto de las cuerdas de un arpa y un collar de perlas, no el de doble vuelta que le había regalado con motivo del nacimiento de Betsy, que reservaba para las veladas nocturnas, sino el de una sola vuelta que le regalaron sus padres cuando cumplió los dieciséis. Venía de algún lado, pero por nada del mundo conseguía recordar de dónde, aunque estaba seguro de que me lo había comentado.

—Ha sido estupendo —dijo.

Yo aún ni me había quitado el abrigo.

—¿El qué ha sido estupendo?

—La obra.

Lo recordé entonces. No se me ocurría cómo podía haberseme olvidado. Ella y Susannah habían ido en tren a Nueva York para ver la representación en sesión de tarde del *Diario de Ana Frank*. No tenía nada de excepcional. Mi esposa y su hermana solían asistir a sesiones de tarde sin sus maridos. Ni a Norman ni a mí nos gustaban los atascos para entrar en la ciudad, ni tener que comer corriendo para llegar justo cuando sube el telón, ni sentarnos en un teatro con la calefacción a tope con las rodillas pegadas a la barbilla —Norman es casi tan alto como yo— y los abrigos en el regazo, ni tener que soportar durante dos horas y media a un tipo lanzándonos en la nuca el olor a ajo de su comida de cocina francesa. Susannah había intentado conseguir que Norman hiciese una excepción para esta obra, pero éste insistió en que ningún hombre en su sano juicio querría pasar un sábado por la noche viendo a ocho actores fingiendo estar encerrados en un par de habitaciones mal ventiladas, esperando la muerte. Respaldé a Norman. A ninguno de los dos nos gustaba Tennessee Williams, otro de los favoritos de nuestras esposas. No soportábamos ver a toda esa gente infeliz torturándose los unos a los otros sin ningún motivo y hablando con unos acentos ininteligibles.

A diferencia de su hermana, Madeleine no había intentado convencerme para ver *Diario de Ana Frank*. No conocía los detalles de mi vida durante la guerra, sólo que había logrado sobrevivir en Ámsterdam, una cuestión complicada pero no imposible para un no judío, y que luego había acabado en Auschwitz por haberme negado a firmar la promesa de lealtad al Reich alemán exigida a todos los estudiantes holandeses. Nunca le dije que ése fuera el motivo, a pesar de haberle mencionado lo de la promesa, pero poco a poco, a medida que las audiencias de McCarthy fueron indignándola cada vez más, acabó creyéndoselo. Mi valentía la conmovía, mi temeridad la preocupaba, y la combinación de ambas cosas sirvió para convencerla de que una obra que versaba sobre Ámsterdam en tiempos de la ocupación era demasiado arriesgada como para que me sintiese cómodo. Se equivocaba. Admito que el libro me trastornó cuando lo vi por vez primera, pero de eso hacía ya años. La obra tenía poco que ver. Apenas reconocería los personajes. Sólo podía albergar antipatías hacia el puñado de actores que los representaba. Unos años después, cuando se representó en Broadway una obra sobre Franklin Roosevelt titulada *Amanecer en Campobello*, un periodista le preguntó a Eleanor Roosevelt qué opinaba al respecto. La señora Roosevelt dijo que era un espectáculo de entretenimiento que no tenía nada que ver con nadie que ella conociera. Y yo sentía lo mismo respecto al *Diario de Ana Frank*, sin siquiera haberlo visto.

—Ha sido maravillosa —dijo entonces Madeleine. «Maravillosa» no es una palabra que mi esposa suela utilizar habitualmente, y por eso adivinaba, y también por la manera en que había separado las sílabas de la palabra y su forma de sentarse con la espalda muy erguida en la mesa de la cocina mientras las niñas cenaban, que parte de ella seguía aún en el Cort Theater viendo a Joseph Schildkraut en el papel de Otto Frank, a Gusti Huber en el papel de la señora Frank y a Susan Strasberg en el papel de Ana. El papel de Peter lo representaba un actor llamado David Levin. Yo no quería ver la obra, pero había conseguido reunir una cantidad considerable de información sobre ella. Incluso había pasado por delante del teatro en una ocasión que estuve en la ciudad. No recuerdo qué me llevó allí aquella noche. Las letras negras desfilaban por la marquesina de neón. Cuando me detuve a mirarlas, se me acercó un hombre.

—Qué tal, colega. —Mis manos se cerraron en un puño antes incluso de volverme hacia él. Tenía por nariz un hocico de cerdo—. Veinte billetes —me susurró—. Quinta fila, centro. Un chollo.

Abrí los puños. El hombre no era un matón, sino un simple reventa. Le dije que no me interesaba, pero cuando me volví y proseguí mi camino por la calle cuarenta y ocho, no pude evitar reírme por aquella locura. Veinte dólares por una entrada de cuatro con ochenta. Ana se habría sentido orgullosa.

Dejé el abrigo en el armario del recibidor. Madeleine se levantó y me siguió.

—Te encoge el corazón. —Otra expresión que no utiliza cada día de la semana.

—Seguro —dije, y regresé a la cocina. Ella me siguió.

—Pero también había partes divertidas.

De modo que era una comedia.

Cogí un vaso del armario, abrí el congelador y saqué una bandeja de cubitos de hielo. Como he dicho, no soy de los que beben, pero aquella noche tenía necesidad de una copa. El sindicato de pintores volvía a amenazar con ir a la huelga por el tema de la pintura en spray.

Puse dos cubitos en el vaso, me fui con él hasta el aparador del comedor, lo llené hasta la mitad de whisky y volví con él a la cocina. Mi mujer me seguía como un perrito.

—Es lo mejor que he visto en muchos años.

Me senté en la mesa entre mis hijas y coloqué el vaso delante de mí.

—Me alegro de que te lo pasaras bien.

—No estoy segura de que pasárselo bien sea la expresión más adecuada, pero me hizo comprender ciertas cosas.

Por ciertas cosas se refería a mí. No iba a decirle que estarse dos horas y media sentada en un teatro viendo actores que fingían tener hambre, estar asustados y condenados a muerte no iba a ayudarla a comprenderme. Ni siquiera iba a explicarle que no quería que me comprendiese. La amaba por no comprenderme. Ése era el motivo por el que había seguido andando cuando la chica del Marseilles me lanzaba aquellas sonrisas finas como las monedas nuevas de diez centavos. Hacía muchísimos años que no pensaba en aquella chica. Y no volvería a pensar en ella en cuanto Madeleine dejase de hablar sobre la obra.

—Y bien —le dije a Abigail—, ¿qué novedades ha habido en clase de la señorita Gleckler?

Extendió un brazo para que lo examinara. Su fragilidad seguía asustándome. Llevaba una tirita en el codo.

—Si prefieres no oír hablar del tema... —dijo Madeleine.

—Te estoy escuchando —le dije—. ¿Qué ha pasado? —le pregunté a Abigail.

—Laurie me empujó.

—Al final lloré —dijo Madeleine—. Todo el público estaba llorando.

—¿Y tú le devolviste el empujón a Laurie? —le pregunté a Abigail.

Abigail sonrió y movió afirmativamente la cabeza.

—¡Buena chica!

—Estuvo escondida durante dos años —dijo Madeleine—, y murió en un campo de concentración. —Bajó la voz al pronunciar las últimas palabras, como si no fueran adecuadas para oídos infantiles, como si nuestras hijas pudieran comprenderlas más que ella—. Pero nunca perdió la fe en el ser humano.

Me volví hacia Betsy. Tenía la cara y las manos sucias de comida, pero el plato seguía lleno. La negativa de mis hijas a comer siempre me dejaba confuso. ¿Acaso no sabían lo que era el hambre? Gracias a Dios no lo sabían.

—Caramba, qué buena pinta tienen esas zanahorias. —Me relamí los labios.

—Si no quieres oír hablar del tema, dímelo —dijo de nuevo Madeleine.

No tendría que habérselo tenido que decir otra vez.

—Te estoy escuchando —repetí, y cogí la cuchara del plato de Betsy.

—La parte más asombrosa, lo que la salva de ser insoportable, es el triunfo del espíritu humano.

Ahora resulta que era espíritu humano.

—El padre, Otto Frank, sigue con vida. Así empieza la obra. Cuando él encuentra el diario.

Di un trago.

—No puedo imaginarme lo que debió de sentir —prosiguió Madeleine.

Tenía razón. No podía imaginárselo. ¿Por qué demonios insistía en hablar sobre el tema? Acerqué la cuchara a la boca de Betsy. Ésta la cerró con fuerza.

—¿Y sabes qué otra cosa me ha resultado fascinante? La forma en que los distintos personajes responden a la situación. En el escondite había dos familias y un hombre soltero. El hombre, Dussel se llamaba, era un idiota rematado.

—Eso es lo que significa *dussel*. —No quería hablar. No lograría impedir que dejara de hablar de ello, pero no deseaba fomentar la discusión.

—No lo sabía.

—No hablas alemán.

—Vaya coincidencia. Que sea un idiota y se apellide así.

—Por el amor de Dios, Madeleine. El nombre se lo inventó ella. —Presioné la cuchara contra la boca cerrada de mi hija. Betsy movió la cabeza hacia delante y hacia atrás—. O eso me imagino.

—Naturalmente. Debería haberlo pensado. Bueno, da lo mismo, el personaje de ese tal Dussel es un bufón, pero el tercer hombre, el otro padre, el señor Van Daan, es peor.

—¿Peor en qué sentido? —Podía haberme mordido la lengua.

—Era un ladrón.

Forcé la cuchara entre los labios de mi hija. Su voz se abrió para soltar su rabia, la oportunidad que yo estaba esperando. Le introduje la cuchara.

—Es la escena más horrible. Una noche, la señora Frank escucha un ruido y se levanta, y allí está el señor Van Daan, el padre del chico del que está enamorada Ana, robando el pan del armario. Todo aquel tiempo habían creído que eran las ratas, pero en realidad era él. Él. Robando la comida de sus propios hijos. ¿Te lo imaginas?

—Eso no sucedió nunca —dije, subiendo el volumen de mi voz por encima de los gimoteos de mi hija.

—¿Qué?

Le introduje una nueva cucharada de comida.

—Me refiero a que no puedo imaginarme que sucediera. A lo mejor no sucedió. No es más que una obra de teatro.

—Pero basada en un diario.

Mi hija chillaba. Yo seguí dándole de comer.

—El diario era de verdad —insistió Madeleine—. De modo que el padre debió de hacerlo.

La cuchara cayó al suelo con un ruido metálico. Yo no la había tirado. Se me había resbalado de la mano.

—Maldita sea, Madeleine, tienes estudios universitarios. ¿No has oído hablar nunca de una licencia artística? —Me aparté de la mesa y me levanté—. Y mientras te preocupas por quién comió qué, ¿por qué no prestas un poco de atención a tu propia hija? ¿Por qué no intentas que coma decentemente en lugar de preocuparte por un puñado de actores gordos y felices que nunca han conocido el hambre?

De haberme detenido ahí ya habría sido bastante malo. Tal vez si me hubiera tomado la molestia de mirar sus caras atentas, la de mi hija manchada de comida, las tres llenas de sorpresa y miedo, lo habría hecho. Pero no estaba mirando a mi esposa y a mis hijas. Estaba mirando más allá de sus finas espaldas, por encima de sus resplandecientes cabezas, a otro grupo reunido en torno a otra mesa, caras con mejillas hundidas, el cabello apagado por la suciedad y la desnutrición, los estómagos doloridos por el hambre. Pestañeeé para ahuyentar a esa gente, pero no se iban.

—Como tú. Como toda esta condenada familia. Picoteando los platos, tirando a la basura comida en perfecto estado. Me provoca náuseas —grité al salir de la cocina.

Bajé al salón y encendí el televisor. Me miraron unos rostros grises y sonrientes. Las bocas se abrían y cerraban. Las voces rebuznaban. Me levanté y bajé el volumen. Ahora las oía en la cocina.

Madeleine llevaba la melodía mientras los sollozos de mis hijas marcaban el ritmo.

—Papá no hablaba en serio. Mamá ha dicho unas cuantas tonterías, eso es todo. Mamá tendría que habérselo pensado antes de hablar. Papá no está enfadado con vosotras.

Me levanté y volví a subir el volumen de la televisión.

Cuando unos minutos más tarde levanté la vista, mis hijas estaban en lo alto de la escalera. Sus ojos eran canicas de desconfianza, sus bocas rendijas de recelo.

—Venid —dije—, venid a hacerme compañía.

Betsy, la aventurera, bajó dubitativa un único peldaño. Abigail, que no era tonta, se quedó donde estaba.

—Venid —repetí. Betsy avanzó un peldaño más. Abigail no se movió.

—Por favor, preciosas —supliqué.

Betsy avanzó otro paso.

—Os dejaré que pongáis nata por encima.

Descendió los dos últimos peldaños, se arrastró por el salón y se sentó en el sofá. Abigail esperó a que su hermana se hubiera instalado bajo mi brazo. Mi primogénita era cautelosa. Cuando estuvo convencida de que no era un truco, de que no volvería a transformarme en un monstruo, siguió los pasos de su hermana por el salón y se sentó

también a mi lado. Las abarqué por los hombros y las atraje hacia mí.

—Todo va bien —canturreé por encima del sonido del televisor—. Todo irá bien.
—Eran palabras de padre, aunque mi propio padre nunca hubiera mentido diciéndomelas.

Cuando media hora después entré en la cocina, Madeleine estaba atareada en el fregadero, de espaldas a la puerta. Se había quitado la chaqueta del traje y puesto un delantal por encima de la falda y la blusa. Uno de los zapatos de tacón estaba de costado en el suelo. Su peso descansaba sobre el pie cubierto por la media, quedando de este modo una cadera más alta que la otra. Era una postura picaresca, aunque sabía que no era ésa su intención.

—¿Quieres que te traiga las zapatillas?

Negó con la cabeza. Los rizos de su corte al estilo caniche acariciaron el cuello de la blusa.

—Lo siento.

No respondió.

—No sé qué me ha pasado.

Cerró el grifo, cogió un trapo de cocina para secarse y se volvió hacia mí. Tenía la mejilla manchada de rímel.

—Si querías que dejase de hablar del tema, deberías haberlo dicho. Te pregunté si te importaba. Te dije si querías que lo dejara.

—No es eso.

—Entonces ¿qué es? No lo entiendo.

Eso es precisamente. No lo entiendes. No puedes. No quiero que lo entiendas.

—Olvidémoslo y ya está.

Se quedó mirándome; el zumbido de los electrodomésticos llenaba la cocina.

—Tienes rímel en la mejilla.

Se restregó la mejilla izquierda.

—En la derecha.

Se restregó la otra mejilla. La línea negra se convirtió en un borrón. Podría haber cruzado la cocina para limpiárselo. Me quedé donde estaba. Ella se volvió de nuevo hacia el fregadero.

—Hazme un favor, nada más —dijo.

—El que quieras. —Lo decía en serio.

—Mañana no me vengas con flores. No me traigas flores, y tampoco les traigas nada a las niñas.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que es lo que siempre haces después de que suceda algo así.

—¿Algo así? Lo dices como si sucediese de forma habitual.

No respondió. Ni siquiera se volvió, pero por el movimiento rítmico de sus

hombros, muy similar al de aquellos hombres que rezaban en la sinagoga a la que acudí después de recuperar la voz, me di cuenta de que estaba llorando otra vez. No era justo. Esto no era algo habitual, nunca nos peleábamos.

De vuelta a casa la noche siguiente, me detuve a comprar una camelia. Me había dicho que no le comprara flores, pero sabía que no lo decía en serio. Además, no se trataba de un ramo que se marchitaría en unos pocos días, sino de una planta que seguiría floreciendo.

Doce

«Gusti [Huber] fue la primera actriz austriaca autorizada por el gobierno militar norteamericano».

Joseph Besch, antiguo capitán Besch del ejército de los Estados Unidos, esposo de Gusti Huber, citado en la columna periodística titulada «Broadway Discovers»

«Gusti Huber [...] representa a la señora Frank. [...] Destacada estrella del teatro y la pantalla en la Alemania nazi durante la guerra, apareció en numerosas películas. [...] En 1943, mientras la verdadera señora Frank vivía en constante temor por la vida de sus seres queridos, Gusti Huber encandilaba a los alemanes en una película titulada *Gabrielle Dambrone*. [...] En 1944, mientras la familia Frank era transportada en vagones cerrados, la señorita Huber entretenía a los ciudadanos del Tercer Reich con sus papeles protagonistas. [...] Y mientras Ana era asesinada en Bergen-Belsen, Gusti estaba ocupada rodando una comedia para la pantalla. [...] Me pregunto si habría pronunciado la palabra “*Sholom*” en el escenario... de haber ganado Hitler la guerra».

Herbert G. Luft, *American Jewish Ledger*,
Newark, Nueva Jersey, 28 de marzo de 1956

Madeleine estaba sentada en la mesa cuando aquella noche entré en la cocina, sus gafas de concha sobre la nariz, delante de ella la vieja máquina de escribir portátil que había utilizado en la universidad. Solía sacar la máquina de escribir del armario del recibidor para hablar en nombre de la Liga de Mujeres Votantes, de la Liga de Mujeres para la Paz y la Libertad y de otras buenas causas. Durante los meses previos a la ejecución de los Rosenberg, apenas la dejó descansar. Últimamente aparecía con menos frecuencia, pero aquella noche la había sacado.

Le dije que sentía llegar tarde y, sin dejar de escribir, me dijo que David estaba dormido pero que acababa de acostar a las niñas, que tenía tiempo de desearles buenas noches. Sus dedos volaban sobre el teclado. Era una mecanógrafa excelente, gracias a mi suegro, que había insistido en que sus dos hijas dominaran alguna técnica vendible, por si acaso la fortuna les daba algún día un golpe inesperado y se veían obligadas a ganarse la vida. Yo envidiaba esa definición de «golpe inesperado».

Subí a desear buenas noches a mis hijas. Madeleine debía de estar tan concentrada en lo que tenía entre manos que había perdido la noción del tiempo. Ya estaban dormidas. Me quedé en el umbral de la puerta observándolas bajo la tenue luz que se alzaba como una neblina rosa y azul de la lamparita en forma de mariposa conectada a un enchufe en una esquina. Abigail dormía rígida y compacta como una momia, los brazos pegados a sus costados, su cara una luna reluciente cerniéndose sobre el paisaje de su colcha floreada. Betsy estaba extendida en la cama como si hubiese caído desde una gran altura. Boca abajo, brazos y piernas formando ángulos agudos con su cuerpecito, me recordaba algo concreto. Parecía una esvástica humana. Entré en el dormitorio, me incliné sobre la cama y le enderecé brazos y piernas. La tapé y volví a bajar.

Madeleine seguía en la mesa. Sus manos continuaban volando sobre el teclado.

Tenía prisa por terminar. A mi esposa no le gustaba estar ocupada cuando yo llegaba a casa por las noches. *McCall's, Ladies' Home Journal* y su madre le habían advertido que la falta de atención era el primer paso en el camino hacia esposos juerguistas y arpías destrozahogares dispuestas a convertirse en segundas esposas. Ella no creía ni a las revistas ni a su madre, pero tampoco estaba tan segura en sus convicciones como para poner a prueba la veracidad de la hipótesis.

Me acerqué por detrás, me incliné para besarle la cabeza y pasé las manos por debajo de sus brazos en movimiento para abrazarla. Había dejado de darle de mamar al bebé, pero aún tenía los pechos hinchados.

Se encogió de hombros para apartarme.

—Termino en un minuto.

—¿De qué va ahora? ¿De niños que se mueren de hambre en Grecia o de hostigadores rojos en Washington? —Bromeaba con ella por sus causas, pero las envidiaba o, como mínimo, envidiaba la fe que depositaba en ellas. Qué reconfortante pensar que una carta airada podía enmendar los errores, que una petición repleta de firmas podía salvar el mundo.

—Échale un vistazo. —Hizo un ademán en dirección a un periódico abierto sobre la mesa. En la parte superior, el título, *Newark Star-Ledger*. En casa no recibíamos el *Newark Star-Ledger*. O se lo había dado alguien o alguien le había dicho que fuera a comprarlo. Podía ser una campaña.

Cogí el periódico. El titular de la columna de la izquierda me llamó la atención.

EL PAPEL DE GUSTI HUBER EN EL *DIARIO DE ANA FRANK*

Me quedé sorprendido. Madeleine no había vuelto a mencionar la obra desde la noche en que les había gritado a ella y a las niñas por desperdiciar la comida. El hecho de que ahora lo sacara a relucir indicaba lo encendida que debía de estar. No quería molestarme, pero no podía hacer oídos sordos a una injusticia, fuera la que fuera en este caso.

«Este documento, en forma de libro y de obra teatral, ha conmovido el corazón de miles de personas», leí.

Seguía sin comprender por qué. Muchísima gente se había escondido. Habían muerto millones de personas. A nadie le había importado. O al menos nadie había hecho nada para detenerlo. Y ahora nadie quería oír hablar de ello. El lugar donde hayas estado y lo que hayas visto no te ayudará a ganarte las simpatías de la gente. Y eso era así hace diez años. Y sigue siendo así ahora. Excepto para Ana. El mundo no se cansaba de Ana. Susan Strasberg nos miraba desde las páginas satinadas de media docena de revistas, incluida la portada de *Life*, su cutis blanquecino, sus luminosos ojos, su brillante cabello. Ana estaría igual de espléndida actualmente. Todos

deberíamos estarlo. Los miembros del reparto certificando las potentes emociones que experimentaban seis noches por semana y dos veces al día los miércoles y los sábados. Las adolescentes recortaban fotografías del joven que representaba el papel de Peter y las colgaban en la pared de su habitación, igual que Ana colgaba fotografías de estrellas de cine y de personajes de la realeza encima de su cama. Si Abigail tuviera unos años más, tendría colgada sobre la cama la fotografía de un chico que representaba al chico que supuestamente tenía que ser el chico que yo fui en su día. Estaba preparado para que la gente se volviese loca por algunos actores, pero no podía permitir este otro tipo de entusiasmo, esta esclavitud con la penuria y el sufrimiento. Tenía que parar.

Madeleine, le diría.

¿Sí?, respondería ella sin levantar la vista del teclado.

Con respecto a esta obra.

Mmm.

Yo soy Peter.

¿Levantaría la cabeza de la máquina de escribir? ¿Me diría que dejase de bromear porque no era una cuestión para tomarse a risa? ¿Me creería? Y si lo hacía, entonces ¿qué? ¿Me estrecharía contra su pecho? ¿Respaldaría mi sufrimiento? ¿Introduciría la llave plateada de su amor, pulida y brillante como toda la plata de la casa, en la cerradura de mi pasado y la giraría? Eso no podía permitirlo.

Miré de nuevo el periódico y leí por encima el resto de la columna. Era sobre Gusti Huber, la actriz que representaba en Broadway el papel de la madre de Ana Frank, pero se centraba en su carrera antes de que llegara a los Estados Unidos. Explicaba cómo se había negado a trabajar con actores y directores judíos en Viena antes de la guerra y cómo había seguido haciendo películas para los nazis hasta el final de la misma. «Mientras Ana era asesinada en Bergen-Belsen, Gusti estaba ocupada rodando una comedia para la pantalla titulada *Wie ein Dieb in Der Nacht* (Como un ladrón en la noche)».

Ésta era otra cosa que me encantaba de los Estados Unidos. Cosas así seguían siendo noticia.

—¿Has escrito una carta al director?

Madeleine se levantó, guardó la máquina de escribir en su estuche y lo cerró.

—Algo más que eso. —Cogió una de las cartas y me la entregó.

*Señor Kermit Bloomgarden
1545 Broadway
Nueva York 36, N. Y.*

Bloomgarden era el productor de la obra. Otro retazo de información que había adquirido sin darme cuenta.

Leí por encima la carta. Mi esposa y centenares de mujeres más amenazaban con

boicotear la obra si Gusti Huber no era sustituida.

—Pero tú ya has visto la obra.

—Él eso no lo sabe.

Miré la mesa. Estaba llena de papeles.

—¿A quién más has escrito?

—Al director. A los guionistas. Al sindicato de actores. A la asociación de actores.

Miré a mi esposa, de pie al otro lado de la mesa. Tenía las mejillas encendidas, la mirada como desquiciada. Volví a mirar la mesa. No creía que un puñado de cartas escritas a gente que seguramente ni se las leería pudiera hacer algún daño. El productor y el director eran famosos. Los dos guionistas habían hecho una fortuna escribiendo películas sobre una pareja de detectives con un terrier, y con James Stewart decidiendo no suicidarse en Nochebuena. No tenía ni idea de dónde había sacado yo tanta información inútil. La obra ganaba dinero. A todos ellos les importaría un comino que la actriz que representaba el papel de la señora Frank hubiera actuado delante de Hitler en persona.

—Y a Otto Frank. —Las mejillas de Madeleine ardían en llamas. El calor de la rectitud echaba chispas en sus ojos.

—¿Qué?

—Forma parte de la campaña. Tenemos una lista de gente a la que escribir. El padre de Ana Frank aparece en ella. Ya te conté que sigue con vida. Vive en Suiza.

—En Suiza —repetí. Había visto su nombre en la lista de supervivientes de la Cruz Roja. Había leído acerca de él en artículos sobre la publicación del diario. Pero eran artículos tan poco convincentes como un rumor. Sin embargo, ahora estaba en mi cocina. Ya no podía seguir fingiendo que no creía que existiera. Eres como un hijo para mí, solía decir cuando le llevaba comida en el hospital de Auschwitz.

—En Basilea —dijo Madeleine. Cogió una carta de la mesa y leyó—: Herbstgasse, 11, Basilea, Suiza.

Le arranqué la hoja de papel. «Querido señor Frank». Recorrí el papel con la vista. Era una carta educada, respetuosa incluso. Estaba segura de que el señor Frank no lo sabía. Estaba segura de que no permitiría que continuara un sacrilegio como aquél para el recuerdo de su hija. Le aseguraba que el diario de su hija ocupaba un lugar especial en su corazón y en su conciencia. Llegué al final de la página.

Atentamente,

Madeleine van Pels

(Sra. de Peter)

Mi suegra, la Emily Post^[14] de la zona norte-central de Nueva Jersey, había formado muy bien a sus hijas. Pese a toda la rebeldía reprimida de mi esposa, jamás firmaría una carta sin el «Sra.» oficial y mi nombre propio debajo del suyo, igual que

nunca se sonaría la nariz con una servilleta ni iría al teatro sin guantes.

Yo no podía permitirlo. Cuando Otto me había reclamado como hijo, yo había deseado tener un padre. Pero en estos momentos no podía permitirme un padre, al menos no un padre como Otto, una persona esclava del pasado. De haber vivido mi padre, la cosa habría sido distinta. Nunca le habría dado la espalda. Lo juro. No se puede juzgar a un hombre por cómo se comporta en un andén de estación con perros mordiéndole las piernas y oficiales de la SS golpeándole la cabeza, o en un destacamento de trabajo en el punto de mira del rifle de un vigilante del campo. Pero Otto no era mi padre. Lo admiraba. Me daba lástima. Pero no lo acompañaría en su sensiblero viaje al pasado. No quería arrastrarme por las escaleras que conducían hacia un mundo de oscuridad. Me negaba a poner en peligro mi persona y a mi familia por sus recuerdos.

—No pretenderás de verdad enviárselo.

—¿Por qué no?

—Porque es cruel.

—Es necesario que lo sepa. Estoy segura de que querría saberlo. Yo querría saberlo en su lugar.

Ya estaba otra vez, esa fe temeraria en el poder de la experiencia.

—¿Y crees que Otto Frank no lo sabe? ¿Crees que el hombre que escribió este artículo lo sabe, que la gente que está organizando esta campaña de cartas lo sabe, que ahora tú y yo lo sabemos, pero que el padre de la chica que escribió el diario no lo sabe?

—No puedo creerme que fuera a permitirlo si lo supiera.

Tal vez tenía razón. Quizá Otto no lo sabía. O tal vez lo sabía y aún no se había enterado. Cuando el hombre de la Policía Verde vino a arrestarnos y vio la vieja taquilla de la Primera Guerra Mundial con el nombre de Otto impreso, acompañado por su rango en el ejército alemán, prácticamente se puso firmes y en el rostro de Otto se dibujó una mirada de alivio. Eso estaba mejor. Ésta era la Alemania que él conocía. Minutos después nos empujaban escaleras abajo y nos obligaban a entrar en el furgón que estaba aguardándonos.

—A lo mejor no depende de él. Estas cosas se disponen por contrato. La gente compra y vende derechos, igual que se hace con las propiedades. Si yo vendo una casa, no puedo impedir que el nuevo propietario la pinte de un color horroroso o construya añadidos antiestéticos. Si este hombre... ¿Cómo dijiste que se llamaba? Si Otto Frank vendió los derechos para representar una obra, es muy probable que no tenga nada que decir sobre quién actúa en ella.

Madeleine se quedó mirándome. Sus mejillas empezaban a perder color. Sus dientes otorgaban un aire de preocupación al labio inferior. Mi esposa es una mujer bondadosa.

—¿Tú crees?

—Creo que si no lo sabe y lo descubre y ve que no puede hacer nada al respecto,

será una tortura para él. Más tortura. Si otros quieren atormentarle, allá ellos. Pero no creo que tú y yo queramos tomar parte en eso.

—Nunca lo había considerado bajo ese punto de vista.

—Pues ahora puedes considerarlo. —Partí en dos la carta, que seguía en mi mano. Ella se encogió al oír el sonido, pero no protestó.

Mi esposa no envió ninguna de las cartas que con tanta rabia había mecanografiado, aunque nunca lo supo. Me las entregó para que yo las echara al correo al día siguiente. Cogí de sus manos los sobres con todas las direcciones pulcramente escritas y las dejé en el asiento del acompañante del coche. Unos minutos después, mientras esperaba en la gasolinera a que me atendieran, partí en dos los sobres, igual que había hecho con la carta de Otto la noche anterior. Arrojé la mitad en el cubo de la basura de la gasolinera y la otra mitad en una gran papelera del despacho. El señor Bloomgarden, el señor Kanin y el resto seguramente no sabían que la gente a la que Ana llamaba los Van Daan eran en realidad los Van Pels. Pero no quería correr ese riesgo.

La obra se representó durante un año y medio. Me acostumbré a ver los anuncios y a escuchar los elogios de gente que era más dura de mollera que mi esposa y su hermana y, en las excepcionales ocasiones en las que dejaba que Madeleine me arrastrara a ver algún espectáculo, a pasar por delante de las fotografías de actores vestidos con prendas raídas y cara de sufrimiento, miedo o risa mirando desde los paneles acristalados colocados enfrente del Cort Theater. No tenían, como he dicho, nada que ver conmigo. Pero de todos modos, cuando vi el artículo, un párrafo en realidad, en el periódico, no me pude resistir. No era por mí. Lo hacía por mis hijos.

Cuando crucé el umbral del salón, mis hijas apartaron la vista del televisor, vieron que llevaba una caja en la mano y se levantaron en un abrir y cerrar de ojos. Corrieron hacia mí. Las siguió David, tambaleándose de puntillas como un pequeño borracho. Se me echaron encima los tres, tratando de ver el contenido de la caja, gritando y chillando. Madeleine oyó el alboroto y bajó las escaleras justo a tiempo de ver el gato saliendo de la caja.

—¿Y eso qué es? —preguntó.

—¿A ti qué te parece?

No se pegó a los perímetros de la estancia, como haría la mayoría de los gatos en presencia de desconocidos, sino que se dedicó enseguida a merodear por el centro. Era un ejemplar intrépido, acostumbrado a los focos, a los aplausos y a los desconocidos. Caminó hacia el sofá, saltó, se paseó por encima del respaldo y volvió a saltar al suelo. Los niños le seguían pegados a su cola.

—Vaya sorpresa —dijo Madeleine.

—Llevábamos tiempo hablando de una mascota.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí, cuando los Wiener compraron su caniche.

—De eso hace ya más de un año.

—Si no lo quieres... —empecé a decir, y mis hijas protestaron a voz en grito, como sabía que harían.

Madeleine me miró y movió la cabeza.

—¿Crees que voy a pedir a los niños que elijan entre su madre y este animalito peludo? No, me gusta la idea, pero ¿cómo es que no nos has traído un cachorro?

—Éste necesitaba un hogar.

—¿Por qué?

No había motivo alguno para contarle la verdad. Según el artículo del periódico, cuando el *Diario de Ana Frank* terminara sus representaciones, ninguno de los actores, ni los tramoyistas, ni nadie relacionado con la producción quería quedarse con el gato que había representado el papel de *Mouschi*. No había nada que pudiera gustarle más a Madeleine que tener un gato con pedigrí. Ya me la imaginaba contando la historia. Y nunca os imaginaréis de dónde viene...

—Uno de los trabajadores lo trajo a la oficina —dije—. Resulta que su mujer es alérgica.

—¿Es niño o niña? —preguntó Abigail.

—Es niño.

Betsy estaba intentando que el gato se subiera a su falda.

—¿Podemos ponerle nombre?

—Podéis intentarlo, pero ya tiene uno. Responde al nombre de *Mouschi*.

Al oír el sonido, el gato se alejó de Betsy y saltó a mi regazo.

Trece

«El ser humano tiene un impulso destructivo, el impulso de montar en cólera, asesinar y matar».

Diario de Ana Frank, Ana Frank, 3 de mayo de 1944

«Si todos los hombres fueran buenos en el fondo de su corazón, Auschwitz nunca habría existido; ni la posibilidad de que pudiera repetirse».

«The Ignored Lesson of Anne Frank», Bruno Bettelheim, en *Anne Frank: Reflections on Her Life and Legacy*, editado por Hyman A. Enzer y Sandra Solotaroff-Enzer

Sabía que habría una película. ¿Cómo podía no haberla? La obra había ganado el premio Pulitzer. Cada noche, por todo el país, los Ottos de las compañías itinerantes saltaban a los anexos montados en el escenario y descubrían el diario de su hija, y las distintas Anas y Peters se enamoraban, y una docena de versiones de mi padre, alto, bajo, gordo, delgado, robaba el pan de mi boca. Por todo el mundo. En Ámsterdam, la reina asistió a una representación y se emocionó, y los plebeyos salieron ennoblecidos del teatro. Ellos no eran nazis. Habían intentado salvar a sus judíos. No importaba que, para empezar, hubieran tenido menos y en proporción hubieran delatado a más en relación a cualquier otro país. En Alemania, los espectadores teatrales expresaban su conmoción y su repugnancia. De haber sabido lo que sucedía, lo habrían denunciado. Una mujer se sintió tan profundamente afectada por la causa de Ana que insistió en que debería haberse permitido que esa pequeña judía, en particular, siguiese con vida. Otros se identificaban con las penurias que veían en escena. También habían sufrido bajo su Führer. Pero una obra teatral no puede llegar a mucha gente. Una película es un fenómeno de distinta dimensión. Hollywood quedaría en un entredicho moral si no plasmaba en una película el diario de Ana.

Mirara por donde mirara, siempre encontraba historias relacionadas con la película. El actor Joseph Schildkraut repetiría representando el papel de Otto. La actriz nazi volvería a encarnar a la señora Frank. Ya hemos hablado bastante de la indignación de mi esposa y de otros miles de mentes biempensantes. Pero habría una nueva Ana. Y también un nuevo Peter, aunque eso era menos relevante. La búsqueda de actriz para la nueva Ana fue la gran noticia. Lo leí todo al respecto. ¿Qué afortunada señorita ganaría el sorteo? ¿Quién sería la afortunada que se convertiría en Ana Frank?

El mismo equipo de guionistas de comedia que había convertido a Pfeffer en un torpe payaso y a mi padre en un ladrón —siento seguir incidiendo en el tema, pero aún no comprendo de dónde sacaron eso— escribiría el guión, aunque el director, un hombre llamado George Stevens, era conocido por ser autor de películas más serias. Había formado parte de las tropas norteamericanas que liberaron Dachau, de modo

que sabía de qué hablaba, decían los periódicos. Tenía además reputación de realista. En cuestiones de verosimilitud, el dinero no era problema para George Stevens y los señores de 20th Century Fox. Cuando en la película cayeran las bombas sobre el anexo secreto, leí, el señor Stevens no daría golpes a la cámara para hacerla temblar, como haría la mayoría de directores. Él tendría un plató especial construido sobre pilares de madera y resortes elásticos. En el momento adecuado, los trabajadores menearían el artilugio y darían un susto de muerte a los actores. Me interesaban los detalles de la construcción. Al fin y al cabo, soy constructor. Pero no quedé convencido de que pudieran conseguir el mismo efecto que la RAF. El señor Stevens insistía también en que la señorita Shelley Winters, la actriz que representaba el papel de la señora Van Daan, tenía que engordar dieciocho kilos. Yo no recordaba que mi madre estuviera gorda, pero a lo mejor era porque al final estábamos todos desnutridos. La señorita Winters, informaban los periódicos, era una persona competente y una auténtica profesional. Estaba engordando para representar el papel de mi madre, como si tuviese la tenía.

Cuando Madeleine me dijo que iría a ver la película con su hermana, supe que no había olvidado mi explosión de rabia de la noche en que acudí a ver la obra de teatro. Las esposas cogían el tren para Nueva York y asistían a sesiones de primera hora de la tarde sin la compañía de sus maridos. Pero no iban al cine local sin nosotros. Si alguna de ellas lo hacía, tendría un buen motivo para ello.

—Sé que no quieres verla. —Habló sin levantar la vista, no porque quisiera evitar mi mirada, sino porque estaba concentrada en el pastel que estaba cocinando. Ella hablaba de «cocinar», aunque ese pastel no exigía más cocina que derretir el chocolate. Era un mejunje que se preparaba vertiendo el chocolate sobre lenguas de gato, que ella compraba previamente en el supermercado, y luego metiendo el conjunto en la nevera unas cuantas horas. No estaba mal, pero no era lo que yo llamaría un pastel de verdad, aunque a lo mejor mi gusto estaba demasiado consentido después de años de poca alimentación y exceso de imaginación. Recordaba cuando la comida era el material de los cuentos, la sustancia de los mitos. El *babka*^[15] de mi madre, nos susurrábamos los unos a los otros, el *strudel* de hojaldre de mi abuela, el *goulash* de carne de mi esposa, y se nos hacía la boca agua y se nos llenaban los ojos de lágrimas, aun estando deshidratados además de desnutridos. Quién sabe de dónde salían esas secreciones.

—¿Qué te hace pensar que no quiero verla?

—La reacción que tuviste por la obra de teatro.

—No tuve ninguna reacción por la obra de teatro. Ni siquiera la vi.

Ella no me respondió de inmediato. Estaba resultándole complicado colocar las lenguas de gato en posición vertical en torno al molde metálico.

—Si quieres que te diga la verdad —dijo mientras colocaba la última lengua de gato (una frase que no me gusta: ¿por qué empezar una frase jurando sinceridad?)—, ni siquiera estoy segura de querer verla. Pero iré igualmente.

—¿Y por qué ir a ver una película que no te apetece ver?

Retiró del fuego la cacerola con el chocolate fundido y lo repartió a cucharadas por encima de las lenguas de gato.

—Es una obligación moral. —Levantó la vista del pseudopastel—. La gente como yo, la gente que lo ha tenido fácil, no tiene derecho a cerrar los ojos.

Tendría que haber mantenido la boca cerrada. Era una característica de la que me enorgullecía. De haber tenido que decir algo, debería haberle dicho que no fuese tonta. Que ir a ver una película no tenía implicaciones morales. Pero la convicción que ardía en sus ojos cuando habló de no cerrarlos me enardeció. No sé por qué. Me había casado con ella por su ceguera.

—Cuando estaba en el campo de refugiados, me destinaron una temporada a trabajar en el hospital. —Se enderezó, la cacerola suspendida en el aire, sus ojos concentrados no en un remoto imperativo moral, sino en mi persona. Yo jamás hablaba de mi pasado. No quería perderse ni una sola palabra—. Había un hombre a quien le habían volado la mitad de la cara. Me parece que había pisado una mina.

La vi encogerse. La verdad es que tendría que haber parado allí.

—Al menos, eso era lo que contaban. ¿Quién sabía lo que había debajo de aquellos vendajes? Tenía toda la cabeza vendada. Sólo había dos agujeros abiertos para los ojos. Los ojos los tenía bien. Excepto los párpados. No tenía párpados. —Cayó sobre la encimera una mancha de chocolate. Depositó la cacerola. Me dije que tenía que parar—. Sin párpados —continué— no podía cerrar los ojos. Evidentemente. —Seguía mirándome. No tenía ni idea de dónde quería ir yo a parar. ¿Cómo podía tenerla?—. ¿Sabes qué sucede cuando no puedes cerrar los ojos?

—¿Que no puedes dormir?

—No, se puede dormir con los ojos abiertos. Lo hace mucha gente. —Había vivido en demasiados barracones infernales como para no saberlo—. Cuando no tienes párpados, no puedes dejar de llorar. Si no puedes cerrar los ojos, lloras constantemente.

Esta vez no pedí perdón. Estaba demasiado enfadado. Me había hecho romper mi voto de silencio. Para un hombre como yo, el único honor que me quedaba, la única decencia posible, era proteger a los demás del horror.

Madeleine no habló sobre la película cuando llegó a casa, aunque yo sabía que estaba pensando en ella. Durante los días siguientes, deambuló por las estancias enmoquetadas y aterciopeladas de la casa con un aire de tierna distracción. Era algo más que pena por los pobres desgraciados que había visto personificados en la pantalla. Era anhelo. Quería conocer el sufrimiento, por un rato.

Mi esposa había visto la película en el enorme cine que habían instalado en el nuevo

centro comercial ubicado a escasos minutos de Indian Hills. Yo tuve que conducir media hora para verla.

La verde tarde de primavera estaba llena de luz. No era un día para permanecer sentado en un cine oscuro. Le dije a Madeleine que tenía que ir a la oficina y que luego pasaría por la obra. De hecho, fui hasta la oficina. Estacioné en el aparcamiento, luego volví a salir y continué mi camino por la autopista. Según el horario del periódico, tenía tiempo.

El cine estaba lleno de niños y de viejos. Yo era el único hombre adulto en la flor de la vida dispuesto a desperdiciar la tarde de un modo tan poco efectivo. Cogí una entrada de pasillo. No quería molestar a nadie cuando me fuera. No tenía intención de quedarme hasta el final. Simplemente sentía curiosidad y con ver unos minutos me bastaba.

Tuve que ver tres o cuatro tráilers de futuras películas antes de que empezase. Mi pie comenzó a dar golpecitos al suelo pegajoso por los refrescos caídos en la oscuridad. No estaba nervioso. Simplemente quería acabar con el tema.

El nombre del estudio cobró forma en la pantalla. El ambiente se llenó con lo que parecían varios centenares de instrumentos de cuerda. Letras blancas como las nubes sobre un fondo de cielo azul: *Diario de Ana Frank*. Eso le habría gustado. La cámara tomaba una vista panorámica desde el cielo hacia la iglesia de Westerkerk y de allí hacia el canal. Mi cabeza dio vueltas por un momento, pero era sólo el vértigo inducido por la toma. Por la calle pasaba un camión lleno de refugiados, algunos aún con sus uniformes a rayas. Joseph Schildkraut bajaba de él. Un aplauso para el actor. No sólo se asemejaba a Otto —el parecido era extraño—, sino que incluso se movía como él. Un actor inferior se habría encorvado hasta formar un signo de interrogación lastimero, pero era evidente que Schildkraut había estudiado a Otto. Se movía como un hombre con el espíritu destrozado, pero cuya compostura, gracias al ejército alemán, seguía aún intacta.

Uno tras otro, los personajes fueron apareciendo en pantalla. Me vi obligado a sonreír. La encantadora y pálida actriz —antigua modelo, según había leído— no guardaba relación alguna con nadie que yo conociera, pero quizá fuera que a los aficionados al cine no les apetecía pagar dinero por ver a una chica con dentadura irregular y una sombra oscura sobre su labio superior. Había un chico llamado Peter. Era pulcro y de porte atlético, pero con lo que se conoce como un lado sensible. Sentí un destello de envidia, aunque no podría decir si era hacia el chico rubio que aparecía en pantalla o hacia el personaje del guión que le tocaba representar. Shelley Winters se levantaba la falda, retozaba por el plató y agitaba sus rubias ondas oxigenadas. Me habría gustado que no la hubieran puesto rubia oxigenada. Su marido gruñía y refunfuñaba desde debajo de un hirsuto bigote oscuro. Dussel, el dentista, se sumaba al grupo y la historia daba un giro cómico. Los guionistas habían creado un idiota gracioso. No pude evitar reír. El público reía también viendo las tonterías de Dussel y a Ana poniendo los ojos en blanco y sonriendo dulcemente a su costa, y yo reía más

fuerte que nadie, tanto que la mujer de cuello estrecho que estaba sentada delante de mí acabó volviéndose y lanzándome una de esas miradas que matan. Me disculpé, pero un minuto después ya estaba riendo de nuevo. No podía evitarlo. Se volvió otra vez y me dijo que si no podía contenerme, me marchara y dejara que los demás disfrutaran de la película. Conseguí calmarme. No me apetecía en absoluto llamar la atención hacia mi persona. Además, había empezado la escena del bombardeo y no quería perdérmela. Sentía curiosidad por ver si el plató del señor Stevens había funcionado. Siento decir que no sacó el rendimiento esperado al dinero invertido. Lo sabía sin conocer siquiera el coste de la mano de obra y la materia prima. La escena representaba el concepto de un bombardeo que pudiera tener un niño, o un civil norteamericano.

El chico llamado Peter dejó de meterse con Ana, y ésta dejó de gastar bromas, y empezaron a lanzarse miradas ardientes. Ana subía las escaleras que conducían a la habitación de él y sus padres se preocupaban y discutían al respecto, pero se trataba de una pulcra película norteamericana con pulcros chicos norteamericanos, aunque se suponía que eran judíos alemanes escondidos en Ámsterdam y, a diferencia de sus padres, todo el mundo en el público sabía que no había nada de qué preocuparse, al menos en lo que al sexo se refería. Cuando finalmente se besaron, la chica sentada a mi lado suspiró agónicamente.

Miré el reloj. La película era más larga de lo que imaginaba. Cuando volví a dirigir la vista a la pantalla, todo estaba oscuro menos la llama temblorosa de una vela. Había gritos y peleas. ¡Ladrón! ¡Ladrón! Los gritos de la señora Frank. Robas el pan de la boca de los niños, gimotea. He oído a tu propio hijo lloriqueando en sueños por culpa del hambre, aúlla. Otto se adelanta y toma la palabra:

—No necesitamos a los nazis para que nos destruyan. Nos destruimos solos.

—Por el amor de Dios —murmuré.

La mujer sentada delante volvió a girarse.

—Lo siento —musité, pero Otto debería tener más cabeza. Cualquiera que hubiera pasado por lo que había pasado Otto habría dicho otra cosa antes que una frase como aquélla. Y entonces lo recordé, no era Otto quien había pronunciado la frase, sino el actor. Otto nunca había pronunciado aquella frase porque nunca habíamos tenido aquella pelea, porque mi padre nunca había robado el pan.

Estaba a punto de terminar. Lo sabía por la sirena, aunque cuando llegó la Policía Verde no hubo sirenas. Pero comprendía por qué el director había insertado aquel efecto especial. A pesar de que hacía muchos años que no lo escuchaba, el chillido agudo de la sirena me taladró los nervios. La chica sentada a mi lado, que seguramente no lo había oído nunca, se echó a llorar. Cuando la policía hizo añicos el cristal de la puerta de entrada, otra cosa que no ocurrió, la mujer de cuello fino sentada delante de mí empezó a gimotear. La oscuridad vibraba con el sonido de quejidos, gemidos y narices aspirando.

La cámara retrocedió hacia el cielo. Las nubes se agitaban. Las gaviotas chillaban

y volaban en picado. La película había terminado, pero el final no era así. Faltaban aún Westerbork y Auschwitz. Habían rodado incluso escenas de eso, pero habían acabado en el suelo de la sala de montaje. En alguna parte había leído que el director había filmado una escena final en un Auschwitz simulado, pero que en las sesiones de preestreno el público había montado en cólera y así lo había reflejado en los cuestionarios de opinión. La Ana que conocían y amaban no había muerto en un campo de concentración. O, al menos, no querían verla morir en un campo de concentración.

La fina voz cantarina de la actriz de pálida piel flotaba entre los envoltorios de caramelos, las cajas de palomitas aplastadas y la gente que se amontonaba ya en el pasillo de camino hacia la luz.

A pesar de todo, sigo creyendo que, en el fondo de su corazón, la gente es buena.

Un suspiro sacudió el cine. Eso era lo que el público quería. El triunfo del espíritu humano, según había dicho mi esposa. El consuelo de que a pesar de todo, a pesar de que la gente muriera a millones por la simple casualidad de su nacimiento, de otra gente dispuesta y ansiosa por hacerse con los empastes de oro de las bocas antes de que arrojaran los cadáveres a los hornos crematorios, de los macabros experimentos realizados sin anestesia por el bien de la ciencia médica, de la sanguinaria complicidad de un pueblo entero para eliminar del mundo otro pueblo entero, a pesar de todo eso, el ser humano es bueno en el fondo de su corazón.

Me alegraba, de todos modos, de haber visto la película, pese a su necio final. Por fin me había desahogado.

Catorce

«Lou Jacobi aparece fastidiosamente flojo y patéticamente indolente como el cobarde Van Daan».

Crítica de la película *Diario de Ana Frank*,
Bosley Crowther

«¿Es necesario que la señora Van Daan diga de mí que soy un santo? Comprendo que quieran representarla como una histérica y una exagerada, pero me siento un poco avergonzado».

Otto Frank en sus notas para los guionistas

Madeleine había apuntalado la gran fotografía a la pared del salón y había colocado un paño de cocina detrás del marco de madera clara para que no rayara. Yo le había ayudado a elegir la imagen, pero era la primera vez que veía el producto terminado.

—Ha salido bien —dijo ella—. ¿No te parece?

—Muy bien —coincidí.

Nos situamos el uno junto al otro para mirar el retrato enmarcado. Nuestros tres hijos nos miraban a su vez. El fotógrafo había venido a casa varias semanas antes. No había sido una tarde fácil, dijo Madeleine. David había estado pesado. Betsy empezaba un resfriado. Y elegir entre las distintas pruebas había sido casi igual de complicado. Cuando Abigail salía bien, Betsy tenía los ojos cerrados. Cuando Betsy estaba estupenda, David salía llorando. Al final habíamos elegido una que casi hacía justicia a los tres, aunque no captaba muy bien el carácter de Betsy. Mi hija mediana era una niña llena de energía, y aunque a veces llegaba a frustrarnos a Madeleine y a mí, me alegraba por ella. No quería que ninguno de mis hijos fuera demasiado dócil. Tampoco es que pretendiese que fuesen gente problemática. Esperaba que supieran cuándo presentar pelea y cuándo permanecer en la sombra. Quería que fuesen astutos.

En la fotografía, se sientan por orden de tamaño, David recostado contra Betsy, Abigail pasando el brazo por encima del hombro de Betsy. El marco también quedaba muy bien. Madeleine había pasado media tarde en una tienda eligiéndolo. Lo único que faltaba por hacer era colgar el retrato en la pared, sobre el sofá.

Rodeé a Madeleine por la cintura sin dejar de mirar a mis tres hijos norteamericanos, limpios, bien alimentados, que sonreían a la cámara como si por nacimiento tuviesen ya derecho a la felicidad. No soy supersticioso, pero allí de pie, contemplando la fotografía, comprendí a las campesinas que atan cintas rojas a sus hijos para protegerlos del mal de ojo y a los habitantes de pueblos primitivos que hablan en voz alta de la fealdad de su descendencia para engañar a los dioses celosos.

—Unos diablillos preciosos, ¿verdad? —dijo Madeleine. Me habría gustado decirle que hablase en voz más baja—. Me alegro de haber elegido este vestido para Abigail. —Una cinta roja no le habría sobrado—. Lo que me gustaría saber es de

dónde ha sacado David ese pelo —dijo—. De ninguno de nosotros dos. Tú lo tienes más claro que yo, pero ninguno de los dos lo tiene tanto como para tener un hijo tan rubiales.

—Mi madre era rubia.

Madeleine me miró sorprendida.

—Nunca me lo mencionaste —dijo, como si yo se lo hubiese contado todo sobre mis padres. Me encogí de hombros—. Me gustaría que hubiesen conocido a sus abuelos —prosiguió, dándole la espalda a la fotografía—. Por las razones evidentes, claro está, pero también por otra cosa. Tengo la sensación, y sé que es una tontería, pues nunca conocí a tus padres, pero tengo la sensación de que haber tenido otros abuelos, unos abuelos distintos, habría hecho a los niños, no sé cómo decirlo, menos pueblerinos.

No respondí. Estaba demasiado ocupado pensando en el pelo de mi madre. Era castaño oscuro, salpicado de canas la última vez que la vi. No entendía de dónde había salido el comentario de que era rubia, pero no iba a retractarme ahora.

Había confundido el color de pelo de mi madre. No era ningún delito. Los años pasan. Los recuerdos se difuminan. Gracias a Dios. A lo mejor habría sido distinto de haber tenido fotografías, aunque incluso las fotografías mienten. Recuerdo una tomada en el patio de la escuela, en Osnabrück, en la que aparecía una hilera de niños de ocho y nueve años, cada uno con los brazos rodeando los hombros de sus compañeros a ambos lados. Yo estoy en el centro, uno de los más altos del grupo, el que tiene el aspecto de ser el más fuere, el que tiene la expresión más mezquina. Si miras la fotografía, dirías: Vaya matón. Pero yo no era el matón de la fotografía. Los demás chicos habían estado burlándose de mí. Judío, me llamaban. *Yid*. Asesino de Cristo. Por eso pongo aquella cara de mezquino. Porque sé que voy a llorar. Pero no lloraré. No les daré esa satisfacción. Y no lo hice. ¿O sí? ¿Cómo puedo estar seguro?

Volvió a suceder una semana después, en casa de los padres de Madeleine. Era un domingo por la tarde. Susannah y Norman también se encontraban allí. Estábamos sentados comiendo y los niños entraban y salían del comedor, una situación que nada tenía de excepcional. Incluso la conversación era cotidiana. Mi suegra intentaba convencer a mi suegro de que se afeitara el bigote.

—Mira a Norman —dijo. Todos nos volvimos para mirar a mi cuñado—. Mira lo guapo y suave que está.

—Como el culito de un bebé —dijo mi suegro.

—Incluso Peter —continuó mi suegra, utilizándome claramente como su último recurso. Mi suegro me quiere como a un hijo. Mi suegra sigue considerándome un ladrón que robó a su hija de manos de cualquier pretendiente más adecuado. A lo

mejor en mi familia hay un historial de latrocinio—. Ves, sin pelo en la cara.

—Soy demasiado mayor para ese cambio —insistió mi suegro.

—No digas eso, papá —dijo Susannah—. Además, mamá tiene razón. —Mi esposa y su hermana siguen llamando a sus padres como cuando eran pequeñas. Creía que dejarían de hacerlo cuando tuvieran sus propios hijos, pero me equivocaba—. Sin bigote parecerías más joven.

—¿Lo ves? Susannah está de acuerdo —dijo mi suegra—. Si te quitas ese bigote grisáceo, te quitarás también cinco años de encima. A lo mejor incluso diez. ¿A que tengo razón, Norman?

—Cinco años seguro —convino Norman.

—Y si se lo afeitara —dijo Madeleine—, si apareciera una noche sin el bigote, te pondrías a gritar preguntando quién es ese desconocido que tienes en casa.

En el momento en que Susannah se puso del lado de su madre, supe que Madeleine apoyaría a su padre. El cambio constante de alianzas en la familia de mi esposa sigue sorprendiéndome. Discrepan, conspiran y maniobran entre ellos como si el mañana no existiera, o como si estuviesen seguros de que existirá. Jamás se plantean que no pudiese haber tiempo suficiente para reparar el daño.

—¿Y tú, Peter? —preguntó mi suegro—. Eres el único que aún no ha opinado sobre el tema.

Todos se volvieron hacia mí. Yo era un miembro de la familia, a pesar de no ser exactamente uno de ellos.

—Yo admiro el bigote —dije.

Mi suegra me lanzó una mirada desde el otro extremo de la mesa. A menudo pensaba que habría sido un oficial militar excelente.

—Mi padre llevaba bigote —proseguí.

Mi padre nunca había llevado bigote, igual que mi madre nunca había sido rubia. La cara afligida y larga, capaz de torcerse por humor o por rabia en un momento, estaba desprovista de pelo desde su despejada frente hasta su prominente barbilla.

Estábamos en el coche de vuelta a casa cuando me percaté de dónde había sacado la idea. Lou Jacobi, el actor de la película, el que roba el pan, llevaba bigote. Era negro e hirsuto, y un poco parecido al de Hitler, pensándolo bien.

El incidente que se produjo aquella tarde en la obra no tuvo importancia, aunque en su momento me dio un buen susto. Creí estar perdiendo la vista, igual que años atrás había perdido la voz.

Me encontraba en el interior de una de las casas sin terminar. Eran casi las cinco y los obreros ya se habían marchado. Se suponía que había quedado en reunirme allí con Harry. Me llamó la atención a lo lejos un grupo de árboles, cómo sus contornos negros contrastaban con la expansión clara del cielo al atardecer. Los árboles hacían que el terreno yermo de mi alrededor pareciera más desolado aún de lo que en

realidad ya era. Lo primero que hacíamos cuando nos instalábamos en un nuevo terreno era coger la excavadora y llevarnos por delante todo lo que allí pudiera haber. No me gustaba hacerlo, pero hacía ya un tiempo que había dejado de pelearme con Harry por ello. A cualquiera le sorprendería lo poco que esto le importa a la gente. Mientras tengan una cocina con una buena encimera y horno, un baño con dos lavabos y un salón con puertas correderas acristaladas que se abran al exterior, les da lo mismo lo que vean a través de dichas puertas. Les da igual ver mimosas, castaños, robles o un terreno desolado. El único motivo por el que aquel grupo de árboles a lo lejos se había librado de la criba era porque no entraba dentro de los lindes de nuestra propiedad.

Los lejanos árboles me recordaban el parque al final de la Hunzestraat, el que estaba cerca del piso donde vivíamos antes de desaparecer. O, al menos, así era como nuestros vecinos cristianos lo verían, desaparecer, sin formular preguntas. Cuanto menos supieras de los demás, mejor. Antes del decreto que prohibía a los judíos el acceso a los parques públicos por miedo a que su suciedad contaminase los bancos, a mis padres les gustaba pasear por allí. Yo seguía en la casa a medio terminar y vi a mi madre y a mi padre paseando bajo los lejanos árboles. Se acercaban hacia mí lentamente, la mano de ella posada en el ángulo formado por el brazo de él, el larguirucho cuerpo de espantapájaros de él inclinándose hacia el de ella. A medida que iban aproximándose, reconocí el cigarrillo que casi se le caía de la boca. Ella lucía su sombrero negro bueno, el que llevaba una cinta de adorno de gorgorán y estaba rematado por una garbosa ala estrecha. Se aproximaban a través de un mosaico de luz y sombras hasta pararse a escasos centímetros de mí. La cara de mi padre quedaba a la altura de la mía, pero no podía distinguir sus facciones. El humo era demasiado espeso. Echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y formó un anillo perfecto. Ése era el padre que yo recordaba.

Me volví hacia mi madre. Era más baja que mi padre y que yo, y el ala del sombrero me impedía verle la cara. Doblé las rodillas y me incliné para verla. La visión me hizo retroceder hacia los puntales de madera. Parecía salida de una película de terror. La cara de mi madre era una mancha de carne blanca informe. No tenía facciones. No era nada.

Me dejé caer en el suelo en construcción y me quedé sentado con la espalda apoyada en los puntales, las piernas recogidas, la cara apoyada entre mis rodillas, los brazos cruzados por encima de la cabeza. Era la postura que solía adoptar cuando nos encogíamos de miedo bajo los bombardeos.

—Hola, colega. —La voz me llegó a través de las explosiones que se sucedían en mi cabeza—. ¿Te encuentras bien? —Me separó los brazos de la cabeza—. ¿Te encuentras bien, colega?

Abrí los ojos. Mi visión quedó ocupada por una mandíbula con sombra violácea, unos ojos excesivamente juntos, una cabeza calva cruzada por escasos mechones de cabello oscuro. Jamás me había sentido tan feliz de ver el rostro tan poco atractivo de

Harry. Al final resultó que no me había quedado ciego.

No convertí en costumbre ir a la caja fuerte del armario de la ropa blanca para contar el dinero que había acumulado allí. No era un avaro. Ni tampoco sufría *verfolgungsbedingt*, esa nociva palabra alemana que sirve para definir una triste patología. Simplemente me tranquilizaba comprobar, de vez en cuando, que todo seguía en orden. Nunca se sabe cuándo puede surgir una emergencia. La visión de mis padres paseando por la Hunzestraat me había hecho pensar en ello. Y como tenía problemas para conciliar el sueño, decidí que podía aprovechar aquel tiempo productivamente. No tenía sentido permanecer acostado en la cama, imaginando el caos en las sombras en movimiento que formaba en el techo el árbol situado junto a la ventana. Si me ponía de cara a la mesilla de noche, me ponía nervioso el lento avance de las manecillas luminosas del reloj despertador. Si me volvía hacia el otro lado, ver a mi esposa, durmiendo mientras yo no podía, me irritaba aún más. Dormía de lado, con las rodillas encogidas, de espaldas a mí. Levanté con cuidado el edredón. Su piel parecía de cera bajo la tenue luz de la luna. Su columna vertebral formaba una línea delicada. Con qué facilidad podría romperse. Casi podía oír su sonido al partirse. La tapé con cuidado, me levanté de la cama y salí de la habitación. Cerré despacio la puerta antes de encender la luz del vestíbulo. El olor a ropa limpia era tonificante. Escuché el clic de los números al introducir la combinación. Se abrió la puerta.

Cogí el pasaporte y verifiqué la fecha de caducidad. Me la sabía de memoria, pero me gustaba verla escrita en blanco y negro. De haber sido descuidado no habría llegado donde estoy. Lo guardé de nuevo en la caja fuerte y extraje los sobres de papel de estraza. Ya tenía dos. No quería billetes grandes. Abrí el primer sobre. Los billetes de veinte, cincuenta y cien, ninguno de ellos sospechosamente nuevo y reluciente, estaban clasificados según su valor y sujetos con gomas elásticas. Repasé los montones uno a uno, quitando la goma elástica, contando los billetes, contabilizándolos mentalmente, volviéndolos a pasar por la goma elástica y continuando con el siguiente. La suma cuadraba. Devolví los montones al sobre, lo cerré y abrí el segundo. Contenía la misma cantidad. Había dividido los billetes a partes iguales. Empecé a contar. Cuando terminé, me faltaban ciento setenta dólares. Empecé de nuevo. Esta vez me faltaban doscientos veinte. No lo entendía. Nadie más conocía la combinación de la caja fuerte. Aún no había encontrado la ocasión de dársela a Madeleine, aunque me juré que sería lo primero que haría al levantarme. Repasé el dinero una tercera vez. Ahora me salían trescientos más de lo que tenía que haber allí. Era una locura. No soy malo con los números, pero no conseguía cuadrar las cantidades. Bajé a la cocina. No quería correr el riesgo de volver al dormitorio y despertar a Madeleine. Cogí un bloc del despachito que había en una esquina y un lápiz de la taza que Abigail había hecho en el colegio y volví a subir al vestíbulo de la

planta superior. Me sorprendió ver abierto el armario de la ropa blanca, las toallas revueltas, la caja fuerte abierta. Sabía que nadie la había saqueado. El desorden era obra mía. Pero era el aspecto. Saqué el sobre que se negaba a cuadrar, y cerré la caja fuerte del todo. Incluso coloqué en su debido lugar las toallas y cerré la puerta del armario. Quería concentrarme en contar los billetes, y ver lo que tenía todo el aspecto de ser una caja fuerte saqueada me resultaba inquietante.

Me senté en el suelo, justo bajo la luz del techo, armado con el sobre, el bloc y el lápiz. Sabía que era una idiotez. El dinero no podía haber ido a ninguna parte. El hecho de que cada vez me saliera una cantidad distinta era culpa mía. Pero tenía que salirme bien. Si no podía confiar en esto, ¿en qué podía hacerlo?

Empecé de nuevo la cuenta. Esta vez anoté la cantidad de cada paquete después de contarlo. Llevaba ya tres montones de billetes de veinte y uno de cincuenta cuando se abrió la puerta de la habitación de las niñas. Abigail apareció en el rectángulo enmarcado. La oscuridad posterior perfilaba su camión blanco y su pálido rostro. Era un fantasmagórico negativo fotográfico de sí misma.

Pestañeó por culpa de la luz y se restregó un ojo con el puño cerrado.

—Quiero agua —dijo, y bostezó a la vez que hablaba.

Me levanté y fuimos juntos al baño, su pelo alborotado de dormir acariciando mi pijama. En el lavabo, levantó la cabeza para beber del vaso de plástico con dibujos de mariposas y su nuez latió como un corazón. Se secó la boca con el dorso de la mano y volvimos al pasillo. Sus piecitos rosas pisaron los billetes que había dejado sobre la alfombra. Los miró.

—¿Qué es eso?

Me quedé mirando su carita. Estaba adormilada, pero su expresión me interrogaba. Era lo bastante mayor como para saberlo. Había niños menores que ella que habían sobrevivido por su propia cuenta. Me senté en el suelo, le cogí la mano y la arrastré hacia mi lado.

—Es dinero —le expliqué—. Dinero que guardo por si alguna vez tenemos que huir.

Los ojos que me miraron estaban pegajosos de sueño.

—¿Huir?

—Irnos de aquí. Ir a otro sitio.

—¿Por qué?

—Porque a veces la gente tiene que hacerlo. Esto es para asegurarnos de que si tuviéramos que hacerlo, mamá, tú, Betsy, David y yo, todos juntos, pues podríamos. Mi papá no lo pensó con antelación, pero yo sí. Así que no debes tener miedo.

—¿De qué?

—De nada.

Cogió un billete de cien dólares y se quedó mirándolo sin decir nada.

—¿Quieres ayudarme a contarlo?

Dejó caer la cabeza hacia delante. Lo tomé como un gesto de asentimiento.

—Vamos. Yo contaré y tú apuntas los números que te diga.

Dejó caer la cabeza sobre mi hombro. Le puse el lápiz en la mano.

—Tendremos que volver a empezar. Cuando me he levantado he perdido la cuenta. —Dispuse los montones de dinero en distintas hileras, cogí el primer montón de billetes de cien y le quité la goma elástica. Ella deslizó la cabeza más hacia abajo—. Vamos, será divertido. —Levantó la cabeza. Empecé a contar—. Tres mil —dije cuando terminé con el primer montón. Tuve que sacudirla con delicadeza para que escribiera la cifra en el bloc—. Escribe un tres y tres ceros. —Cuando cogí otro montón de billetes, oí una puerta que se abría a mis espaldas.

—¿Qué estáis haciendo? —Los pies descalzos de Madeleine aparecieron sobre la alfombra, a mi lado. Se agachó y cogió un montón de billetes—. ¿Qué demonios estáis haciendo?

—Tenía sed —dijo Abigail. Mi primogénita era leal, y quizá simplemente no entendió bien a su madre y pensó que su enfado iba dirigido a ella.

—Se levantó para beber un vaso de agua y pensé que le divertiría ayudarme.

—¡Que le divertiría ayudarte! ¿A contar dinero? ¿A la una y media de la mañana? ¿Estás...? —Se interrumpió y se quedó mirándome. No dije nada. No pensaba defenderme por pensar en ella y en los niños. Cogió la mano de Abigail y la obligó a incorporarse—. Vamos, cariño, a la cama.

Yo seguía en el suelo con los montones de dinero cuando Madeleine salió del dormitorio de las niñas y cerró la puerta.

—En un minuto termino —le dije, antes de que ella pudiera hacer cualquier comentario.

Atravesó el vestíbulo, entró en nuestra habitación y cerró la puerta sin decir palabra. Sentía que se hubiera enfadado, pero tenía que contar correctamente el dinero. Volví a empezar desde el principio. Y esta vez cuadró por fin.

La noche siguiente le regalé a Madeleine una docena de rosas. Me dio las gracias, dijo que eran muy bonitas y me pidió que le bajara el jarrón alargado del armario superior para colocarlas. Me sentí aliviado. Temía que hubiese estado dándole vueltas a lo de la noche anterior, aunque aún seguía sin ver qué tenía de malo que un hombre tratara de cuidar a su familia.

Mientras ponía agua en el jarrón y arreglaba las flores, inspeccioné la montaña de correo que ella tenía entre las manos cuando llegué a casa. Se trataba del misceláneo habitual, unas cuantas facturas, un folleto de una tienda especializada en limpieza de moquetas y otro de una empresa de fumigación, y una carta del cabildo local de una organización judía agradeciéndome una contribución. Ni siquiera esto se salía de lo normal. Realizaba donaciones regulares a organizaciones cristianas, a los Boy Scouts, al United Fund y a la United Jewish Appeal, por sólo nombrar unas pocas, y los diversos receptores me enviaban cartas de agradecimiento por mi generosidad. Esta

carta en particular hablaba sobre las buenas obras para las que serviría mi dinero y nos deseaba a mí y a mi familia la bendición de G-D^[16]. Al leerla comprendí a qué se debía el buen humor de Madeleine.

La primera vez que vi la palabra destripada fue en un folleto informativo que había sobre una mesa en casa de los padres de Madeleine, aunque en aquella época pensaba en ella aún como la casa de los padres de Susannah. Fue en ese momento, me contaría posteriormente Madeleine, cuando supo que Susannah nunca se casaría conmigo y que ella, en cambio, sí.

—¿Qué quiere decir esto? —pregunté, señalando a uno de los muchos «G guión D» repartidos por la hoja.

—Dios —dijo Susannah.

No podía tratarse de un error tipográfico. Aparecía con demasiada frecuencia.

—¿Y por qué no escriben la palabra completa?

—Porque se supone que no tiene que deletrearse.

—¿Y por qué se supone que no tiene que deletrearse esa palabra? —No pretendía discutir con ella. Era simple curiosidad.

—Es una blasfemia.

—Será una blasfemia si dices por ejemplo: «Me cago en Dios». Pero no es una blasfemia si —miré una de las frases— escribes sobre «dar gracias a Dios».

—Pues es así porque es así —insistió Susannah.

—Eso no es una respuesta —dijo Madeleine. Hasta aquel momento había olvidado por completo su presencia en la estancia. En aquellos tiempos, Susannah ejercía ese efecto sobre mí.

Dejé de mirarla entonces y dirigí la vista a Madeleine. Movía la cabeza como molesta consigo misma.

—Llevo toda la vida leyendo «G guión D» y nunca me lo había planteado. Ni siquiera después de haber leído *Anthropology 101*. Pero ahora me has hecho ver lo absurdo que es.

Sentía haber empezado con aquel tema. Susannah podía escribir la palabra «Dios», al revés y de arriba abajo, me daba lo mismo. No lo había dicho por lo de deletrearlo.

—¿Y qué tiene que ver *Anthropology 101* con todo esto? —preguntó Susannah.

—Explícaselo, Peter.

No tuve necesidad de explicárselo a Susannah. Sabía adónde queríamos ir a parar su hermana y yo. A la superstición, a las prácticas primitivas y las imágenes esculpidas. Las palabras, suspendidas en el aire, esperando a ser recogidas de allí, asustaban a Susannah. Intrigaban a Madeleine. El hecho de que yo las hubiera citado le emocionó. Por eso no puso objeciones a las flores que le había traído. La noche anterior había salido del dormitorio y se había tropezado con un marido cuyo universo empezaba a encogerse hasta alcanzar el tamaño de una caja fuerte de treinta centímetros de lado. Pero hoy había abierto una carta y redescubierto al chico que le

había prometido, y amenazado con, un mundo más grande. El recuerdo aún debía de guardar en su interior un halo de vida, porque cuando pasó por mi lado de camino al salón para dejar el jarrón con las rosas en la ventana, se puso de puntillas para darme las gracias con un beso, o quizá simplemente porque sí.

Había hecho bien llevándole flores a Madeleine el día después de que me sorprendiera contando dinero con Abigail, pero a la semana siguiente volví a casa con las manos vacías. Esta vez no me dijo que no le llevara nada, pero yo lo sabía.

Las niñas nunca estuvieron en peligro, por mucho que ella dijera, aunque me imagino que no debería haberlas dejado solas en el coche. Pero calculé que si entraba solo en Korvettes para comprar el rollo de película, estaría de vuelta en tres minutos. En cambio, si tenía que cargar con ellas, tardaría media hora como mínimo. Betsy intentaría arrastrarme hacia los pasillos de los juguetes de plástico y Abigail se pararía codiciosamente delante de la bisutería. Sería más fácil entrar corriendo, coger la película y regresar en un momento. Las niñas ya no eran bebés. Y estábamos a plena luz del día.

Encontré un hueco para aparcar a dos filas de distancia de la entrada, les dije que volvería enseguida, salí del coche y crucé el aparcamiento. Una vez en el interior, fui directamente a buscar la película. En el mostrador no había más clientes. Salí por la puerta casi sin darme cuenta. Me detuve únicamente para sujetarle la puerta a una mujer que cargaba con dos pequeños. ¿Cómo no hacerlo?

El resto de la historia es tan estúpido que me avergüenza incluso recordarlo. Fue como una comedia, de verdad. La tontería que habría hecho típicamente Dussel si los guionistas lo hubieran transportado a los barrios de las afueras de las ciudades de los Estados Unidos. Dussel habría perdido los nervios en la enorme extensión que ocupaba el aparcamiento del nuevo E. J. Korvettes, y el público se habría reído, y al final todo habría salido bien, como sucedió. Pero yo no soy un tonto como Dussel, y aquella tarde no habría perdido los nervios de no haber sido por las niñas. Madeleine se equivocaba cuando me acusó de irresponsabilidad. De hecho, utilizó una palabra más fuerte que ésa, pero estaba enfadada y no sabía lo que decía. Si no hubiera estado tan tremendamente preocupado por las niñas, no me habría vuelto medio loco cuando vi que no encontraba el coche y todo lo demás nunca habría sucedido.

Crucé el aparcamiento. Había que quitarse el sombrero ante aquella empresa. No se trataba sólo de los descuentos, sino también de las facilidades. El aparcamiento debía de tener cabida para ochocientos coches, quizá mil. Recorrí rápidamente la hilera buscando mi Cadillac. Al final Harry me había convencido. Estaba ya casi en el extremo de aquella hilera de coches cuando caí en la cuenta de que me había equivocado de fila. Acorté entre los coches estacionados y empecé a recorrer la siguiente.

El resto es la historia de siempre. Sucede a diario. La gente sale por una puerta

distinta a la que entró, confunde el lugar donde aparcó el coche y empieza a dar vueltas maldiciendo su estupidez hasta que finalmente lo encuentra. Aquella tarde maldije un montón. Y corrí otro montón, fila arriba, fila abajo. Me detuve delante de todo coche marrón que veía, incluso delante de los que no eran Cadillac. Miré en el interior oscuro de todos los Cadillac. En ninguno había dos niñas dentro.

Dejé de correr y me quedé un minuto quieto. El sol presionaba mi cabeza como un casco de acero. El sudor me escocía en los ojos. Me quité las gafas oscuras para secármelo. La luz que reflejaban los brillantes parachoques y los relucientes capós resultaba cegadora. Volví a ponerme las gafas.

Tenía que mantener la calma. Mis hijas estaban allí, en alguna parte, sanas y salvas dentro del coche. Intenté recordar si había dejado las ventanillas abiertas. Pero no eran bebés. Si tenían calor, bajarían una ventanilla. Aunque el coche tenía esas ventanillas nuevas que se accionan pulsando un botón. Visualicé a mis dos hijas yaciendo inertes en el asiento. Con el calor y el resplandor del sol, la imagen se transformaba en miles de cuerpos de niña sin vida extendidos sobre un paisaje gris. Eché a correr de nuevo.

En aquel momento pasaba un coche de policía. Levanté el brazo para detenerlo, y entonces vi a los hombres de su interior. Sus caras eran máscaras implacables. En lugar de ojos, tenían discos plateados que proyectaban la luz del sol. Me imaginé las armas sujetas a sus brutales cinturones. Bajé la mano y eché a correr de nuevo.

Sentía cómo el desayuno gigante que me había preparado Madeleine me subía a la boca. Escupí saliva. El sabor a grasa de tocino rancia me inundó la boca. Volví a escupir. Notaba que las rodillas se me doblaban y busqué el capó de un coche para mantenerme en pie, pero fui incapaz de controlar mi interior. Mi cuerpo se convulsionó. Vomité el desayuno. Me sentía como los tontos que, cuando liberaron los campos, se negaron a entrar en razón y se atiborraron de comida que su cuerpo era incapaz de aceptar.

El coche se detuvo a mi lado. Me volví. Cuatro discos plateados me miraban desde debajo de sus gorras de visera. Uno de los policías tenía un bigote en forma de manillar. Le temblaba al hablar.

—¿Se encuentra bien, señor?

Lo de «señor» no me engatusó. Le dije que estaba bien.

—¿Está seguro de que no necesita ayuda?

Moví la cabeza hacia delante y atrás. Temía vomitar de nuevo si abría la boca para hablar, o para decirles que se metieran en sus propios asuntos.

El policía con bigote miró al que estaba sentado detrás del volante. El conductor del vehículo se encogió de hombros. El coche se largó.

Esperé a que desapareciera de mi vista para echar a correr de nuevo. Sólo después de recorrer por completo el aparcamiento de lo que todo el rato había considerado la parte delantera del edificio, recordé que había otro aparcamiento en la trasera. Mis hijas estaban donde las había dejado, casi al principio de la segunda hilera de coches.

—Has tardado una eternidad. —Betsy alargó la última palabra.

Les dije que me había liado. Se lo dije de modo que sonase como un chiste. ¿A que era tonto papá? Lo encontraron gracioso. Entraron en casa gritando: «¿Sabes lo que ha hecho papá?». Y así fue como se enteró Madeleine. Había sido tan tonto que ni siquiera tuve que contárselo yo.

El siguiente incidente fue incluso más absurdo. Nunca habría sucedido de no haber sido por aquellos condenados policías que la semana anterior estaban dando vueltas por el aparcamiento de Korvettes. ¿Se encuentra bien?, me preguntaron, como si fuera a importarles. Señor, me llamaron, como si no estuvieran dispuestos a encerrarme en un periquete en una celda maloliente, en cuanto recibieran una orden desde arriba o simplemente por divertirse.

Soy consciente de lo que parezco, pero no sufro *verfolgungsbedingt*. De ser así, ¿habría sido capaz de fundar una empresa de éxito, crear una familia y convertirme en un pilar de la comunidad? La Asociación Nacional de Constructores de Casas no concede galardones a hombres obsesionados por el pasado. No pretendo condenar con esto a los pobres que sufren estos problemas. Les deseo toda la ayuda y las compensaciones que puedan obtener, aunque me cuesta imaginarme qué es lo que podría llegar a compensar esos actos. Pero yo no soy uno de ellos.

Aquella tarde, estaba solo en casa con David. Ésa es otra. Nadie deja a un bebé a solas con alguien a quien podría relacionarse con la palabra *verfolgungsbedingt*. Si yo estuviera comportándome peligrosamente, Madeleine nunca se habría ido de casa con las niñas dejándome a mí solo con David. De haber pensado que podría haberle hecho daño al pequeño, yo no le habría permitido que lo hiciera.

David se encontraba arriba durmiendo la siesta. Yo estaba sentado en la mesa de la cocina con un vaso de café helado que había sobrado después de comer y entreteniéndome con el crucigrama del *Times*. La gente que muestra la sintomatología de la *verfolgungsbedingt* tampoco se entretiene resolviendo crucigramas. Yo había empezado recientemente con ellos, aunque no les había hecho ni caso desde las horas interminables que pasé en el anexo. Sin duda alguna, mi viejo amigo Gabor habría encontrado algo especial en esto. Pero se habría equivocado, pues lo que sucedía simplemente era que últimamente tenía más tiempo libre. Ése fue también el motivo por el que volví a coger el diario para releerlo. Ése y el hecho de que quería asegurarme de que no se mencionaba nada acerca de que mi padre robara pan. Y no se mencionaba nada, naturalmente. La ausencia fue un consuelo para mí. La película pasaría de moda. De hecho, ya no estaba ni en cartelera. La obra de teatro acabaría también. Las compañías europeas no seguirían representándola eternamente. Si algo sobrevivía en el tiempo, sería el libro. Tal vez el punto de vista de una chica de trece años no fuera tan de fiar como la *Enciclopedia Británica*, pero no tenía nada que ver con el montón de mentiras que la obra y la película se habían inventado.

Sin embargo hubo una secuencia del libro que me dejó inquieto. Era la de la noche en que olvidé descorrer el pestillo y a la mañana siguiente Kugler y los trabajadores no pudieron entrar. Había olvidado por completo el incidente. No tenía importancia. No nos había delatado. Pero había vuelto a mí. A veces, cuando estaba sentado en una reunión o conduciendo por la autopista, me costaba mucho no poner mala cara al recordarlo. Una noche, cuando bajé a cerrar con llave la puerta de la casa de Seminole Road, vi las caras acusadoras de los habitantes del anexo mirándome desde las ventanas oscuras.

—Lo siento —murmuré—. Quería dejarlo abierto. Pensaba que lo había dejado abierto.

—¿Qué has dicho? —me dijo Madeleine desde el pasillo de arriba.

Le dije que no era yo quien había hablado. Que era el televisor, que nos habíamos olvidado de apagarlo.

Se escuchó un golpe producido por la pesada aldaba de latón de la puerta principal. Levanté la cabeza por un momento del crucigrama. Nadie en Indian Hills utilizaba la puerta principal. La gente prefería tomar el camino de acceso y entrar en la casa atravesando el garaje, que se comunica con el salón. La mañana que olvidé descorrer el pestillo de la puerta tampoco Kugler llamó. Supuestamente, no había nadie dentro. Fue a la casa de al lado y rompió el cristal de la ventana de la cocina que daba a la oficina. ¿Quién sabe si no lo vio alguien? Sólo porque esa mañana no se presentara nadie no significaba que yo no fuera culpable de haber podido delatar nuestra presencia la noche anterior. La Policía Verde no había aporreado la puerta, aunque lo que todos esperábamos era que echasen la puerta abajo. El director de la película tenía razón al respecto. Por la noche, dormidos, soñamos con ese ruido. Durante el día nos lo imaginamos. Shhh, decíamos. ¿Qué ha sido eso?, nos preguntábamos mutuamente. ¿Habéis oído algún ruido en la puerta?

Volvió a sonar la aldaba de latón. Me alegré de que Madeleine y las niñas no estuvieran en casa. Sólo podía confiar en que viera de lejos el camión aparcado en la calle y tuviera el sentido común suficiente para dar la vuelta o pasar de largo. Tendríamos que haberlo ensayado. Yo lo había repasado mentalmente una y otra vez, pero nunca le había dicho a ella lo que tenía que hacer. No había querido asustarla.

Eso era ridículo. Nadie nos perseguía. Yo no estaba escondido. Vivía en una casa limpia, bien conservada, pagada, en los Estados Unidos, no en un anexo secreto lleno de bichos sobre un lóbrego canal de Ámsterdam. La nevera zumbaba. La chica holandesa con forma de lata de galletas sonreía. El gato al que llamábamos *Mouschi* dormía plácidamente en una silla a mi lado. Ni siquiera este *Mouschi* era el de verdad, sino un gato que había adoptado cuando se acabaron las representaciones de la obra, un gato entrenado para pasearse por el escenario y tumbar un platillo con leche, y hacer todo tipo de gracias cuando se lo ordenaban. Los niños estaban locos con él.

La aldaba golpeó de nuevo la placa de latón. Las orejas de *Mouschi* se

transformaron en dos triángulos gemelos bordeados de color rosa. Estrellas amarillas para los judíos, triángulos rosas para los maricas. Para ya, me avisé, pero no pude evitar levantarme. Lo hice con cuidado para no rayar el suelo de linóleo con las patas de la silla. Atravesé la cocina de puntillas. Cuando llegué a la alfombra del salón, evité el punto justo al pie de las escaleras que siempre cruje, y a continuación me mantuve pegado a la pared de la izquierda para quedar fuera del ángulo de visión de la ventana alargada que había junto a la puerta.

Tuve que encorvarme para mirar por la mirilla. Desde debajo de una gorra con visera me miraba una cara blanca, sus facciones aplastadas, planas y virulentas como consecuencia de la distorsión del cristal de la diminuta apertura. No podía discernir lo que ponía en la gorra. Daba lo mismo. La última vez habían venido vestidos de civil, excepto el que había sacado el diario de Ana del maletín para guardar en él el dinero y las joyas. Era el único que iba de uniforme. El tosco tejido de color verde estaba manchado de porquería. En aquella época, ni siquiera la Policía Verde iba sobrada de jabón.

Continué mirando por la mirilla. Era un uniforme azul. Una nueva división. Viejos trucos, uniformes nuevos.

Levantó la mano. La mirilla se volvió oscura. La puerta me vibró en la cara cuando el hombre utilizó de nuevo la aldaba. Retrocedí de un salto.

Habría preferido bajar al sótano. Mi banco de trabajo estaba bien surtido con martillos, sierras y herramientas pesadas. Cuando bajé y descubrimos al ladrón con mi padre y Otto, iba armado con un martillo. En el granero había utilizado un hacha. Pero ahora no tenía tiempo de bajar al sótano.

Volví a pegarme a la pared, regresé a la cocina y hurgué en el cajón de al lado del fregadero, donde Madeleine guarda el pan, el cuchillo de trinchar la carne y otros cuchillos grandes. El de trinchar la carne entraría fácilmente, pero sería más efectivo el filo aserrado del cuchillo del pan. Cogí uno en cada mano, para estar más seguro. Al pasar de nuevo por el salón fui con cuidado para no pisar aquel punto delatador.

El hombre había bajado al pie de los dos peldaños y estaba mirando hacia el garaje. La noche anterior había dejado la puerta abierta. Vería el coche. Sabría entonces que estaba dentro. David y yo, los dos. Maldita sea, ¿acaso nunca aprendería? Tenía que haber cerrado el garaje. Igual que tenía que haber descorrido el pestillo de la puerta del anexo para que pudieran entrar Kugler y los trabajadores.

Volvió a subir los dos peldaños hasta llegar a la puerta. Cuanto más se aproximaba, más deformada se volvía su cara. Éste quería algo más que el dinero y las joyas. Éste era un asesino.

Volvió a levantar la mano. Esta vez no me bloqueó la visión. Vi que se dirigía al timbre. El ruido retumbó en toda la casa. El sonido se extinguió. La casa contuvo la respiración. El hombre volvió a levantar el brazo, pero antes de que pudiera pulsar el timbre, un nuevo ruido rasgó el silencio. Mi hijo aullaba en señal de protesta.

Subí las escaleras de dos en dos e irrumpí en su habitación. El niño estaba

acostado boca arriba en la cuna, sus brazos y sus piernas boxeando contra el aire, su pecho temblando como si sufriera un pequeño terremoto, la boca abierta soltando toda su rabia.

—Shhh —le supliqué, metiendo la cabeza en la cuna—. Shhh. —Pero siguió berreando.

Todo el mundo conocía esas historias. La madre que tapó con la mano la cara de un niño para amortiguar sus lloros e intentar que la SS no lo oyera y que luego descubrió su cuerpo inerte entre sus brazos. El padre que ahogó a un bebé que lloraba para salvar a sus dos hijos mayores. Pero no quería pensar en esas historias.

Me abalancé sobre la cuna, con un cuchillo en cada mano.

—Cállate —le dije entre dientes.

Mi hijo me miró. Un pestañeo de sueño cubrió sus ojos azul tinta. El sonido se interrumpió. Contuve la respiración. Volvió a pestañear. Solté el aire. Abrió la boca. El sonido sacudió las paredes.

Metí las manos en la cuna. La luz procedente de la ventana se reflejaba en el cuchillo de trinchar la carne, luminoso y plateado como si fuese de juguete. La mirada de mi hijo fue a parar directamente allí. Alargó la mano para cogerlo. Lo retiré enseguida. Chilló. Sonó el timbre. El cuchillo se balanceaba sobre él. Berreó y tensó su cuerpecillo furioso en dirección al cuchillo. Lo aparté. Volvió a sonar el timbre. Más rato esta vez. El hijo de puta se había apoyado en él. David chilló. Levanté el cuchillo por encima de la cuna.

El timbre cesó. Mi hijo pestañeó. Cerró la boca. La casa se estremeció en medio de aquel silencio. Intuí alguna cosa por encima de la cuna, algo que se movía brillante. Levanté la vista y vi el cuchillo en mi mano. Eché el brazo hacia atrás, dejé caer el cuchillo al suelo, me di cuenta de que en la otra mano llevaba otro cuchillo y lo dejé caer también. Cogí a mi hijo en brazos. Seguía con él cuando oí el coche de Madeleine en el garaje. Cogí ambos cuchillos con una sola mano, y me fui con ellos y con David hacia la cocina. Los guardé en el cajón, con cuidado para colocarlos exactamente donde estaban. Madeleine nunca sabría que habían salido de allí.

De camino hacia la cocina, vi un sobre sobresaliendo por debajo de la puerta principal. Sin soltar a mi hijo, me agaché, lo cogí y lo rasgué. La Liga Deportiva de la Policía, que quería una pequeña contribución.

Quince

«Me siento mal durmiendo en una cama caliente cuando sé que ahí fuera las amigas que más quería caen de extenuación o se derrumban».

*Diario de Ana Frank, Ana Frank,
19 de noviembre de 1942*

«Me he preguntado una y otra vez si no habría sido mejor que no nos hubiésemos escondido, si estuviésemos muertos y no hubiéramos tenido que pasar por tantas miserias».

*Diario de Ana Frank, Ana Frank,
26 de mayo de 1944*

Me desperté de repente. En la mesilla de noche, las manecillas blancas del reloj iluminaban una reducida rendija de la noche. Las cinco y veinticinco. Volví la cabeza sobre la almohada. Madeleine dormía como siempre últimamente, de espaldas a mí, las rodillas replegadas hacia su cuerpo, abrazándose como para consolarse. ¿Soñaría con el chico que había entrado en casa de sus padres hablando idiomas que ella no comprendía, diciendo cosas a las que el resto de la familia hacía oídos sordos, portando mensajes de un mundo más amplio del que ella anhelaba formar parte? Sería agradable pensar que existía algún terreno en el que seguía haciéndola feliz.

Levanté las sábanas. Ver su columna vertebral no me asustó. Me sentía más tranquilo que nunca en muchos meses. Ya no tenía miedo de lo que yo pudiera hacerles a ella o a los niños. Sabía cómo protegerlos de mí.

Abandoné la cama sin hacer ruido. Palpé a tientas el interior del armario ropero en busca de un par de pantalones de algodón y me calcé los mocasines. En el vestidor, abrí un cajón, saqué un polo y me lo pasé por la cabeza. Guardé en el bolsillo las llaves del coche y la cartera; entonces me lo pensé mejor: cogí de nuevo la cartera, saqué el carné de conducir y la copia en tamaño pequeño de la fotografía de mis hijos que había sobre el sofá y los guardé en el bolsillo. Necesitaría el carné de conducir como identificación. Quería la fotografía de mis hijos. Sólo me quedaba una cosa más por hacer.

Regresé a mi lado de la cama y garabateé una nota bajo la luz del despertador.

Madeleine, querida:

La combinación de la caja fuerte es ocho a la derecha, cuatro a la izquierda, seis a la derecha. Dales un beso a los niños de mi parte.

Te quiere,

Peter

Dejé el trozo de papel apoyado en el despertador. Sería lo primero que vería cuando abriera los ojos.

El aparcamiento de la estación estaba vacío. Era demasiado temprano para la gente que iba a trabajar. Pero estaba seguro de que enseguida pasaría un expreso fuera de las horas punta, de los que transportan a la gente importante entre Nueva York, Filadelfia y Washington. No tendría que esperar mucho.

Estacioné cerca del andén y apagué el motor, pero dejé las llaves en el contacto. El coche estaba aparcado en dirección este. Me había decidido por el lado que iba hacia el sur. En el horizonte se veía una línea fina de mañana grisácea. La previsión del tiempo había acertado. Sería un día cubierto y pegajoso. Esa perspectiva me agradó. Un día soleado habría resultado excesivamente cruel. Y ya llevaba un tiempo siéndolo.

Cogí la fotografía del bolsillo. Mis hijos me miraron. No sonreían tan abiertamente como me había parecido cuando vi la fotografía por vez primera. Abigail estaba ojerosa. No me había percatado de que Betsy tuviera el puño apretado. Daba la impresión de que David iba a echarse a llorar de un momento a otro. Sabían que la vida no era de color de rosa. No podía darles seguridad, pero sí protegerlos de mi persona. Guardé de nuevo la fotografía y salí del coche. Años atrás, cuando estuve allí para librarme del diario, había corrido por el andén, seguro de poder superar mi pasado. Tendría que haber sabido que acabaría atrapándome.

Me dirigí hacia las escaleras, la cabeza inclinada, los hombros hundidos, los pies arrastrándose. Caminaba como un viejo. Caminaba como mi padre la última vez que lo vi, cuando quiera que eso fuera; como la vez en que no hice nada para salvarlo. Crees que puedes lavarte las manos respecto a tu madre y a mí, me había gritado desde la ventana la noche en que nació mi hijo. La acusación era justa, aunque yo la había negado. Pero repararía los daños. Aunque no creyera en la vida después de la muerte.

Me arrastré por las escaleras hasta el andén sujetándome en la barandilla. Me pesaban las piernas. El agotamiento me cargaba los hombros y me provocaba temblor en las piernas. Años atrás, el médico se había equivocado respecto a los temblores. No eran psicósomáticos. Pero acertó en cuanto a mí. Me resultaría imposible existir en el mundo exterior.

Llegué al final de la escalera y empecé a andar por el andén. Con mis hijos sólo había ido en tren una vez. Éramos ciudadanos norteamericanos. Íbamos a todas partes en coche. Mientras esperábamos en el andén, Abigail había permanecido a mi lado, pero Betsy había flirteado con el peligro. Se aproximaba constantemente a las vías. Vuelve aquí, había tenido que decirle más de una vez. Al final, la agarré de la mano y no la solté hasta que llegó el tren.

Las vías se extendían a lo lejos como las suturas de una herida inmensa. Cuando

cogimos el tren de Osnabrück a Ámsterdam iba en pantalones cortos. La áspera felpa de los asientos me había arañado la parte trasera de las piernas. Deja de moverte, me había espetado mi padre. Tenía los nervios a flor de piel. ¿Era una idea inteligente jugársela de aquella manera y llevarse a su esposa, que no quería marcharse, y a su hijo con la intención de empezar de cero en otro país? Él era holandés de nacimiento, pero había vivido toda la vida en Alemania. ¿Era decente dejar allí a su anciano padre? Era un hijo más obediente y respetuoso que yo. Deja de moverte, me había espetado, y mi madre había bajado la cesta del maletero y había sacado de ella un pedazo de su milagroso *babka*.

En el siguiente tren ya no hubo *babka*, aunque mi padre había logrado rescatar un mendrugo de pan que compartimos entre todos. A aquellas alturas había dejado de sufrir angustiosamente por las decisiones tomadas para empezar a torturarse por sus errores. ¿Cómo no había visto la que nos venía encima? Tenía que haber sabido que la prohibición de sentarse en los bancos de los parques, la obligación de lucir la estrella amarilla y las palizas a ancianos en plena calle no eran más que las primeras medidas. Pero las humillaciones habían ido en aumento hasta convertirse en auténticos ataques y él se había confiado en exceso. Todos lo habíamos hecho. Tampoco es que esto sea tan malo. Nuestros antepasados sufrieron males peores. Si la situación no empeora podremos sobrevivir. Tarde o temprano entrarán en razón. Lo único que tenemos que hacer es esperar. De modo que nos mudamos de Osnabrück a Ámsterdam; y del piso en Zuider-Amstellaan, justo detrás del de los Frank en la plaza Merwedeplein, al anexo del 263 de Prinsengracht; del anexo al campo provisional de Westerbork. Y aun así intentaba engañarse, o a lo mejor nos engañaba sólo a mi madre y a mí. Incluso cuando pronunciaron nuestros nombres para transportarnos hacia el este, sabedores todos de lo que ello significaba, siguió intentando simular. Van Pels, gritó el oficial cuando llegaron a la «P». Era el ladrido de un perro loco. Hermann. Contuvimos la respiración. Auguste. Mi madre se echó a llorar. Peter. Al menos estaremos juntos, dijo mi padre, aunque no me miró mientras hablaba. No me había salvado, tal y como Pfeffer había salvado a su hijo. Pero tampoco lo había salvado yo a él.

Me senté en el andén. Me colgaban las piernas unos metros por encima de las vías. Poca altura para saltar. Abigail dudaría, pero a Betsy le resultaría fácil. Me pregunté por David. Me lo imaginé con siete años, con diez, con trece. ¿Le habría hecho pasar Madeleine por el *bar mitzvah*^[17]? Suponía que no. Su familia la presionaría, pero ella se mantendría firme. Diría que Peter no lo habría querido. Perdonaría los secretos, las mentiras y los enfados, incluso el comentario que hice respecto a no querer que confundieran a David con un judío, y recordaría lo mucho que los había querido, a ella y a los niños. Les hablaría de mí. Papá decía esto. Papá pensaba aquello. Papá habría querido que tú hicieses eso. Sería mejor en mito que en persona. Como Ana, sería canonizado después de mi muerte. Era extraño pensar que si ella hubiera sobrevivido, el diario no lo habría hecho.

Amanecía. Las vías aceitosas me guiñaban el ojo bajo la luz grisácea. Me incliné un poco más y oí el chirriar de los frenos. Las mujeres lloraban. Los hombres gritaban. Las vías de toda la zona quedarían inmovilizadas durante horas. La gente no iría a trabajar. Los hombres no llegarían a tiempo a sus reuniones. Las mujeres perderían su día de compras y su comida en el restaurante. Les estaría bien empleado a esos desgraciados, por creer que lo suyo eran penalidades.

Oí de nuevo el rechinar de los frenos, pero esta vez detrás de mí. El ruido de la puerta de un coche cerrándose con fuerza.

—¡Peter! —El grito de Madeleine rasgó el aire. Pero, naturalmente, todo eran también imaginaciones mías. Ella seguía durmiendo junto a la tenue luz del despertador, amortiguado por el trozo de papel con la clave de la caja fuerte que había dejado apoyado delante de él.

Posé las palmas de las manos en el andén, dispuesto a saltar hacia delante. El abrazo por detrás era potente. No sabía que mi esposa fuera tan fuerte. Empujó hacia atrás la parte superior de mi cuerpo. Mi cabeza chocó contra el andén. Tiró de mis piernas, hizo rodar mi cuerpo hasta alejarlo del borde y se abalanzó sobre mí. Ni siquiera un hombre vigoroso podría haber tirado de mí con tanta fuerza.

—¿Qué es esto? —Me acercó a la cara la nota con la combinación de la caja fuerte—. ¿Qué demonios es esto?

Le dije que era la combinación de la caja fuerte.

—Por si acaso me sucedía alguna cosa.

—¡Por si acaso! —gritó—. ¡Por si acaso!

A aquellas alturas, los niños ya habían salido del coche, aunque Madeleine debió de decirles que se quedaran quietos en el asiento trasero. Estaban en lo alto de las escaleras que bajaban hasta el andén, Abigail sujetando a David de la mano, Betsy con el pulgar metido en la boca, aunque hacía años que habíamos conseguido quitarle esa costumbre. Iban con sus pijamas de verano y estaban tiritando. Había querido salvarlos de mí. Y ni siquiera podía protegerlos de una suave mañana de primavera.

Dieciséis

«La biografía de un hombre es también historia».

«La historia americana del *Diario de Ana Frank*», Judith E. Doneson, en *Anne Frank: Reflections on Her Life and Legacy*, editado por Hyman A. Enzer y Sandra Solotaroff-Enzer

Madeleine no explicó a su familia el incidente de la estación de tren. Me era fiel. Además, delante de ellos se mostraba orgullosa. Pero me suplicó que volviera a ver al doctor Gabor. Le dije que no había necesidad. El episodio de la estación había sido una aberración.

—Una cita, Peter. Por favor. Una hora no puede hacerte ningún daño.

—Ya te lo he dicho. No volverá a suceder.

—Sólo para estar más tranquila.

—No es necesario.

—Por los niños, entonces.

—Maldita sea, Madeleine, ¿qué pretendes hacer? ¿Llevarme otra vez a la estación de tren? —Su rostro se convulsionó. La tenía arrinconada—. No necesito al doctor Gabor —le dije amablemente. Lo que quería decir era que él no podía ayudarme. La psiquiatría no conoce cura para los instintos asesinos.

No podía tapar a mis hijas por la noche por miedo a asfixiarlas. No podía levantar a mi hijo en brazos y darle volteretas mientras él chillaba de placer por miedo a perder el control y estamparlo contra la pared. Lo de conducir era lo peor. Ponerme detrás del volante de un coche con mis hijos en el asiento trasero era como montarme en una montaña rusa de pánico asesino. Mi pie se quedaba insensible y caía pesadamente sobre el acelerador. Mis brazos se retorcían por la necesidad de girar el volante. Veía el coche precipitándose contra el tráfico que llegaba de frente. Lo veía saltando un puente. Las barreras de acero se partían, el aire entraba por las ventanillas y el agua se cerraba sobre nosotros. El cabello de mis hijas flotaba envolviendo sus caras de asombro. Las sólidas piernecitas de mi hijo agitaban las negras aguas. Yo luchaba por salvarlos, pero la corriente los arrastraba y no lograba alcanzarlos. Siempre había pensado que aquella noche en el granero había sido una anomalía. Pero ahora sabía que era el destino. Volvería a hacerlo.

Años atrás había dicho que volvería, aunque ya entonces sabía que estaba mintiendo. Si alguna vez había pensado en el hombre con pecas oxidadas y pelo rojo y estropajoso que podía o no haber salvado su vida, había sido solamente como un error que no había cometido. Era el peatón que había logrado esquivar a tiempo para no atropellarlo, el objeto que caía y no me había dado, la piel de plátano sobre la que no

había resbalado. El suyo era el mundo al que me había negado a entrar. Era el hombre en quien yo no me había convertido. De modo que no podía comprender qué estaba haciendo buscando un lugar para aparcar en una calle llena de baches de un barrio decadente que todavía, pese a los años que habían transcurrido desde que terminara la guerra, apestaba a paranoia. El sol de primera hora de la mañana destacaba cada persiana bajada y toda puerta cerrada.

La sinagoga de piedra se alzaba como un anciano encorvado que daba la espalda al mundo. Empujé la puerta para abrirla y entré. El ambiente bochornoso seguía oliendo a comida rancia y a otra cosa igual de desagradable, aunque menos concreta. De haber sido un romántico, lo habría llamado desesperación. Me dije para mis adentros que lo mejor que podía hacer era dar la vuelta y salir corriendo mientras aún estuviera a tiempo de hacerlo. Años atrás no había encontrado nada. Tampoco había nada ahora. Empecé a caminar por el pasillo.

El pelirrojo no estaba allí. Ninguno de los hombres me resultaba familiar o, más bien, todos me lo resultaban. Inclutados bajo sus taleds, entramados como armazones sobre sus filacterias, ancianos independientemente de la edad que tuvieran, eran reconocibles al instante por ser quienes eran y por dónde habían estado. Había ocho. La cifra me exculpó. Aunque me quedara, no supondría ninguna diferencia. Seguiría faltándoles uno para lograr el quórum necesario. ¿Por qué diez, de todos modos? ¿Por qué no una fácil docena o un sencillo triunvirato? ¿Qué sabio bíblico o erudito del Talmud había determinado que Dios seguía el sistema decimal?

Me volví para desandar el pasillo. Se acercaba hacia mí. Sabía que estaría allí. Los hombres como él no cambian.

—Y bien, señor Yanqui Dandi —dijo, me cogió por el brazo, obligándome a dar la vuelta y a iniciar de nuevo el recorrido por el pasillo—. Cuánto tiempo sin vernos.

Me entregó un solideo. Se aposentó de manera precaria sobre mi cabeza. Me colocó un taled de oración por encima de los hombros. La prenda levantó una nube de polvo que bailó en el haz de luz que entraba por la ventana. Me dio un libro de oraciones con tapas negras. Le dije que no sabía leerlo.

Él movió la cabeza.

—Vaya, tenemos un problema peliagudo. Te pregunto si eres judío y me dices que no crees. Te doy un libro y me dices que no sabes leer. ¿Quién ha dicho que tuvieras que leer? Lo único que tienes que hacer es presentarte para poder ser contado.

Los ocho hombres se acercaron. Retrocedí. Extendió él una mano pcosa y me arrastró de nuevo. Se pusieron a rezar. No había diferencia alguna respecto a la última vez. Yo seguía sin comprender qué decían. Tampoco sabía responder al salmo. A mi alrededor, los hombres doblaban las rodillas e inclinaban el cuerpo hacia delante, doblaban rodillas y se volvían a inclinar, mientras yo seguía con las rodillas rectas y el cuerpo rígido. En una ocasión, no obstante, ya hacia el final, las rodillas cedieron por un momento y, durante ese fragmento de recuerdo, me encontré de nuevo en la Synagogengemeinde Osnabrück, de pie junto a mi padre, jugando con el fleco de su

taled, el que me correspondería llevar a mí cuando cumpliera los trece años, pero que nunca llegué a vestir. Cuando cumplí los trece, ya habíamos abandonado Osnabrück y nos habíamos instalado en Ámsterdam. Cuando cumplí los trece, nadie podía permitirse ser judío.

Se elevó entonces al cielo un coro de voces diciendo amén, como una bandada de aves levantando el vuelo desde una ciénaga. Serían blancos fáciles. Me despojé del taled y del solideo, los dejé en un banco de madera y me dirigí al pasillo, pero el pelirrojo era muy rápido.

—¿Cómo es que has tardado tanto? —me preguntó, mientras caminaba a mi lado a paso ligero. No le respondí—. Han pasado muchas mañanas en las que podrías habernos sido útil. No alcanzamos el *minyan*, no podemos rezar.

Me detuve y me volví hacia él.

—¿Por qué?

—¿A qué te refieres con eso de por qué? Diez hombres forman un *minyan*. Para rezar se necesita un *minyan*. Es la ley.

—Pero ¿por qué es la ley? ¿Quién la inventó? ¿Quién la escribió? Conozco la Constitución y los padres fundadores. Sé cómo se crean las leyes estatales y federales. Pero ¿qué autoridad dice que se necesitan diez hombres para rezar? Y no me respondas que Dios.

—Ya estamos otra vez con Dios y la fe.

—Lo único que quiero saber es quién dice que nueve creyentes no son mejores que nueve creyentes y un apóstata como yo.

—¿Apóstata?

—No practicante.

—Sé muy bien lo que significa esa palabra. Muy ampulosa. Como una gran catedral con cristaleras de colores.

—¿O por qué no uno solo? ¿Qué pasa si quiero venir aquí a rezar solo?

—Si ni siquiera quieres rezar con nosotros, ¿cómo pretendes rezar solo?

—¿Y qué pasaría si lo hiciese?

—Haz lo que te venga en gana.

—¿Te refieres a que no necesitaría nueve hombres más?

—Sólo para determinadas oraciones.

—Pero ¿por qué? Eso es lo que quiero saber.

—Si supieses hebreo, lo sabrías. En hebreo, nunca se dice «yo rezo», sino «nosotros rezamos».

—¿Y?

—De modo que si nosotros rezamos, eso significa que no estás solo. Significa que tienes una responsabilidad hacia los demás. Significa, en respuesta a la pregunta de Caín, sí, lo eres.

—¿El guardián de mi hermano?

—De tu hermano, de tu padre, de tu hijo, de tu primo segundo, del tonto de tu

vecino que ni siquiera es de tu familia.

—¿Y si están todos muertos?

—Muertos, vivos, ¿dónde está la diferencia? Sigues teniendo obligaciones.

—¿Y por eso vienes aquí?

Se encogió de hombros y sonrió.

—¿Encuentras una razón mejor?

Siguió sonriéndome. Sus dos dientes delanteros —el trabajo de un dentista de un campo de refugiados, me arriesgaría a apostar— resplandecían como faros blancos cegadores en el interior de una boca amarilla. El cabello rojo brillaba como un clavo ardiente. ¿Qué demonios hacía yo ahí? Aquel hombre iba a la sinagoga porque no tenía otro lugar adonde ir. Iba porque le daba miedo no ir. Pero yo vivía en otro mundo. No tenía miedo. Solamente estos últimos días.

—¿Qué es lo que te consume, señor Pantalones Elegantes que lo sabe todo sobre los padres fundadores, y no me refiero a Abraham, Isaac y Jacob? Además, te paseas por ahí con zapatos que no son propios de un judío.

—¿Cómo lo supiste?

—La última vez que viniste, te vi marchar. Tenías matrícula de Jersey en el coche. Nadie cruza la frontera del Estado para ir a la sinagoga a menos que esté escondiendo alguna cosa. Por lo que me imagino, la ocultación ha ido demasiado lejos, por eso vienes aquí.

—Yo no me oculto. Tomé una decisión. He construido una vida nueva.

—*Mazel tov*^[18]. Así que, repito, ¿qué haces aquí?

El sol traspasaba su pelo rojo. Tuve que pestañear para protegerme del resplandor.

—¿Has oído hablar de Ana Frank?

—¿Conoces a alguien que no?

—Soy Peter van Pels. Van Daan en el diario.

Esperé la sonrisa de incredulidad. Cada pocos años aparecía alguien afirmando que era la princesa Anastasia. Seguía habiendo mujeres que insistían en haber visto a Rodolfo Valentino. Había Houdinis^[19] a puñados.

—¿Y?

—¿Me crees?

—¿Por qué no creerlo? El mundo está lleno de nazis que nunca lo fueron. ¿Por qué no iban a poder desaparecer unos cuantos judíos?

—No todo el mundo lo ve así.

—¿Lo has sometido acaso a votación?

—El mundo entero me toma por muerto, y a Pfeffer por tonto, y a mi padre por ladrón.

—Ahora sí que me he perdido.

—En la obra de teatro y en la película.

—La verdad es que no soy muy aficionado a esas cosas.

—Mi padre nunca robó el pan a nadie. Pero en la obra y en la película aparece

robando pan. ¿Sabes por qué? Para que el público no se aburra. La Policía Verde pisándonos los talones; los buenos ciudadanos holandeses dispuestos a delatarnos a cambio de setenta y cinco florines por cabeza, y subiendo; los hijos de puta nazis, a quienes ni siquiera importa el dinero, que lo hacen por diversión, no son suficientes para mantenerlos sentados al borde de sus asientos. Necesitan que salga un padre robando el pan de la boca de su hijo. Necesitan a mi padre quitándome el pan de mi boca.

—¿Y?

—Pues que me está volviendo loco no poder hacer nada al respecto.

Movió la cabeza. La mata en llamas se agitó en aquel ambiente avinagrado.

—Ahora entiendes lo del *minyán*.

Alquilé un apartado de correos en la ciudad de al lado. No quería que gente conocida pudiera verme recogiendo el correo en un lugar distinto a mi casa o la oficina. George Johnson se pensaría que me traía entre manos algo extraoficial, bien romántico o económico. Harry se preguntaría qué pasaba. El hombre que me atendió en la oficina de correos cogió mi dinero y me dio una llave y un papelito con una serie de números escritos. Otra vez un número.

Aquella noche cerré la puerta de mi despacho y me senté en mi mesa para escribir una carta.

Señor Otto Frank
Herbstgasse 11
Basilea, Suiza

No estaba interesado en indemnizaciones ni derechos de autor, ni en reconocimiento, le expliqué. Sobre todo, nada de reconocimiento. Lo único que quería era la verdad, como él y yo la conocíamos. Él era famoso. Cuando hablaba, la gente le prestaba atención. Incluso había creado la Fundación Ana Frank. Ahora ella era una institución, además de una leyenda y una santa. Mi mano volaba sobre el papel. Justicia, escribí, y decencia; conciencia y honor; la reputación de un hombre, la vida de un hombre. Le pedía acción. Mirándolo ahora en retrospectiva, no sé muy bien qué esperaba que hiciese Otto. ¿Contratar hombres que pasearan con bocadillos delante de los teatros y los cines diciéndole al público que no confundiese la película con la realidad? ¿Publicar anuncios en el periódico proclamando que Hermann van Pels no era un ladrón? Había un hombre que había demandado a Otto y que había publicado un anuncio en el periódico. Lo había visto y había leído sobre el juicio. Era un asunto desagradable y no tenía intención de verme mezclado en ello. Pero había otros métodos. Una declaración pública de Otto. Una exención de responsabilidades antes de la película. Un párrafo en las entradas de la obra en todo el mundo. Terminé

la carta, la eché en el buzón que había delante de la oficina de correos de mi ciudad y volví a casa conduciendo con una sola mano al volante.

No esperaba tener noticias de Otto durante algún tiempo, pero eso no me impidió desplazarme a diario a la oficina de correos de la ciudad vecina para mirar si tenía respuesta. Me detenía allí cada noche antes de volver a casa, sacaba la llave, la introducía en la portezuela de cristal con el correspondiente número, la abría y miraba en el interior. Noche tras noche, me encontraba con una cajita vacía. Pasó una primera semana, luego una segunda y una tercera. El día en que tenía que pagar el alquiler del apartado de correos para el mes siguiente, abrí la portezuela de cristal, me incliné y miré el interior. Había un sobre apoyado en un lado de la caja. Lo saqué. Un bulto rígido y pesado. Me quedé mirando la dirección. «Señor Peter van Pels», por encima del número de apartado de correos. Una serie de nombres, como un pequeño ejército legal, marchaba en la esquina superior izquierda del sobre.

Abrí la solapa. En el interior había una única hoja de papel del mismo color cremoso del sobre. La desplegué. Otra vez mi nombre por encima del número. Mi vista recorrió la hoja a toda velocidad. El autor, que representaba al señor Otto Frank, deseaba informarme de que en los listados oficiales de supervivientes de la Cruz Roja no constaba ningún Peter van Pels. Lo último que supo el señor Frank del tal Peter van Pels que había estado escondido con él en el 263 de Prinsengracht era que estaba en el hospital de Auschwitz. Era un recuerdo extremadamente doloroso para el señor Frank. Le había suplicado al chico que se quedara. El chico había dicho que aprovecharía la oportunidad de la marcha forzada. El señor Frank seguía culpándose por no haber sido capaz de convencer al chico, que había sido como un hijo para él.

Había un párrafo más. Otro intento de acosar al señor Frank o de personificar a cualquiera relacionado con la historia de Ana Frank se enfrentaría a una acción legal.

Seguí sentado en el gastado banco de madera del centro de la sala y leí de nuevo la carta. No esperaba que el pelirrojo de la sinagoga me creyera. Sabía que los desconocidos se mostrarían escépticos. Pero Otto me conocía. Habíamos vivido durante dos años y veintitrés días en una proximidad fétida y sofocante. En el campo, le había llevado comida y, tal como decía la carta, había intentado convencerme de que me quedara con él en el hospital. Me había dicho que era como un hijo para él. Y ahora no creía en mi existencia.

Llevé a cabo un intento más. Escribí a mi tío, el que me había enviado dinero al campo de refugiados. Él sabía que yo había sobrevivido a la guerra. Refrendaría mi persona. Me ayudaría a corregir los errores que Otto había cometido.

Su respuesta llegó en menos de una semana, aunque, a diferencia de Otto, no tuvo que remitir el tema a los abogados. «A quien pueda interesarle», decía. Nada de «Querido Peter», ni siquiera «Señor Van Pels». Quienquiera que yo fuera, y mi nombre podía, de hecho, ser Peter van Pels, no era el niño que él recordaba, el hijo

del hermano al que tanto quería. Ese Peter van Pels no le habría timado para viajar hasta este país y luego desaparecido. Ese Peter van Pels tenía cierto sentimiento familiar.

Dieciséiete

«Si Ana Frank pudiera regresar de entre los asesinados, se quedaría horrorizada ante la malversación a la que ha sido sometido todo lo que escribió en su diario».

«La utilización —y la malversación— del diario de una joven», Lawrence L. Langer, en *Anne Frank: Reflections on Her Life and Legacy*, editado por Hyman A. Enzer y Sandra Solotaroff-Enzer

«El *Diario de Ana Frank*, el éxito de Broadway basado en la novela ganadora del premio Pulitzer, se ha visto implicado en un proceso por quebrantamiento de la ley contractual en la Corte Suprema. [...] El señor Levin declara que su adaptación ha sido discriminada por ser “excesivamente judía”. [...] El señor Bloomgarden [...] ha calificado el argumento, de “carácter declaradamente judío”, de absurdo y completamente falso».

New York World-Telegram and Sun,
18 de marzo de 1957

«Si me quisieses de verdad, cogerías un arma y matarías a Otto Frank».

Meyer Levin a su esposa, citado en
The Hidden Life of Otto Frank, Carol Ann Lee

No quería verme implicado en el juicio contra Otto. Pero mi padre exigía una exoneración. Mis hijos me suplicaban ser abrazados, que les comprara chucherías y los llevara de paseo. Tenía que hacer algo. Escribí una tercera carta. La dirigí a un hombre llamado Meyer Levin. Levin había escrito una obra basada en el diario de Ana. Había emprendido el proyecto, decía, por deseo expreso de Otto Frank. Su versión, reivindicaba, era fiel a sus intenciones. Hablaba, insistía, con la verdadera voz de Ana Frank. Yo no comprendía cómo un escritor norteamericano de mediana edad, cuya única experiencia en los campos era como corresponsal vinculado al noveno regimiento de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos cuando liberaron Buchenwald, podía llegar a creerse que hablaba por boca de una chica con fiebres tifoideas que había exhalado su último aliento en Bergen-Belsen, pero eso era irrelevante. Levin juraba que la obra que se representaba en Broadway y en todo el mundo era un puñado de mentiras. Era el hombre que daba voz a mi corazón.

Levin me respondió inmediatamente. Leí su respuesta en el mismo banco de madera de la oficina de correos donde había leído las cartas de los abogados de Otto y de mi tío diciéndome que yo no existía. Levin no dudaba de mi identidad. O, al menos, no lo expresaba así en su carta. Quería saber cuándo podíamos vernos. Estaba impaciente por enseñarme un dossier que daba a entender que Otto Frank había sobrevivido en Auschwitz sólo gracias a sus conexiones comunistas y, como prueba de ello, detallaba los viajes de Otto a través de territorio soviético para ir del campo de concentración a Ámsterdam. Acusaba a Otto de matar su obra, igual que los nazis habían matado a Ana, y por el mismo motivo. Su obra latía con un corazón judío y ardía con un alma judía, y Otto era antisemita y simpatizante comunista, además de ser un judío que se odiaba a sí mismo. Incluía su número de teléfono y me pedía que

lo llamase de inmediato. Hablaba de un libro que relataba mi lado de la historia, y después de eso, de una obra que relataba la verdadera historia de Ana Frank, y de mí, Peter van Daan —el «van Daan» que había escrito estaba tachado y encima había garabateado con lápiz «van Pels»—, el chico que la había amado. Como cierre, me animaba a no perder ni un minuto. El mundo entero estaba esperando mi historia. Se la debía a Ana. Se la debía a la historia. Se la debía a él, una voz de la judería, el contador de la verdad, un artista. Me avisaba también para que no comunicara a nadie esta cuestión tan trascendental hasta que nos viéramos y cerrásemos todos los contratos necesarios. Había muchos asuntos relacionados con la publicación, la publicidad y los derechos subsidiarios que una persona no profesional como yo no podía pretender prever ni comprender. No hablaba sólo de acuerdos económicos. Aun sin ser un hombre rico, su actual novela, *Compulsión*, estaba funcionando tremendamente bien. Para decirlo claramente, no estaba en esto por dinero. Como prueba de ello, había prometido destinar hasta el último penique que ganara en su juicio, gastos legales aparte, a obras benéficas judías. Lo único que le importaba era la memoria de Ana Frank y de seis millones de personas más. Quería simplemente que se escuchara por fin su verdadera voz. Estaba seguro de que yo sentía lo mismo. Esperaba con impaciencia nuestro encuentro, me deseaba lo mejor del mundo y firmaba, muy atentamente, Meyer Levin.

Había una posdata. Me preguntaba si tenía familia, tal vez una hija, y quería saber si tenía la edad suficiente para aparecer en televisión.

Hice pedazos la carta, los arrojé en un gran cubo de basura lleno a rebosar de folletos y anuncios indeseados y me acerqué al mostrador de la oficina de correos. Le entregué al empleado la llave de mi cajita. Me dijo que aún me quedaban dieciocho días de alquiler y me comentó que no podía devolverme el dinero. Le dije que no pretendía cobrar ningún tipo de reembolso. Me preguntó si quería dejar otra dirección donde enviar el correo que se recibiese. Le respondí que no. Y añadí que no estaría localizable en ninguna parte. Cuando ya salía, le dije que iba a estar fuera del país durante un largo tiempo.

Unas semanas después, me encontraba conduciendo hacia el norte por la New Jersey Turnpike, en dirección al bajo Manhattan. No quería verme implicado en los descaminados planes de Meyer Levin, pero sí ser testigo del juicio. Cuando presentara la obra como una sarta de mentiras, estaría allí para oír cómo mi padre quedaba exonerado por un tribunal norteamericano.

Había mucha gente escandalizada por lo del juicio. ¿Qué tipo de hombre podía ser capaz de entablar una demanda contra el padre de una santa? La comunidad judía estaba especialmente furiosa. «La comunidad judía» es una de las expresiones favoritas de mi suegro, como si nosotros o, mejor dicho, ellos fueran una gran familia feliz; sin capos, sin mercado negro, sin sombrías figuras moviéndose por la zona gris

de la supervivencia; no, en este caso, hombres adultos peleándose por el cadáver de una niña muerta. Algunos pilares de esta supuesta comunidad defendían la causa de Levin. Otros exigían dejar en paz al pobre Otto. Un tercer contingente levantaba la voz para que se guardara silencio. No exhibáis en público los trapos sucios. No aireéis las diferencias delante de los no judíos. Era evidente que se trataba de dos hombres llenos de buenas intenciones que llegarían a encontrar un terreno común. Pero no fue así. El juicio se inició en la Corte Suprema del Estado de Nueva York, en el bajo Manhattan, un viernes por la mañana a mediados de diciembre.

Otto fue la primera persona que vi cuando entré en los juzgados, y la segunda, y la quinta. Ésa era la nuca de Otto entrando en un ascensor, y su perfil mientras conversaba con otro hombre, y sus andares precediéndome por el pasillo. Entonces lo vi. Me detuve yforcé la vista para examinar la sala. No podía creerlo, aunque él era el motivo por el que yo estaba allí.

Venía hacia mí, caminando despacio, su mano sujetando el codo de la mujer que iba a su lado, su nueva esposa, me imaginé, la cabeza inclinada hacia el suelo, la espalda aún recta. Otro hombre, éste con un abrigo de cachemira de aspecto carísimo, lo flanqueaba al otro lado y le susurraba algo al oído. Me detuve y esperé. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba seguro de que se veía incluso debajo de la camisa, la chaqueta del traje y el abrigo. Estaba acercándose. Quería que levantase la vista. Levantó la mirada del maltrecho pavimento de mármol. Contuve la respiración. Me repasó con la mirada. Como si yo no existiese.

Noté que en mi boca se formaba su nombre, pero fui incapaz de pronunciarlo. Pasó de largo. Observé su espalda con el típico aspecto rígido del ejército alemán. Vuélvete, le desafié. Vuélvete, mentiroso hijo de puta. Pero ni hablé yo ni Otto se volvió.

¿Qué me esperaba? La última vez que me vio, yo era un niño, devastado por el hambre, cubierto de costras y lleno de piojos, encogido de miedo. La carta del abogado tenía razón. Ese Peter había muerto al final de la guerra. Me volví, seguí a Otto por el pasillo y entré en la sala del juzgado junto con el resto de espectadores.

En el extremo opuesto a la entrada se encontraba el banco del juez, flanqueado por la bandera del Estado y la bandera nacional. Alexander Hamilton, Dwight D. Eisenhower y Averell Harriman contemplaban muy serios la escena desde sus marcos dorados. La sala transpiraba solemnidad y rectitud. El ambiente me pareció alentador.

Tomé asiento en la parte posterior de la sala, me quité el abrigo y lo doblé sobre mi regazo, pero justo cuando acababa de instalarme hizo su entrada el juez y todo el mundo se puso en pie. Normalmente no me gusta la pompa, pero en este caso me resultó reconfortante. Volvimos a sentarnos y dispuse de nuevo el bulto del abrigo sobre mi regazo. De no haber estado en la sala de un tribunal, me habría despojado también de la chaqueta. La estancia era solemne, pero calurosa.

Mientras el juez y los abogados se ocupaban de los preliminares, estudié a los doce componentes del jurado. Parecían avergonzados y aturdidos por tener que estar

allí sentados. Ninguno de ellos tenía el aspecto de ser una lumbrera. Pero eso también estaba bien. El sistema legal norteamericano estaba construido sobre la base de un jurado de iguales. ¿Hasta qué punto tenían que ser inteligentes para discernir la verdad de la mentira? Mi hija de diez años de edad jugaba constantemente a ello con papelitos salpicados de estrellas doradas.

Levin estaba sentado en una de las dos mesas de la parte frontal de la sala del juzgado. Lo reconocí por las fotografías y sus apariciones en televisión. Era un hombre de cuello grueso y espaldas anchas, una cara grande sombreada por unas cejas superpobladas. Tenía entradas y el cabello rizado, parecían muelles. Cuando el abogado lo llamó al estrado, cruzó la sala de puntillas, como un boxeador.

El abogado empezó a interrogarle acerca de sus primeros contactos con Otto Frank. Carecía de un contrato escrito para la adaptación del diario, admitió Levin, pero habían llegado a un acuerdo.

—Confíe en el señor Frank.

El hombre sentado delante de mí se inclinó hacia delante en su asiento. A su lado, un hombre de más edad, un refugiado, no me pregunté por qué lo sabía, simplemente era así, se acercó la mano al oído para captar mejor lo que decía Levin. Mi mirada siguió repasando la fila. Se detuvo en la mujer que ocupaba el último asiento. Me la imaginaba todavía en Ámsterdam, o tal vez de nuevo en Alemania. No era judía. No tenía nada que temer. Pero no podía ser otra persona. Estaba seguro, pensé.

Me incliné hacia delante para poder apreciar mejor su perfil. Su barbilla se había convertido en un bultito de forma redondeada. Una arruga, oscura como si estuviera pintada al carboncillo, colgaba de su boca como una tilde infeliz. Debajo de un deprimente sombrero marrón, sus rubios rizos habían cobrado un deslustrado tono amarillo plateado. Iba vestida también de marrón, con un collar de piel comido por las polillas. No había visto nada igual desde que salí del Marseilles. Aquel traje me hacía pensar que no vivía en los Estados Unidos, que estaba sólo de visita. Había venido para asistir al juicio. Había venido por su esposo, aunque, como mi madre solía advertirle a mi padre, y también a Pfeffer, no era en realidad su esposo. Mi padre siempre hacía callar a mi madre cuando le decía aquello. Sólo las leyes raciales habían impedido a Pfeffer casarse con Charlotte. No se podía culpar a Lotte por ello, insistía. Mi padre siempre había tenido debilidad por Charlotte. ¿Y por qué no? Era tipo Jean Harlow. Las pocas veces que la vi antes de escondernos debía de tener treinta años, pero una de mis muchas noches bajo sábanas con olor a agrio—incluso cuando teníamos jabón después de haber pasado a la clandestinidad, nunca había suficiente para borrar toda la porquería de nuestras vidas— los años de diferencia entre Charlotte Pfeffer y yo se esfumaron. Sentado en una sala de los juzgados del Estado de Nueva York, bajo la severa mirada de Alexander Hamilton, Dwight D. Eisenhower y Averell Harriman, oigo el eco de mis gemidos sofocados en el camastro que tenía debajo de las escaleras emparejándome con el recuerdo de Charlotte que me había llevado conmigo al anexo. Después, los gritos de mi padre

ahogando el sonido.

—Vamos todo el día de puntillas andando en calcetines, ni siquiera podemos hacer pis por miedo a que nos oigan, y aquí tenemos a nuestro Romeo enviando cartas de amor a través de Miep. ¿Por qué no cuelgas un cartel en la ventana que diga «judíos escondidos»?

La voz de Pfeffer, tensa por su dignidad herida, lastimera por todas las lágrimas reprimidas, regresa por fin.

—Para vosotros es fácil decirlo, para ti y para Frank, con vuestras esposas y vuestros hijos. Yo llevo más de un año sin ver a mi mujer. ¿Quién sabe dónde está mi hijo? Lo último que supe es que estaba en algún lugar de Inglaterra.

Afortunado él, solía pensar yo, afortunado Werner Pfeffer, que está en algún lugar de Inglaterra. Afortunado el chico cuyo padre tuvo la visión de futuro suficiente como para mandarlo justo a tiempo al extranjero a través del *Kindertransport*.

Seguí mirando a Charlotte mientras escuchaba la declaración de Meyer Levin. Hablaba de tergiversación. Utilizó la palabra engaño. Habló de falta de respeto. La barbilla castigada por la edad de Charlotte subía y bajaba dando su conformidad.

Cuando el lunes siguiente llegué a los juzgados, ella estaba sentada en el mismo lugar que había ocupado el viernes anterior. A su lado había un asiento vacío. No pude resistirlo. Quería verla mejor. Sentía curiosidad por saber si ella me reconocería. Me parecía poco probable. Otto, que había vivido conmigo aquellos años, no me había identificado. Charlotte había coincidido conmigo sólo unas cuantas veces, cuando era un niño, además.

Me detuve al final de la fila donde estaba sentada y le pregunté si estaba ocupado el asiento libre que tenía a su lado. Levantó la vista. Esperé. Me dijo que no. Murmuré mis excusas, pasé por delante de ella y me senté a su lado.

El martes volvimos a los mismos asientos e intercambiamos un saludo de buenos días. El miércoles la ayudé ya a quitarse y ponerse el abrigo. Tenía un aspecto tan lastimoso como el traje que llevaba el primer día. Había trasladado al abrigo el cuello de piel apolillado. El jueves, cuando el tribunal hizo un alto para ir a comer, le pregunté si le importaría comer conmigo. Dudó primero, luego sonrió. Era la sonrisa de una mujer que ha olvidado por un momento que es una señora mayor, y me alegré por ello. La sonrisa significaba que los recuerdos que tenía de ella no eran mentiras.

Me dijo que le gustaría mucho, me tendió la mano protegida por un guante zurcido y se presentó como la señora Pfeffer. Le dije que yo me llamaba Harry Wolfe.

—Como el animal —añadí—, pero acabado en «e».

Salimos de los juzgados a la luz invernal y nos abrimos paso entre una multitud de gente que andaba con decisión, cargada con abultadas bolsas llenas de compras. Faltaban únicamente seis días para Navidad. Los peatones pasaban entre nosotros y tuve que coger a Charlotte por el brazo para no separarnos. En un momento dado, se detuvo delante de un escaparate donde había un Santa Claus de tamaño mayor que el natural.

—Cuando mi marido vivía, celebrábamos tanto el Chanukah^[20] como la Navidad. —Apartó la vista del escaparate para mirarme—. ¿Sabe lo que es el Chanukah, señor Wolfe? —Le respondí que sí—. Es otra cosa que no puedo perdonar. Lo representan como si ignorara su religión, cuando era un maestro del idioma hebreo. Lo representan como un niño que ni siquiera conoce sus propias festividades.

—¿Perdón? —dije, pero ella se limitó a mover la cabeza y a retirarse del escaparate. Seguimos andando.

En el interior del restaurante, conseguí que nos sentaran en un pequeño reservado. No reinaba precisamente el silencio, pero era menos ruidoso que las mesas del centro del comedor. Los gritos de las comandas, el repicar de los platos y el eco de varias docenas de conversaciones llovían sin cesar desde el alto tejado de hojalata. Pedí disculpas por el ruido y le expliqué que a esa hora, en aquel barrio, las comidas eran siempre ajetreadas.

—Los americanos siempre andan con prisas —dijo.

—¿No es usted de aquí?

—Vivo en Ámsterdam. Estoy aquí sólo unas semanas. Mientras dure el juicio.

Apareció el camarero, lápiz y papel en mano, pero Charlotte me dijo a mí lo que quería y yo fui el encargado de transmitirle el mensaje.

—¿Y viene usted de tan lejos sólo para el juicio? —le pregunté cuando se hubo ido el camarero.

—¿Ha visto la obra de la que hablan en el juicio? ¿La causa de todos los problemas? —Asentí—. ¿Conoce el personaje del dentista?

—Dussel —dije, consciente de que era una crueldad.

—No se llamaba Dussel. Se lo inventó la niña. —Movié la cabeza. Sus rizos se agitaron bajo el melancólico sombrero—. Una cosa más que no puedo perdonar. Una jovencita se dedica a llamar *dussel* a un adulto y no significa nada. Un libro dice que un hombre es tonto y así queda etiquetado para todo el mundo. Una niña escribe en su diario que a un hombre adulto, a un hombre a quien debería respetar, le falta un tornillo, y es una impertinencia. Un hombre publica esa impertinencia para que el mundo la considere una verdad, y se convierte en una humillación. Mi marido decía que era una niña dulce e inteligente, pero indisciplinada. Yo no opino. No debía de ser fácil, una jovencita y un hombre mayor, un hombre que echa de menos a su propia familia, compartiendo todos una habitación minúscula.

Le dije que no la entendía.

—El hombre de la obra, el dentista que comparte habitación con Ana Frank, no se llamaba Dussel, sino Pfeffer. Fritz Pfeffer. Soy su viuda.

—La obra no menciona que estuviera casado —dije, a sabiendas de que era otra crueldad.

—Éramos marido y mujer. —La suave barbilla se tornó enérgica—. Las leyes raciales de los nazis impedían el matrimonio entre judíos y gentiles, pero éramos igualmente marido y mujer. Después de la guerra, el gobierno holandés reconoció el

matrimonio. Tengo el certificado.

Ya ves, *Mammichen*, al final la convirtió en una mujer honesta, o más bien fue el gobierno holandés.

—Ésa es una de las muchas cosas sobre las que miente la obra. Muestra a mi querido esposo como un hombre sin familia, pero tenía esposa, y un hijo de su primer matrimonio. Estaba criando a su hijo, pero inmediatamente después de la *Kristallnacht* comprendió el peligro que se avecinaba y tuvo la buena vista necesaria para colocar a Werner en el *Kindertransport*. No es fácil enviar a un país lejano a un hijo que adoras. Le dolió mucho. Pero Inglaterra, él lo sabía, sería mejor para el niño. Habría bombas, pero no nazis. De modo que envió a Werner al extranjero.

Afortunado Werner, volví a pensar, y me sorprendió que la envidia pudiera seguir viva después incluso de que hubiera desaparecido el peligro. Recordé cuando me tropecé con él en el barracón de aduanas el día de mi llegada a los Estados Unidos. Él buscaba a alguien que hubiera conocido a su padre. Estaba en el mercado en busca de recuerdos. Yo fingí no conocer a nadie apellidado Pfeffer. Estaba protegiéndome a mí mismo, pero también robándole a él. La última vez que vio a su padre, Pfeffer se encontraba en el andén de una estación diciéndole adiós con la mano a un tren lleno de niños que partía rumbo oeste en busca de seguridad. Vi a Pfeffer apretujado en un vagón de ganado marchando en dirección este, hacia Auschwitz. Él recordaba unos brazos fuertes sacándolo de un esquite. En el reverso de la fotografía que Pfeffer guardaba en su habitación estaban escritas las siguientes palabras: «El primer viaje en barco de Werner, domingo de Pentecostés, 1932». Yo vi aquel mismo brazo, magullado y ensangrentado por el descuido pero no falta de intención culatazo del rifle de un vigilante, cuando Pfeffer lo extendió para que se lo tatuaran. Vives mejor tú solo, debería haberle dicho a Werner en el barracón de aduanas. No vayas buscando recuerdos que nunca serás capaz de olvidar.

—¿Y no ha venido al juicio acompañada por su hijo?

Frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—Le habría resultado más fácil a él que a mí. Werner está aquí, en los Estados Unidos, en California. Pero ya no es Werner Pfeffer. Ahora se hace llamar Peter Pepper. Es un hombre adulto y puede hacer lo que le apetezca, pero yo no puedo fingir felicidad. Debería haber conservado el apellido Pfeffer. Le debe mucho a su padre.

Estaba de acuerdo con ella. Yo no me había cambiado el apellido, a pesar de deberle menos. Naturalmente, no había tenido que hacerlo. Tenía un buen apellido norteamericano, me había dicho el funcionario de aduanas.

—Mejor no remover el asunto, es lo que me dice Werner. —De modo que Werner, ahora Peter, había acabado aprendiendo—. Pero no puedo. Por eso escribí al señor Frank. Somos viejos amigos. Mi marido y yo conocimos al señor Frank y a su esposa antes de la guerra. Después, también se mostró amable conmigo. Muchos sábados por la noche nos reuníamos con Miep y Jan, la gente que les ayudó a

escondese, para jugar a las cartas. Antes de que empezaran a pasarme la pensión de mi marido, el señor Frank me prestó dinero muy generosamente. De modo que cuando quiso publicar el diario de su hija, no dije nada. Si encontraba consuelo dejando que el mundo entero leyera las palabras escritas por su hija, yo no era nadie para prohibírselo. Pero lo de la obra es otra historia. Le dije que no apoyaría la obra. Le dije que pondría una demanda. ¿Y sabe qué me dijo?

Dejó el tenedor sobre la mesa y se inclinó hacia mí. Toda emoción tenía una manifestación física. Se encogió de hombros, ladeó la cabeza y no pudo evitar abrir los brazos en un gesto de interrogación. Tal vez ese gesto, igual que su aspecto de Jean Harlow, fuera lo que nos atrajo tanto a mi padre como a mí.

—Que no tenía que ser tan infantil como para pensar que esa gente tan poderosa no sabía lo que podía escribir desde un punto de vista legal. —Oh, Otto, eso no era digno de ti. ¡Y pensar que me acusaste de no tener un carácter fuerte!—. Intentó asustarme. No comprendió que a mí ya no me quedaba nada que temer. Ya había perdido a mi querido esposo. Lo único que me queda es su recuerdo. Y es por eso por lo que lucho. De modo que escribí a los autores de la obra de teatro, esos que se llaman señor y señora Hackett. —Se encogió de hombros y volvió a mover la cabeza, como alertándome de que no esperara demasiados resultados—. Al principio no respondieron. Pensé que tendrían miedo. Sabían que lo que habían hecho no estaba bien. Sabían que incluso una pobre viuda podía demandarlos, por mucho que Otto Frank hablara de lo del punto de vista legal. Al final recibí una carta. Peor que la de Otto. Una locura. Decían que debían representar a mi Fritz como un payaso para que el mundo no olvidara todas las cosas terribles que sucedieron. Decían que si la gente no tenía un estúpido de quien poder reírse, nadie iría a ver la obra ni escucharía el mensaje tan importante que los Hackett tenían que comunicar. No comprendí nada. ¿Millones de personas muertas y nadie lamentaría su desaparición a menos que convirtieran a mi Fritz en un estúpido? —Las palabras la habían ido empujando sobre la mesa. Estaba sentada en el extremo de la silla—. Perdóneme, señor Wolfe. Estoy muy susceptible. Pero esto no es justo. Que Otto Frank sea un héroe para todo el mundo y mi querido Fritz sea un hazmerreír. Por eso he venido. Para escuchar a Otto Frank admitir la verdad.

Me quedé sentado mirándola. Hoy iba vestida con el raído traje azul que alternaba con el andrajoso marrón. Me pregunté dónde habría encontrado el dinero para realizar el viaje. No de la pensión de Pfeffer, me atrevería a apostar. ¿Lo habría pedido prestado a sus amistades? ¿Habría empeñado posesiones? No llevaba más joyas que un sencillo anillo dorado de casada.

—¿Ha venido hasta aquí sólo por eso?

Enderezó los hombros y levantó la barbilla.

—¿No lo considera suficiente motivo? ¿Cree que oír la verdad pronunciada en voz alta, ver limpio el nombre de mi querido marido, su memoria recuperada, su bondad respetada, es poca cosa? —Volvió a acercarse a mí por encima de la mesa.

Me chamuscó con la mirada—. Dígame, señor Wolfe, si fuera un ser querido suyo, si fuera su padre en lugar de mi marido, ¿no habría atravesado medio mundo, no habría removido cielo y tierra para deshacer equívocos?

Hice saltar la mesa al levantarme. El agua de los vasos se agitó como un borracho de un lado a otro.

—Tenemos que darnos prisa —dije—. No quiero perderme la sesión de la tarde.

Cada pocos días encontraba una nueva propiedad, a cierta distancia, que tenía que visitar. Ésa era mi excusa para ausentarme de la oficina.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien, colega? —me preguntó Harry una noche cuando lo llamé por teléfono.

—Estoy bien —le dije—, pero si quieres ir tú a verla, adelante. Si no confías en mi opinión...

No me dejó terminar. Sabía que no lo haría. De todos modos, empezaba a preguntarme cuánto tiempo se prolongaría el juicio. Estábamos hacia el final de la segunda semana y nadie había abordado aún los problemas reales. Charlotte y yo seguíamos sentándonos, codo con codo, a la espera de que Meyer Levin, el hombre que hablaba en boca de la verdadera Ana Frank, declarara que Fritz Pfeffer no era ningún tonto y que mi padre no había sido un ladrón. Cuanto más tiempo se mantenían las mentiras, más empezaba yo a dudar de mi memoria. Si recordaba a mi padre con bigote y a mi madre casi nada, a lo mejor también me había equivocado en esto, a pesar de haber releído el diario. A lo mejor Ana había excluido de su diario el robo cometido por mi padre y Otto se lo había recordado a los guionistas. Un día, comiendo con Charlotte, saqué el tema.

—Estaba preguntándome —empecé a decir— que si la obra calumnia a su esposo, también es posible que sea injusta con alguno de los demás.

Movió afirmativamente la cabeza y posó en mis brazos sus dedos encarnados.

—Es usted un joven muy inteligente, señor Wolfe. La obra es una parodia. La película también. ¿Sabe usted la madre, no la señora Frank, sino la otra, la señora Van Pels, la mujer a la que llaman señora Van Daan? —Asentí—. Era una mujer encantadora. Y generosa. El día del cumpleaños de Miep, la chica que trabajaba en la oficina del señor Frank y que les ayudó a esconderse, la señora Van Pels le regaló un anillo de ónice y diamantes. Miep no quería aceptarlo. Ya había tenido que vender el abrigo de pieles de la señora Van Pels y sabía que el dinero y los objetos vendibles empezaban a escasear. Pero la señora Van Pels insistió. Dijo que ella y su marido querían hacerle un regalo a Miep como muestra de su agradecimiento.

Había olvidado por completo el anillo. Visualicé a mis padres repasando las pocas piezas de joyería que le quedaban a mi madre. Esto no era lo bastante bueno. Eso era demasiado bueno y nos daría para comer varias semanas. Al final, acordaron que sería el anillo que mi padre le había regalado a mi madre con motivo de un

aniversario, varios años atrás. Mi madre se había mostrado reacia a separarse de él por su valor sentimental, pero mi padre había dicho que para Miep el valor sería aún mayor.

—¿Y el marido? El señor Van Daan.

—Querrá usted decir el señor Van Pels. Un caballero encantador. —Miró más allá de donde estaba yo sentado, como si el pasado estuviera justo encima de mi hombro, y en su boca se dibujó un cuarto creciente de nostalgia. De modo que sabía que le gustaba a mi padre. Volvió a mirarme—. Nunca había visto una nariz tan cultivada. —Dio golpecitos a la suya con su dedo índice—. No había especia que no fuera capaz de identificar. Una única bocanada de una salchicha, o de cualquier plato, y lo adivinaba. Pimentón, tomillo, romero, cardamomo. Daba lo mismo la cantidad de especias que hubiera o lo exóticas que fuesen. El señor Van Pels las conocía todas. Era muy sensible. Nada que ver con el palurdo que sale en la obra.

También había olvidado su olfato. ¿Acaso recordaba alguna cosa?

—Pero por sensible que fuera, y con una nariz tan cultivada como la suya, robó el pan de la boca de los demás.

Ella negó con la cabeza.

—Imposible.

—¿Está diciéndome que tampoco eso es verdad?

—Es inventado, igual que inventaron todo lo de mi marido.

—¿Y cómo está tan segura? Usted no estaba allí.

—Conocía al señor Van Pels. Jamás habría hecho una cosa así. De haberlo hecho, mi marido me habría escrito contándomelo. Es otra verdad que el juicio debe dejar clara.

Pero aunque la declaración se prolongó, nadie hasta el momento había mencionado los nombres de mi padre y del esposo de Charlotte, ni siquiera sus nombres de ficción. Un rabino norteamericano, que había pasado la guerra en una sinagoga no muy lejos de Hollywood, se quejó de que la obra, que Otto había permitido producir a partir del diario de su hija, no era suficientemente judía. Un erudito testificó que, según cálculos matemáticos, menos del veinte por ciento del diario de Ana tenía que ver con cuestiones judías. Acusaciones y contraacusaciones volaron de un lado a otro de la bochornosa sala del juzgado. La amargura chisporroteaba en el aire caliente. Hombres adultos alzaban la voz para pronunciar palabras que habrían querido oír en boca de una niña muerta. Pero nadie se acercaba a la verdad. Cuando llegaron a la recapitulación, supe que tenía que actuar. No pensaba montar una escena. Simplemente quería dejar las cosas claras. Quería explicar que Ana era una niña. Que a veces creía y otras dudaba. Que un día creía que la gente era buena y que al siguiente odiaba a todo el mundo, incluidos sus padres y su hermana, sobre todo encerrados en aquel apestoso anexo. Era una niña que estaba haciéndose mayor, que escribía sus sentimientos en un diario de tapas rojas que había recibido como regalo de cumpleaños, hasta que se le agotó el espacio y tuvo que

empezar a escribir en cada pedazo de papel que conseguía encontrar. Y quería hablarles sobre mi padre, que no había robado el pan, sino que lo había preparado todo antes de escondernos para que el carnicero le vendiera carne a Miep sin pedir cartilla de racionamiento, sin formular preguntas, para que todos los del anexo pudiéramos comer. Quería explicar que mi madre no era una desvergonzada y desconcertante buscona, sino una mujer animada y con un corazón enorme, que cocinaba *babkas* con todo su amor y regalaba joyas cargadas de valor. Quería decirles que dejaran de discutir sobre lo que Ana creía, que no era más que los dolores crecientes de una chica, y prestaran atención a lo que mis padres habían hecho, que proclamaba a gritos quiénes eran.

Me puse en pie. Estaba de frente al juez, pero noté que las caras se volvían hacia mí. La atención se propagó como las ondas en torno a un guijarro de verdad que yo estaba a punto de lanzar.

—Señoría —empecé a decir. Como se ve, no me mostré irrespetuoso. El juez golpeó con su martillo. La palabra «orden» flotó por encima de mi cabeza—. Señoría —repetí—, simplemente me gustaría...

Todas las cabezas de la sala se volvieron hacia mí. La gente estiró el cuello para ver quién estaba montando aquel alboroto. Sólo que no era un alboroto. Si el juez paraba de dar golpes con su martillo, yo realizaría mi declaración, tranquilamente, razonablemente, respetuosamente, y volvería a sentarme.

—¡Señoría! —grité, porque a aquellas alturas no me quedaba más alternativa que levantar la voz. Por el rabillo del ojo vi cómo los guardias de seguridad se acercaban, dos por el pasillo desde la parte delantera de la sala, dos por detrás. No disponía de mucho tiempo—. Tengo una declaración que hacer —dije. A mi lado, noté que Charlotte se encogía. Intenté sujetarme a ella. Haríamos un frente común. Limpiaríamos el nombre de su marido y de mi padre de un solo plumazo. Pero uno de los vigilantes se interpuso entre nosotros. Un segundo me agarró desde la fila de atrás—. ¡No comprende nada! —le grité al juez. Los guardias me arrastraban lejos de la fila de asientos—. Soy Peter van Pels —insistí, mientras me llevaban hasta el pasillo—. Ella es Charlotte Pfeffer, y yo soy Peter van Pels. —Estaba agarrándome a las dos últimas filas de asientos. No pensaba permitir que me expulsaran de la sala. Tenía que hacerme oír—. Díselo, Charlotte —le supliqué, pero ella estaba negando con la cabeza e intentando alejarse lo máximo posible de mí—. ¡Díselo, Otto! —Pero Otto había desaparecido de mi vista y había quedado rodeado por el círculo protector de sus abogados defensores.

Los guardias de seguridad me cogieron las manos.

—Diles la verdad sobre mi padre —supliqué, mientras me intimidaban para que cruzase las puertas. Uno de los guardias me hizo una llave por el cuello—. Soy Peter van Pels. —Era un abrazo de hierro. Le di un golpe en la cara. Me acorraló otro guardia. Intentó sujetarme mis dos brazos a un lado. Conseguí liberar el brazo derecho—. Soy Peter van Pels —le avisé mientras mi puño se dirigía directamente a

su mandíbula. Sentí algo sólido y duro en el estómago—. Soy Peter van Pels —le confesé al suelo de mármol, cuando vino a recibirme.

—¿Quién demonios es Peter van Pels? —oí que preguntaba el guardia de seguridad justo antes de que mi cabeza se estampara contra la dura superficie.

Diecíocho

«Recibió una paliza por parte de la SS y dijo que se había prometido a sí mismo que vengaría tanto la muerte de sus familiares como su propio sufrimiento. [...] Sabía dónde encontrar a un alemán que vivía solo. Se acercó sigilosamente a él y lo aporreó a puñetazos, pero seguía sin sentirse vengado. Encontró un hacha y describió con detalle cómo había matado al hombre con el hacha a sangre fría y con sus propias manos. Dijo que después de ver el cadáver desgarrado se sintió mejor y volvió a casa. [...] En ningún momento [desde entonces] ha indicado su conducta ninguna de las supuestas características asesinas».

*Informe psiquiátrico del campo de Fohrenwald,
Equipo 106*

Estaba de nuevo en la consulta del doctor Gabor. Esta vez no había motivos. No había perdido la voz. Mi visión era perfecta. Mi único síntoma era una explosión de sinceridad. Decir la verdad me había conducido a la consulta de un psiquiatra. Sé que eso es lo que siempre dicen los pacientes, pero en este caso era exactamente así.

Cuando Madeleine vino a recogerme después del incidente en los juzgados, la policía le explicó que había interrumpido la sesión insistiendo en que yo era Peter van Pels. Mi buena esposa se enfadó de verdad.

—¿Y qué tiene eso de malo? Es Peter van Pels.

—Pero eso no significa que tenga que andar gritándolo en una sala del tribunal del Estado de Nueva York, señora.

En el coche, de vuelta a casa, dijo que tendría que volver a ver al doctor Gabor, o alguien del estilo.

—Sí, pero no existe nadie del estilo de nuestro doctor Gabor —respondí. Quería demostrarle que no había perdido mi sentido del humor.

Se puso a llorar.

—Si te niegas a pedir ayuda, Peter, cogeré a los niños y me marcharé. Te lo juro

por Dios, esta vez hablo en serio.

La creí. El recuerdo del chico por el que me había confundido había quedado atrofiado. Las expectativas que tenía respecto a mí se habían marchitado. Le dije que lo primero que haría a la mañana siguiente sería pedir una cita. Ni siquiera le discutí que sería perder un dinero estupendo. Ya no había nada erróneo en mí. Los enfermos eran Otto, y ese escritor loco que creía hablar por boca de Ana, y el resto del mundo. Pero estaba demasiado agotado como para ponerme a discutir. Me dolían los músculos. Era el resultado de mi encontronazo con los guardias de seguridad de los juzgados. Los nervios me daban tirones. Tenía el cerebro dolorido. Claudicar sería muy fácil. Notaba cómo las palabras ascendían por el pecho. Hay algo que tengo que decirte... sobre los años que pasé en Ámsterdam..., sobre Auschwitz..., sobre mi pene circunciso. La inocencia desaparecería de los ojos que ella estaba decidida a no cerrar. Una catarata de miedo empañaría su visión. Recordé la vergüenza que había visto en el rostro de Abigail cuando la sorprendí mirando mi número. Cerré la boca con fuerza. En el juzgado había actuado como un irresponsable, pero no había perdido por completo el sentido de la decencia.

A diferencia de mi amigo pelirrojo, Gabor necesitó refrescar su memoria para recordar quién era yo. Estudió una carpeta llena de papeles mientras yo esperaba sentado al otro lado de su mesa. Seguía atiborrada de herramientas típicas de su negocio, además de símbolos primitivos y la figura de los tristes mártires de Calais. Nada había cambiado en el despacho, excepto el doctor. Se le veía más próspero que antes, pero tal vez fuera por el tono caoba pulida de su cara y sus manos.

—¿Ha estado en el sur? —le pregunté mientras él repasaba las notas que había escrito años antes sobre mí.

—Mmm... —fue toda su respuesta.

Cerró la carpeta, se recostó en su asiento, me miró fijamente con su fatua mirada de lechuza y me preguntó qué me traía de nuevo a su consulta.

Había tomado una decisión. Esta vez le diría la verdad. No era alguien contra quien tuviera que protegerme. Se lo contaría todo, o casi todo. Pero había un asunto que no podía permitirme confesar. Era ciudadano estadounidense, un pilar de mi comunidad, pero eso no significaba que no pudieran deportarme o extraditarme.

Empecé con el chico del diario.

—¿Me cree? —le pregunté después de que lo hubiera anotado todo.

—¿Por qué no?

—Otto Frank no me creyó. O al menos fingió no creerme. —Le expliqué la carta que le había escrito a Otto y la respuesta de sus abogados.

—A lo mejor no finge nada. Después de la guerra, cuando su nombre no apareció en la lista de supervivientes, llegó a la conclusión de que estaba usted muerto. Ha vivido con ese pesar durante mucho tiempo. Tal vez fuera demasiado doloroso para él

albergar alguna esperanza.

—Si tan destrozado estás, ¿por qué razón denigró la memoria de mi padre? Tiene miedo de creer que estoy vivo.

—¿Tan claro tiene cómo y cuándo sucedió todo?

Pensé en el pelo rubio de mi madre y en el bigote de mi padre.

—Recuerdo las cosas más importantes.

Miró la carpeta que había dejado abierta sobre la mesa.

—Su padre murió en Auschwitz, ¿correcto?

—Eso ya lo habíamos repasado.

—¿En la selección? ¿La primera noche, en el andén de la estación?

Asentí.

Hojeó las páginas que contenía la carpeta. Estaban llenas de garabatos. Su escritura era tan desordenada como su despacho.

—A menos que muriera unos meses antes, cuando lo vio emprendiendo la marcha con un grupo de hombres, y luego viera sus prendas en el camión cuando regresó.

No tenía constancia de haberle contado ninguna de esas dos cosas, aunque las recordaba ambas.

—No intento cazarle, señor Van Pels. En su cabeza ambas muertes son reales. En mi cabeza. Podría haber asesinado por ello.

—¿Se trata de la muerte de mi padre y me dice que no importa cómo lo maté?

—¿Cómo lo mató?

—Cómo lo mataron.

Me observó de nuevo con esa mirada de idiota.

—No soy un asesino.

—En ningún momento he sugerido que lo fuera.

—Lo de aquella noche en el granero fue una aberración. —Esperó—. Fue justo después de la guerra. Seguíamos muertos de hambre, por el amor de Dios. Así era justo después de la guerra. —Siguió mirándome—. Sólo queríamos divertirnos un poco. Y recuperar algo de lo nuestro.

—¿De lo suyo?

—Venganza. Nos lo merecíamos, cojones, después de todo lo que habíamos pasado. Él también se merecía lo que recibió. La guerra había terminado, y de repente queda convertido en un inocente granjero. Como si nunca hubiera oído hablar de la SS. Como si no tuviese ese jodido tatuaje que lo demostraba. El tatuaje, y aquellos ojitos malvados, y aquel morro de cerdo a modo de nariz.

—¿Tuvo algún tipo de encuentro con un miembro de la SS?

—Aquel hijo de puta simplemente recibió lo que le esperaba.

—Cuéntemelo —dijo.

Pensaba que nunca iba a pedírmelo.

Los demás ya habían tenido suficiente. Vamos, dijeron. Ya nos hemos divertido bastante. Hemos hecho daño a unos cuantos alemanes. Hemos conseguido algo de

dinero. Pero yo no podía parar. El hambre seguía corroyéndome. Había dado una paliza a unos cuantos. Había roto ventanas, cogido un par de botas y una botella de *schnapps*, robado algo de dinero. Unos pocos peniques. Migajas de venganza. Anhelaba un banquete. Y sabía dónde encontrarlo. Todo el mundo había oído hablar del granjero, de lo que había hecho durante la guerra, de lo que estaba esperando volver a hacer.

La madera sin pintar resplandecía a la luz de la luna, fina como el agua. La puerta del granero estaba abierta. El hijo de puta era, además de todo lo otro, un granjero pésimo.

El hedor a animales, estiércol, sudor, meados y alcohol me obligaba a hacer verdaderos esfuerzos para respirar. La única fetidez que faltaba era la del miedo. El granjero estaba inconsciente. Yo no tenía miedo.

Las ratas correteaban por la oscuridad. Me adentré un poco más. Un animal bufó. Algo dio zarpazos en el suelo. Los ronquidos aserraban el mareante ambiente. Las siluetas empezaron a tomar forma en la oscuridad. Distinguí un anca, un hocico, un montón de ropa asquerosa, un hacha. La ropa ascendía y descendía siguiendo el ritmo de los ronquidos. La forma del hacha encajaba en mi mano como si estuviera hecha a medida.

Utilicé ambas manos para levantar el hacha, pero cayó por su propio peso. La sangre salpicó la acuosa luz de la luna. Levanto de nuevo el hacha y cae una segunda vez, una tercera, hasta que dejo de contar. La sangre crea un charco oscuro en el sucio suelo. La luz de la luna centellea en el charco como una llama. Dejo caer el hacha sobre la pila de ropa pestilente. Mis botas robadas resbalan sobre la sangre cuando echo a correr.

Cuando terminé el relato, cogí mi pañuelo y me sequé la cara. El sudor manaba de mí como si estuviera aún peleándome con aquella hacha. Gabor se repanchingó en su asiento, como si nada.

—¿De modo que entró en el granero y mató a ese hijo de puta de la SS con un hacha? Bien hecho. Si es que en realidad lo hizo.

—¿A qué se refiere con eso de si en realidad lo hice? Hice lo que le acabo de contar. Nunca se lo había contado a nadie.

—¿Nunca se lo había contado a nadie? ¿Ni siquiera a los que lo acompañaban esa noche?

—Ya se lo he dicho, los demás habían tenido suficiente. Ellos se habían ido.

—¿Y en el campo de refugiados? A lo mejor lo mencionó en su evaluación psicológica.

—¿Está usted loco? ¿Cree que habría entrado en este país si les hubiera contado eso?

—¿De modo que nadie podía haberle robado su historia?

—¿Qué quiere decir con eso de robarme mi historia?

Se enderezó en su asiento, se levantó y se dirigió a un archivador que había en un

rincón. De espaldas a mí, tiró de un cajón y empezó a buscar. Aquel hombre era un auténtico hijo de puta. Le confieso algo que jamás he contado a nadie, admito que soy un asesino, y decide ir a rebuscar en sus archivos.

Cuando regresó a la mesa, lo hizo cargado con una carpeta de papel de estraza. La abrió, la hojeó y me entregó una página.

—¿Qué es eso?

—¿Por qué no lo lee?

—Lo siento, doctor, pero no he venido aquí a leer los problemas de los demás.

—Creo que le interesará.

Cogí el papel y empecé a leerlo. No tuve que ir más allá de los primeros párrafos.

—¿Cómo ha hecho esto?

—¿Cómo he hecho el qué?

—Escribir mi historia con mis palabras exactas mientras yo iba hablando. — Sabía que no lo había hecho, pero necesitaba tiempo.

—No es su historia, señor Van Pels o, mejor dicho, sí que lo es, pero no es usted quien mató a ese hombre en el granero. —Yo seguía con la hoja de papel en la mano. La dejé en la mesa—. ¿Por qué piensa que le recomendaron que viniera a mí la primera vez, cuando se quedó sin voz?

—Los médicos no encontraban nada. Dijeron que mi única esperanza era un psiquiatra.

—Sí, pero hay muchos psiquiatras. ¿Por qué yo?

—No quería tener que ir hasta Nueva York.

—No soy el único psiquiatra de Nueva Jersey. —Esta vez no respondí—. ¿No le contaron nada más sobre mí?

—No lo recuerdo.

—¿De manera que no sabía que trabajaba con supervivientes de los campos?

—Yo no tengo nada en común con esa gente. Ellos están asustados. Viven en el pasado. Yo lo he dejado atrás.

—Tiene esta historia en común con ellos. Ese papel que acaba de leer es de una entrevista en un campo de refugiados.

—De acuerdo, no soy el único que se cargó a machetazos a un cabrón nazi en un granero.

—Seguramente tiene razón en eso. Sucedieron muchas más cosas de ese estilo de las que a todos nos gusta admitir. Tal vez sea usted uno de esos asesinos, pero no lo creo. No me pregunte por qué. Es simplemente una corazonada.

—Creía que los psiquiatras no tenían que tener corazonadas.

—Todos tenemos corazonadas, señor Van Pels. Pero lo que realmente despierta mi curiosidad es saber por qué está tan decidido a creer que es usted uno de esos asesinos.

—Porque lo recuerdo así. Incluso sueño con ello.

Esperé a que hojeara de nuevo esa condenada carpeta y que me recordara que le

había contado que yo no soñaba. De hacerlo, me levantaría y me largaría de aquel despacho. Tendría que haberlo hecho ya. Confieso el crimen más grave que he cometido en mi vida y él me dice que no soy culpable.

—Recuerda haber matado al alemán porque quería matarlo. Usted y muchos más. Y cuando uno lo hacía, era como si todos lo hiciesen.

—Un *minyán* de venganza.

Ladeó la cabeza, confuso, como si acabara de sorprenderlo.

—Dijo usted que no conocía bien su religión.

—Nunca se puede evitar ir pillando cosas, ahora de aquí, ahora de allí.

Cuando cerré la puerta del coche sabía que andaba buscando problemas. En esas calles llenas de baches, flanqueadas por edificios medio en ruinas mutilados por la rabia, un Cadillac era una invitación al robo.

Los hombres estaban doblando ya sus taleds y desenrollando sus filacterias cuando llegué. No me supo mal haberme perdido las oraciones.

El pelirrojo se acercó por el pasillo para recibirme.

—Pasan años y ni te acercas por aquí. Y ahora, de repente, te conviertes en un habitual. ¿Estás tal vez planteándote convertirte de nuevo? No es tan mala idea. Tenemos que restituir a seis millones.

—Tengo tres hijos.

—*Mazel tov*. ¿Estás criándolos como judíos? —Negué con la cabeza—. Me lo suponía. —Se adentró en uno de los bancos y, sujetándose al respaldo del asiento de delante, se sentó. La mandíbula se le tensó del esfuerzo. Cuando me perseguía por el pasillo, estaba de pie, pero lo de doblar la espalda era un ejercicio lento y agónico. Había otro motivo por el que evitaba a gente como él. No me gustaba que me recordaran el dolor. No quería saber qué lo había causado. Pero, de todos modos, tomé asiento a su lado—. Apuesto a que tu esposa no es judía.

—Lo es.

Se volvió hacia mí. Arqueó aquellas cejas claras, casi invisibles.

—Esto sí que no lo entiendo. Mueves cielo y tierra para ser un *goy* y te casas con una judía. ¿Acaso no encontraste una buena *shiksa*?

—Me enamoré de mi esposa.

El pelirrojo levantó la vista hacia el cielo.

—Un romántico que cae en mis manos. —Bajó entonces la vista para mirarme—. ¿Es el amor de tu vida? ¿No tuviste que pensártelo dos veces?

—A punto estuve de casarme con su hermana. —No tenía ni idea de por qué estaba explicándole todo aquello. Nunca había vuelto a pensar en ello.

—¿Crees que es una coincidencia? ¿Resulta que todas las chicas que te la ponen dura son judías? Y disculpa mi lenguaje dentro de la sinagoga... ¿Y qué pasó con la hermana?

—Dijo que no podía casarse con alguien que no fuera judío.

—Si no estuviera escuchándolo con mis propios oídos, no me lo creería. Castigo divino, diría, si creyera en Dios, que no es el caso, como te sucede a ti.

—¿No crees en Dios?

—¿Después de lo sucedido?

—¿Y entonces qué haces aquí?

—Ya te lo dicho. Alguien tiene que venir.

—¿Por qué?

—¿Cuántas veces tendré que explicártelo? Caín. El *minyán*. Los mismos motivos por los que tú sigues viniendo.

—Yo he venido porque... —Me interrumpí. No tenía ni idea de por qué estaba allí.

—¿Sí?

Le conté lo de la noche en el granero, y lo que había creído durante todos estos años, y lo de Gabor. Me escuchó con cara impasible.

—¿Y bien? —preguntó en cuanto hube terminado.

—¿No te sorprende?

—¿Dónde está la sorpresa?

—Pero es tremendamente vívido. Incluso en sueños.

—Sueños. —Encogió sus huesudos hombros—. Si alguien inventa una manera de librarse de los sueños igual que pueden librarnos de esto —dio unos golpecitos al número tatuado en su brazo—, hará una verdadera fortuna. ¿Así que es eso lo que te hace ir a ver al loquero? ¿Las pesadillas?

—Un poco más que eso. —Le conté la escena del juzgado, lo de que grité la verdad y le dije a la gente quién era—. Nadie me creyó.

—Todos estos años fingiendo ser otra persona, ahora nadie cree quién eres y resulta que eso te hiere los sentimientos.

—Me da lo mismo si no me creen. Pero podría matarlos por lo que le hicieron a mi padre.

—Ahora resulta que vuelves a ser un asesino.

—Han hecho creer a todo el mundo, incluso a mi esposa, que mi padre robaba el pan de mi boca.

—A lo mejor si no le hubieras mentido tanto a tu esposa, a ella no le habría costado tanto distinguir lo que es verdad de lo que no lo es.

—¿Qué te hace suponer que le miento a mi esposa?

Me lanzó esa sonrisa amarilla.

—¿Sabe ella que vienes por aquí? —Negué con la cabeza—. ¿Sabe que eres judío? —No respondí—. ¿Le has contado lo que acabas de contarme a mí, y al loquero, y a ese tribunal lleno de desconocidos?

—Tengo que protegerla. A ella y a mis hijos.

—Con eso no voy a meterme. Estoy seguro de que has dado una buena vida tanto

a ella como a tus hijos.

—Lo intento.

—Una buena casa.

—No está mal.

—Moqueta de pared a pared. Electrodomésticos último modelo. Una nevera enorme repleta de comida, me imagino. —No respondí—. Dime, ¿tienes muchos espejos en esa casa tan bonita que posees?

De modo que era allí adonde quería ir a parar.

—¿Te refieres a cómo puedo mirarme en el espejo cuando miento y digo que no soy judío?

—Ya estamos otra vez con los judíos. Si la mitad de la gente que dice que lo es se pasara la mitad del tiempo preocupándose igual que tú, que dices que no lo eres, este lugar estaría cada mañana lleno hasta los topes. No me refiero a tener que andar por la vida con una Estrella de David en el brazo. Con los nazis ya tuvimos bastante en ese sentido. Me refiero a ser un *mensh*. ¿Sabes lo que es un *mensh*?

—Un hombre.

—Un poco más que eso. Decente. Responsable. Un tipo firme.

—¿Y?

—Que si yo fuera tú, y estuviera tan preocupado por el recuerdo de mi padre, me olvidaría de Otto Frank, volvería a casa y me miraría en todos esos espejos de la bonita casa que has construido para mantener a todo el mundo sano y salvo.

Diecinueve

«Creo que el aplauso mundial a su historia no puede explicarse a menos que reconozcamos en él nuestro deseo de olvidar las cámaras de gas y nuestro esfuerzo por hacerlo glorificando la capacidad de reacción en un mundo extremadamente íntimo, bondadoso y sensible, y aferrándose lo máximo posible a lo que han sido nuestras actitudes y actividades diarias, aunque rodeados por un torbellino capaz de engullirnos en cualquier momento».

«La lección ignorada de Ana Frank», Bruno Bettelheim, en *Anne Frank: Reflections on Her Life and Legacy*, editado por Hyman A. Enzer y Sandra Solotaroff-Enzer

Me gustaría poder decir que seguí su consejo; que me fui a casa y le expliqué a Madeleine quién era y dónde había estado; que senté a mis hijos en mi regazo y les pregunté qué era lo que hacía noventa y nueve veces clic y una vez clac, y que cuando se rindieron y yo les respondí que era un ciempiés con una pata de palo, les expliqué que mi padre también me había hecho reír con ese chiste cuando yo tenía su edad. Desearía haberles contado que mi padre tenía carácter, pero que era un buen hombre y no un ladrón; que a veces me avergonzaba de mi madre, y qué niño no, pero que la quería y que daría cualquier cosa por no haberme peleado con ella la noche antes de que llegara la Policía Verde; que a veces aún le echaba la culpa a mi padre por no habernos sacado de allí a tiempo y que me odiaba por haber salido sólo yo, finalmente. A lo mejor mis hijos habrían salido ganando de haberles contado la verdad. Tal vez Madeleine habría dejado de amenazarme con el divorcio. O a lo mejor no habría habido ninguna diferencia. Seguiría habiendo millones de muertos, y yo continuaría vivo. Mi padre se habría dirigido igualmente hacia el lado malo de la selección, o habría emprendido de todos modos la marcha con ese grupo de hombres meses después. Yo seguiría sin estar seguro al respecto. Y seguiría sin haber hecho nada para impedirlo. Pero no se lo conté, y Madeleine no me abandonó, y los niños crecieron ni más felices ni más infelices que otros pequeños, por lo que yo podía apreciar.

Instalamos una piscina en la parte trasera de la casa de la que se había mofado el pelirrojo, le añadimos un solarío, después la vendimos y nos mudamos a una casa más grande que había construido antes de la guerra, con los materiales sólidos y la estupenda mano de obra que actualmente era imposible conseguir. Abigail fue arrestada en una manifestación contra la guerra; y, gracias a Dios, Betsy salió sólo con un dedo roto de los restos del Volvo que Madeleine acababa de estrenar; y después de cuatro años seguidos de Sobresalientes, David estuvo a punto de no graduarse en su colegio privado porque él y dos amigos se presentaron desnudos a la ceremonia de graduación. *Streaking*, lo llamaban. Podía considerarme afortunado si comparaba eso con lo que sucedía con algunos jóvenes del vecindario: drogas, cultos extraños, un accidente por conducir borrachos que resultó en dos jóvenes fallecidos.

Madeleine regresó a la universidad para obtener un máster en Literatura, encontró trabajo en el mismo colegio del cual estuvieron a punto de expulsar a David y empezó a llenar la casa, que ahora estaba vacía de nuestros hijos, de niñas adorables y sonrientes que se autodenominaban las animadoras de la señorita Van Pels. Creo que mi esposa era feliz.

La guerra era una historia antigua, tan antigua que había gente diciendo que el Holocausto, como lo llamaban ahora, nunca había sucedido. Y si el Holocausto no había sucedido, Ana no había escrito su diario. Era un engaño, insistían los que lo refutaban. Ana y Peter no eran nombres judíos. En la década de 1940 no había papel y tinta disponible para todo el mundo. Era una escritura demasiado buena para haber salido de la pluma de una adolescente, sus puntos de vista excesivamente perceptivos, las emociones demasiado profundas. El diario era el ingenioso resultado de un escritor judío norteamericano llamado Meyer Levin, decían. El pobre Levin siempre había afirmado ser la verdadera voz de Ana. Y yo seguía sin decir nada. Había hablado gente más importante que yo. Otto demandó a varios de esos nuevos nazis, y ganó, pero eso no los detuvo. El Instituto del Estado Holandés para la Documentación de la Guerra publicó lo que denominó una edición crítica del diario, complementada con testimonios de expertos en caligrafía, historiadores y eruditos, pero los ataques continuaron. ¿Qué bien podía hacer la protesta de un hombre de negocios norteamericano normal y corriente cuyo nombre casualmente coincidía con el de un chico que llevaba décadas muerto?

La mañana del 21 de agosto de 1980 bajé a desayunar y encontré el café a punto, el pan tostándose y el periódico junto a mi lugar habitual en la mesa. Me senté y desplegué el *Times*. Madeleine sirvió el café. Había comido mi tostada y estaba terminando mi segunda taza de café cuando llegué a las necrológicas.

OTTO FRANK
PADRE DE ANA,
FALLECIDO A LOS 91 AÑOS DE EDAD

Dejé el tazón y me quedé sentado observando el titular que acompañaba la fotografía de una cara que me resultaba familiar, arrugada ahora como el tronco de un árbol viejo. No pude evitar hacer los cálculos. Mi padre había muerto con cuarenta y seis. Más joven de lo que yo era ahora. Con un año más, Otto habría vivido exactamente el doble que mi padre. Había vivido seis veces más que Ana. Pero había mantenido vivo su recuerdo. Lo había pulido hasta hacerlo brillar como un faro, o, algunos empezaban a decir, como una lámpara *klieg* que cegaba a la gente y le impedía ver las sangrientas verdades del pasado. Fuera lo que fuese lo que le había hecho a mi padre, y a Pfeffer, y a los demás, a Ana no le había fallado. Tenía que

concedérselo.

Invité a Madeleine a viajar conmigo a Ámsterdam. La quería a mi lado, pensase lo que pensase. Pero si se negaba a pedir permisos en el colegio que, al fin y al cabo, no servía para pagar las facturas, ¿cómo podía yo pretender que lo dejase todo en el momento de más trabajo? De modo que viajé a Ámsterdam solo.

Sentía curiosidad por ver cómo había cambiado la ciudad, aunque no tenía intención de regresar al 263 de Prinsengracht. Era el único motivo por el que no sentía que Madeleine hubiese declinado la invitación a venir conmigo. Ella habría insistido en visitar la Anne Frank Huis. Éste era el nombre que daban ahora al edificio. Madeleine no se lo habría perdido por nada del mundo.

Debió de ser el *jetlag*. Nunca me habría perdido de no haber estado legañoso y desorientado. Cierto es que ya no conocía la ciudad, pero disfrutaba de un sentido de la orientación excelente. Con los años, en mis viajes con Madeleine me había movido por ciudades desconocidas y por carreteras forestales que ni aparecían en el mapa sin perder nunca el norte. Pero aquella tarde lo perdí y acabé en la Prinsengracht, justo enfrente del número 263.

Me senté en un banco para estudiar el pequeño mapa que el conserje me había entregado antes de salir del hotel. Los canales parecían perfectas cintas azules sobre una ciudad color carne. Los números pequeños indicaban restaurantes, hoteles y clubes llenos de las mujeres escasamente vestidas que se anunciaban en los márgenes del mapa. Los diversos símbolos indicaban los puntos de interés. Lo que parecía un pequeño templo griego indicaba la Anne Frank Huis. Levanté la vista del mapa y miré la casa que se alzaba al otro lado del canal. La institución de Otto había llevado a cabo un buen trabajo con la restauración, demasiado bueno. La reluciente puerta negra estaba recién pintada. Los marcos de las grandes ventanas a las que no se nos permitía acercarnos por temor a que alguien pudiera vernos desde el exterior ya no estaban pudriéndose. Detrás de la casa, las ramas desnudas del castaño taladraban el cielo blanco invernal. En mis tiempos, el árbol no asomaba por encima de la casa, o tal vez fuera simplemente que nunca tuve la oportunidad de verlo desde la posición estratégica en la que ahora me hallaba. Guardé de nuevo el mapa en el bolsillo, me levanté y crucé el canal. No me había perdido, naturalmente. Había pasado delante de media docena de señales indicándome el camino.

¿Cómo describir mi visita a la casa? Mi pasado estaba por todas partes, y en ninguna. Permanecía allí como la arenilla entre las tablas de madera del suelo, gastado y liso después de millones de pisadas. Me miraba desde el mapa donde habíamos seguido el progreso de los Aliados, que llegaron demasiado tarde para mi madre y mi padre, y para Ana, Margot, la señora Frank y Pfeffer. Me guiñaba el ojo desde las vaporosas cortinas pintadas con tenues figuras para que pareciera como si la Policía Verde estuviera conduciendo a los judíos hacia su muerte en la calle, detrás de

las ventanas. Un toque ingenioso. Esperaba agazapado arriba, donde tenías que estar agachado, allí donde había danzado con mi madre un loco *jitterburg* de amor y rabia que había acabado desequilibrándonos a los dos. Bullía en el sofocante ataúd de habitación donde yo había dormido, donde mi estómago se doblegaba de hambre como un músculo, donde mi cabeza trabajaba aceleradamente en planes de venganza contra el hombre que me había mandado a la cama sin cenar, que nos había hecho terminar así. Todo estaba allí, pero más pequeño, naturalmente, visto a través del extremo erróneo del telescopio. Todo era exacto, las fotografías de las estrellas de cine y de la realeza sobre el lugar donde estaba la cama de Ana, la tetera en el hornillo, el trapo de la cocina colgado junto al fregadero. Otto había tenido tiempo suficiente antes de morir para supervisar todo. Y todo estaba equivocado. Estaba equivocado del mismo modo que mis recuerdos todos estos años, incluso cuando había recordado mal, habían sido acertados. En lugar del silencio que habíamos observado estaba el sonido arrastrado de zapatos fabricados en docenas de países distintos, los murmullos de «disculpe» y «gracias» en distintos idiomas, y los respetuosos susurros de sobrecogimiento y consternación. Pero esa gente no sabía lo que era un susurro, porque no podía concebir el daño que un sonido inadvertido podía llegar a provocar. En lugar del hedor agrio del miedo humano, estaba el olor insípido del sudor humano. El mal no era más que un juego de manos dibujado en la cortina de una ventana. Todo estaba inteligentemente planeado y expertamente forjado, pero nada era cierto. Nada era tan malo como lo que existía en el interior de mi cabeza.

Salí de la casa y permanecí un momento dándole la espalda, reorientándome. Caía sobre la ciudad un anochecer gris ceniza. Había olvidado lo temprano que se hace de noche en Ámsterdam en invierno. Un aire frío bufaba desde el grisiento y negro canal. Los últimos turistas pasaron por mi lado, sus máscaras de solemnidad rompiéndose con el aire frío, sus voces alzándose gracias al alegre alivio que suponía huir de allí.

Giré hacia la izquierda y eché a andar por la Prisengracht. Cuando llegué a la esquina que daba a la Westerkerk, las campanas empezaron a tañer. En el anexo, el sonido había sido ensordecedor, hasta que fundieron las campanas y el silencio se hizo aún peor, pero aquí en la calle, la reverberación apenas importunaba el ambiente. El vendedor de arenques estaba cerrando su puesto, pero la florista y el quiosco de periódicos y tabaco seguían trabajando intensamente. Los ciclistas volvían a casa con maletines, compras y niños metidos en cajas de madera sujetas con correas a los manillares o encima de la rueda trasera. El ejército de ciclistas iba mejor vestido de lo que yo recordaba y había más mujeres entre sus componentes. En los viejos tiempos, las mujeres habrían estado en casa preparando la cena.

Debo de tener diez u once años. Diez, pienso, porque es una tarde de principios de verano y cumpliré once en otoño. Mi padre y yo estamos de regreso en el piso donde mi padre sigue desembalando las escasas posesiones que conseguimos traer desde Osnabrück. Mi padre rebosa optimismo. Ha dejado en la frontera el miedo y la

indecisión que le llevaron a pegarme en el tren. Es holandés de nacimiento, es una vuelta a casa para él. Hemos abandonado Alemania y dejado atrás su demente nuevo gobierno. Los alemanes recuperarán el sentido común algún día. Mientras, estaremos mejor en Ámsterdam. En Ámsterdam estaremos a salvo. En la última guerra, Holanda se mantuvo neutral.

Mientras mi padre y yo esperamos a que cambie el semáforo, él se palpa primero un bolsillo, luego el otro, buscando sus cigarrillos.

—Un momento —me dice, mientras se dirige ya hacia el quiosco. Le sigo, con la esperanza de un caramelo, pese a ser consciente de la imposibilidad de esa esperanza. Estamos de camino a casa y nos aguarda la cena.

Delante del puesto, mi padre coge el paquete de cigarrillos que le tiende el vendedor, lo abre, se lleva uno a la boca y le acerca una cerilla. Sólo entonces coge el cambio de la pequeña bandeja metálica. A punto está de guardarse las monedas en el bolsillo, cuando parece pensárselo mejor y vuelve a extender la mano, aún con las monedas. Mis esperanzas resurgen. Se acerca al puesto de flores.

—¿Qué opinas, Peter? ¿Lirios o tulipanes? —No sugiere claveles. Ésos son para el cumpleaños de mi madre, un año tras otro. Es una ocasión única. Tampoco menciona las rosas. Quedan fuera del alcance de nuestro bolsillo. Aunque todo volverá a ir bien cuando nos recuperemos; huir de las manos de los alemanes no había salido barato. Pero ¿quién necesita rosas, teniendo lirios que brillan bajo la luz del atardecer y tulipanes ardientes como el fuego?

Cuando emprendemos de nuevo la marcha, lleva la barbilla más alta y la espalda más recta. Levanta la mano y se coloca el sombrero formando un ángulo más elegante. Vuelve a ser un hombre, el hombre que llevaba tiempo sin ver. Apenas puedo mantener el ritmo de sus grandes zancadas. He olvidado el caramelo. Estoy olvidando también los niños del patio del colegio que me llamaban asesino de cristianos. Intento seguir el ritmo de mi padre, que corre en aquel rosado atardecer de Ámsterdam en busca de mi madre, que abrirá la puerta de nuestro recién aseado y oloroso piso para encontrar allí a su esposo y a su hijo, con un ramo de espléndidos tulipanes reluciendo entre los dos.

Un hombre chocó contra mi espalda, se disculpó y siguió caminando, pero de pronto me di cuenta de la presencia de otro peatón a mi lado. Me miraban, y se alejaban rápidamente, incómodos aunque no sorprendidos. Estábamos a un tiro de piedra de la casa de Ana Frank. Ver turistas llorando no es excepcional. Pero yo no lloraba por nada relacionado con la casa. Lloraba por la inocencia de ese padre que volvía a casa un resplandeciente atardecer de Ámsterdam, por la esperanza de aquella mujer que limpiaba su nuevo piso y pensaba en una nueva vida, por el niño que se consideraba a salvo. Lloraba por un mundo que veía acercarse una guerra, que temía lo peor, pero que no tenía ni idea de lo malo que podía llegar a ser lo peor. Lloraba por un mundo que, pese a todas sus miserias, no había oído hablar de campos de concentración, ni de duchas en masa que rociaban la muerte, ni de chimeneas que

expulsaban cenizas humanas, ni de experimentos médicos en hombres que casualmente tenían el pelo rojo o niños que casualmente eran gemelos. Lloraba por un paraíso que había intentado recrear para mi esposa y mis hijos, y para mí mismo. Y por mi fracaso. Mientras las lágrimas silenciosas daban paso a sollozos, y la gente se volvía y se quedaba mirándome, porque era más de aquello a lo que estaban acostumbrados, lloré por el segundo asesinato de mis padres, el que yo había cometido con mi silencio.

Resulta gracioso observar las distintas reacciones de la gente cuando se siente engañada. Algunos se lo toman como un asunto personal, aunque mi esposa, la única aparte de mis hijos que tenía derecho a hacerlo, no lo hizo. Sabía que las mentiras no tenían nada que ver con ella. Su reacción fue un consuelo. Siempre había sospechado algo. Fue un consuelo, dijo, saber que lo que yo escondía no era peor. No le pregunté qué quería decir con eso. Yo tenía mejor idea que ella de los crímenes que podía haber cometido.

Mis hijos tampoco me culpabilizaron. A diferencia de su madre, sin embargo, no lograban imaginarse por qué me había mantenido en silencio durante tantos años. A lo mejor al final no había fracasado en mi afán por protegerlos.

Los niños se tomaron a modo de venganza su nuevo pasado. Abigail tuvo su primer hijo, mi primer nieto, aquella misma primavera, y le puso por nombre Herman, escrito con una sola «n» y abreviado como Hank. Dos años después, llamó a su hija Augusta, por mi madre. Me quedé sorprendido, y satisfecho. Cuatro años más tarde, Betsy puso el nombre de Peter a su primer hijo. No había cambiado de apellido al casarse —yo no lo entendía, pero ella me explicó que su título de médico estaba a nombre de Van Pels, y teniendo en cuenta que su marido no se había quejado, no tenía por qué hacerlo yo—, de modo que el niño recibió el nombre de Peter van Pels-Gallagher. Era, como había dicho aquel funcionario de aduanas hacía ya tantos años, un buen nombre norteamericano.

Mi socio, Harry, estaba encantado. Nunca había logrado comprender por qué nos llevábamos tan bien. El que yo fuese judío le había devuelto la fe en un universo ordenado.

Hubo otras reacciones más silenciosas. No quiero decir con ello que me dedicara a realizar anuncios a todo el mundo, pero se corrió la voz. O quizá sólo me lo imaginé. A lo mejor notaba la diferencia en la mirada de la gente y lo detectaba en su actitud conmigo porque era lo que yo me esperaba. La costumbre de dividir el mundo en dos campos no muere fácilmente. La verdad es que George Johnson siguió tratándome con la falsa cordialidad profesional de siempre.

La que acogió peor la noticia fue mi cuñada Susannah. No podía perdonarme mi pecado cósmico. Como yo mismo había descubierto años atrás, tal vez no fuera capaz de amar a un no judío, pero a un judío que intentaba hacerse pasar por no judío no

podía hacer otra cosa que odiarlo, o, tal y como decía su esposo, que era igualmente crítico aunque no lo expresara, era como «comprar género rebajado». Me acusó de ser un judío que se odiaba a sí mismo. Me culpó de ser un antisemita en secreto. Parecía Meyer Levin vociferando contra Otto Frank, aunque ahora me parece que Otto se sentía más cómodo dentro de su ligera vestimenta judía de lo que el pobre Levin llegó a sentirse jamás dentro de su fina piel judía.

Madeleine me defendió ante su hermana. La pelea fue tan encendida que pasaron diez días sin telefonarse, un plazo de tiempo que significaba un auténtico récord en aquella familia. Madeleine insistía en que Susannah estaba enfadada porque si yo le hubiera contado la verdad treinta y tres años atrás, sería ella, y no Madeleine, quien se habría casado conmigo. Era un argumento adulator, pero no convincente. Susannah era feliz con Norman. Y tenía que saber que había habido momentos en los que su hermana lo había pasado muy mal conmigo. Pero tal vez mi mujer estuviera tramando algo. ¿Acaso no es más ridícula la idea de que Susannah pudiera estar enamorada de mí que la de que pudiera encontrar a Dios entre seis millones de muertos? ¿Acaso no es más descabellada la posibilidad de que me guarde rencor que la de que cargue con un sufrimiento que jamás experimentó en nombre de gente con la que no tenía ninguna conexión hasta que desaparecieron? Yo no me tomo a mal su adhesión a la fe, sólo su manera indirecta de lucir la estrella amarilla. Pero a ella no le dije nada al respecto. Era la hermana de Madeleine, y a diferencia del resto de la familia de mi esposa, que se pelea y se reconcilia tan caballerosamente, sé que no siempre hay tiempo suficiente para reparar agravios.

Epílogo

«¿Tenemos que hacer algo para pagar que estamos vivos?».

Meyer Levin, citado en *The Stolen Legacy of Anne Frank: Meyer Levin, Lillian Hellman and the Staging of the Diary*, Ralph Melnick

Ámsterdam, 2003

Esta vez Madeleine vino conmigo. Esperaba viajar con toda la familia, y ésa era la razón por la que había programado el viaje para el verano, pero mis hijos tenían ya su propia vida. E incluso los nietos. Los más pequeños acudían a campamentos para practicar el tenis y actuar en obras de teatro y, en el caso de la más pequeña de Abigail, Amanda, para adelgazar. Sigo sin comprender un campamento de verano, un campamento de verano extremadamente caro, dedicado al hambre, pero soy lo bastante listo como para mantener la boca cerrada. Los mayores realizan excursiones con grupos de estudiantes o viajan con sus amigos. De modo que Madeleine y yo acabamos yendo a Ámsterdam solos, y la primera tarde que estuvimos allí visitamos juntos la casa del 263 de Prinsengracht. Después, nos sentamos en un banco al otro lado del canal.

El castaño se había acercado más al cielo desde mi última visita. Aunque estábamos sólo a finales de agosto, las ramas tenían ya hojas de color marrón oxidado. Una castigadora ola de calor había dejado el oeste de Europa seco como el barro, y un escándalo humano estaba barriendo Francia a su paso: incapaces de renunciar a sus vacaciones de verano, las familias habían dejado solos en París a sus mayores inválidos. Los titulares de los periódicos gritaban a voces historias de gente mayor que moría en sus calurosos pisos, mientras sus hijos y sus nietos retozaban en las playas del Mediterráneo y nadaban en los lagos alpinos. Sentí lástima por esa gente mayor, que seguramente no era mayor que yo, pero lo que más me preocupaba eran sus hijos. No tenían ni idea de la que les esperaba.

Eran más de las cinco, pero el sol seguía encharcado en lagunas doradas sobre la superficie de los canales, que, según mi guía de viaje, estaban más limpios que nunca. La ciudad entera se encontraba en proceso de desinfección. Las prostitutas habían quedado recluidas a sus escaparates o, como mínimo, al barrio designado para la labor. Podías caminar manzanas enteras sin ser acosado por individuos dispuestos a venderte droga. «Empieza a parecerse más a lo que era antes», me había dicho el conserje aquella mañana. Era demasiado joven para saber cómo era antes, y yo tampoco se lo dije. Me había confesado ante mi mujer y mis hijos, ante su familia y mi socio, pero no veía motivo alguno para realizar confidencias a desconocidos.

Actualmente, las víctimas del Holocausto, es así como nos llaman, son las celebridades de moda. Lo leí en una revista con motivo del estreno de *La lista de Schindler*. Algunos, aunque no me encuentro entre ellos, tenemos nuestros nombres impresos en unas tarjetas de identificación, que los visitantes a los museos de Washington D. C. recogen cuando entran en la exposición. Lo sé porque mi nieto Peter me trajo una cuando estuvo de visita allí. Yo me esperaba algo similar a mi Certificado de Identidad Sustituto del Pasaporte, aunque en mi certificado apenas aparecían datos, ni siquiera mi religión. La tarjeta, en cambio, relataba una historia. «Fulanito de tal fue el único hijo de sus padres judíos. [...] Su padre era vendedor. [...] Hasta la guerra, la comunidad judía fue la tercera en importancia en Alemania. [...] Estudió en un colegio católico masculino. [...] Emigró a los Estados Unidos en...». El chico que aparecía en la tarjeta de Peter había sobrevivido, pero muchas tarjetas, la mayoría, explicaban historias de muertos. En la parte posterior aparecía una frase muy peculiar: «Esta tarjeta explica la historia de una persona real que vivió durante el Holocausto». ¿Por qué tendrían que decir eso?

No me malinterprete. Estoy a favor del museo, aunque no lo visitaré. Alguien tiene que asegurarse de que los niños se enteren de lo que sucedió, de que los adultos lo recuerden, de que los estudiantes lo estudien y de que los eruditos intenten dar sentido a lo que carece de él. Mi hijo David, que imparte clases de Historia en una universidad de Nueva Inglaterra, utiliza con frecuencia los archivos. Pero la tarjeta de identidad que cogen los turistas al entrar al museo y que luego arrojan al salir en una papelería de una acera del distrito de Columbia me ofende. Incluso que conserven la tarjeta como un recuerdo de su visita me ofende. Es comedia. Es como mi sentimental cuñada, que reclama la victimización por proximidad.

Sentada en el banco, a mi lado, Madeleine me preguntó si estaba listo para ir regresando al hotel. Le dije que sí, y nos ayudamos mutuamente a levantarnos. Cuando cruzábamos el puente sobre el canal y llegamos a la plaza de la iglesia, las campanas de la Westerkerk agitaron el aire caliente. Pasamos luego junto a la estatua. No pensaba mirarla.

Ni siquiera guarda un parecido decente. Es una imitación mala de una bailarina de Degas. Incluso Madeleine, que desconoce su aspecto, excepto por las fotografías que han aparecido en libros y revistas, en los pañuelos de seda que venden a modo de recuerdo, y en el lateral de una torre medieval en Inglaterra donde fueron masacrados los judíos durante la Edad Media, ha declarado que la estatua es *kitsch*. No quiero mirarla, pero cuando pasamos por su lado mi cabeza se gira. Entonces me doy cuenta de que no es la estatua lo que ha captado mi atención, sino el movimiento que hay a su alrededor.

Una niña, de ocho o nueve años, más joven que Ana pero más grande en tamaño —esta niña no ha pasado hambre; esta niña se ha criado a base de pizzas, helados y Big Macs, aunque no tiene pinta de americana—, se coloca junto a la estatua, sus dedos entrelazados con la mano de bronce de Ana, sus coletas rubias descansando

sobre la cabeza de Ana, su sonrisa tímida pero orgullosa.

—*Lächeln* —grita una voz de hombre detrás de mí, aunque si la niña sonriera más, la cara se le rasgaría.

—*Lächeln* —repite una voz de mujer.

Me vuelvo y veo una pareja, la expresión del padre medio oculta detrás de una cámara digital, la madre con una sonrisa casi tan ancha como la de la hija.

—¡Sonríe! —vuelven a gritar cuando sus cabezas se unen para ver la imagen digitalizada de su hija junto a la estatua de bronce de la pequeña judía.

Madeleine me coge del brazo y echa a andar. Mi carácter se ha suavizado con la edad y enfriado desde mi confesión. Yo no me salgo de mis casillas sin motivo alguno. Ella sigue sin confiar en mí, sobre todo en situaciones como ésta.

—No es más que una estatua —dice, e intenta alejarme de allí.

Tiene razón, por supuesto. Es sólo una estatua de Ana, un homenaje, supuestamente. Es menos que la realidad y, por su capacidad para convocar y expurgar recuerdos, también más.

Dejo que Madeleine me arrastre, pero no puedo evitar volverme cada pocos pasos para observar a la familia que sigue registrando de aquel modo la felicidad de sus vacaciones. Se trata de una pareja joven, más joven que mis propios hijos. Es probable que sus padres ni siquiera hubieran nacido cuando yo tuve que esconderme. La niña no es más que una niña. Pero no puedo evitarlo. Reconozco la ironía de lo que estoy a punto de decir, su absurdidad. ¿Quién tiene la culpa aquí, la familia alemana o yo? Pero ya hay bastantes culpabilidades en danza.

A medida que voy avanzando, digo en un tono de voz lo suficientemente elevado como para que el alemán de la cámara, su ignorante esposa y su inconsciente hija puedan oírme; lo suficientemente agudo como para que los propietarios de los puestos de venta ambulante, la gente que compra flores de camino a casa e incluso algunos de los ciclistas que están esperando a que cambie el semáforo vuelvan la cabeza; lo suficientemente rabioso como para que me tiemble incluso el pecho:

—Dios mío, ¿acaso no tienen memoria?

Agradecimientos

EN invierno de 1994, durante una visita a la Casa de Ana Frank, captó mi imaginación un comentario de la guía que explicó que existen documentos sobre el destino de todos los habitantes del anexo secreto excepto de Peter van Daan, al que denominó siguiendo los nombres que Ana Frank utilizó en su diario. Si aquel joven no murió como los demás, especulé, ¿dónde podría haber ido? Cuando inicié la investigación para llevar a cabo este libro, descubrí que la guía estaba mal informada o tenía ciertas inclinaciones románticas. Según el dossier 135.177 de la Cruz Roja holandesa, Peter falleció en el campo de concentración de Mauthausen el 5 de mayo de 1945, tres días antes de su liberación. Pero cuando descubrí esto, Peter van Pels llevaba ya varios años existiendo en mi cabeza.

Esta novela es el resultado de la vida que cobró Peter. Está basado en lo que conocemos sobre él, su familia, Fritz Pfeffer y los demás habitantes del anexo secreto, así como sobre los hechos de la subsiguiente historia del diario, la película y la obra de teatro realizadas a partir del mismo, y los juicios que se desarrollaron en Estados Unidos y otros países. Naturalmente, las cartas enviadas a Peter por los abogados de Otto Frank y Meyer Levin son fruto de mi imaginación.

Por su ayuda en la investigación de la historia, quiero dar las gracias a las siguientes instituciones: Anne Frank Stichting de Ámsterdam, Anne Frank Fonds de Basilea, Wisconsin State Historical Society, Boston University Special Collections, United States Holocaust Memorial Museum, New York Public Library for the Performing Arts, Dorot Jewish Division de la New York Public Library, y a todo el personal de la New York Society Library. Entre las grandes cantidades de personas que tan generosas se mostraron en cuanto a su tiempo, experiencia y recuerdos, estoy especialmente en deuda con Liza Bennett, Greg Gallagher, Nancy Hathaway, Nimet Habachy, Joan Leiman, Ralph Melnick, Arthur Rosenblatt, Fred Smoler, Michael Schwartz, Sharon Stein y Marie Stoess. Quiero dar también las gracias a Richard Snow y Fred Allen, editores excepcionales y buenos amigos, que solicitaron tiempo libre en su trabajo para leer y comentar el mío. Y también estoy especialmente agradecida a mi editor, Starling Lawrence, por espolearme, controlarme estrictamente y llevar a cabo ambas cosas con amabilidad e ingenio; a mi agente, Emma Sweeney, por su inquebrantable apoyo y sus profundas opiniones, que siempre invitan a la reflexión; y a mi esposo, Stephen Reibel, que me presentó a Peter.

Notas

[1] «La noche de los cristales rotos», la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, en la que en Austria y Alemania se produjo una matanza de judíos y graves ataques contra sus instituciones. (*N. de la T.*) <<

[2] Misión de rescate que tuvo lugar nueve meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial y por el que Gran Bretaña consiguió sacar de la Alemania nazi cerca de diez mil niños judíos para instalarlos en casas de acogida e instituciones británicas. *(N. de la T.)* <<

[3] Béisbol jugado en las calles con una pelota de caucho y el palo de una escoba. (*N. de la T.*) <<

[4] Abreviatura de «Elevated Railroad». (*N. de la T.*) <<

[5] Pierre de Wissant fue uno de los seis burgueses que en 1347, al inicio de la Guerra de los Cien Años, se ofrecieron a dar su vida para salvar a los habitantes de la sitiada ciudad francesa de Calais. Es el suceso que conmemora la famosa escultura de Rodin. *(N. de la T.)* <<

[6] Personaje de cómic famoso a finales de la década de 1940, con forma de bolo, con piernas pero sin brazos. (*N. de la T.*) <<

[7] Forma cariñosa, hoy en día anticuada, de dirigirse a un joven o a un niño entre los judíos. (*N. de la T.*) <<

[8] *Wolf* significa «lobo» en inglés. (N. de la T.) <<

[9] Hace referencia a la película de 1942 de ese mismo título (*Yankee Doodle Dandy*, en su versión original), una biografía de George M. Cohan, el padre de la comedia musical norteamericana, protagonizada por James Cagney. (N. de la T.) <<

[10] En inglés, la similitud entre *minion*, «acólito», y *minyan*, cuyo significado se explica a continuación en el texto, podría prestarse a confusión. (N. de la T.) <<

[11] Cuando en 1989 se publicó la edición crítica del diario, se utilizaron en los ensayos explicativos los nombres reales de los personajes, no los nombres inventados por Ana. (*Nota a pie de página en el original*). <<

[12] Persona no judía. (*N. de la T.*) <<

[13] Julius y Ethel Rosenberg, un matrimonio de judíos norteamericanos, fueron ejecutados en la silla eléctrica en junio de 1953 acusados de espionaje. Ambos formaban parte del Partido Comunista de los Estados Unidos. Él era científico, y la pareja fue acusada de haber filtrado secretos nucleares a los rusos. (*N. de la T.*) <<

[14] Emily Post (1873-1960) fue una autora norteamericana que a través de su obra y sus columnas fomentó lo que consideraba la «etiqueta correcta». (*N. de la T.*) <<

[15] Pastel tradicional del domingo de Pascua con relleno de fruta, normalmente uva, y glaseado con naranja. (*N. de la T.*) <<

[16] G-D: abreviatura de *God*, «Dios» en inglés. (*N. de la T.*) <<

[17] Término hebreo utilizado para describir el alcance de la madurez de un adolescente (varón y mujer) judío. (*N. del E.*) <<

[18] «Buena fortuna» en hebreo, aunque el origen de la expresión vincula esa fortuna a la posición de las estrellas en el momento del nacimiento del individuo. (*N. de la T.*)

<<

[19] Harry Houdini (1874-1926), ilusionista estadounidense de origen judío, famoso por sus dotes para la práctica del escapismo. (*N. de la T.*) <<

[20] Fiesta de las Luminarias, festividad judía que se prolonga durante ocho días y celebra la victoria de los macabeos sobre los helenos y la recuperación del Templo de Jerusalén. (*N. de la T.*) <<